

Pedro José Lozada



Memorias de Geo-Adamo





Memorias de Geo-Adamo

Pedro José Lozada

Pedro José Lozada
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798482932025

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Prólogo

Geo Adamo es fundamentalmente una interpelación. Pero adelantar esta definición sin entrar en contexto, lejos de describir el texto que quiero reseñar, confunde la intención de esta reseña.

No considero equivocado abordar *Las Memorias de Geo Adamo* como un relato de viajes. Es cierto que el autor conoció en su larga trayectoria de navegante los más distantes y dispares rincones del globo, pero esto no debe prepararnos – simplemente - para un recorrido geográfico: estas *Memorias* no son una revista antropológica. Si encontramos un filón antropológico no será por el estudio de la diversidad humana – que está presente - sino por las interrogantes fundamentales sobre lo que nos hace humanos, nos hace hombres, nos hace antropos, lo que nos viene de Adán.

Cuando digo que es posible abordar el texto como un relato de viajes, tenemos que obligarnos a aceptar el viaje en un sentido multidimensional. El viaje principal es a través de la conciencia de la existencia, el recorrido – distancias materiales aparte – comporta dimensiones históricas, dimensiones esotéricas, dimensiones científicas, dimensiones cosmogónicas, espirituales, alquímicas, morales y psicológicas. El viaje de Geo Adamo transita y teje las hebras y las

rutas de las distantes materias de que está hecha la vida, o mejor decir, de las facetas en que se nos torna asible el conocimiento.

Las anécdotas, las reflexiones, las descripciones y las fantasías están todas orquestadas en la tonalidad de la evolución de la conciencia. Es un libro que transmuta puntos de vista, disciplinas cognitivas, para crear un Aleph denso y ameno – siendo estos dos calificativos aparentemente excluyentes en el grueso de la literatura, Geo Adamo los equilibra. Es por esto que Geo Adamo debe leerse también como libro alquímico, pues al igual que los textos esotéricos está compuesto por capas de lectura cuya penetración diferencia al iniciado del neófito. Dependiendo de los talentos del lector, el texto se inclinará al dato científico, a la anécdota cosmopolita, a la reflexión psicológica, a la recapitulación histórica o al mensaje espiritual. Pero es de resaltar que tales inclinaciones están en el lector, pues lo escrito es un sistema de interrelaciones sutiles que sirve a un propósito mayor: la realización de la conciencia cósmica trascendental en el individuo. El hecho de que esta tarea esté tan devaluada por el lucro editorial y el narcisismo y exotismo mediáticos, no resta mérito al esfuerzo sino que, por el contrario, suma urgencia a la necesidad que tenemos de sus resultados. Rara vez encontramos, en este mundo de guirnaldas y candilejas, un empeño since-

ro por dar al conocimiento un uso distinto del brillo. **Acá la investigación busca, más bien, ahondar en la modestia que nos permita contemplar la inconmensurabilidad de la existencia y la grande y desatendida responsabilidad que tenemos para con ella.**

Y es a la luz de esto último que puedo justificar la primera frase de esta página. Geo Adamo como una mixtura de Buda y Juan Bautista, predica la bondad con ternura (como el primero) y la urgencia a tomar el camino del hombre verdadero (como el segundo). La interpelación de Geo Adamo es para señalarnos que no podemos seguir confiando nuestra vida – nuestro recorrido cósmico, quizás diría él – a los caprichos de nuestros deseos, a la vesania, a la ilusión del poder y del dolor. Geo Adamo, levanta el dedo y gentil y nos señala nuestro propio corazón, que merece despertar.

Daniel Armando González Vargas

2019

Perdido en hondos abismos del tiempo se inician las memorias escritas de Geo-Adamo. En las paredes de algunas cavernas están esos primeros fragmentos planeando los preparativos de la próxima cacería.

Es una narración figurativa, mediante dibujos de clara definición descriptiva. Fragmentos posteriores, grabados en una tableta Asiria —propiamente “escritura”— comentarían temas de sobrevivencia y su rutina cotidiana. Satisfacer la necesidad primaria del sustento y la preservación de la vida ocuparon los primeros tiempos de la civilización humana; preocupación focal en los estadios prehistóricos. De aquí derivan las dos paráfrasis de poemas primitivos abriendo estas memorias de los días actuales. (páginas 10 y 11 y el breve trozo a continuación).

“... Esta noche los perros
en el manto luminoso
anunciarán la cacería.

Cuándo y dónde buscarla
si habrá o no lluvia
y jugando con la diosa brillante

encontrar la buena pesca
que sacia el cuerpo...”¹

-o-
o-o-o-o-o-o

**1) Según investigaciones antropológicas, los
“dogones” leían en las constelaciones del cielo.
En la constelación del Can Mayor se informa-
ban de las épocas propicias para la pesca.**

Dedicatoria:
Estas páginas, escritas desde remotos
lugares del corazón humano
son para ti amigo lector

Ahora, después, siempre...

*Un anciano canta el germen de la espiral.
Del amor surgen los nudos cotidianos.
Más tarde, hechos y raíces forjados por su base
las dudas y los viajes al escondrijo ultrerrimo.
Alguna revelación, quizás un descubrimiento;
una u otra ciudad, sitios y lugares,
paisajes , metas, propósitos
y la desnudez del alma.*

Memorias

“Desde su nacimiento un día de cantos y aguas.

El relato de sus dolores, los encuentros, sus dudas; las conversiones...

y el recorrido por las aristas de las dimensiones, sin excluir las que conducen a la nada, al nunca y al jamás”.

Memorias, visiones, espejismos. Instantes desvaídos de mil vidas recibiendo el fuego de los últimos ardores, para evitar fosilizarse en palabras y en renglones; probable vano intento.

¿Qué ha sido útil? El existir puede ser futilidad de un egoísmo, devenir de una circunstancia, antes que volición determinada de un ser real.

Es difícil aceptar lo escaso y poco que podemos hacer. Casi todo solo sucede.

Antiguas añoranzas, recuerdos lejanos de vidas múltiples apiñadas en el más superficial de los pliegues para confundir lo esencial. Breves anécdotas locales, anulación de la visión interna en el acaecer del instante. Reflejos, respuestas al misterio de la soledad magnificada en el poliforme cristal del momento.

Sueños y atisbos de viajes interiores. Exégesis de lo insignificante. Caprichos del bufón alelado, transeúnte del mundo, viajando con un saco donde guarda los sacros artilugios, fardo y lastre en sus manos, aunque alguna vez —por excepción—

*imperan las visiones del mago, rey lúdico de las vías y las ci-
mas; cuyas batallas dan acceso a los umbrales, apartando
lodos en ascenso triunfal por los peldaños conducentes al joyel
de una comunión entre Dios y la vida.*

*Último gozne del existir humano, porción viviente de cosmos
construido de piedra, algas, raíces, aire y bestia; más el intento
de unirse a la conciencia universal, mediante el hilo de su divi-
na razón sensible o por la férrea volición de lo fantástico,
imaginado en sueños entre las grietas del absurdo mágico
agaçapado detrás de la rutina y los contrastes.*

Geo-Adamo primitivo

Nada...

Sol y oscuridad

Nada... otro sol y más oscuridad

ayer dolor, hoy yo

mañana... carne, sangre y carne

La noche trajo otra vida

supe del principio y el ayer

ví otro hoy y volví a la roca

a la noche, a la ausencia.

Hijo mío, otra vez nada

solo un moverse de saltos

ruidos, formas, bestias, cosas y el sol.

Me levanté como el árbol

y comprendí, no soy piedra.

Caminé encontrando un lado
caminé, caminé, encontré otro lado
eso es la distancia
lo alto está en la vista
y lo profundo termina.

Otro ayer trajo las manos
las manos encontraron el cuerpo
e hicieron cosas
armaron cuevas, tejieron abrigo
crearon un manto, forjaron ofrendas.

El hacer de las manos
junto al fuego creó un reposo
tomó mi entraña y gritó.
Las manos llevaron el fuego
la sangre, la muerte
mi sangre te trajo a ti
sigues el río, cruzas el bosque
vas con el viento, eres la vida.

Ves el rayo
lo percibes dentro.

Oyes el trueno
y preguntas temeroso.

Vivir es la flecha saltando al aire
viajando a lo alto, lejos
viajando...

...Después caminamos juntos
por el lodo y la sabana
uno al lado del otro
él mira, observa, escucha y toca.
Esta noche los perros
en el manto luminoso
anunciarán la cacería
cuándo y dónde buscarla
si habrá o no lluvia
y jugando con la diosa brillante
dónde encontrar buena pesca
que sacia el cuerpo
Él aprenderá...
caminamos juntos
uno al lado del otro
él observa, escucha
no puede tocar los perros
en lo alto los ve jugar. Aprenderá.

Caminamos juntos uno al lado del otro

... y aprendemos

...

***... caminamos juntos uno al lado del otro ... y
aprendemos ...***



Huellas fósilizadas sobre lodo de cenizas volcánicas, cercanas a 4 millones de años. Son de un adulto y un infante. Descubiertas por Mary Leakey en Laetoli (1978-79). Foto.-Del libro “Eslabones Perdidos”. John Reader / Fondo Educativo Interamericano.

Cuaderno N° 1
(Germen de la espiral)

Creación

Números y colores
crean el mundo y a Geo-Adamo.
Oscuridad o transparencia
son la misma identidad
el principio... La nada
antes del cero
donde surge el caos.

Dos flechas horadan el limbo
la luz se focaliza dos veces
taladra la tiniebla un gris profundo
o un azul intenso confundido
en la inexistencia de lo negro

Surgen los cuatros
superior negro. Gris a su lado
inferior azul y al lado: blanco.
Centrado el círculo color de sol

*(los cuadrados imbrican
separaciones dentadas ajenas a lo recto
distantes de lo uniforme)*

... Y aparece lo múltiple

azul lleno desbordante
barras grises, rosa tierno
planos ocre, tenues violetas.
Resplandecen en blanco
pequeños brotes, puntos sensibles.
Trazos, uniones, pálpitos breves
círculos sonoros audibles en lo eseral.
Puntos, trazos, líneas
uniones, ruidos, choques
pulsos, turbaciones y la primera llama
el fuego cruza, confronta
inhibe escenas, libera situaciones.

Esbozo de triángulos.
Inferior de líneas firmes
tenue en formas el espíritu
plenas de vigor subyacen latencias
seis visiones de espejo en el ciclo final.

Círculos inexpresivos
focalizan lo virtual
brota en íntimo formato
múltiple eclosión definitiva.

Inicios numerados

observados, oídos, ordenados
cronometrados en tablas de la Ley
y signos Pitagóricos.

Una, dos, tres veces siete
señala la luz del nacimiento
vertido en lenguas de Babel.

Bendice a los ancestros
habla al divino parcelando el cielo
divide estaciones, nombra el mundo,
cultiva campos y siembra el corazón

Concluye el primer ciclo
Amo del sol, amante de la luna
señor de la sabana.

Terror expectante en el abismo.
Geo-Adamo: piedra, árbol, fiera y hombre.

Primera presencia

No conocí en propiedad totalmente, a Geo-Adamo.
Ni siquiera al principio observé su existencia. Poco
o nada llegué a tomarle en cuenta cuando por vez

primera realizara las más insólitas operaciones, que nunca, pasados los días del cisne, volvería a ver o repetir no obstante empeños y dedicaciones posteriores, al redescubrir años más tarde el logro de realizar tales portentos.

¡Aquellas mágicas escenas de los amaneceres!

Lejanos días húmedos de un verano tropical cuando sus proezas de asombro, apenas despertaban pasajera y peregrina curiosidad. Ignoraba su origen y el porqué de su compañía. Años después, al reencontrarle casualmente en una encrucijada del vivir, inicié el intento de frecuentarlo y cultivar una entrañable amistad que el camino posterior cimentó más allá de una fraternal simbiosis. No hablo de él por hermandad o por considerarme parte constitutiva de su ser luminoso. Abrigo un elemental sentido de justicia a partir de su generosidad para conmigo, más allá de lo que mis límites permitían aceptar. Sereno y reposado con las fragilidades y renunciaciones; comprensivo y tolerante a la condición humana —ese larguísimo viaje, para algunos eterno, entre la bestia y la divinidad— sutilmente irónico; compasivo ante la pequeña bellaquería. Y, a veces, pocas ciertamente, casi moles-

to con el necio o el estúpido, o con mis necesidades y estupideces, asuntos de los pocos que alteraron alguna vez su apacible continente.

Días más, días menos, el mutuo encuentro ocurrió en la temprana niñez. La memoria de su presencia llega cercana a los cinco años, un poco antes tal vez. Un niño no alcanza a valorar la dimensión temporal, solo vive y existe. Desde luego el sol seguía saliendo, las golondrinas volaban en la tarde y comenzaba a preguntarme por el itinerario de las lluvias. A diario intimaba algo más con mi perro. El mundo crecía un tanto, apenas el espacio de la casa y unos dos o tres pequeños apéndices de breve extensión. Perdí mi sombrero y lloré. Era yo, me sentía determinado en límites muy precisos; descubrirlo me alentó a la osadía de jugar con las nubes: alcanzarlas, moldearlas, tomarlas y soltarlas a gusto y antojo.

Nueva maravilla, las aves pasan en la tarde y se alejan, quieren alcanzar el sol. Soy más sólido y sin embargo, más velozmente fugaz. Los días transcurren de manera constante y no puedo determinar cómo se suceden uno tras otro o de qué manera diferenciarlos.

Los amaneceres son iguales entre sí, aunque distintos en la emoción de vivirlos.

De pronto me descubro prisionero. No duele y tampoco lo lamento, escapo con facilidad, puedo hacerlo a voluntad, sin dificultad alguna.

No pierdo día sin lograrlo, en particular por las mañanas y cuando llueve, al escurrir la última gota de la hoja preferida de un rosal a cuya vera me poso. Además, aprendí a realizarlo por las noches, instantes previos al reposo, luego del amén al lado de la dulce abuela que guía las oraciones infantiles.

El sitio diurno es frente al lugar más frondoso del jardín, entre un gladiolo y el raro rosal multicolor preferido de todas las miradas.

Les contaré: En cuclillas entraba en un ritmo especial acompasando la respiración al fluir vital de lo interno, pero ignoro los procedimientos usados. Lo hacía — quise decir, sucedía— con gran espontaneidad, solo había el propósito de hacerlo. Era mi juego solitario preferido y lo practicaba sin ningún esfuerzo (años después descubrí que era la clave del logro). Desenfocaba la vista, desconectaba algo adentro y mirando un punto cualquiera del jardín; sentía salir de mis

ojos dos pequeños serpentines en torbellino, nacados, casi translúcidos y muy finos. Por ahí emergía a la libertad de un mundo mágicamente asombroso.

El cuerpo quedaba acucillado allí, esperando el tiempo que se me antojase. No está demás decir que era diferente al tiempo del cuerpo. Corría aventuras inverosímiles entre árboles gigantescos, rocas enormes, lagos inmensos de plácidas aguas tranquilas. Recorría jubiloso vastas comarcas. Saltaba, cantaba, me detenía a contemplar un nuevo arroyo, descansaba a la vera de un camino recién descubierto...adonde conducirá. De pronto se me ocurría regresar a mi caja, tomaba el cuerpo y continuaba desmenuzando el día, hasta tropezar la noche. Una que otra vez repetía la salida para divertirme con los dos serpentines brillantes que emergían de mis ojos al abandonar el cuerpo. Alguna vez me detuve a observarlos deliberadamente. Los recogía, les soltaba, vuelta de nuevo a recobrarlos y de pronto, niño al fin, cansado del juego salía de una buena vez a recorrer el mundo fabuloso y gigantesco del jardín, dejando la caja abandonada.

Por las noches era un tanto diferente. Ignoro cómo o por donde lograba escapar, pero me sentaba a caballo

sobre la nariz sin dirigirme a ningún lugar. El asunto surgió por el fastidio —más bien tortura— de un intenso ruido proveniente del silencio nocturno y que escuchaba dentro de mí. Un rumor largo, profundo, invariable, persistente, que se afinaba hasta llegar a un tono agudo tan intenso que se hacía insostenible. De tanto luchar contra el ruidoso martirio al fin dormía; fatigado y un tanto descompuesto podía al fin reposar. Una noche, ignoro cuantos días después de estar sometido a la tortura nocturna de aquel taladrar inclemente que se aguzaba hasta herir, pensé en escapar. Pensarlo y lograrlo fue apenas asunto de un escalón sucesivo; salí del cuerpo para evitar la molestia y monté a caballo sobre mi nariz con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Así pude dormir sin sobresaltos con toda la placidez del pleno descanso. Despertaba a la mañana siguiente guardado y a buen seguro.

Nunca me pregunté al despertar como regresaba de noche al cuerpo. Solo estaba de nuevo prisionero. Durante la aventura diurna el problema era de una impecable sencillez. Volteaba a mirar hacia el cuerpo, hacía un gesto como de “allá voy” y listo, quedaba otra vez adentro, custodiado por la muralla de los

sentidos. Con la misma facilidad que descubrí y disfruté aquellas maravillas, las perdí e incluso las olvidé casi por completo. El portento se esfumó con la misma volátil fluidez de su aparición. Una mañana no quise escapar, algo inesperado me aferró, una libélula irisada, naipes nuevos dejados al azar sobre una mesa de la sala, o cualquier otro nimio interés surgido a la vuelta de un minuto cualquiera del saltar azaroso que es la atención juguetona de un niño.

Culminó un día y al otro amanecer tampoco llegué al jardín gigante. Por la noche el ruido sibilante interior fue soportable al punto de hacer innecesario escapar de la caja viviente... y terminó. No volví a dejar el cuerpo a la vera del raro rosal multicolor, junto al gladiolo, frente al lugar más frondoso del jardín, ni volví a cabalgar de noche sobre mi nariz.

Pocos y muy contados —según las palabras de un maestro amigo— han disfrutado tesoro semejante. Jugaba inocente con un valioso diamante y significaba tanto como la más humilde piedrecilla del pequeño jardín. Veinticinco años después, a un cuarto de siglo del prodigio y durante un intenso como espontáneo momento de comunión, descubrí la memoria —no

la facultad— de tan mágica maravilla y a su vehículo y operador: Geo-Adamo.

Sucesos

Estaba en el mismo lugar ocupado la última vez en aquel abigarrado mercado de cosas y personas, medio perdido entre jaulas, sacos, frutos, lonas, cajas, restos, trastos de todo tipo y tamaño, transeúntes y mercachifles. Le rodeaban unos pocos, otros le oían un rato y se marchaban perplejos o indiferentes. Se le tomaba indistintamente por loco, sabio, charlatán, poeta, agitador o incluso, profeta.

Me inquietaron algunas frases suyas tomadas al vuelo la primera vez que me detuve a escucharle. Ahora me sumé al escaso grupo a su alrededor, aunque más parecía hablar a los paseantes y no a un auditorio particular.

—... Dado que ignoramos, conscientemente o no, lo más trascendente que atañe a nuestro lugar, aparición y destino en el universo, no importa entonces cual sea el punto de partida para romper el círculo vicioso que así se nos plantea en cada ocasión de buscar respuestas a las viejas y casi eternas preguntas:

—De dónde venimos

—A dónde vamos

—Cuál es nuestra misión y destino...

(El clásico, qué hacemos aquí... dije para mis adentros)

—Partamos pues, no a priori, de cualquier lugar. Yo tomo un sitio al azar, una perspectiva y desde ahí contemplo la panorámica del problema e inicio mi batalla. Por ejemplo, obsérvese nuestra forma de asumir el mundo, de manera supuestamente consciente y racional. Diría que hay una flagrante contradicción de principios y una insoportable pedantería en la humana actitud de querer tomar “conciencia” de cada contexto socio-político que nos rodea, e intentar una supuesta racionalización de toda respuesta y conducta. De hecho es el clásico sofisma que solo nos confunde. Tácitamente al intentar o querer concientizar cada acto buscamos un clavo ardiente donde anclar y soportar la nada presentida. Tan grave, o probablemente mayor aún que el pecado ontológico de la ignorancia, esa niebla perenne y envolvente oscureciendo casi todos nuestros actos, sean los de rutina como los de excepción, y el enorme cuan en revesado círculo vicioso dentro del que nos debatimos... ese empeño absurdo; arbitrario y gratuito de conferir justifica-

ciónaloshechosdelaexistenciayaellamismaensí.

—Más provechoso, existencialmentemássanoyeconómicamentevital, es asumir el mundo desde premisas menos pedantescas. Coloquémonos frente a la vida y el existir desnudos de la pretensión de trascendencia. **Despojémonos del ropaje** justificatorio del intelecto, alienatorio y **mórbido por antonomasia**.

—Cuestionando cuanto se nos antoja, bizantinamente críticos ante la mayoría de los hechos y opiniones por el prurito de concienciar cada decisión o paso dado, perdemos el instante... **Se nos escurre entre** los dedos sin que tomemos la menor cuenta. Ilusionados por el almacén inagotable del archivo de la memoria, obnubilados con la múltiple capacidad de relacionar en forma abstracta, conferido por el nivel de inteligencia del que disfrutamos —**no sabemos si por evolución como pregonaba la ciencia ó por accidente ó transgresión, como sospechan algunos**— el tiempo, donde estamos inmersos unidimensionalmente y que a nuestros limitados sentidos se ofrece como condición absoluta, se nos convierte en pasado que fue y en posibles futuros incubados en el vientre de las **expectativas, mayormente ilusorias**.

—Sólo esa volátil y siempre huidiza perspectiva del instante, único punto-vector del tiempo disponiiiiible, puede y debesernuestroenformaconstante...

... —

Me ha tropezado con violencia un cargador y quedo a punto de caer. Por poco a su vez, él arroja sus fardos. Una palabrota del jornalero, un grito, alguien se aparta delante suyo y trato de retomar el discurso del hombre que perora a unos pocos pasos.

...—Cegados con la propia maravilla del almacén de los recuerdos o con la no menos fantasmagórica ilusión del posible futuro, lo tangible, el ahora, se nos esfuma sin remedio, inexorable.

—Día por día la morbidez espiritual y la insaciable curiosidad del intelecto se plantea nuevas preguntas y angustias. Más, cuánto nuevas: Revisiones y revueltas de lo dicho tantas otras veces con palabras diferentes. En los mejores casos, distintas atalayas visuales para los mismos y siempre repetidos tormentos del problema existencial. Loco afán de originalidad y criterio propio para desmenuzar lo rutinario sin poder escapar de la más cruel alienación, la que ejerce nuestra razón jugándonos cientos de sucias pasadas y

trampas visuales como de audición. Sin embargo no obsta; sabes que oyes lo que quieres y ves lo que deseas solo con el cristal de tus caprichos del momento, pero la ciega adoración por los valores de la razón antes que decrecer se han agigantado poderosos. Y, has pensado acaso **qué, o quién,avalalafidelidade infalibilidadqueselearrogaalintelectohumano?**...

(Volteó hacia mí. Era entonces su único oyente. Tal vez mi juventud le sacó de su rocambolesca abstracción. El gesto de sus labios y carrillos quiso ser una sonrisa.)

Es necio —dijo— y con un ademán de su mano apartó el mundo a un lado, quedó meditativo unos segundos y se retiró por una de las callejuelas del mercado. Quise realizar el intento de seguirle, pero a mi lectura corporal se adelantó una voz...

—Déjalo.

Fue un tono ligero, algo fatigado. Aun así expresaba autoridad. Se había asomado a unos dos pasos míos, a la izquierda de la callejuela por donde se había marchado el otro. Unos pocos colgantes de una tienda vecina le tenían semi-oculto.

Indefinible en verdad. Un anciano labriego acaso. Quizás un antiguo mercader de chucherías. Ocupaba una endeble banqueta y entre sus piernas abiertas se desplegaba, sobre rústico tapete de fibra, un bazar en miniatura.

—Era sólo curiosidad —atiné a decir— en respuesta poco menos que automática ante la sorpresiva llamada de su voz y presencia, inadvertida por completo hasta unos segundos antes.

—Bien, la curiosidad es una puerta legítima para acceder a los caminos —agregó la voz de la delgada y breve figura—

Fue imposible ocultar mis impaciencias de manera razonablemente digna, pero acomodé la actitud corporal anterior y me volví hacia él nuevo circunstante de aquella pletórica mañana de sorpresas. Con dos breves pasos me acerqué y antes que pudiese pronunciar un saludo de respeto, su actitud corporal me detuvo.

—Búscame, dijo. Bajó los ojos hasta su limitada bisutería. Se dedicó entonces a llenar un bolso salido de algún lugar por detrás de la maltrecha banqueta y sin volver a mirarme, se marchó.

Monos, polvo, espuma del mar...átomos del aire.

—Porqué te interesa saber de dónde provienes. Qué importa. Cuán más o menos feliz puede hacerte. Crees que algo podría variar en nuestras vidas al saber que nuestros primeros padres fueron monos, tigres o aves; que salimos del polvo, de la espuma del mar, de la ceniza crepitante de un volcán o de los átomos del aire.

—Qué importa al final si el padre último y eterno fue quien nos insufló el aliento desde sus propios labios, o si apenas somos hijos espurios de algunas de sus obras y peor aún, si surgimos de un accidente entre el azar y la naturaleza virgen. A nuestro destino de especie no le importa de dónde venimos; si somos hijos de este mundo o descendimos de las estrellas u otros confines, e incluso desde otras eras que ni recuerdo son en el registro cósmico. Aquí estamos ahora. Esto que palpita en nosotros es lo que somos. Nuestros sueños o pesadillas, las locuras e insensateces o las esperanzas junto a las previsiones, construirán desde el hoy —que ya padecemos, sufrimos y gozamos— el futuro que ha de venir, y eso tal vez debiera inquietarnos...

Miró a la distancia con placidez. Después posó la mirada sobre mis manos entrelazadas. Quise preguntarle algo y con leve gesto cortó mi intento.

—...Sí, tal vez. Nada podemos asegurar. Cualquier apreciación sobre nuestra presencia el pasado vivido o las expectativas imaginadas o inventadas, son especulaciones. La realidad concreta es que ahora estamos aquí y debemos vivir como si tuviese un objeto y cual si asumirlo así, con rigor pero sin dogmas, fuese trascendente. Es poco lo que se nos pide y sin embargo nos negamos a darlo. Se supone que podemos o deseamos dar más. Anhelamos la intensidad de una existencia extrema, estúpidos desbordes cuyo único provecho es la ególatra satisfacción de creernos diferentes, más aptos, superiores en algún grado o calidad, o tan solo originales.

(Y en cerrado mutismo interno le di la razón, pues al final de cualquier fantasía, la presión del hábito rutinario, la machacosa mecanicidad de nuestras reacciones a cualquier nimio impulso externo, o el ligero fluctuar metabólico de los disparos hormonales, nos estanca en la nada frustrante de la inacción, o apenas —cual máximo logro— conduce al dolor de muelas mental de dos o tres frases para adobar un trago o dos cervezas. Lo de siempre, automatismos, rollos propios del hombre descentrado, buscando a ciegas un rumbo propio; nimiedades

similares al espejo interior que solo refleja la vacuidad de un transcurrir sin logros ni sentido, tal como somos por dentro, con goznes chirriantes de antiguos óxidos anímicos, reflejo fiel de inconsistencia en los actos externos)

Se levantó y su mirada parecía asegurar que había escuchado el lacrimoso diálogo interno. Anduvo unos pasos en total silencio. Le observé brillante, iridiscente casi y sentí la necesidad de seguirle. Se detuvo, miró al firmamento unos segundos, atisbó el raudo paso de una bandada migratoria y detuvo luego la mirada en el follaje ondulante de dos árboles cercanos...

—Ve a tu alrededor, con atención; tómate unos segundos, escucha, mira de nuevo: El ave no piensa, vive...Solo dirige su animalidad a la dinámica inquietud de un breve existir; instintivamente aferrada a la necesidad de sobrevivir y reproducirse; en cambio nosotros esclavizados por la razón, intentamos desconocer esa hermosa naturaleza animal básica y fundamental que nos sostiene. Nos aterra recordar que la estructura densa del cuerpo del hombre es similar a la de un primate, e imaginamos la delgada pátina de humanidad lograda con la coronación del pensamiento abstracto vertido en un lenguaje articulado, como un escudo inexpugnable y protec-

tor del riesgo de conducirnos solo bajo la impronta instintiva del estímulo primario; craso error que nos coloca dubitativos en un limbo filosófico insoluble por construcción. Lo correcto y propio es saber y asumir esa animalidad como el férreo soporte de una nueva maquinaria que salta dimensionalmente en su camino hacia la divinidad y no puede en lo sucesivo dirigir sus metas de ascenso espiritual por lo instintivo perentorio, sino bajo la guía y dirección del nuevo instrumento adquirido. La conciencia de sí. Un vivir para actuar bajo el imperio de una conciencia firme y atenta al pensamiento, la acción y la palabra, pero sin rigideces de santurronería que impidan el goce de estar abierto a las voces, sensaciones y sanas emociones del mundo que nos envuelve...y un árbol es un hermoso ejemplo al caso, en cuanto al vivir concreto y a la vez asertivo... ven te mostraré en acción el sustrato de lo dicho.

—Observa, mira el árbol. Es aún más tenue en espíritu que el más débil o insignificante de los insectos... detalla sus formas y su “actitud”. Da lo que tiene así como toma de la tierra, del aire y el sol, cuanto necesita para estar vivo. Esparce su fragancia, riega sus semillas, te otorga sus frutos. Vibra gozoso

con el aire que acaricia su follaje y no le importa si más tarde la brisa se huracana y lo desgaja... Vive.

Acerca de la verdad

Bachelard decía que por dos vías se puede acercar el hombre a la verdad, bien “mediante la caminata diurna de la ciencia, o por intermedio del paseo nocturno de la poesía”. Comentando la bella sentencia surge una paráfrasis y Geo-Adamo agrega un tercer camino:

—El sereno deambular vespertino de meditar, ese instante mágico cuando descubres que la vida fluye.

Meditaba una tarde luego de leer los “Reflejos”, segunda parte de una opera prima y observo que a modo de núcleo es el germen de las teorías adámicas sobre las relaciones hombre-universo, cuyo resumen muestra un sutil y poético sentido del humor: “El universo se me ha escondido debajo de las uñas”

Todo ser humano se ha preguntado por lo menos una vez, qué es la verdad. Es invariable, tanto como preguntarse e inquietarse acerca del porqué de la libertad y dónde se encuentra tan elusiva joya. En nuestro ámbito en torno a estas materias es difícil satisfacer interrogantes. Por sencilla y escueta que sea una respuesta —la simplicidad se supone uno de

sus atributos— o por completa que se pretenda en aras de una máxima amplitud, alcanzará en su horizonte semántico una vía de relativización de contenidos. Sólo el camino laberíntico dado por el hilo mitológico conduce al sendero donde tales preguntas encuentran solución limitándose al microcosmos del hombre; asumiendo su implícita soledad de germen divino, aferrado al libre albedrío y la opción constante de elegir.

—Eso significa acaso que mi actitud tomó el camino de la frustración, por elección errónea o escasez de visión en la lucha.

—Lo estás diciendo tú. Me limito a expresar la vanidad de perseguir absolutos en las verdades humanas.

—Perdone mi exasperación. Si las espinas crecen por dentro, rompen la piel, brotan y lesionan también a quienes nos rodean aún sin intención de hacerles daño.

—Hablas cual recién llegado a los grados iniciales del ciclo. Te excusas y justificas, frustraciones, pierdes noción de las perspectivas; relativizas planos inaccesibles o absolutizas dimensiones inaccesibles.

—Es razonable su llamado. Lo sé, he perdido la dis-

posición precisa para abordar lo verificable. Por otra parte no hay razón a propósitos de enmienda o revisión. Quedan dos alternativas y la circunstancia de elegir; basta decidir bien en cada instante. Saber conducirnos por la delgada hoja fronteriza entre lo bueno y perfectible, contrapuesto a lo malo, perverso y degradante; todo ese complejo de elementos dispares ubicados en el eterno campo donde se libra ese combate: El corazón humano.

Resta acumular las progresiones en la continuidad temporal, que nuestras carencias asumen lineal y absoluta, aunque a fin de cuentas no sea significativo ni trascendente para consumir la obra a realizar. Y no sólo eso, es que ni siquiera importa en forma alguna. De tanto asentar los pies sobre el polvo, contaminamos las emociones, los sentimientos, el cuerpo de los deseos, en fin la doble triada manifestada del cuerpo gravita casi total en el paisaje tierra; nos dejamos absorber y se pierde todo intento a la solicitud de la tarea primordial. Sostener el bien, la justicia y la libertad; recordarlo y centrarse efectivamente en realizarlo. Una tarea de voluntad, dedicación, amor y en particular, de persistencia.

—Te marchas entonces...

—Exacto. Hay un adiós y habrá un regreso. Hubo precedentes. Otros maestros, nuevos paisajes, hombres y nombres diferentes. Un tiempo perenne, un continuo gravitante y el eterno ahora envolviendo la kermesse donde giramos dentro del Tao, para hacernos la ilusión dinámica de la progresión del mundo.

La tarde, en la hora mágica del crepúsculo transcurrió en calma. No hubo lecciones ni ritos y tampoco se realizó el intercambio silente de la sonrisa. Cambiaba un escenario. No había fin como no hay muerte ni inmersión en el piélago de las materias indefinidas. Hubo el comienzo, luego un sendero después de otro y vendrá la prosecución en un plano tal vez diferente. Eso es todo.

Lejos, un horizonte se ha escapado y en su antípoda comienza a levantar una piedra. Brillará tal vez y no importará más que el aire desplazado por las alas de una abeja. Un árbol, el ave y los frutos harán compañía a un niño. Ofrecerá su curva vital y sus ardores, angustias e ilusiones, hasta el mañana en que contemple la vacua imagen del espejo. Buscará en todas las trastiendas al sentir la necesidad de una lágrima,

una rosa, una gota de lluvia o un arco iris, hasta obligarse a tomar en sus manos los sacros artilugios: Una copa, el cayado, la imagen simbólica del disco alado y la espada, para sus usos apropiados —si tuvo la fe suficiente y la voluntad de persistir sin desmayos— en la vía conducente a la continuidad de los ciclos.

Por último soplo del día, cual relámpago, aquella conciencia cristalina tan pocas veces presente y actuante: La realidad esencial de la soledad óptica, enfrentando a cada paso vital la necesidad de una elección firme y justa.

El resto, era ilusorio...

Ciclos y huellas

La vida y la muerte consideradas en conjunto y a título complementario presentan la más completa simbología básica del ciclo universal. En diversas etapas de esta larga historia de vivencias y experiencias humanas, he visitado, paseado, compartido y contemplado al mundo desde un amplio y variado panorama de conciencias. Primitivas, casi evanescentes e im-

precisas las muy antiguas. Simples algunas, elementales en su asumir de presencia incorpórea; sofisticadas otras, metódicas unas pocas; anarcoides muchas, pertinaces todas; un peregrinaje del que surgieron, etapa tras etapa, breves certezas a partir del empeño en estudiar la complejidad de la vida en su dimensión humana, como en sus manifestaciones planetarias. Paralelamente las mismas inquietudes conducen a estudiar el cosmos, la autoconciencia y la diversidad de relaciones del ser humano con las cosas y los hechos, en el marco de sucesos cuyo escenario siempre local, deviene por similitud en teatro universal de manifestaciones humanas.

La constatación de uno de los dogmas de la tabla esmeraldina: *“El Universo es piramidal en su estructura y serpentino en sus funciones”* fue uno de los últimos redescubrimientos realizados; si bien Geo-Adamo se atrevió a sumarle a la definición esmeraldina un tercer atributo: ... *además de sonoro en sus manifestaciones”*.

En cuanto a la estructura piramidal es tan obvia que hace innecesaria cualquier explicación. Desde la manifestación más elemental de la energía —evidente referencia a la Luz— hasta la megaexpresión mate-

rial de una galaxia y los millares de sistemas celestes que la integran, se observa sin elucubraciones para la comprensión inteligente una forma de ordenamiento de menor a mayor, de unitario relativo hasta diverso categorial. En fin, del uno al dos, de éste al tres y desde el tres a todo el infinito pitagórico; al tiempo que se manifiesta por igual la ley en la diversificación de la materia expresada desde una simple entidad hasta el conjunto más elevado de complejidades, estricta pauta normativa y fundamento de todo lo existente.

La función serpentina, bella y poética expresión para reflejar la ciclicidad fenoménica es menos evidente aunque subyacente y discernible a la observación. Se encuentra velada, casi oculta bajo la dinámica fluidez de sus expresiones; pero nada más obvio como concepto referencial para su asimilación que esa metáfora de lo serpentino, ondulante, cíclico; para mostrar cabalmente el mecanismo funcional de todo cuanto fenómeno sucede y acontece en el cosmos: Desde el inaudible murmullo de iones y partículas estructurando la forma, los elementos puros, las estructuras moleculares y la inmensa magnitud de lo orgánico; hasta la coronación de la vida autoconsciente, o en lo macro alcanzando los sistemas estelares. La repeti-

ción de vueltas similares se mostrará en cada categoría funcional observada. No habrá excepciones.

El nacimiento y la muerte señalan de forma profunda, incluidas las elementales relaciones al borde de lo inorgánico en la bioquímica de lo genético y embrionario inicial, la completa vigencia de esta ecuación simbólica que explica el ser y el hacer universal. El nacimiento implica una floración vital desde la génesis embrionaria, que evidencia la estructura de crecimiento y complejización en pirámide. Por su lado el desempeño funcional, desde el ritmo circadiano, pasando por la ciclicidad lunar de meses y la solar de las estaciones, acompaña en sucesión constante las etapas de niñez, pubertad, plenitud, madurez, ancianidad, decrepitud y muerte; mostrando la ecuación simbólica del ciclo universal.

El hombre, medida de todas las cosas, encarna en su ciclo vital la expresión microcósmica en la bioquímica que construye los ladrillos de subsistencia a partir de los elementos que consume (proteínas, carbohidratos, glúcidos, minerales, vitaminas, enzimas, etc) asimilados mediante la intervención del Oxígeno tomado del aire que respira. Al mismo tiempo expresa la regla macro

general de vida-crecimiento-reproducción-muerte con su breve ciclo de existencia, reproduciendo de la misma forma, estructura y función.

El universo con sus miles de millones de años de existencia, muestra la armonía de su funcionamiento y la organización de su arquitectura, reproduciendo para nuestra comprensión ambas cosas en la vida orgánica y para mayor evidencia, con el propio existir autoconsciente. De aquí lo justo de copiar la ecuación universal al construir la vida social, sea en el reducido mundo de relaciones particulares y comunitarias como en las más complejas de la interrelación geopolítica global. Suena obvio, pero si algunos lo comprenden en el plano intelectual no todos lo internalizan para manifestarlo en su actitud existencial y menos se ha masificado su comprensión como ecuación simbólica del ser aplicable a título de regla individual y comunitaria trascendente, que ascendiendo complejidades llegue a convenio global, con seguridad armonizarían mejor nuestras relaciones de cualquier tipo.

La conclusión evidente o corolario, dado como una ecuación —aunque simbólica— puede expresarse

así:

Primer elemento ——— La persona

Célula primaria ————— La familia

Órgano funcional inicial ——— Comunidad

Primer cuerpo social global —— El país

Pero si la cadena piramidal está rota en su célula constitutiva primaria, la familia, no puede armarse sólido el órgano funcional: La comunidad, con tal anomalía en la cadena de lo social.

Jamás funcionará bien un cuerpo social dañado en sus órganos primarios; comunidades mal organizadas, incluso anarquizadas.

Sin olvidar que no existen respuestas individuales salvadoras. Lo conducente es un quehacer responsable y comprometido de cada partícula social y cada célula del órgano primario del cuerpo gigante del país. Tratemos de copiar la estructura y funcionamiento del cosmos en nuestro pequeño rincón universal. Quizás acertemos en mejorar la estructura y función de la sociedad si cada uno realiza su tarea correspondiente de la mejor y más perfecta manera.

Víctor Hugo decía: “Los hombres malos provienen de las cosas malas, es preciso por tanto corregir las cosas”.

Sí, es preciso. Desde luego que nadie puede intentar el despropósito de querer arreglar el mundo mañana mismo y con apenas el concurso de un grupo humano o profesional particular. Lo que sí es posible hacer es intentar componer nuestro particular micromundo, corregir lo que en nuestro ámbito sea incorrecto, motivar mejores y más rigurosos comportamientos y actitudes, aguzar la sensibilidad propia y de quienes nos rodean hacia la dimensión moral del bien por el bien mismo. No construiremos una sociedad ideal, es hasta una tontería proponerla, pero es factible y sensato emprender la creación de una sociedad que no se canibalice a si misma; bastará una actitud responsable donde medir los riesgos de las decisiones no signifique más temor que el de un breve tropiezo, pues en la medida que acciones y propósitos coincidan, los hechos habrán de corresponder y permitirán que se inscriba plenamente el ejercicio volitivo de la conducta humana, dirigida al

bien, lo bello y lo útil.

Cajas chinas en rutas mentales

Mi hermana menor me interrogó acerca de los mecanismos a usar para acceder con prontitud y fiabilidad al almacén de datos resguardados en el banco de la memoria y recordé haber formulado la misma pregunta a mi maestro poco tiempo después de aceptarme en su discipulado. Su respuesta fue la primera de una serie posterior del mismo tenor, negando en forma constante responder al tiempo que estimulaba la búsqueda por iniciativa propia. A posteriori, a veces después de varios días, me ofrecía lo que llamaba “el reflejo de su verdad” a objeto de guía o apoyatura insistiendo en la inutilidad que tendría para mi entendimiento, trabajar con las supuestas realidades admitidas, de otra persona, antes que con las descubiertas “por tu empeño y decisión”.

Fue así como inicié el laborioso trabajo de ordenar secuencialmente el vasto depósito de datos, cifras, códigos, símbolos, formulas, nombres y la compleja red de asociaciones capaces de establecerse como dinámicos paquetes informativos intercambiables en ese portento de “CPU” con apenas 1.300 gramos de

peso promedio, conocido como el cerebro humano. Sus células constitutivas son las únicas del cuerpo humano con actividad permanente desde el instante del primer vagido, hasta el último suspiro, sin renovarse jamás. En su seno, unos 15 mil millones de neuronas organizadas en cientos de miles de enlaces grupales realizan cualquier prodigio de cálculo, memorizaciones integradas de pensamientos, amén del control y regulación corporal de la totalidad de las funciones orgánicas que sustentan y mantienen la vida.

Es probable que la mayoría de las personas ignore como llegar en forma expedita a una determinada carpeta archivo de su memoria y ni se habrán planteado develar la secuencia operativa que se sucede para evocar una imagen, rescatar un dato, manejar una descripción o establecer el complejo mecanismo de enhebrar conceptos, enlazarlos de manera activa con otras evocaciones, crear analogías, comparar, deducir, y ordenar sintácticamente un discurso coherente que describe los paisajes de un viaje realizado, las impresiones de contemplar un Van Goh en el Louvre, el impacto emotivo de la interpretación de un gran concertista, explicar las fórmulas para resolver un problema algebraico; describir el

funcionamiento de una maquinaria; o comparar en forma analógica algunos comportamientos animales instintivos con mecanicidades y automatismos de la conducta humana.

No puedo ubicar con precisión cronológica mi primer viaje interior consciente, pero si recuerdo algunas “operaciones mágicas” solitarias en los jardines de la casa materna en las que acariciaba sin especial asombro —valga citarlo— experiencias sensoriales y grados de percepción muy particulares, cuyo dominio, entonces instintivo, se perdió tras los entresijos de otras impresiones y vivencias más repetitivas y rutinarias, que terminaron por acallar voces y estímulos internos, cegar colores, perspectivas de observación y emociones de los primeros años de la infancia.

Algún sustrato quedó no obstante y rondaba una vez u otra a título de sueños incomprensibles. La esfera del trabajo me absorbió muy pronto y al cobrar mi primer salario formal no se me ocurrió nada mejor que comenzar a comprar libros. La lectura de poesías, textos de psicología, historia, filosofía y esoterismo, apenas adolescente me marcaron profundamente. En particular “Manual y Máximas” de Epícteto,

“Soliloquios” de Marco Aurelio”, el pensamiento del Maestro Rosacruz Spencer Lewis, y la teoría de los arquetipos jungianos. De los poetas: Neruda, Bécquer, Darío, y Andrés Bello a quien de niño conocí personalmente. Otras lecturas incluían mis primeros tanteos en literatura esotérica y el Nuevo Testamento (a escondidas. Mi tutor de entonces lo prohibió... mejor estímulo, imposible).

Así nacieron y se consolidaron un conjunto de inquietudes poco comunes con la edad que contaba y constituidas en semillas germinaron frondosas en tupida floresta de múltiples cotos y senderos por los que deambulaba a gusto y placer con el pensamiento. Luego en un proceso de carácter instintivo y emocional, convertí ese bagaje en una metodología para pensar y ordenar mis archivos mentales, cuya carga estaba pidiendo un mínimo de sistema que le diera eficiencia y fluidez operativa. Esta premisa condicionó la sedimentación de un conjunto de influencias, lecturas y meditaciones agregando un plus estructural a mis mecanismos de pensamiento. Pude observar que el cerebro organizaba con prontitud un conjunto de operaciones comparativas de inferencias, deducciones analíticas y sin dificultad resumía decenas y

decenas de datos procedentes de diversas fuentes. A partir de entonces enfrenté los procesos mentales con la deliberada intención de comprender las funciones de sus mecanismos operativos, racionalizarlos y convertirlos en fórmulas conceptuales que pudiese enunciar discursivamente con precisión.

De tales deducciones surgió mi primera formulación específica en torno a como funcionaba mi centro intelectual. Es un compendio de Cajas Chinas mentales, ubicadas en diversos compartimientos clasificados en categorías por los que paso en rápida sucesión todo nuevo dato informativo recibido sin importar la fuente de procedencia: un aviso de prensa, un reclame publicitario, lecturas, conversación, impresiones sensoriales. Todo nuevo dato se cruza y refiere a los existentes en los cientos de cajas chinas mentales de los compartimientos de mi cerebro.

Explicar este proceso de pasear un dato por decenas y decenas de archivos cuyas clasificaciones internas están divididas por materias, países, personajes, obras de arte, ciencias, teorías, deportes, localidades, civilizaciones, sitios históricos, sucesos significativos, etc, etc; más las divisiones y subdivisiones que se pueda

permitir cada categorización en particular, para examinar las referencias cruzadas al nuevo dato, genera una fuerte sorpresa. Se piensa que la operación requiere un esfuerzo extraordinario y además consume demasiado tiempo. En realidad ni roba

tiempo orgánico. Los tiempos de ejecución del complejo organismo humano se subdividen en función de las especificidades que atienden. El tiempo metabólico es distinto del tiempo motriz, y éste tiempo ni requiere esfuerzo. Solo implica un proceso previo de organización que se va dando y estableciendo en el curso de los días en que se va aplicando y perfeccionando. Se prepara una primera estructura flexible y se adecúa a las necesidades por satisfacer en un instante dado. Una vez que se realiza y ejecuta en la medida de acudir constantemente a ese gigantesco archivo, se adquieren automatismos de corrida de datos y velocidades inimaginables. Por otra parte, no debemos olvidar que el tiempo intelectual corre paralelo e independiente a cualquier otro a su vez es diferente del tiempo emocional, diferente también del tiempo sensorial perceptivo. Todos sin excepción con velocidades de manifestación distintas al tiempo real de facto, externo.

Se trata de una visión personal de acceso al vasto depósito de la memoria y particular, en tanto es un mecanismo auto-elaborado, aunque no escapa a una serie de matices cuyas fuentes externas conforman una red de condicionantes con base de carácter matemático, más ciertas notas lúdicas. Más tarde la natural evolución otorgó al método un aroma racional que hemos podido conceptualizar y presentar como “Ruta de las cajas chinas, categorizadas por materias, divisiones y subdivisiones, ordenadas en secuencia”.

Cuaderno N° 2
(Nudos de cotidianidad)

Del rasero común a lo trascendente

La pequeña lucha diaria se convierte en rutina, fastidio, negación de grandeza y trascendencia. Culpamos al sistema, a la secretaria, a la mujer, al casero y al hijo revoltoso. O culpamos al amigo, al patrono, al partido, al manager o al subalterno. Y, desde luego, a la prensa, al médico, al consejero, al sindicato y al taxista. Pero jamás acertamos, ni siendo simplistas y acusándonos nosotros. El breve combate del acontecer y sus pírricas victorias o el descalabro de las derrotas, son todo: La grandeza y lo ruín; lo inefable y lo mezquino; lo genuino y lo falso, lo anecdótico y alguna vez, la excepción: Un minuto glorioso para creer en el consuelo de las compensaciones; si bien un instante más tarde veremos desmoronarse la escala de valores y las banderas caerán rasgadas sumándose al saldo de las derrotas incruentas, esas que agotan las entrañas obligándote a la máscara, siempre estúpida, por estéril.

Pensando en el héroe le vemos inmenso en su hazaña gigantesca. Si observas al santo, la mirada a su cúspide de luz enceguece y flaqueamos cual débil estructura. Escuchando al sabio le sentimos profundo, en

la plenitud de su saber y experiencia. Es igual ante el artista único, el intérprete grandioso, el empresario realizado en el poder y el dinero; o el líder auténtico y justo conductor de su pueblo, que se niega después de liberarlo, a someterlo mediante las riendas de su voluntad. Se muestra férreo solo en realizar lo bueno, lo noble y conducente.

Pero todos somos del mismo barro, nos encadena igual rasero más allá de cualquier tiempo, hecho o lugar. Las cenizas, la tierra y el agua para construir al mago, al sabio, al héroe o al santo, se usaron igual para crear al mendigo, el tonto, el traidor y el bribonzuelo, como al loco, el asesino y el sádico. No hubo culpa, razón o potestad de las estrellas. Las mismas herramientas y facultades fueron dadas con el aliento inicial a todo nacido de mujer. Los sacros artilugios descansan en mi bolso como en la espalda de otros. En unas manos son herramientas mágicas, en otras pesado fardo inútil. El uso, mal uso o abuso y la disposición, constancia y diligencia, o la desidia, junto a la abulia y la pereza, deciden el resultado y hacen la diferencia. Lo demás es conmiseración, justificaciones necias, estulticia y culpas “ajenas”.

(Transcribo un papel viejo). *Soy un pobre diablo.*

Miento, soy mago, abhh soy un cualquiera alienado en la banalidad de necesidades primarias, siempre mal satisfechas. Soy un genio...oh, que tonto, soy un hombre y a fin de cuentas no lo lamento. Ocupo sitio especial en la escala biológica, estructura animal en una dimensión cuya clave y sino determinante es la palabra.

Transito una vía de manera consciente en la condición humana, rumbo a una divinidad cuyos pasos iniciales nacieron del germen marino de mórula arcaica, jalonando una secuencia automática de pasos ascendentes, mínimos en avance, multi-milenarios en duración, quemando etapas del escalonamiento animal. Eras y cataclismos dan testimonio de una evolución progresiva pautada por la obligatoria exigencia de una sustentación mecánica, que adoptó cada vez el patrón necesario a las breves mutaciones garantes de la supervivencia.

Sin prisas en el tiempo ni pausas de retardo, se enriqueció la vitalidad de la doble hélice genética hasta crecer, elevarse y alcanzar la autoconciencia y el milagro polidimensional de la palabra y su potencia creadora...

La aparición de la palabra y con ella el lenguaje articulado generó un salto dimensional en la especie animal que logró el singular atributo y permitió centrarse en la individuación consciente. Se establecieron nuevos parámetros de conducta culminando en obligar a la conducción propia del ascenso y el cultivo espiritual voluntario, determinado en formas y unidades diseñadas ad-hoc y asertivamente. Queda en nuestras

manos y a propio juicio construir el patrón definitivo a seguir. No se da o pide un modelo único, ni se obliga a seguir alguno. Evita aludir a las estrellas, el entorno o al azar para justificar errores, omisiones o culpas; si nuestras son las decisiones u omisiones, igualmente nos pertenecen las responsabilidades y consecuencias de lo realizado. También puede triunfar la indiferencia, la pereza o una jugarreta existencial y caes, pierdes la voluntad de levantarte y doblegado por el síndrome de Sísifo te avienes cómodo al idiotismo y la sosa apariencia feliz de hombre-cosa, o peor: animal hablante que come, fornicia y defeca.

Aunque ascendemos seguimos arrastrando carencias, pero debemos aceptar el sufrir ese cáliz y sus amargos tragos, sin resentimientos ni melodramas victimarios en el tiempo de algún lejano trauma o dura frustración cuyo violencia pulveriza las ansias vitales y cercena el espíritu, congelándote en el rumiar de una desdicha, convertida en insulsa y “cómoda” justificación de un derrumbe moral convertido en juguete catatónico de especial preferencia, olvidando la tarea de aprender que el existir se debate en enfrentar el yo consciente, volitivamente centrado y asertivo que debe luchar contra las adversidades, además de

enfrentar las vivencias inconstantes de sus instintos y caprichos, resistir la explosión lujuriosa de sus gónadas y la exigencia primaria de hirientes impulsos hepáticos, o las banales apetencias materiales...

En cuanto a defectos, carencias y virtudes no hay que albergar dudas, se presentan por igual en todo individuo, si bien sus efectos, nefastos o positivos, van a depender del lugar ocupado en la escala social y las responsabilidades por afrontar. Valga citar la envidia o el egoísmo en un plato de la balanza y en el otro, nobleza y diligencia. Las primeras, como expresiones de la miseria humana tendrán presencia en un ama de casa, en un alto ejecutivo transnacional o un primer magistrado de “equis” país. tercermundista. La diferencia estará en las consecuencias de las acciones que manifiesten el egocentrismo de unos o los matices de envidia de los otros.

Igual si aflora una virtud o se manifiesta tu solidaridad en una tarea de ayuda o cooperación comunal en el taller o en una oficina administrativa de aldea. El hecho alcanzará con su actitud y diligencia al breve entorno que le rodea; mientras que algo similar realizado por el potentado industrial o el directivo

de una institución internacional, repercute e influencia la vida de miles o cientos de miles de personas en muchas partes del mundo. Muy cierto respecto al daño o beneficio inmediato; más si se refiere al mal o al provecho de sustrato. El valor otorgado será el mismo: Condenatorio para lo negativo; de exaltación para lo útil y benéfico.

Al final de cada desgarró inútil, cansado de surcar el mar de las contradicciones, surge tierna la resignación exigiendo un reposo, dando un soplo de aliento o planteando dudas que permiten saltar sobre el pesimismo o la desesperanza y seguir adelante sin olvidar la palabra de los maestros:

—“Ni premuras, ni detenciones innecesarias”. La verdad concreta es que las tinieblas casi no existen; en su mayor parte son alucinación pura, cortinas sucias o penumbras raídas. Golpecitos de juguete a la débil fe del momento; soplos banales, suspiros exangües... Nada.

¿Quién ha pensado que los caminos son cortos, o mejor, que alguna vez concluyen?

Por lo pronto podemos continuar dando curso a los prejuicios y seguir matando, robando y pudriéndonos mientras creemos que otros hermanos —por negros o judíos; por chinos o indios; o por no vestir, ni hablar o comer como nosotros; o tan solo por la longitud de sus cabellos— pueden ser peores o un poco más bestias.

Microhistoria de Pastelería **(El cuento de la galletita)**

El viaje había sido tranquilo, sin nada digno de mención, salvo la trivialidad del cuento harinoso y el hecho desconocido de haber sorprendido a Geo-adamo al punto de enmudecerlo por breves minutos.

El Capitán, después de sus obligados cinco minutos de sobremesa, tomando su café post desayuno, había subido al puente. Saludo, rumbo, marcaciones, posición, bitácora. Sala de Radio y vistazo al último *weather*. Ronda de inspección por la ciudadela y visita al *purser*. Regresa a su camarote —que su camarero debe haber aseado y alistado— y se dedica a *tareas del hogar*. Riega las maticas, dos macetas que le acompañan. “Esta es la casa” dice, señalándolas si alguien

osa interrumpir sus tareas. Ordena esperar si es un primer oficial, o posterga a una cita de cinco minutos después del café de las tres de la tarde a cualquier otro tripulante. Si hay un Jefe de Máquinas reciente, un primer oficial o un contador, incluye el segundo día de navegación una cita social de cuatro a cuatro y treinta de la tarde. Nunca un minuto menos, jamás un segundo adicional; y sólo a los oficiales mencionados otorga el privilegio, cuyo primer acto ritual es la invitación, diez minutos después del ingreso a la cita, a degustar “una galletita”.

Atención, es “*una galletita*”. Te ha saludado y estrechado la mano, te invita a tomar asiento y con una sonrisa tan espontánea como el *tic-tac* de un péndulo, pregunta: —¿Qué tal va todo?

Luego, sin importar adónde va la explicación, el detalle o narración en la que das respuesta a su pregunta —que presientes auditoría a tus deberes—, te detiene a los diez minutos exactos y ofrece la inveterada galletita; *una*. “Perdón”, expresa de manera tan mecánica como cada gesto suyo, y va hasta un aparador frente a tu silla dispuesto de tal forma que él no te de la espalda al abrir la puerta, pero si manipular su

contenido. Toma un platito y la caja de las galletas. Hay un surtido de formas y sabores. El escoge dos cuadradas; redondas o rectangulares, siempre iguales y con los mismos rellenos, decorados o pastillaje.

Una galletita para ti, una para él.

Sería una ceremonia casi sacerdotal, cual ofrenda japonesa, si no fuese por la mecanicidad implícita en cada detalle o movimiento del tipo; denotando una espontaneidad tan falsa, como incalificable. Prosigue su “ceremonia” Coloca las galletas de exquisita forma equidistante de los bordes del plato. Lo trae frente a ti y lo ubica en el centro de la mesa casi con el armónico estilo de una Geisha, pero su gesto te dice que no la tomes hasta que el no piense disponer de la suya, unos siete minutos después, que con los tres del mecánico ceremonial previo, completan dos tercios de un encuentro especial de socialización, copia de un manual chimbo, del seminario pirata “Imagen y mercadeo de la autoridad en planos gerenciales”.

Los últimos diez minutos del encuentro se disponen para la memorable ingesta de la galletita: Una.

Otra sonrisa de péndulo al concluir la degustación, un minuto de silencio para apreciar el gustoso placer

de lo ingerido y se levanta. Es hora del ofrecimiento de cierre.

—Qué carajo pensará este bolsa que está haciendo? Comiéndosela de gentil y educado...Que no me joda.

—Agua, verdad.

Nuevo rictus de labios —ya te has enterado de sobras que en realidad no sonríe— llena lentamente los dos vasos, te ofrece uno y toma el otro, entonces gestacula en lo que se supone imitaría un brindis al tomar el suyo. Sorbo a sorbo bebe y sin importar si te tomaste o no el agua servida, coloca sus manos en los descansa brazos de su silla y hace el gesto de levantarse —intención que tú de inmediato acompañas— aunque permita que seas el primero en levantarte.

Otro gesto, a la par de un nuevo rictus labial y te señala amablemente la salida, pero te detiene en un alarde de amistosa camaradería dos pasos antes de la puerta del camarote. Te enfrenta cara a cara, toma tu antebrazo con su mano izquierda mientras te dice con la mirada: “¿Te fijas lo franco y amable que soy contigo?”, y espeta:

—Me encantó hablar contigo. Ya sabes, cada vez que necesites consultarme algo sólo llama por teléfono.

—Para añadir en abierta contradicción—. Las puertas de la oficina siempre están abiertas para mis oficiales.

Un último rictus labial de socialización. Estrechón de manos y hasta luego.

Treinta minutos exactos cronometrados con la precisión de un reloj atómico de Cesio.

Vale decir que la gran mayoría de aquellos a quienes tocó semejante privilegio, se calaron tranquilos la tortura para corroborar las informaciones previas de la odisea micropastelera y vacilarse los hechos a posteriori, pero se sabe de un colega al que le había tocado navegar con un ente de la misma tónica y calaña relacionista, de manual barato, que sin vacilación ninguna al ver la inefable y solitaria galletita (UNA), lo mandó al mismísimo, se paró y se fue...

—No me jodas, le voltié mi culo y mi largué pa'l coño; eso sí, primero —Já, Já, Já— agarré la galleta.

Para escuchar la conciencia

Coño!!!, qué bolas tiene ese cura, diciendo que debemos escuchar la voz de la conciencia y poner lo más

puro (fue así que dijo...lo más puro...) al servicio de ideales de convivencia, paz y armonía. Nojoda, su-
daó es que está ese loco ensótanaó. Hablando paja...

Chico, pero dónde vive ese señor. Como carajo va-
mos a tené' paz si aquí en cada barrio hay una cadena
de malandros mejor armaos' que la policía o el ejérci-
to; —qué bolas...será que las tiene cuadradas.

—Pero no digas esas vainas en voz alta porque te
ganan un insulto público en vivo y directo y te acusan
de cuanto les viene en ganas, empezando por apá-
trida y terminando por hueleverga...porque ahí si
son buenos los coñito e' mai', insultando a la gente
y haciendo propaganda...

Coño vale, yo tengo mis propias voces que escuchar,
cuatro tripones que comen como un remordimiento,
la mujer preñá y el perolito con el que medio sobre-
vivimos, pidiendo to' los días un cariñito. La semana
pasa' fueron dos cauchos, DOS hermano, DOSS, un
poquito antes los frenos y ayer en una cola arrechí-
sima, se recalentó, no arrancó y quedé sin batería...
nojoda, el mercado de la semana tuve que machetea-
lo por toaspartes, y la lista del colegio de los cha-
mos también se jodió. Hay que empezá a pedí libros
usaos a los vecinos, a mi hermano allá en Capatárida

que sus muchachos ya van pal'bachillerato y esperá a ve' si hay oferta en las ferias populares que pone la gobernación y (con voz engolada de locutor bien comido y pagado a precio de oro) promocionan y anuncian "...*Con el empeño solícito de un gobierno soberano y popular, dirigido al bienestar moral, cultural y económico de nuestro pueblo...*" nojoda, puro jarabe e'lengua chamo, que másná, saben hacé...'

Se necesitan cojones ... la voz de la conciencia, como si yo no tuviera vainas más importantes que poneme a escuchá pendejeras de moral. Además el guevón se las da de santurrón. Sí, vive en un barrio, pero échale ojo al camionetón que carga y a la chama con que anda...A mí me dirán lengua larga, pero ese cura está encueraó.

—Que tanto murmuras ahí entre dientes José Ramiro. Que mosca te picó pa'que andes hablando solo.

—Nada mujer, na'más que el vencimiento de la cuota de la línea, el pago de la ayuda comunitaria a la asociación; la batería que hay que pagá, la del perolito no dio más y perdía la carga ca'rrato. Los libros de los muchachos; la ayudita a los viejos que ya casi ni comen por no molestá, las medEcinas pa' la tensión,

el “ersamen” médico que nos pidieron pa’ el problema de fatiga de la carajita, que hacen na’más las clínicas y cuesta una bola...en fin, nada mujer, nada distinto a la mierda de to’ los días; solo que ahora vino con su toque de esa vaina que llaman sarcasmo y simisno, así es: cimisno, cimisno...

—Cinismo, chico, cinismo, pareces bruto también...

—Y de paso bruto e ignorante; coño tú también

—Eso lo tas’diciendo tú José Ramiro...así es que vamos a déjalo de ese tamaño y di mejor quien es el de la vaina del sarcasmo cínico...eco perico, te fijas, hasta una aprende algo con esta situación tan jodía...

—Okey, pendeja y vas a comé con esa vaina...

Bueno chico, está bien, dime la cuestión, quién carajo es el que está jodiendo con la vaina esa del cinismo sarcástico...eh...

—Coño, quién va a ser mujer, el gobierno y de ñapa, el cura ese pendejo, que fui a la iglesia namás que pá cumplí con el luto del compadre y salió con eso de que debemos tené conciencia pa’salí de la crisis y patatín, patatán, pura paja y saliva mi’amol.—

José Ramiro y su mujer, rumiarán su frustración una tarde más y otra vez será breve, quizás agrio, el escaso condumio de carbohidratos nocturno, apenas sazonado con unas breves mechas de queso, el más barato del mercado —en realidad el menos caro— como la casi única proteína de la ingesta diaria.

...Pero la voz de la conciencia que surge del chispazo divino siempre está ahí, pugnando por dejarse oír. Intenta ser fuerte, incluso dura, pero el inmenso y pétreo muro de las necesidades primarias no solo individuales sino ahora colectivas, de la familia, más las básicas prioridades sociales de inserción calificada a modos más dignos y menos agotadores que las del obrero a destajo y a veces hasta de trabajo esclavo —por las condiciones de la prestación y el miserable estipendio, que llega hasta el cruel abuso de jornada por vianda— imposibilita que desde las profundidades del corazón y bajo la dirección cerebral de la mente se establezca la reconfortante comunicación de la partícula divina con el yo denso de la praxis rutinaria.

Sucede día a día, desde las más remotas edades y en todos los estratos y condiciones. Mi esencia se conturba y mis esfuerzos, aunque inútiles en apariencia, deben proseguir. Es la ley; es mi ley sacra y ni por una “coma” debe dejar de cumplirse. Persistiré como tantas miles de veces en hacerle escuchar mi voz de aliento, de esperanza y fortaleza.

Mi voz de amor y real consuelo; mi tarea sagrada.

Vestigios y goznes de los días

Una nube es un velero y un velero es una torre. La torre es árbol, el árbol es duende y éste es ave se disipada en un devenir paralelo presagiado en la nube; luego es polvo y más tarde agua y lo que fue velero, torre, árbol, duende y ave es ahora solo un niño en el regazo inviolable de una abuela.

Nunca una imagen fue más persistente, el niño y la abuela contemplan una tarde la tormenta veraniega. No inquieta ni angustia el trueno o la furia del viento que azota y desgaja las frágiles ramas del pino o el jazmín, casi inerme. Cada uno diferencia la tierna comunión de la calidez corpórea y enrumba un camino distinto. La abuela desconoce adónde va el niño, él no sabe por dónde transita ella, aunque tal vez, de niña recorría sendas semejantes...

Camina la menuda figura a jugar con las hormigas, vadea ríos formados por minúsculas gotas desprendidas de una hoja. Allá en otra ribera un niño indio, distinto y único a la vez, crea verdes e inofensivos gusanos amasando flores minúsculas; el otro teme y vuelve a la abuela, ahora niña de nuevo, luego jo-

ven, madre, hija, hermana, mujer, agua nutriente de la vida, Eva definitiva que obliga a un Adán, átomo constante en un Samuel Langhorn Clemens, como en mi o en otro, a decir más tarde al final de una cuita de papel: “Dondequiera que ella estaba, estaba el paraíso”.

Un aire de fuerza mística envuelve la soledad de la cabina donde apenas un lazo me ata a la vida mecánica de la tierra, el conjunto de instrumentos frente a mis ojos y el sordo rugir que hace evidente a la máquina. En un cuarto de siglo son muchas las horas de contemplar la majestad de la soledad interior. Horas de pájaros dando al hombre la ilusión de libertad que despierta tan pueril envidia. El ave empeñada por igual en subsistir, no es más libre en sus instintivas rutinas de supervivencia que cualquiera de nosotros, solo es aparente la amplitud de su marco. Imaginamos los hilos de su vuelo con el profundo deseo de ir más allá de las nubes y el sueño inútil de compartir sus giros en el viento torna invisibles las cadenas que ciñen sus alas. Cantos surcando espacios más amplios que nuestros cortos pasos, armonía de tri-

nos embelesando el aire sin disminuir un gramo el peso de sus ataduras. Alimento, cobijo, apareamiento y crianza, los inexpugnables barrotes de su reja.

Y empeñados una y otra vez, logramos al fin volar sin alas hasta el grado absoluto del nombre fulgurante: Libertad, salto dimensional a la independencia del espíritu.

Círculos.- Hasta dónde llegará nuestra capacidad para soportar el engaño. No he podido rumiar otro motivo. Pequeños egoísmos, miseriuca, simulaciones. Siempre la misma idea, pertinaz, reiterativa, casi insoportable. Digo no, y vuelvo otra vez al mismo círculo; la extraña vida de Iván Osokin, un retorno continuo e incesante atrapado en una maraña de mecanicidad repitiendo su vida una y otra vez paso a paso, segundo a segundo. Mi caso y situación parecen superfluos lo motiva la obsesión con una idea reiterada por días y semanas. Se disipa un tanto y regresa sin aviso ni protesto con cualquier disparador emotivo y como toda obsesión —igual que los gestos repetitivos— si perdura llega a convertirse en segunda naturaleza. La risa es a veces una segunda naturaleza; la aversión a un hecho, a un objeto, a una conducta. Un rictus, una frase o una suma gestual pueden condicionar un existir

arbóreo.

Hasta dónde llegará nuestra capacidad para soportar el engaño?

De nuevo el círculo y la vida de Osokín, asomándose insinuante gracias a mecanismos emocionales automáticos, como los rollos perforados de las antiguas victrolas. Cada disparador emotivo es un sólido paquete prolijamente aderezado; apariencias que engañan al menos una vez, nunca más de eso, no más.

Un círculo vicioso como un gesto mecánico, puede ser la estrategia de autodefensa de tu “enemigo”, el poderoso zar de los caprichos biliares y apetencias hepáticas de miniexplosiones que alguna vez exige la leve mentira de creer aceptar el repetitivo discurso de siempre, hasta que decidido y cansado de ese loco girar de hormiga alrededor de la misma miga, dices internamente NO y dejas de celebrar “la agudeza” de pensamiento del disparado por enésima vez rollo N° 3.

No mentí.- Pude hacerlo y lo eludí aunque me invade cierta tristeza. Hubiese podido barnizar y disfrazar mi pequeña verdad insuficiente y estar ahora

más feliz. No, mejor es la satisfacción de no ceder a la inmediatez del impulso mecánico y devorar la palabra falsa que bailaba en mis labios. Hacer lo propio y conducente te lleva a lo justo y evitará los arrepentimientos tardíos.

Cuántos grados tiene la mentira y cuántos la verdad? No es práctico ni útil pensar así. Basta con ganar aquella mínima batalla. El día, cada día, está pleno del pequeño combate, mínimas victorias o triviales derrotas. La síntesis, suma y expresa la lucha de vivir y existir: ¿El gran triunfo o el fracaso total?

...Eso quisiéramos; se presenta de una u otra forma la sempiterna envidia, por lo eximio, lo excepcional, la grandeza; más solo aparece lo mismo de otras veces, el común de cada día, la babosa e insípida rutina o el opaco gris sin brillo de la hormiga y su circuito de trocitos de hojas; el mismo que cumpliste anclado en el minuto del hastío, aferrado a la pírrica victoria del mordisco a la verdad.

No mentí, con eso basta.

Era feliz... y lloré desconsolada

Sin duda me sentía feliz de haber culminado mis

estudios. Al fin graduada en idiomas y obvio, sin trabajo. Iniciaba una nueva lucha algo más ardua y estando a punto de perder las esperanzas surgió la oportunidad. Me designaron para clases de Inglés en el Liceo de Abejales. No tenía la menor idea de la ubicación de esta población, la geografía del Estado no me era familiar, la mayor parte de mi vida había transcurrido en la capital del país. Pero esto no era significativo, lo importante estaba centrado en comenzar a trabajar y tener un plan para el desarrollo profesional; mis ilusiones estaban intactas. Comencé a informarme con amigos y conocidos acerca de la población que sería mi primera base de operaciones. Era un poblado pequeño, de unos diez mil habitantes, ubicado en la vía al llano a dos horas de San Cristóbal, donde vivía desde nuestro traslado de la capital. Sin más información pero con un morral de expectativas, alegre y temerosa al mismo tiempo, salí con destino a mi primer día de ejercicio profesional. Resultaría exitoso, imposible pensar otra cosa. Tenía la preparación teórica necesaria, motivación, animosa...pero cómo será. Falta poco; hay que saber dominar la impaciencia...

—Ploff, plofff, plofffuish. Dios del cielo, que es esto.

Debe ser un vertedero de basura. Nooo, esto es... que pequeño y feo. No hay nadie en esta soledad...

—Como dice el refrán “hice de tripas corazón”, aunque pequeñito y con la voz interna más recia que rescaté, me dije dos, tres veces: No me afectará, no puede afectarme. Seguro, no me afectará. A trabajar ... Good morning kids... **GOOODD Morrrningg.**

Unos se asustaron, otros boquiabiertos y todos me vieron como a una venusina llegada del espacio.

—La memoria se protege sola. El impacto fue tan brusco y profundo, que olvidé como realicé ese primer día de clases en un desierto, tan diferente del bello pueblito andino que la imaginación había dibujado. La tortura concluyó en algún momento y regresé a casa a proseguir otra etapa del dolor de mis inicios. Viajar a diario cuatro/cinco horas, para ida y regreso al horno de mi labor, 35 y hasta 37° a la sombra. Soporté un mes antes de rendirme a lo evidente: debía vivir en el lugar. Mediante unos amigos contacté a una señora del pueblo —familiar de alguno de ellos— y previo los telefonemas de rigor acordamos hospedarme en su casa. Allá llegué maleta en mano a recibir el peor mazazo de

la cadena de frustraciones que adornaron mis inicios de educadora.

Fue difícil evocar aquellas impresiones y no creo posible transmitir mi desilusión, la exasperación y el down-frustre de la correosa rabia interna que me obligaba ante el cruel panorama, cuya voz decía y repetía en burlones gritos: Hasta aquí llegaste, cero ilusión querida...de aquí no pasarás...

La vocecita interna débil, tenaz, clamaba por mi atención... no desesperes, esta es la realidad verdadera, pero estas armada tan fuerte como ella misma. Puedes luchar, debes combatirla y transformarla, e intentar romper las tenazas de su rigor...No claudiques ante los primeros golpes...

—Adelante señorita...dispense la pobreza; este, si, este, yo soy Teodosia, a su mandar, pase, pase...

La vivienda de tres habitaciones tenía solo dos disponibles. La tercera era un cuartucho con todos los chécheres inservibles que puedan imaginarse... No había baño, el techo era de zinc, para elevar la candente temperatura. El piso, de tierra apisonada, y con la dueña convivían una gama zoológica de gatos, cochinos, gallinas, pájaracos, ratones, un morrocoy — que tropecé al entrar— dos vigorosos sapos, nubes

de zancudos y un plus: siete dinosaurios enanos en una charca cercada, al final del largo corral.

—No señorita, no son dinosaurios, son babas, y se comen, aquí las criamos y...

—Que se comen qué, los bichos esos, dinosaurios enanos...

—Señorita, son babas y muy sabrosas en “pisillo”

—Señora Teodosia por favor...no se le ocurra servirme eso, no *señor*...

*Hoy veo a estos marinos después de miles de años surcando los mares y en nada
difieren de sus míticos ancestros. Mejor aún,
puedo reconocer en alguno a un miserable galeote
en un Trirreme surcando el Mare Nostrum romano.*

*Observo aquellos dos faenando peces en el mar amarillo, y
recuerdo muy bien a ese joven de la chanara gris.
Fue serviola en el Estrecho de la Sonda,
cuando Jack, el delfín piloto,
hundió al buque desde donde dos años antes le dispararon.*

*Ahora tengo al frente tu última asignación de mar.
Estás comprometido con una vieja deuda. No lo haces mal;
tus experiencias saldan con creces viejos pasivos.
Observo que cumples muchos roles.
Actúas de sacerdote y eres el Jefe.
Trabajas de psicólogo y consejero espiritual.
Practicas medicinas alternativas y terapias no convencionales.
Eres el hermano mayor, debes ser un perro guardián
y aún contra tu voluntad algún día,
unos minutos quizás, ejercerás de tiranuelo y dictador.*



Los reptiles son considerados monstruos prehistóricos. Sus especies pueblan casi todos los continentes. Los del Nilo, alcanzan 5 y 6 metros. Iniciando el siglo XX se encontró un ejemplar de casi 9 metros de longitud.

El trabajo: Era más bien mi odisea. Una temperatura abrasadora que solo llamaba a salir volando en busca del río a unos tres kilómetros del pueblo. Nadie atendía el discurso pedagógico y menos las explicaciones que en detalle intentaba fijarlos a un nuevo idioma. Si por casualidad alguien se enfocaba unos pocos segundos en la pizarra, el libro o mi voz, aparecía de inmediato el gran muro carencial de la falta general de nivel. Ni siquiera hablaban de forma regular su español nativo, como iban a intentar un idioma diferente. Pero estas dificultades eran coser y cantar al lado de lo que me esperaba en el remedo de jardín zoológico de la señora Teodosia.

Llegaba agotada, derretida más que sudorosa, acariciando la idea de un baño reconfortante y había que enfrentar el cruel primitivismo del agua en un tonel, full hojas y suciedad acumulada durante el día gracias al viento y la falta de una tapa; la improvisada puerta de una endeble lámina de zinc que a veces sostenía con una mano mientras la otra enjabonaba o tomaba la totuma; el barrial del piso, el casi infaltable y horrendo sapo, amén de alguna avispa y pare Ud., de contar...

Las cinco primeras noches a poco me dejan sin lágrimas. Mi desconsuelo era tan extenuante como el feroz clima del lugar y mis fuerzas llegaron al borde de la extinción. Para colmo, una tarde me detengo a la entrada del patio delantero, reacomodando unos papeles a punto de salirse de una carpeta y al intentar seguir oigo unos raspones, algo que se arrastra. Sorprendida y alerta me detengo, **DIOSMIO DEL CIELO, NOO;** muy rampante un dinosaurio —al que vi descomunal— venía hacia el interior con algo sanguinolento entre las fauces. Paré de correr a punto de tumbar a doña Teodo que salía de una bodeguita cercana... Fue horrible, ni quise oír cómo salió de la charca el animalejo...con solo recordarlo se me erizan hasta los pelos...del alma.

Esa fue la pajita que fracturó el lomo a mi camello. Por la noche el lacrimoso diluvio fue incontenible, llegue a temer una deshidratación. De pronto y con las oraciones pidiendo soportar la despiadada rutina que amenazaba consumirme, apareció la vocecita reconfortante; aupando al valor, comprensiva y algo regañona después y a continuación, de inmediato, constante, estimulando las fuerzas del espíritu.

—Tu que te llamas Leona y presumes de serlo, hasta cuando vas a llorar. Jamás creí que pudieses sucumbir tan fácilmente ante las primeras piedrecillas en tu camino...Consentida, si, consentida. Hay millones de seres que se imaginarían en el paraíso si viviesen en el seno de esa calidez que consideras agobiante. Y los pequeños animalitos, cómo pueden molestar a una reina; asume tu actitud majestática y te rendirán pleitesía. No olvides tu sustrato genético animal y recuerda que Anatomistas y Fisiólogos definen la parte más antigua del cerebro humano, como “cerebro reptiliano”. Contacta esa conciencia colectiva para la actitud corporal mecánica de tu presencia ante ellos.

La fuerza y energía divina que reside en cada célula de nuestro cuerpo, está forjada de todos los reinos precedentes de la vida, (piedra, algas, raíces, aire y bestia) de ahí el poder que somos capaces de poner en juego si tenemos el conocimiento suficiente para acoplar esas fuerzas dispersas de los reinos primarios de la naturaleza presentes en nosotros y la firme voluntad de darles expresión positiva.

No desmayes Leona, enfrentas breves escaramuzas que contribuirán al temple de tu espíritu. Es tu preparación para las

batallas que debes librar el resto de tus días. No cejes, cada obstáculo en tu camino es un reto, una lección por aprender y una satisfacción al triunfar de cada situación de compromiso. No desmayes Leona.



Y en verdad, me sobrepuse. Los minidinosaurios continuaron siendo feos y aparentemente feroces pero ya no me inquietó más su presencia. Las salpicaduras de barro a la hora de bañarme, resultaron benéficas para la piel. El ritual de la hora del reposo incluyendo la ceremonia del mosquitero, se convirtió en un ejercicio de meditación dinámica. En fin, el mundo no se acabó. El frustrante agobio de las pequeñas calamidades se convirtió en humoradas para los show-party, la vida siguió su curso indiferente y

neutra ante mis dolores de muela mentales. Pasaron unos cuantos meses, tres, quizás cuatro y seguí viva y cuerda; no loca como auguraban mis disparatados pensamientos de los primeros días.

En forma progresiva la situación fue cambiando y la decisión de enfrentar la dura realidad con una actitud diferente, se impuso y dejó de lado un camino que me conduciría al de vieja amargueta.

El transcurrir al que llamamos tiempo y jamás se detiene, alivió lento y sin quebrar su continuidad, heridas, dolores y pequeños sinsabores. En un lapso de cuatro años mis primeros días en un pueblo fantasmal, lucen como una pesadilla que va desvaneciendo su impronta. Quedó una experiencia sólida, en particular referida al manejo de las emociones y su influencia en nuestras actitudes cotidianas.

Buena parte de la formación de mi carácter se forjó al calor del hornito ambiental donde ha continuado mi actividad y tarea de educadora. El paso de los días va transformando de continuo cada aspecto de nuestra vida profesional. Hoy vivo en una casa algo más cómoda, la temperatura no ha variado su dure-

za, pero mi organismo se adaptó al castigo térmico y en cuanto a la aptitud general, parece que la gente desea sacudir su apatía y participar más activamente en la elaboración de sus destinos.

Mis últimos recuerdos de aquellos angustiosos días del inicio, confirman las brutales paradojas frente a las que nos coloca el bizarro mundo de hoy. Un pelleo circunstancial pero necesario me obliga a unos días en la capital del país. Un primo muy querido, profesional de Ingeniería, recibe una promoción gerencial en la importante empresa del Estado donde se desempeña. Con este fondo a título de justificación y el largo período de mi ausencia, me invita a una cena de postín en un nuevo restaurant-gourmet de la ciudad. La semana en curso la regenta un chef invitado de alto prestigio internacional (léase Europa y anglo-sajonia); los platos estrellas —a precio de restaurant tres tenedores de Guía Michelin— son a base de...adivina, adivinador:

—Carne de mis entonces bien odiados minidinosaurios, que hubiese podido comer cuando la buena de Teodosia me lo ofrecía en el precio irrisorio de alojamiento y comida en Abejales.

Cosas veredes...porque las casualidades, no existen.

Mi hermosa amiga Lucía

Lucía, bella, inmensamente bella de ternura. Delicada, casi frágil pero con la fuerza del tierno brote que rompe la roca y surge a la luz, dedica dos enigmas a su amigo. Su entrega está plena de esa generosidad simple y elemental que define la pureza de intenciones. Da, por el placer de mostrar afecto y amor a su prójimo. Jamás espera recibir nada a cambio.

Cuando no era yo

Un golpe un mar de susto

un eco extraño del tiempo.

Un solo puño un suspiro

un mundo tenso del segundo tiempo

Un gran temor

y un largo tiempo

eran las lanzas afiladas

de imponderables de la constancia

Cuando no era yo

**suspendida entre los ojos de la refracción
era un espejo abrazándote la conciencia**

Espera paciente mientras transcribo sus letras al interior del corazón, después de algo más que una vida. Con la sonrisa de su alma, más que de sus ojos y sus labios, lo agradece.

Es entonces cuando mira dentro de mí y entrega:
“El Contraste”.

**El contraste llena el índice del dorso
domina al duplo esferal del mundo
la luna y el sol.**

**El contraste llena el índice del dorso
de plata, de oro y de múltiples
o innumerables misterios imaginarios**

**El contraste impone el silencio
persiguiendo cada cosa
se convierte en mediocridad instantánea
el contraste es sucesivo
conjugando cabalmente de verdad**

**El contraste tiene un idéntico signo
de negro, de blanco
y de volumen insólito.**

Geo-Adamo, conmovido, responde:

**Prisionero está el roedor del campo
en el ojo del ave de rapiña
atrapado en un devenir inexorable
cuya semilla abona la angustia
y los minutos
sin extensión en el espíritu.**

**Se justifican arrestos
ante los miedos inciertos
por los presagios nunca escrutados.**

Grietas

Se abrió una grieta en la coraza y duelen más hondo las penas extrañas y las propias. Las heridas del día surcan profundo, aunque a veces —pocas, pero al fin algunas— también la risa llega a los fosos, nos

despoja del llanto para dar flores radiantes, estrellas en la mirada y labios gozosos de una última sonrisa. Se abrió una grieta en la coraza y es brutal la punzada del hermano triste. Nos desgarró su grito de congoja y casi se escapa la vida en agonía opresora... pero alcanzamos en suplica el círculo cotidiano de las convenciones acudiendo sin prisas al rescate:

...¿ Hola ¡!!...

Y sin meditarlo, en reflejo vivo soldamos la grieta para regresar con la cara remozada y la pintura de una nueva máscara triunfante.

Adentro, hondo, en un recodo de caverna, se aprecia una huella difusa, lejana, muy cercana al olvido, desgarrando la punzada lacerante sin congojas ni lamentos hasta convertirla en matiz, detalle anecdótico de un viejo incidente emocional. Después evocarás la ausencia apenas como espina vestida a fuerza de rabias. Sin embargo, sonreirás y expresarás un gesto de nostalgia con el leve agitar de la mano.

Solo son grietas, minúsculos rasguños del espíritu que el corazón intenta restañar inútilmente. Aunque sangran poco, duelen al sucederse y dan lugar a las oquedades del alma, se agolpan los trazos de tu

vida y descubres el rasero común que te emparenta al todo viviente. Aquí podrás saber si pagaste el precio necesario, el peaje de dolor y karma que cubrirá tus desvaríos, caprichos baladíes y aquel forcejeo sin escrúpulos de las oscuras ambiciones.

La vida, sorprendente, nos llena de encuentros o visitas que redescubren heridas y a veces un goce. Mañana dejaremos el sendero cubierto de trozos desvaídos tirados en los bordes, apiñados con los restos de ilusiones muertas.

¿En qué habrán de convertirse si nada escapa al juicio inexorable de tu estrella?

Ausencias como escombros derrumbados pesarán constantes en tus hombros, sin excusas, quebrantos ni despojos, hasta el día en que el cansancio de instilar punzadas y acidas gotas de un sufrir antiguo, diluya en el tiempo tus nostalgias; la ausencia olvide tus quejumbres, te abandone el dolor y quede solo un pozo de vacíos interminables.

Confesión

Cómo podría decir cuánto hace que te amo. Desde mucho tiempo he amado a la mujer que hay en ti.

Venías grabada en el átomo final del corazón al instante de la luz y el grito. Cobraste formas diversas en muchas vidas. Anduve adivinándote a cada paso mío. Hurgando trozos de corazón encontrados en el camino, llamándote pleno e incesante, sin descanso ni tregua. Ora acá, más allá, a la vuelta de cualquier retorno frustrado veía impalpable tu ser huyendo en el tiempo de mis dedos cual el instante impreciso. Loco de no verte, comencé a negarte. Absurdo inútil. Surgía de nuevo sangrando hacia tu encuentro y se desvanecía la huella entrevista. Aún no llegabas. Apuñalaba en mis soledades aristas de horizonte soldadas al vientre del futuro y aparecías difusa, inasible; no alcanzaba tu rastro, se esfumaban tus rasgos, desaparecías. Cortaba inclemente el nudo establecido a un rasgo tuyo y partía de nuevo sin recoger la última lágrima a perseguir la sombra de una esperanza, o a persistir, intentando regresar al día perdido... Y si hubieses quedado a una vera del camino. Si en el frenesí de perseguir tu encuentro te hubiese perdido para siempre.

Ignoro la mano que izó la cuerda del rescate. El día, la noche, el continuo sucederse limitó su fluir a un discurrir lento, tedioso, preagónico. Volví a los he-

chos un día de comunión con las manos llagadas de aferrarme a clavos ardientes. Solo quedó la tristeza del burdo consuelo. Negarte, no existías.

Ahora repito incesante: Te amo. Te he amado siempre en cuanto he visto resumido en ti y creo digno de amar. He amado tus moldes, huella mía de un ayer sufriente, pasado sangrante y borrascoso de mi búsqueda, tormento de días y años; un doliente hoy realizado en el testimonio ardiente del día delirante en asombro, al contemplar mis ojos en los tuyos, el alma asomada a la mirada.

Nubes, lunas y tormentas pasaron poblando mis torturas, pero allá, después del velo circunstancial de la rutina, de lo trivial y las nimiedades cotidianas, se impuso constante la fuerza voraz de un volcán incontenible que aniquiló desvaríos e impidió convertir en cenizas las frustraciones que me desgarraron, hasta que el brillo de tu sol logró el renacimiento de mi primavera.

De la paranoia a la frivolidad...

En contadas ocasiones ha sido muy duro darme a conocer como parte de la inmaculada presencia y ésta en la que el portador deambula sin norte es una de ellas. Vida centrada en lo esencial mecánico, anodina y repetitiva, necesitando como el aire el incordiarce incesante con la banalidad del incidente trivial o el embrollo vegetativo del atrapado persistente en cada estímulo externo de días calcados, recibidos en el cerco de polímeros que recubre el lugar del corazón o en la cáscara anodina de un proto-espíritu atrofiado que acepta y asume la bastarda contrariedad del instante cual sufrimiento de mártir cristiano, acusando una parte corpórea al borde del gel cercano a disolverse segundos después de la contrariedad banal. Esclavo de caprichos absurdos —necedad retórica; no hay caprichos lógicos— brizna al azar del viento en la diaria kermesse; donde las carencias anímicas revelan pliegues oxidados obligando al choque emocional, azotar insistente al muñón de conciencia presente buscando persistir en el viaje interior y abrir el cofre donde reposa inerme la chispa divina.

Contradicciones y angustias se debaten entre fri-

volidad y paranoia. Bordean aristas existenciales del vegetal apuntalando uno u otro marco de alienación; saltando del fardo de minucias perseguidas en el consumo a las trampas pseudo-emotivas de la caja mágica o el anecdotario de cualquier chisme de la vedette del momento, al afiebrado miedo que acosa al ciudadano desde los ángulos del caótico control ejercido a mansalva por el funcionario de turno: Las listas, el pinchazo a tus cuitas de oficina, el malandro de la esquina; los peajes de la escalinata, la repetición del slogan, el color de la camisa; el desquiciado que al azar dispara sobre una multitud de niños o en el interior de un colectivo; la quebrada desbordada, el tráfico congelado; el puente colapsado, la vía interrumpida, el calor y la lluvia; el apagón constante, las amenazas del jefe —repetidas hasta el hartazgo en todos los tonos y matices— la basura ambiental, la basura ideológica, la basura mental, la basura funcional de una burocracia inepta. Madeja envolvente mineralizando las actitudes sembradas, cultivadas y adiestradas por los malos hábitos mentales y emocionales que forjaste distraído y ajeno al pensar, el hablar y el hacer conscientes.

Oh dioses de cualquier secta, rito o congregación, como ayudarles a escapar del cerco.

La faceta de mayor fuerza la esgrime lo frívolo, sin que amaine el agotador asalto paranoico. Maneras y actitudes cool, snobismo, moda del jet-set y la voraz industria del espectáculo; vedettes, luxury tools, beautiful people, reality shows, vi-ai-pi. Una descomunal maquinaria estimulando hasta la saciedad y el agobio, cuanta trivialidad estúpida pueda surgir de cualquier arista mediática imperante.

La paranoia no necesita estímulos. Bizarra y avasallante por naturaleza se manifiesta violenta en todo género que brota rabioso a tu lado como en el más remoto rincón de este mundo inmenso que en apenas diez años, se miniaturizó al punto de permitir que dos dedos índices conozcan en tiempo real el menú diario de la última “Miss”, el crecimiento de la próstata de un Primer Ministro, el nuevo look de la amante del presidente de una organización internacional con sede en Ginebra, la última aberración de un mandatario tercermundista, los disimulos, entuertos y malabarismos para ocultar las vergüenzas de un sacerdote pedófilo, los muertos que volaron

por los aires en el último atentado ocurrido hace una hora en Pakistán, la franja de Gaza o en el motín del penal carcelario de tu ciudad.

Genocidios, leyes racistas, muros xenófobos; secuestros, deportaciones masivas, drogas y ecocidios; tráfico ilegal de armas sostenido en silencio por los grandes fabricantes. Fortunas que florecen de la noche a la mañana o volatilizadas al ritmo de la caída de Wall Street, Zurich o Londres. Conflictos bélicos locales diezmando poblaciones, trata de blancas y prostitución infantil; megalómanos de toda laya y abusadores sexuales al frente de gobiernos, jueces banales o con humos de vedette californiana, catástrofes naturales más frecuentes y devastadoras a la par de atentados fraguados por la maquinaria post-industrial y una gerencia rentista contra la madre tierra. Smog y lluvia ácida, terrorismo suicida, morgues congestionadas; trivialidades de las luminarias del deporte vendidas cual genialidad digna de altos elogios. Hambrunas arrasando pueblos olvidados y ostentoso derroche de potentados pagando millones por baratijas con “nombre” fabricado mediáticamente como lo máximo en elegancia, diseño o perfomance. Subastas de pantaletas de una figura del star system

o de la pluma de un juez que sentenció a muerte al victimario de una personalidad equis, asesinatos rituales, matrimonios en viajes satelitales; exotismo y sacrificio rotando vertiginosos ante las cámaras de un noticiero de cobertura global.

Racionamientos y toneladas de alimentos podridos; si bien otros, sanos y frescos se han botado al mar o incinerados para impedir una baja de precios del producto. Reducciones de presupuesto afectando empleo, techo y estómago de millones de pelafustanes, al lado de cuentas millonarias en paraísos fiscales o megacréditos blandos a banqueros maulas; compra billonarias de armas el mismo día que un ministro de ese gobierno niega el presupuesto para el mantenimiento del sistema de acueductos del principal estado del país; carcajadas de payaso barato y cretina estulticia ante el dolor, el hambre o la cruel victimación de la pluriviolenencia cebada en los juanpueblitos; todo en vivo y en directo en un mismo canal, 24 x 24 sin transiciones ni anestesia.

Una sola voz. Cuál... ignoro, solo puedo afirmar que es una sola: La del poder, la voz del dinero, la del consumo; la voz del Imperio convertida por la magia

de la manipulación y el uso maestro de estímulos y herramientas conceptuales de último cuño —ojos y oídos alertas— en “La Voz del Pueblo”, adormilado, anestesiado e idiotizado al **90%** . La porción restante, bajo control subliminal, basta para creer que piensas y decides por ti mismo, “libremente” atado por los globos ilusorios que infló con propiedad el último de los personajes carismáticos creado y vendido a precio de realización por la pantalla invasora.

Un solo espectáculo abierto y a la vista sin restricciones, apenas advirtiéndolo en saludo a la bandera, que tal o cual programa puede ser visto por los chicos, si les acompañas y guías los comentarios y preguntas que formule la innata curiosidad infantil. Más allá, el propósito final estará logrado: La vida humana rebotando entre la hipnosis de lo frívolo y la catatonia del espíritu alienado en la paranoia. Geo-adamo panfletario sin quererlo, acosado por la impotencia y la frustración al no lograr hacerse audible, manifestarse excelso ante los desesperados o ante los inanes; no obstante persevera en impulsar el esfuerzo volitivo del habitado, rumbo al descubrimien-

to de sus facultades dormidas, del ejercicio tenaz de una fuerza decisoria para torcer en forma definitiva la supuesta fatalidad de un destino escrito, una mala estrella, las influencias malignas o una “mala junta”, excusas siempre asequibles, fiables, resolutorias y a la mano para convertirse en cómplices gratuitos, perfectamente útiles para destruir al hombre verdadero —gladiador en pos de la divinidad— y conducirlo dócil a la breve dimensión de hombre cosa, mecánico, automatizado y predecible, apto para la abrumadora gama de todos los fracasos posibles.

Soledad

Es temprano aún, no termina de atardecer y la noche se vislumbra lejana, algo más allá del paso acompasado e isócrono de los segundos. Casi termina el verano y caen las primeras hojas doradas, bella estación que no guarda empatía con mi espíritu del momento. No estoy deprimida pero comienza a pesarme la soledad. Por qué no aparecen mis amigas, son dos apenas y quizás no sean tan constantes como lo desea mi egoísmo. No llaman, no vienen, ni un mensaje siquiera. El teléfono ha estado tan solo como yo, que tampoco me atrevo a llamar. Detesto escuchar esas voces quejumbrosas intentando ser neutras con lo que llaman mi desgracia. Pensamientos estériles que debo desterrar; no estaré sola más tiempo, saldré a la calle. Vestiré elegante y haciendo gala de alegría desterraré esta murria que amenaza con estancarme en la ciénaga depresiva. Cenaré afuera y el ruido ciudadano me hará buena compañía.

Que absurda, creo necesitar algo de compañía, una voz a la cual escuchar, un oído que me atienda, unos ojos que se fijen en los míos y sin embargo pienso en sitios poco visitados, sobrios, casi íntimos... de

paso casi estoy lista, cambié la facha de rulos, pijama y bata por un bello vestido de calle que me sienta bien y hace lucir mejor mi piel de durazno en sazón, según mi hermano en cada visita. Solo falta retocar los ojos, algo de sombra azul ligeramente brillante y de maquillaje facial un toque ligero de pincel en las mejillas con suave tono rosa en los labios. Ciertamente no soy fea, solo una inválida.

La joven, algo más allá de la veintena, vacila un tanto en su empeño inicial, duda por breves momentos, pero un fuerte latido emocional la decide. Saldrá de la celda hogareña a tomar otro aire. Dejará la espesa atmósfera de su cuarto de soltera para respirar el ambiente de la calle, escuchar el ruido de la ciudad que siente tan próxima al oído como lejana en su corazón. Anhela un mínimo lazo de compañía.

(Las voces de la conciencia femenina son muy diferentes de las masculinas. La mujer difícilmente piensa en innovar. Mejorar sí, en un sentido son perfeccionistas, les interesan los detalles; celosas de sus competencias se esmeran hasta la terquedad en dar lo mejor de sí en cada responsabilidad asumida, a niveles difíciles de comprender para el pragmatismo masculino. Como habitante eterno del corazón humano les escucho, les

hablo y por igual me hago eco de sus preguntas e inquietudes tanto como me preocupan e interesan sus angustias y solicitudes. En esencia no desean transformar el mundo, quieren mejorarlo sin que sea necesario destruirlo y sin importar el lugar que ocupen en una escala —sea económica o de rango social— observo con especial admiración la naturalidad con la que fluye de sus corazones la solidaridad. El corazón del hombre no alcanza —o se le hace más duro— las cotas de humildad suficientes para el consuelo sincero al desvalido).

La joven concluye el austero aderezo de su faz de salida, toma su silla especial y se dirige al garaje. Su destreza en manejar la condición de invalidez que padece es muy completa. Primero entreabre la puerta delantera, se acomoda un tanto atrás y abre por completo la puerta trasera izquierda desde su silla, que luego frena. Se levanta y con la ayuda de un bastoncillo y la parte interna de la puerta se acomoda firme de pie, pliega la silla y la abate sobre el marco inferior de la puerta desde donde con un sencillo y práctico mecanismo instalado en el interior del techo del sedán, la engancha y coloca fija dentro del auto. Cierra esa puerta, se toma de la otra que termina de abrir, se coloca de costado en el asiento delantero y toma su lugar de choferesa lista para conducir el automóvil.

Se dirige al centro de la ciudad. Llega al restaurant de su preferencia y el mismo proceso de abordar el vehículo realizado para salir de la casa se repite a la inversa. Termina de alistar el ayudante mecánico que suple su disminuida motricidad corporal y se traslada al interior del pequeño recinto regentado por una familia italiana de la ciudad. En el lugar le reciben con cariñosa neutralidad profesional sin dejar de ser corteses; se trata de cliente asidua. Se ubica siempre en el mismo sitio, una mesa lateral próxima al pasillo que conduce a la cocina. Dada la temprana hora es la primera comensal en el lugar. El camarero de turno interrumpe su logística previa a la recepción del resto de la clientela más los viandantes ocasionales y le entrega una revista de gastronomía que acepta gustosa para hojearla y leer algo.

Transcurre media hora, ha intercambiado saludos con el maitre, respondido sus breves comentarios sobre el clima de los últimos días del verano y las atracciones turísticas de la ciudad. Ha leído la carta y realizado su pedido que precede una copa de jerez, ya colocada frente a su servicio de mesa.

Un hombre joven, quizás en los cuarenta o un poco

más, entra al restaurant. La ve como al descuido, inclina la cabeza ligeramente en gesto de saludo neutral apenas cortés y se ubica en una mesa desde donde, otras dos de por medio y adosada a una esquina medio escondida por el mesón con los implementos propios de la restauración —vajilla, copas, cubiertaría— está sentada la joven inválida de cuyo hándicap nada se trasluce a una primera y discreta mirada.

El recién llegado está de visita por primera vez, aunque tal vez conozca la zona. Puede ser un marino de paso por la ciudad-puerto o un viajero más o menos frecuente. No es un turista. El pequeño restaurant es relativamente cercano a los viejos muelles que en el pasado ocupaban el centro de la ciudad, cercados por bares de toda calaña con su correspondiente mercado del amor a todas las tarifas. Ahora, Baltimore ha desplazado el asentamiento portuario con sus atelajes, almacenes y otros colaterales, rumbo a las afueras, reubicación repetida en todas las ciudades portuarias de la costa Este norteamericana. Se ha saneado y reconstruido el viejo centro citadino con atrayente enfoque de lugar de esparcimiento y se le conoce como la Bahía Municipal. Si bien hace de atracción turística todo el año, durante el verano

en particular conforma un dinámico y variado microcosmos de música, muestras artísticas, pequeños establecimientos que ofertan productos exóticos y la Fragata Constitución —por lo menos en esta ocasión— como atracción central de corte histórico. También muy cercano, el viejo y siempre atractivo mercado de la ciudad y en esta visita, una particular sorpresa a punto de develarse.

En el temprano anochecer un taxi le trajo al lugar: Familiar, pequeño, intimista, acogedor. Una comensal en la sala-comedor, mujer joven. Un breve remedo de saludo y recorre las pocas mesas con rápida mirada luego de recibir la atenta bienvenida del maitre, quien con un gesto le da a elegir, pero intuye que en segundos, de no hacerlo, se encargará de ubicarlo.

Se decide por una de tres pequeñas mesas para dos personas, desde donde obtiene la visión de casi todo el breve salón comedor y a dos mesas de por medio desde donde me encuentro.

Con su experticia el maitre ha reconocido al visitante ocasional, quizás turista —no, muy lejos de tal condición— tal vez un viajero de paso por la ciudad.

Contempla el sobrio decorado con atención; se le nota distendido, disfruta la acogedora atmosfera.

Delicada copa para el agua, servilleta de lino con discreto bordado, impoluta; la carta de sobrio diseño, limpia y sin atisbos de manoseos excesivos, queda a un costado de la mesa. Pide un Martini... muy seco. Lo ha dicho en español que no molesta al camarero. Una bella acuarela que adorna la pared del costado donde se ubica, reclama su atención y mientras espera el servicio se levanta a contemplar la pequeña joya pictórica. Un nuevo mesero se mueve con discreción y minutos después ya sentado el comensal a la mesa, al dejar el Martini, anota, señalando el cuadro con la mirada y en un casi-español con ligero acento:

—E un paisaje de la Cerdeña, de un pintore famoso...

No ha vuelto a mirarme. Un tanto disperso en los sobrios detalles del entorno, incluido el contemplar la acuarela, se desatiende de mi acuciosa fijeza unos pocos metros distantes de su mesa. Da un sorbo al Martini y aprovecho para introducir en su copa la fuerza

volitiva de mi solicitud a su atención. Esos efluvios concentrados son al fin respondidos y suavizo el tante imperativo impreso a mis ojos. Su mirada de respuesta denota ligera sorpresa que controla gentil y a la que imparte un breve halo de curiosidad. Le miro con profundidad y él corresponde varios segundos. Me invade una cierta dulzura al sentirme observada. Mis ojos le interrogan en forma directa aunque velando la mirada y él vuelve a su copa. Como despacio según mi costumbre, con gestos lentos que mi bello hermano define como delicados. No pienso importunarle observándolo con fijeza pero siento, percibo, que no le molesta y tal vez le agrade. Insisto entonces en verle como al descuido a medida que disfruto mi servicio.

No es un galán, tiene un rostro firme, rasgos un tanto duros que suavizan algo los gestos y una cabeza llamativa. Un rostro curtido sin afeites y manos grandes que se ven fuertes. Debe ser un marino de paso por el puerto, aunque viste con cierta formalidad. Pasan los minutos, su mirada se hace más ligera, no diría que dulce pero dejó de ser curiosa. Sus ojos dialogan con los míos y me pregunto: Qué pensará... Debo advertirle de mi invalidez ahora que nuestras

miradas se hacen complacientes. Continúa la cena cual si estuviésemos a la misma mesa, dialogando con el pensamiento; él con cierto decoro, mientras que yo...no debo revelarme así, es imprudente, ni se lo que ingiero. Le haré ver mi bastoncillo, no en forma obvia desde luego. Será accidental, debe comprender la intención... ya está. Creo que lo ha visto, no es del caso repetir el gesto. Sería como pedir conmiseración.

—Sí, lo vio, es inteligente de su parte no haber revelado sorpresa y menos curiosidad. Tengo que hablarle, oírle, escuchar una voz, otra voz, su voz. Me esfuerzo en controlar el asalto emocional. Quisiera hablarle o sugerirle de alguna forma que necesito decirle algo a otra persona, talvez un ¡hola! bastaría... abriría una puerta.

Hemos vuelto a cruzar miradas por varios segundos y ocurre el milagro, me sonrío, respondo igual y casi estuve a punto de hablarle, decir algo, no sé, dudé, volví a sonreír, sentí un ligero sonrojo, me contuve y dirigí de nuevo mi atención al servicio en la mesa.

Prosigue nuestro silencioso intercambio en la misma tónica; yo con cierto grado contemplativo de fijeza

y él simulando una que otra vez un matiz de indiferencia ocasional. Concluye la ceremoniosa y “parlanchina” cena en algún momento. Tomo la carta de postres y elijo. Él, pide solo café.

Solicitó la cuenta. Paga en efectivo. Es un marino, sin duda.

Thank you, dice y se despide del camarero, que devuelve el cumplido.

Se levanta con la firme intención de marcharse. Su mirada es un adiós de silencios; pero mis ojos supieron suplicarle y responde de nuevo a mi sonrisa; se acerca. Llega a mi lado y extiende sonriente una mano cálida y firme, afectuosa en el suave y breve apretón. Siento una breve tensión pero logro distenderme. Sus ojos me ayudan en el propósito. Mi mano se queda unos segundos entre las suyas, la retiro y sin decir nada tomo una tarjeta con solo mi nombre, escribo y anoto un número de teléfono. Se la entrego. La toma y observo que ha visto un metro más allá de la columna donde está adosada mi mesa, la silla de ruedas. También volteó a verla sin afectación. Nos miramos de nuevo y sentí una nueva inyección de

coraje que surgía de su rostro franco sin asomo de lástima. Un hombre que asimila mi incapacidad con sobriedad y aplomo. Le extiendo ahora la mano, la toma de nuevo, ve la tarjeta y con ligero acento latino pronuncia un “I call you tomorrow”. Mientras besa suavemente mi mejilla le respondo soterrando la ola emotiva que de momento me embarga: “Wait for you telephone call... tomorrow.

Han sido breves pero hermosos estos instantes de compañía, de contacto humano con alguien que ve y acepta como normal tu grado de incapacidad. Nada importa si cumple o no la promesa de llamarme, presiento que sí y lo espero sin ilusión pero con alegría.

A media mañana el día siguiente, cumplió su promesa. Hablaba desde un teléfono del muelle. No le fue fácil conversar por limitaciones con el idioma que confesó en forma franca sin más comentarios. Pude ayudarlo con unas breves frases de mis lecciones de español. Fue una bella charla después de todo. No hubo promesas y lo disfrutamos. Seis, siete minutos de conversación que compensaron mi última semana de soledad de la que sus miradas comenzaron a

rescatarme la noche anterior. Comprensivo e inteligente compartió sin falsas alegrías y sincera devoción humana mi angustia de soledad. Comprendí en un momento que su vocabulario se agotaba y no quise apenarlo por ello, abrí la ventana al adiós que se difuminó entre la cordialidad de su risa a un comentario mío y una sonrisa de respuesta que él no vio, pero presentí que había percibido.

Cuaderno N° 3
(Hechos y raíces)

La puerta falsa

Hice cuanto pude por evitarlo, pero mi desesperación fue más fuerte. Busqué tenaz y persistente otras soluciones, pero la tortura interior triunfaba siempre y me conducía hacia la salida inmediata.

En realidad no se explica cómo llegué a esta circunstancia acerca de la que pienso y considero única solución posible. Amor, cariño y consideración no me han faltado. De todas mis “ex” he quedado amigo y me aprecian. Mis hijos me respetan y quieren, aunque debo reconocer que pude haber dedicado más tiempo a su forja de hombres y mujeres de bien. Mi naturaleza se impuso al deber y los dejé a un lado para satisfacer la apetencia de nuevos amores.

Es obvio que una de las tareas más difíciles de la compleja jugarreta del vivir, es el comportamiento responsable justo, sin contradicciones e hipocresías; tanto como sencillo y expedito se nos hace justificar nuestras dudas, errores y omisiones.

Casi sin esfuerzo, el lodo se impone a la luz. El jardín de las delicias se convierte en tentación creadora de ciegos y sordos cuyas magnitudes nos dejan

a merced de los hambrientos sentidos. Escapar es un intento logrado y alivia las angustias que renacen, producto del abuso perpetrado por uno de los tres usurpadores que se apoderan de la facultad de pensar. Un respiro de tiempo te permite el intento de reencausar destinos en el marco de un nuevo tálamo, pero el acecho de las dolencias, en repuesta a las peticiones de Venus, convierte las rutinas de trabajo en lotería de dolores, que sin embargo, ni contienen ni atemperan la voracidad del dictador de las cavernas. Una ordalía de grandes desordenes anímicos lleva tu infierno al paroxismo, y no es la menor preocupación mantener aquella máscara de armonía familiar, paz interna y aceptación de las triviales pequeñeces comunes al diario convivir. Pero la desazón interna no cesa, el dolor físico lacera y casi desmorona la voluntad de resistir.

Te exiges una pausa, cambias de aires. Unas breves horas en descanso parecen suficientes para el milagro de una recuperación física, a la par de una reevaluación de vida interior exigida por un grado de sensibilidad muy acusada, más siempre preterida ante el llamado de los sentidos; como de nuevo ocurre

cuando el jefe de las cavernas se alebresta una vez más ante la presencia venusina...y dado que había una especie de reevaluación de lo vivido, analizando culpas y responsabilidades no asumidas, más por desórdenes eventuales entre tiempo y lugar, antes que por mal-intención o “sacudirse” molestias y reclamos; las muchas voces que se apostaron en tus sábanas gritaron al unísono las variadas formas de compromiso asumidas al calor del ayuntamiento de los cuerpos...

Una sensibilidad de suyo y por construcción ajena a incumplimientos e irresponsabilidad, se ve acosada por la hambrienta debilidad carnal, al tiempo que aporreada por esos mismos excesos, sumados a debilidades quizás congénitas o estructurales, te ubican en la dura encrucijada de revisar tu vida. Hay que emprender de urgencia una revisión testimonial. Necesitas reevaluar y frenar; darte un alto e iniciar el peligroso camino de expiar las culpas íntimas, tratando de juzgarte imparcialmente. Dubitativo al comienzo, respiras, piensas y logras un ligero y relativo alivio a la ansiedad dominante. A cada pensamiento rememorando un borrón del pasado, a cada aventura y visita a los predios de Baco, dedicas

análisis, justificaciones y arrepentimientos. En fin, intentas revisar y evaluar —con miras a un “firme propósito” de enmienda— cada una de las tantas caídas propiciadas exitosamente por el maligno (otra forma, nada original, de justificar despropósitos, mentiras e incumplimientos).

Empeñado en lograr un acopio de paz mental, te aferras a la voluntaria y firme idea de cambiar, ser otro, olvidar, enterrar un pasado de pequeños desmanes, equívocos y errores... Pero es muy duro juzgarte con propiedad en el débil marco de convicciones azotadas por prejuicios y convencionalismos, más que hipócritas, inconsistentes; con valores de pobre sustentación gracias a diversas formas de fanatismo.

En agitado y confuso mar se debate la frágil barca espiritual de este asiduo visitante del dolor, anudado en sus justificaciones, obnubilado en enmendar errores. Quiere, desea una adoptar una conducta diferente, plena de responsabilidad frente a sus actos, sin subterfugios de escape; una actitud opuesta a la sostenida desde sus primeros escauceos sentimentales durante la adolescencia.

Terrible caos, en cada valoración de un acto o decisión, te excedes o bien con desmedida permisividad quedas corto en los señalamientos. Frustración ahora, depresión después, alegrías mentirosas rondando inconsistentes y máscara tonta de estoy magnífico —dentro de un rato— para reunirse a cenar con la familia de turno. Un día así, mañana igual y pasado mañana similarmente confuso y contradictorio, agregando hebras deshilachadas al intrincado ovillo de su maraña mental.

Dos días después...no, tres días más tarde...perdón fueron cinco días. Realmente ignoro cuantos días transcurrieron durante la eternidad de su tortura espiritual; las mordeduras de los dolores físicos y la estúpida pretensión de engañar al entorno familiar con la máscara de “estoy chévere y feliz” que a cada instante de breve soledad debía remozar. La curva de caída depresiva remachada a cada entresijo de su adolorido y maltrecho organismo se hunde a profundidad de abismo remachando el desasosiego de no encontrar salida y dar de bruces contra el desconsuelo de no saber orar. Las máscaras son inútiles, antes que ocultar sus tragedias, revelan la fea realidad de su postración y el abatimiento de un

ánimo desgarrado; colmado de contrariedades por una mañana soleada y luminosa de cuya hermosura no pudo disfrutar un ápice su espíritu atormentado. ... Lo ha decidido, es irrevocable la intención de escapar por la puerta falsa de la salida rápida...

—Y eso resuelve algo. Lo que calificas de solución inmediata no repara ni resuelve nada, al contrario, te complicará las deudas de la próxima ronda a cumplir. Lo repensarás...

Las voces internas fueron un sordo rumor caótico, provocador, aumentando su desconcierto y desazón para precipitarlo en el despeñadero de las obsesiones; considerar cómo realizar lo decidido y proceder a resolver.

—Qué debo usar... y cómo, este...coómo, jhum, juhm, funcionará...qué tipo de “herramienta”.

—Una cuerda es buena. Desde luego, para resolver es una buena solución... una cuerda... por Dios no. Además de la pérdida, el morbo...horrible la escena... ————— Mejor un lanzamiento. Sí, puede ser. Ajá, un lanzamiento. Claro, desde un edificio alto

—Oh, no. Tampoco, el cuerpo queda... No, es más

feo que la cuerda...se me hace difícil pensar con claridad, aunque dicen que sucede lo contrario cuando uno “está listo para el paso final”... pero...

Ya está, para que tantas vueltas, basta con la pistola. Claro eso es, pero no voy a dejar nada escrito, que digan lo que se les ocurra...ah, está cargada...pero,,, y... sí...quizás me estoy precipitando... Mejor llamo a...—...No, así está bien.

Y qué pensará mi...**Bangg**<<<<Hayyyy...aashshsh<<<<—<—<—♥♥♥♥●●●●-●●●———.

¿Cuál es la importancia real del sexo?

Había osado formular la pregunta una tarde primaveral del año en que le encontré en el zoco citadino. El anciano nunca se sorprendía por nada. Se mantenía imperturbable, con la misma serena fuerza de su tesoro vital interno, sin importar la circunstancia. Adiviné un leve destello de compasión en la clara profundidad de su mirada y más nada. No respondió entonces. Era común que alguna vez dejase de lado mis preguntas como si las ignorase, pero jamás las dejaba sin respuestas. En el mediodía estival que compartíamos desde minutos antes, cuando se permitía un primer reposo de las tareas del día y después de su ligera colación de frutas, vegetales y agua fresca; tomó una pajilla, trazó una larga raya en la superficie lisa del piso de tierra frente al tronco que le servía de asiento y dijo con su voz pausada, lenta, profunda en bellas inflexiones:

Hijo el sexo no es más importante que ninguna otra cosa u objeto particular del mundo o de la vida. Su misterio y la carga de dolor y tragedia que ha significado para el hombre, provienen de la incapacidad humana de comprender la ley de causa y efecto de la

más sorprendente y maravillosa de las cuatro grandes fuerzas invisibles que rigen el universo, de las que solo percibimos la acción de sus resultados: La fuerza germinal de la vida; la alegre potencia constructora del amor; la extraordinaria y profunda acción del perdón; y por último la llave maestra del movimiento funcional del Gran Cosmos, producto de la sempiterna relación entre la materia-energía y el infinito espacio que le contiene prolongado en la eternidad temporal de su extrema e inconcebible magnitud.

El primero de estos poderes, la fuerza germinal de la vida, se concreta para el ser humano en la excelsa comunión del sexo... El hombre carga sobre su corazón y sentimientos, sobre su razón, su mente y emociones, en la conciencia y en el espíritu las más complejas, contradictorias y antagónicas disquisiciones en torno al sexo. Ha sido incapaz de comprender la divinidad intrínseca de la comunión de los cuerpos: La bestializa, la corrompe, la prostituye. La fuerza germinal de la vida es la primera y más rutilante perla de la creación. El hombre no puede, por ignorante, ni quiere, por pereza, lucirla en su verdadero esplendor. No sabe acatar su real y magnífico imperio de primera causa motriz del orbe, ni menos en su expresión

humana dar justo cauce al torrente de su poder y lo convierte en lanza devastadora, espada inmisericorde, yugo angustiante, furia pasional que le ciega y devora.

El sexo hijo mío, es solo el signo externo y la evidencia del poder de la creación. Encierra todas las magnitudes. Como fuerza primera es muy dúctil al pensamiento puro, pero también la más tenaz e inquebrantable y la única donde el margen de irreversibilidad decuplica y centuplica sus cimas.

El sexo hace imposible a los hombres comunes revisar sus acciones y apartarse de una pendiente giratoria y abismal que les atrapa y arrastra desgarradora cual la cola de un cometa ordálico y destrozan sus vidas sepultados en una caverna demencial. Convierten en agonía, dolor y oscuridad, lo que solo es plenitud, luz y alegría. Esa fuerza germinal una de cuyas hermosas expresiones es la comunión corporal, es también la fragancia de la rosa y la sazón del fruto. Son mil años de sombra protectora escondidos en la minúscula entraña de la semilla. Es el poder regenerador de los aminos guardado celosamente por el cereal que te ha servido de pan durante siglos, milenios y edades. Es la incandescencia de los mi-

núsculos mundos giratorios existentes en el grano de arena. Es el todo unitario latente custodiado por las aguas oceánicas para que la vida no cese y resurja cuando la demencia destruya lo actual algún día.

Y es muchas cosas más: El fuego custodiado por los dioses que orienta e ilumina el saber simple y auténtico de la meditación profunda sirviendo al hombre verdadero, señalando senderos a la santidad, Es en fin, alcanzando sus más altas y hermosas cimas de sublimación, el esplendor último de tu cuerpo atómico convertido en luz lanzada al infinito del ahora intemporal, generador de la única y verdadera independencia del espíritu divino que mora en ti.

Llegado a este punto y si lo dicho se te convierte en información procesable para conocimiento, es importante agregar algo especial —dado lo difícil de interpretar en forma correcta— cierto que el sexo es una manifestación de amor cuya fuerza puede elevarse a la sublimación, por lo que jamás debes reducirlo a un revolcón de cuatro piernas, rebajarlo a la escueta y sudorosa expresión de “pene y vagina”.

Aquel trazo de la pajilla sobre el suelo iniciando la disertación del anciano para responder a mi pregunta,

brillaba ahora. Tierra arcillosa mezclada con fina gravilla de sílice, respondía así a la incidencia solar internada por los claros del ramaje, suerte de cobijo frente a la vivienda del labriego. Esa visión última de la mínima herida brillante sobre la superficie de tierra, acompañó en su viaje hacia los cofres mentales de mi razón, la sedimentación de las palabras. Más tarde, el crisol de los días fundiría rutilantes perlas para el amor cuyo encuentro primaveral solicitara respuesta a la palabra pugnaz que antes me hirió.

Gota a gota surgió un mínimo cauce, lento y firme devino en caudal y de sus raudales emergió una frescura inagotable, un ardor sacro y el sereno resplandor del éxtasis.

Las miniaturizaciones

Acceder al intercambio en las escalas numérico esenciales, en particular para el sentido descendente, hace necesario conocer tres grados de miniaturización y practicarlas sin dilación al solicitar el viaje interior, pues si parece apenas una exigencia técnica, su falta hará de tu introspección falaz caricatura.

Geo-Adamo demostró que basta lograr uno de tales

grados y alcanzar la dimensión gnómica intermedia para obtener la mágica facultad de acceder a vivir:

*“en el musgo y en la hiedra
jugar en las riberas del rocío
viajar por pistilos y corolas
de todos los jardines
y encontrar reflejos diseminados
en las hojas y las dunas hurtadas al desierto”*

El estado inicial puede describirse como de absorción introspectiva. Particularmente me pareció lo más natural del mundo llegar hasta el borde del jardín, contemplar las mínimas riadas de agua que normalmente solo daban volumen suficiente para llenar un balde de juguete y encontrarlas de pronto como plácidos y hermosos espejos de agua, rodeados de altos árboles en cuyo marco podría asaltarnos el temor a encontrarnos monstruos gigantescos de aquella selva escondida tras las pétreas montañas que se elevaban ante mí.

De extraño en el fenómeno, repetido casi a diario, sólo observé años más tarde el haberlo perdido en oscuros y viejos rincones de la memoria. Fue una breve y dulce revelación volver a encontrar la gnó-

mica dimensión de tantos años frecuentada por lo menos en tres o cuatro infancias de otros tantos eslabones diferentes y percibir que el recuerdo, o mejor, la recreación del proceso en forma mental, no había sufrido mengua.

Al punto y edad en que traje de nuevo a la conciencia la posibilidad de tales pasos indiscriminados, entre la hexadimensionalidad del continuo y cualquier vértice de los planos gnómicos, no era posible entrar en los micro universos, ni se permitía —y me lo confirmó el maestro— pasados ciertos límites etarios después de la setenta y dosava curva vital, ni siquiera guardar evocación del proceso requerido para el deslizamiento atemporal hasta semejante estado de vivencias.

Bajo algunas sui géneris circunstancias y condiciones, aparecían fenómenos como el de mi caso, me dijo el viejo a su turno y ocasión:

—Es de veras un privilegio, en tu estado actual y dentro del caos que toca al hombre en la cota histórica del instante, evocar un estado de miniaturización que eventualmente nos coloca en dimensiones cognitivas esenciales. Eso basta como oasis, o como desmitificador de las nuevas subjetividades.

Una mañana sentados a la orilla del arroyo que bordea la entrada lateral de la pagoda contigua al recinto principal de Kabul Til, volvió al tema y precisó los términos en esta forma:

—Decir que el estado inicial o de umbral para las dimensiones ultérrimas es como un desencadenante de absorción introspectiva, elimina dudas y ambigüedades en torno a cuáles son las vías para conducirnos a las riberas del rocío. Recréalo, aunque sea en su literalidad, por favor.

Lo intenté de seguidas. El acercamiento primario se daba sin ningún nudo crítico. Se daba por aproximación espacial en términos de geometría euclidiana y en el más ortodoxo entorno cartesiano. Venía luego un examen panorámico de los recintos cuya cobertura tendría lugar en la primera etapa, momento en que ocurrirían las decisiones respecto a los espacios a tomar en la espiral descendente y lograr paridades volumétricas equivalentes a las de una femto-partícula de sílice. El borde disgregatorio no implicaba riesgos. De presentarse una escisión amenazando conducirnos a un nodo subfásico, sucedía un corte en el proceso, menguaba el índice de irreversibili-

dad, la conciencia de vigilia cubría de nuevo la silla del loto y caíamos al estado inicial frente al jardín. Apenas flotaba por instantes una ligera niebla frente a los ojos y al disiparse, nada más acontecía. Dado que la variable tiempo se constituía en aquellos planos mediante ecuación a todas luces irreconciliable con las del umbral de procedencia, ni siquiera me tomé alguna vez la libertad de pensar una espera.

Siempre regresaba, a veces en forma repetida solazándome en los pasos para alcanzar la miniaturización. Jugaba a placer con aquel diamante invalorable. Era poco menos que fantasía. Una atmósfera transparente, brillante y plácida al mismo tiempo. Sin oír nada externo, vibraban melodías en el aire, y alcanzando en forma certera el corazón te conducían a un gozo pletórico y dinamizador de la vida.

Un día, después de un regreso cualquiera, se cortaron los nodos. El encuadre referencial se desvaneció en pulverizaciones. El loto apagó su brillo hasta marchitarse, se borraron los registros vegetativos del índice bio-síquico y desde entonces, hasta aquel

instante prosaico frente al fregadero de la vieja casa campestre del hostelero, jamás pude reconstruir los parámetros catenarios del camino al musgo.

El soldado

De las memorias anteriores de Geo-Adamo tengo testimonio por legajos encontrados en el cuarto recinto de una antigua y abandonada biblioteca. Fajos de papeles que si bien en las cintas separadoras lucen la palabra “Memorias”, a guisa de identificación, pueden ser muchas otras cosas. Había notas de eventos históricos, fechas y citas nombrando lugares o personas; notas en torno a ecología, apuntes sobre música, (uno decía: “quiero escuchar el concierto para violín de Brahms, con tus oídos”, subrayada la última frase). Unas veinte páginas después, Brahms de nuevo “con sus melodías que se elevan para decir y cantar la infinitud del espíritu”; hojas con recetas sobre remedios vegetales y una con terapias mántricas. Desconociendo el contexto en que se generaron dudé acerca de que destino tendrían, qué significaban o si eran un recordatorio o el complemento de algún tema. Al fin separé un puñado de hojas, tal vez un

centenar, expurgadas un tanto al azar tras revisiones muy someras en el intento de rescatar lo más significativo. Al revisar cuidadosamente, apareció el tema del soldado, un breve lote con algunas mutilaciones y ligeros desgarros.

... Me dolió morir de soldado, no el morir en sí, que casi lo esperaba en aquella primera escaramuza plena de miedos latentes y esenciales que no entumecieron mis músculos, pero arrojándome al trueno y la metralla truncaron las expectativas. Además era tan joven, casi imberbe aún. El emisario de uno de los señores del país nos llevó al frente de combate. Primero fuimos una tarde al patio de su gran casa de hacienda un grupo de veinti'tantos peones y el que había sido capataz de una hacienda vecina, cuyo dueño era mi padrino de bautizo; ahora con título de general, estaba a cargo del grupo. La guerra se levantó contra uno de los Monagas a la orden de un Mariscal y otro jefe de un asunto que llamaban Federación, y aunque nadie sabía con certeza cuando había empezado se decía que ya tenía más de tres años. El General habló de la patria que necesitaba nuestra

sangre y me perdí un poco del resto cavilando para qué demonios la patria tendría que usar mi sangre. A la mañana siguiente estábamos en un descampado a lo que llamaban el “cuartel general”. Desde niño había oído hablar de guerras y campañas así como de este conflicto particular que nos arrastraba de toda la vida, según decían mi madre y dos viejas tías.

—“Siempre hemos estado en guerra, nunca conocí un año de sosiego ni tranquilidad, cuando no era un General del gobierno que andaba en campaña, era uno de la revolución, levantando peones de las haciendas y gentes de los caseríos”, repetía la mayor de ambas casi mecánicamente cuando se tocaba el tema. Por cierto se decía que fue violada muy joven por un oficial de caballería. Luego se supo que no existió el estupro. El intentó poseerla y ella no se resistió; al contrario se entregaron con “dulce y estremecedora pasión” según el apunte de una vieja carta donde narraba el hecho y su decisión de entregar el fruto del amoroso encuentro a la familia del padre. Nunca más supo de ese hijo, un desconocido primo mío que según escuché alguna vez, había estudiado y era doctor.

Mi padre, dos tíos y otros tres varones del parentesco familiar combatieron en tales refriegas. La ganancia fue completa; tres muertos —mi padre entre ellos— un inválido, dos mutilados, uno de los cuales desvariaba y un vasto anecdotario de matanzas, pillaje, destrozos, saqueos y las supuestas heroicas hazañas del narrador. Pero me atraía la guerra. Quería matar defendiendo la tierra que pisaba y apoderarme de glorias y riquezas. Mi anhelo de hazañas fantaseaba risueño y temeroso ganando duros y cruentos combates de una guerra a la que me asomaba armado de los empeños juveniles y las encendidas palabras del coronel, un ordeñador y herrero compadre del general.

Un tanto sorprendido y a la vez orgulloso recibí las banderas del grupo al que pertenecía el batallón.

—Estas son las invictas insignias de nuestro “regimiento” y debes portarlas —dijo el comandante— con ardoroso orgullo. Llegando a unos tímidos y campestres diecisiete años, jornalero pobre e iletrado, soñaba con el poder y la gloria militar. Acepté radiante aquellos pendones como si fuesen el simbólico envoltorio de mis futuras proezas de valiente guerrero.

Geo-Adamo yacía tan profundo en este joven cuerpo que parecía no existir. Sucedió una y otra vez en todas las épocas, que la divina porción no encuentra forma de acceder a la persona que le alberga. Es un huésped olvidado, desconocido, sepultado a profundidades abismales que en vano intenta hablar, comunicarse, gritar al borde del rugido a través de las capas de ignorancia, futilidades, pequeñas ambiciones y miseriucas que ahogan su voz...

...Un sacudón le sobresalta. El imberbe dobla inerte sus rodillas y cae abatido por dos certeras balas en el pecho. Una espesa nube cubre sus ojos. No hay dolor pero una especie de fatiga le va envolviendo y atando los miembros ...que me,,,suu...uu, ceed,ssshh

Por escasos minutos aquel robusto y virgen cuerpo se debatió entre el ardiente deseo de vivir, la estéril angustia de una petrificante agonía y la insensible conducción de la acerada guadaña aprisionándole sonriente, saboreando y degustando los segundos que raudos se precipitan fatales camino al tajo definitivo, liberador.

Fue un leve y sutil soplo de vida en ese vehículo transitorio lo que percibió Geo-Adamo, cuando al asomar la agonía del adolescente sufriendo la frustración y el dolor de saber truncado su vigor juvenil aún sin florecer, siente más que oír, la doliente voz interior intentando decirle que la partícula inmortal prevalecería y debía agradecer el tajo supresor del karma que hubiese generado el logro de sus fantasías.

El cuerpo yacía en el campo. Varios soldados, fuesen compañeros o enemigos, le pisotearon en el fragor de la refriega, bautizo y telón final de una vida anónima que anheló ser útil, grande tal vez o tan siquiera suficiente para una casa enorme, diez caballos, una buena piara o cien cabezas lecheras, tres o cuatro mujeres y diez o doce hijos. Fantasías más que sueños, desfilaron raudas frente a su pantalla mental entre el lapso de los impactos en su cuerpo y la última sacudida agónica contra el matorral donde un día después, con algo de suerte serían levantados sus restos. Otros pudrieron sus huesos sobre la maleza donde fueron abatidos. Algunos cremados de obligación para sanear

el lugar. Los menos afortunados fueron devorados por los buitres y depredadores habituales del bosque aledaño. Pero en la suprema economía fue una suerte caer abatido en un primer combate donde sus armas fueron el ondeante símbolo de un desconocido batallón. Algún día en otras etapas, tras algún afortunado viaje interno, quizás llegue a saber o intuya la suerte de su muerte prematura.

La única certeza de aquel instante final fue su ignorancia del Karma ahorrado cuando la parca segó su vida apenas pisó el campo de Marte. Para el simple y elemental anhelo de sus glorias y riquezas tendrían que llorar y sufrir muchas viudas, generar orfandades, provocar incendios, destrozos, ruinas y dolores. Una inmensa cadena de tragedias para costear las pequeñas grandes glorias prometidas por sus quiméricas esperanzas de guerrero triunfante. Nadie conoce la desmesurada crueldad de la guerra. Nada se le iguala o compara en devastación, dolor, miserias, aberraciones, despojos y angustias. El infierno es solo narración, cuento negro, poema dantesco o fantasía del Bosco en el medioevo y del celuloide

en el presente. La guerra es el océano de la realidad bruta, desgarradora, sangrienta; fuego, vesania, horror y mutilaciones a raudales, nunca en las pequeñas dosis de las tribulaciones comunes... tal vez algún día llegue a conocer —quien fuese un bisoño soldado adolescente— el breve matiz de fortuna que la parca le brindó magnánima.

Con muchas vidas fue así, breves atisbos, raudos y centelleantes rayos de percepción consciente en los que me asomé a una vida segada en sus primeros pasos. Expectativas no cumplidas por el anfitrión, entre confundido y alelado en cada mínima encrucijada de una existencia anodina, por la heterogénea y volátil carga de sus deseos, volanderos caprichos atados a un muro carencial de recursos objetivos. Otros en cambio, con grosera abundancia a su antojo y plena disponibilidad —dado el contexto y entorno que les otorgó la rueda de la vida— me sepultaron bajo mantos inagotables de irracional pereza e indomable laxitud.

Pobre Geo-Adamo, micro partícula prístina habitando el átomo ultrérmo de todo corazón humano,

testimonio general del hombre verdadero asistiendo impotente a tu ceguera y a lo que te sucede, testigo constante de traumas kármicos pendientes. Prisionero de carencias acumuladas y potenciadas a los extremos con la sazón de la ignorancia; esclavo de algún vicio fútil y dos o tres pasiones estúpidas que lo aprisionan y encapsulan en la lodosa mediocridad existencial de alguno de nosotros.

Azares del día

Encuentro a un amigo de siglos, de muchos siglos. Somos desconocidos hasta un instante convencional de presentación, pero viejos amigos de caminos comunes y objetivos similares; con angustias, dolores y sueños paralelos. Recordamos, dialogamos, compartimos minutos extendidos al pasado que intuimos común y de pronto, preguntamos el mismo asunto: Habrá un punto de concordancia para dos vías tan aparentemente contrapuestas como la religión y la ciencia.

Siempre lucen antípodas estas dos manifestaciones de realización individual. La religión es la vía emocional por excelencia: la ciencia es la intelectual por antonomasia y entre ambas cual puente de acerca-

miento o vaso comunicante está la Filosofía, que va del cerebro al corazón que es igual a decir de lo intelectual a la emoción. También está el Arte que intenta el camino opuesto, del corazón al cerebro; cuatro senderos de realización que podrían concurrir en uno solo, o quizás el destino del pequeño ser humano sea solo soñar realizaciones trascendentes y fijarlas en su horizonte a título de utopías alguna vez realizables. Al final el amigo puntualiza que aún en la breve y repetible cotidianidad se puede encontrar la trascendencia del pensar y el hacer conscientes, enfocando la fuerza volitiva en el crecimiento del espíritu. Confucio sella el encuentro:

“El hombre no sabe cuánto progresaría, solamente no descendiendo de nivel”.

Estamos acosados de preguntas y no sabemos si a nosotros mismos toca responder, o si habrá respuesta real que satisfaga a plenitud. En ocasiones ante el agobio incesante de momentos críticos, cuando el dudar

deja de ser acicate para convertirse en tormento, optamos por quemar las naves o por el escape tomando un atajo en rumbo a cualquiera de las puertas falsas.

Un hermano se me acerca, escucho su dilema y pregunta: Hice bien en quemar las naves. Como ofrecer respuesta cierta si desconozco aquellas capaces de resolver mi propia interrogante. Dije algunas cosas muy sentidas, profundamente vividas y sufridas pero con la sensación de saber que él estaba solo en ese instante, aún contra la intensa voluntad de acercarme a su angustia.

Quise oírle, intenté escucharle y al mismo tiempo comprendí la terrible e inmensa dificultad de afrontar la arista de mayor importancia en la aceptación; asumir con solidez la rocosa soledad intrínseca del ser. Te escucho e intento con todas mis antenas alertas comprender tu desazón, las congojas que atezan tu débil resistencia. Más toda comunicación afectiva, de emociones, dolor o sentimientos es precaria, frágil cual escarcha mañanera o alas de libélula, por no decir que es siempre monólogo, esfuerzo de impulsar la resolución de angustias y avulsiones anímicas...

El amigo, ese interlocutor ocasional, pudo oírte. Fue el viandante que sirvió de muleta auditiva. Conoció y pudo advertir el desborde emotivo inundando el corazón. Temerosos , tus labios frustraron la ocasión por no decir, sugerir apenas, discurrir eufemismos, sonreír a medias, tangenteear en alarde lúdico la corrosión del tormento...

Permaneció en sus dudas, contemplando resignado, más que con dolor y amargura las cenizas de sus naves mentales consumidas. Su mirada fue pasando de un gris de congojas a un suave violeta de aceptación que anuló las torturas sufridas. Comprendí entonces que si un amigo puede soportar las angustias ajenas, llevará alivio y consuelo para sostener al prójimo. Solo debes escuchar sus cuitas con profundo respeto y a plenitud consciente de un poder mental cultivado proyectar en tu lenguaje una sincera intención de utilidad y bienestar.

La intención firme, impecable, dirigida a voluntad, es la mitad del logro decía el maestro Don Juan Maltus. Si tu palabra brilla, genera resultados positivos y el plus de abonar óbolos al cupón de la gracia.

Horizontes

Comienzan a observarse los signos. La actitud del hombre se constata distinta, la preocupación toma otros matices y se hace más ecuménica, más universal. Queramos o no las leyes se cumplen y más que las leyes los principios básicos de la estructura dinámica del universo. Si nos detenemos a pensar en los postulados esenciales de las leyes físicas, si observamos el proceso ecológico de la tierra, si desempolvamos las especulaciones metafísicas orientales y además penetramos por los avanzados caminos de la ciencia, en todo sitio y lugar vemos aparecer vías comunes y propósitos que aspiran a ser compartidos atrayendo cada vez mayor atención de los diversos estratos de las sociedades actuales. Aún la trama parece un tanto anárquica pero todo conspira a un mismo fin y el hombre, flecha viviente lanzada hacia las cimas, casi llega a estar ahora consciente de todo el proceso. Quizás los árboles no permitan aún ver el bosque, sin embargo ya no se atreve como antaño a negar la existencia del mismo. Aún surgen desesperanzas y una desilusión puede seguir a otra, construyendo murallas frustrantes para entorpecer los caminos; son elementos que importan y preocupan, más cuan-

do alguien ceja, tres cinco y hasta diez se levantan a reemprender la tarea y la perseverancia construirá al fin el sendero anhelado... Comienzan a ser más claros los nuevos signos anunciados ya cientos de veces y si examinamos con rigor observaremos que los preámbulos se cumplieron a la perfección.

La nueva era de la astrología caldea tradicional se inició con el solsticio de primavera del año 1948 y su camino será surcado durante los próximos veinte siglos. Cada grado tiene una duración teórica de 72 años y transcurre durante 30 °, por lo que su duración alcanzará **2160** años. Un período tan extenso implica que la vigencia plena de las características de la nueva iluminación astral aún no se están dando a plenitud pero es evidente que los beneficios de la era Acuariana han comenzado a manifestarse. Ejemplo claro es la tendencia a la apertura. Ventilar los hechos, dar a conocer lo que en el pasado se mantuvo oculto o reservado para unos pocos, de donde se derivan multitud de grupos, asociaciones, publicaciones, sociedades, etc, dedicadas a explorar y estudiar los textos antiguos sobrevivientes de la destrucción deliberada y el daño causado por el peso de los siglos. Se aportan nuevos conocimientos, vías de inves-

tigación y estudios analíticos, algunos de las cuales han entregado unos primeros resultados alentadores que irán en aumento en la medida en que disminuyan, hasta desaparecer por completo, los restantes velos oscuros de la era pisciana precedente que aún gravitan sobre varios aspectos de la vida del tercer planeta.

Desarraigo

Soy joven, muy joven, veintiocho años, aunque al viajar internamente me sorprende antiguo, muy antiguo. Vivo en este país tropical desde mi niñez temprana. De la tierra de mis ancestros solo tengo atisbos por información libresca, datos de la pantalla invasora e indiscreta, más los cuentos y anécdotas del abuelo. La familia se reunió acá en una bella ciudad del breve archipiélago diez años después del primer arribo de sus pioneros. Los abuelos paternos —de los que conocía fotos y lo narrado en infaltables cartas trimestrales— eran un par de ancianos jóvenes; no es un contrasentido, eran septuagenarios muy sanos y activos. Hice buenas migas con ambos y en especial con el nono. Del abigarrado y extenso clan familiar fue el primero en salir de su comarca. Se alistó en el

ejército poco después de la salida italiana del eje Roma-Berlín. Contaba que desde sus bisabuelos se sabía que la familia nacía y vivía en ese rincón de la caña adriática de la bota, sin haber ido nunca más allá de las fronteras del lugar.

Bullía en él la emoción al rememorar su rincón natal y cuanto asociaba a esos recuerdos. Nada superaba en delicias al yantar de la comarca. Italia era la cuna de todo cuanto el hombre moderno podía ver, disfrutar, incluso imaginar, no era acaso la sede de la Iglesia, y enfatizaba, la “única” Iglesia. Cuna de Leonardo, de Michelángelo, del gran Rafaello... no había espacio en los anales del recuerdo para tanta genialidad artística y musical. ¡Oh! musas, decía y nombraba a Verdi, Leoncavallo, Donizetti, Puccini; por Dios... y Giacomo Rossini el gran gourmet, del que no sabía que admirar más, si la música o su pasión gastromómica. Sin duda en su pasión itálica, destronaba el precedente heleno, tan esencialmente marcado. Yo sonreía animado pero no era capaz de percibir en mí esas oleadas que a él le embargaban. Y era igual al hablar de los gloriosos azzuri; casi lloraba al recordar la tragedia del Torino de la postguerra y soñaba extasiado al recordar la famosa frase del gran De Sica, convertida en un bello film que

para el nono era todo un tratado filosófico, una regla de vida: “*Pane, amore y fantasía*”

Pero ese ardor y euforia, y esa genuina admiración por el acervo cultural e histórico del país natal no aparecían por ningún lugar de mis rincones internos. Pensé en ello una que otra vez sin gran dedicación ni angustia apenas transpuse la adolescencia y luego, madurando algo más le dediqué consideraciones y análisis de mayor consistencia. Concluí de Perogrullo, muy elemental; nació allá pero me crió y he vivido solo aquí en estas tierras donde nadie ha visto nieve y solo saben que existe en otras partes, casi nadie bebía vino y el fútbol es poco menos que marginal. Pero y los otros deportes, la pasión por la playa, nuestra particular zoología de pintorescas y casi flamígeras aves, las particularidades de sabor logradas mezclando hierbas y especias; y las gentes, un hermoso gentilicio representado en la poesía, la música popular de carácter casi universal; nombres en el campo de la ciencia y los deportes. Acaso no es suficiente para disfrutar los mismos ardores anímicos del nono.

¿Dónde estoy, en qué lugar puede vibrar mi corazón y espíritu con la misma amorosa pasión que el alma de mi abuelo?

Es como si ignorase las fibras sensibles de mi corazón... o será que no existen.

Aún más, mis padres, tan italianos como el nono, tal vez menos intensos en su fervor nacionalista, vibran también con su país natal, su historia, logros y cultura, pero igual se sienten gratificados de su vínculo a estas arideces, sus irregularidades climáticas y lo que llaman el hermoso caos tropical de nuestras ciudades y su modo de vida. Así, aparecen de nuevo mis dudas y una conclusión inquietante. No pertenezco a ningún lugar. Nada reconfortante como corolario de mis afanosas preguntas internas...

No me hace vibrar el origen sanguíneo ni me apasiona la tierra de adopción.

Desde luego río y comento hasta con cierta fuerza de convicción —gracias a un toque de actuación— mis argumentos de corte nacionalista: Puedo parecer tan patriotero como el más obtuso fanático de mis amigos de la cuadra, pero me atisbo cada vez con la mueca interna de la hipocresía espiando mis con-

ductas. Imposible proseguir en el engaño. No soy de allá pero tampoco de acá y lo sé, lo sufro, lo sudo, lo respiro y casi no lo soporto.

Entre bromas y veras al comienzo, eufemismos y reservas posteriores, me confieso a un amigo ocasional. No es un extraño aunque tampoco un íntimo. Somos compañeros de trabajo en áreas muy disímiles de la misma empresa. Una coincidencia circunstancial me permite aprovechar una supuesta cercanía de afinidades literarias y se facilita mi parte del diálogo. Surge la confesión, resumo algunos de mis soliloquios, narro mis dolores de muelas mentales con sus angustiosas consecuencias que mal disimulo en sus embates más agudos y hasta llego a lo último, decir mi verdad del momento:

—Estudio sicología por necesidad. Deseo rabiosamente comprender los estados anímicos que se me revelan en la caverna de mis dudas, no puedo continuar soportando estos tirones anímicos, debo desmontar sin graves fracturas la trama y estructura de mis hipocresías emocionales...

Y mi amigo interviene balsámico, más allá de lo que podían esperar mis tambaleantes expectativas.

—No te acontece nada especial, raro o demoníaco. No es de herejes sufrir ardores distintos a los que debieran corresponderte por simpatía con tus genes y lares sanguíneos o por la circunstancia vital de un accidente social que te otorga la tierra de adopción.

—Pero es que no me identifico en espíritu con ninguno de los dos terruños. Mis supuestas ofrendas emocionales no son reales. Visto como lo he observado habita mi interior una espesa neutralidad que me incomoda, me crea un desasosiego y preguntas hirientes, dolorosas.

—Es una coyuntura de sumo interés. Tienes la hermosa oportunidad de romper unos cuantos esquemas mentales, liberar otros estímulos y acceder a un grado de pertenencia mayor. Sufres un desarraigo pero no es una barrera o trampa inexpugnable, tómallo como el acceso a una dimensión de mayor cercanía y profundidad de alcance que la normal y conocida del terruño, la comarca o lo nacional. Puedes alcanzar la gracia de sentirte planetario y universal. Optar por hacer tuyo y local los paisajes de toda la tierra. Saber

que perteneces al desierto, a la frondosidad enmarañada de las selvas; a las islas dispersas en los piélagos oceánicos y a las altas montañas del Himalaya o de los Andes. Yo me veo y me siento así, local en todas partes y lo experimento sin dificultad ninguna.

A la gente en muchos sitios y seguro en todo estrato social, les da por el fetichismo de coleccionar cosas. Mis colecciones son de experiencias humanas y a medida que se enriquecen mis álbumes espirituales colectando emociones, sentimientos, actitudes, carencias, unas pocas virtudes y muchas miseriucas, he notado un patrón de repeticiones constantes. Gringolandia, Europa del Norte, Centro América, Sri Lanka, India, Japón, Brasil, Singapore, Paises Bálticos, Kenya, Sudáfrica, Croacia, Bélgica, México, Galveston, Boconoíto, Rio de Janeiro, Guatopo, La Habana, Nueva York, Barcelona, Temuco, Salerno, Bilbao, San Antonio de Texas; Ghent, Santo Domingo, La Cruz de Tara-tara... En fin podría pasar horas nombrándote países, ciudades, pueblos, sitios y lugares, hasta los más apartados rincones del país con sus magníficos patronímicos algunos de los cuales originan tan graciosos gentilicios.

Cuál ha sido el más importante hallazgo obtenido en cada uno de esos países, en las diversas ciudades y en los múltiples lugares visitados?

Simple y sencillo: El patrón de repetición. Salvo matices derivados de la historia particular o de circunstancias accidentales, amén de unos cuantos rasgos culturales específicos —lenguaje, vestido y gastronomía— las personas con las que me he relacionado son básicamente iguales. Mejor, sencillamente iguales. Por cierto, hay una forma muy dura de expresarlo pero tan legítima como cualquier otra: “Nada más constante en la historia de la humanidad, que sus propias miserias”

Sí querido amigo, el ser humano es el mismo en toda parte y lugar. Me consta en esta vida y lo presentía internamente desde un largo vagar y viajar en el tiempo y las épocas. El ser de hoy, como el de ayer y el de un más remoto pasado, ha sufrido y ha reído, ha matado y perdonado, llorado, torturado y blasfemado pero también ha orado e intentado acercarse a la divinidad que mora en él y cree lejana. Se ha formulado preguntas acerca de la vida y su objeto, de su origen y destino y se ha enervado algunas veces hasta la locura

por las pocas respuestas encontradas, que de paso, jamás le han satisfecho.

—Pero y las religiones, pregunto de inmediato, no establecen diferencias...

Es en lo menos que nos diferenciamos. Todos creemos en Dios, hasta los que pregonan ateísmo. El culto y los ritos son otra cosa y el nombre dado a la divinidad es solo un detalle. Perdóname una irreverencia pero el problema de las formas del culto y los nombres a la deidad lo observo análogo a los menús de restauración. Qué ha comido y come la humanidad: Granos y semillas, carnes y lácteos, hortalizas, raíces, frutas y productos del mar, más algunos insectos. Cuántas recetas existen. Cuántos nombres recibe la misma forma de cocción a cualquiera de esos comestibles. Existen cientos de religiones si contamos las diversas sectas y congregaciones en que se divide cada tronco básico de un culto, pero los fundamentos son los mismos. Aún más, son similares hasta en sus barbaridades, como es el caso de los crímenes santos. Es casi imposible encontrar una expresión religiosa que no haya justificado alguna vez la aberración de matar. Se ha recurrido una

y otra vez en todo tiempo a segar la vida humana bajo cualquier pretexto de base o regla sagrada: Salvar almas perdidas, defender la verdad del dogma; purificar un lugar profanado, eliminar las herejías en el marco y contexto de cruentas guerras calificadas de “santas”. Miles han sido los sacerdotes y religiosos que en nombre de una alienante concepción que de Dios se han forjado, bendicen mesnadas, ejércitos y hasta hordas, para que se dirijan a combate bajo el ficticio manto de una misión divina. Así, hasta en el más obscuro fanatismo nos nivela el mismo rasero sin importar el nombre dado a Dios o al culto que enmarca semejantes ansias criminales.

Diferimos apenas en lo anecdótico y en la manera y forma de expresar angustias y sufrimientos o en las que celebramos goces y alegrías. Unos más respetuosos, aquel más atrevido, éste más cauto y el otro temerario. Alguien con mayor recato y otro más astuto, osado u ambicioso. Los matices se pueden multiplicar en cientos de formas y maneras; pero el mismo barro anida en todos y necesitamos cubrir iguales necesidades: Pan para el estómago; amor para el corazón y

sueños para el espíritu. Jamás ha sido diferente y no creo que pueda llegar a serlo alguna vez.

Amigo no es necesario sufrir desarraigo de tierra o lugar; es tonto padecerlo. Cúbrelo, inúndalo con un sentido de pertenencia mayor, por demás fácil de encontrar apenas hurgando; basta con identificar las aristas de nuestras similitudes humanas para escoger, aunar y promover cuanto exalte la bondad, el amor y la vida, descartando firme y decidido el tortuoso camino del odio.

Eres universal aunque no lo sepas y tienes una maravillosa oportunidad de redescubrirlo. Inténtalo.

Mitómanos

Por qué mientes de forma tan descarada; por Dios; qué piensas —o mejor— por qué no piensas...

Mientes a tu esposa, mientes a tus hijos, a tu madre, a tus amigos, mientes incluso a desconocidos con los que hablas ocasionalmente y en fin terminas por mentirte a ti mismo y tendrás que pagar por eso. No, no te juzgo; me limito a señalar hechos de los que hay constancia, acerca de los que no hay posibilidad alguna de negar.

No salgo de mi estupor, tu facilidad para decir lo que se te antoja, que desparpajo. Tu cinismo es tan fluente y elaborado de forma tan perfecta que parece al más avisado, pura sinceridad. Hay tal plenitud en tu falsedad que logras engañar por completo a tu espíritu y hoy no puedes distinguir qué es real de cuanto es falso en ti mismo.

Dominas con maestría inigualable un lenguaje acomodaticio y manipulador de tan elevada fuerza convincente que no te causa la más mínima desazón ni angustia enfrentar una situación inesperada que amenaza con dejarte en evidencia, sea por el imprevisto de un testigo gratuito o una frase acusadora. Nada te importuna ni conturba; con tu peculiar sangre fría aderezas dos o tres nuevos cuentos “chinos” que “equilibran y armonizan” tus embustes anteriores con la supuesta evidencia inesperada o lo que vio o escuchó el testigo gratuito. Todo un maestro.

Consecuencias... ninguna. Sales indemne de las situaciones más difíciles sin que se te descomponga una hebra de cabello, ni la enigmática sonrisa que sin flaqueza alguna adorna los afeites de tu rostro.

Solo te resta un obstáculo insuperable para tu maestría de falsario. Al cumplirse el límite de tu tránsito actual serás convocado mediante las pautas del eslabón N° 72 a presentar tu vida y acciones. Cada arista de tu existir será objeto de minucioso examen e inspección. La verificación será exhaustiva y total respecto a cada paso dado. Volverás a escuchar las palabras que expresaron tus promesas incumplidas, las falsas disposiciones y toda clase de embelecos, mentiras y actitudes de clara intención engañosa.

A las deudas morales por tus mentiras y falsedades debes agregar el muy concreto saldo generado a causa de tu mitomanía. Familiares y alguna vez amigos, firmaron o adquirieron compromisos basados en fantasías y cuentos tuyos de dinero, o asumieron demandas que te concernían, pero supiste eludir con tu maestría de armar castillos en el aire, forjar embustes y malabarismos verbales para endilgar tus responsabilidades y promesas a quienes nunca viste como prójimos solidarios dispuestos a darte apoyo, sino a tontos fáciles de embaucar, prontos a caer en tu red de espumante y vaporosa verborrea.

Hasta ahí lograste escapar escudado en la sangre familiar o el pacto de amistad, cartas sin validez ante el Angel Flamígero...Son muchas e inmensas las deudas acumuladas y no se te perdonará ni un ochavo.

El registro akhásico mostrará cada instante de tu vida de engaños, de los que debes rendir cuentas frente a un fiscal estricto, justo e insistente en la solicitud veraz y fidedigna de los hechos, situaciones y circunstancias de la existencia que elegiste en ocasión anterior, a título de repuesta karmática.

La comparecencia ante el implacable juez de la verdad es el misterio de más compleja explicación e interpretación para el mortal común. Está fuera de nuestra comprensión entender cómo cesa el transcurrir y quedas a juicio en un ahora intemporal que transforma el estado de tu ser —lucidez y claridad mental sin fisuras— y te observas compelido por un mecanismo trascendente de obligaciones, a dar respuestas ciertas, exactas, precisas, de cada uno de los actos de la experiencia cumplida en el ciclo examinado. Nada impedirá lo que te espera al finalizar tu paso por el cuerpo denso —que en su momento fue tu libre elección— mal tratado, recién desgas-

tado y entregado a la rueda de las transformaciones sucesivas.

Asombra saber cómo queda excluido todo intento de fuga. La red que nos atrapa y sostiene fue tejida a voluntad con cada decisión tomada o descartada. Nuestras dudas, omisiones, permisividades y olvidos son el hilo y telar constructor de la dura malla dentro de la que se nos conduce al juicio y prueba final. Mientras, nadie puede hacer nada...De nuevo comprobarás que la Ley es inexpugnable y no perdona transgresión alguna por minúscula que sea o parezca. La espera del cierre final del proceso culmina cuando de nuestros labios surja la inapelable sentencia y los detalles de la trama que saldrá las deudas pendientes, o las acumulará. Un resultado consecuencia neta y directa de la suma de nuestras acciones.

Siempre me negaste, jamás quisiste escucharme o tal vez no pudiste hacerlo. Fue inmensa la masa de basura, falsedades, embustes e hipocresías que acumulaste sobre mi morada; en la próxima ronda tal vez menos favorable a esta cuyo final te llegará de un momento a otro, tus obligaciones serán mayores, las exigencias más arduas y nadie puede asegurarte las

condiciones favorables disfrutadas que hasta hoy tan erróneamente dilapidaste.

Tendrás que oírme algún día. Estaré dispuesto. Te escucharé, y si lo permites intentaré guiarte.

El animal...la bestia

Cuánto de la naturaleza animal se mantiene en nosotros. Duerme el animal y por ello se requiere estar vigilante a evitar que despierte?

De todas las preguntas que con asiduidad y en momentos de acercamiento escucho de mis habitados, la que escruta el problema del animal en el hombre, es de las más complejas de explicar pese a su aparente simpleza. El asunto radica en una debilidad común centrada en un falso orgullo que impide a un porcentaje altísimo de seres reconocer, y por ende aceptar, el hecho de ser un “animal” que habla, duda y piensa.

Un animal muy particular, pues al momento de alcanzar la facultad de relacionar analogías abstractas (pensar) y articular fonemas (hablar) sobredimensiona su origen (salto cualitativo) y gana la dimensión

humana que le permitirá —si lo quiere, desea y opera conscientemente en favor de ello— continuar evolucionando con la alternativa adicional de dirigir esas vías evolutivas a voluntad.

Nuestros hermanos de la inmediata escala que no articulan un lenguaje pero se comunican entre sí, muestran destellos de actividad mental y atisbos de memoria repetitiva que pueden definirse como rudimentos de actividad pensante. Por otra parte en su estado salvaje no pueden darse el lujo de dudar; y de suceder sería una sola vez, con resultado inmediato: La muerte. El animal es legítimo prisionero de su infalible instinto. No puede equivocarse, errar es carencia grave. Nosotros tuvimos la osadía de atrevernos a surcar caminos desconocidos y el error y sus riesgos nos condujeron —en rudos periplos de fatigas, bravos dolores, sangre y crueldad durante largos y lentos milenios— a la razón inteligente.

Cualquiera de las condiciones de vida de la naturaleza que evolutivamente supera a otra, conserva sin embargo la condición menor, o inferior —en referencia a la calidad vital y sus expresiones— como sustrato

y fundamento de esa vida más dinámicamente expresiva a la que se accede. La vida mineral —la piedra— es sustrato base del reino vegetal, y éste se encuentra presente en la vida animal.

Dadas las premisas anteriores, ¿la vida animal estará presente en la condición humana?

Con mayor y más destacable presencia que los otros reinos superados en su trayecto evolutivo. Basta observar el ADN humano en comparación con el de los primates superiores, de donde se deriva la rama que a posteriori llega al ser humano actual. Un porcentaje cercano al 98% del material genético lo compartimos con nuestros “primos” los monos superiores y esa estructura basal netamente animal, no duerme jamás como pregonan, entre otros, algunos sociólogos y siquiátras. De hecho es falso el supuesto reposo de una naturaleza animal, pronta a despertar y rebelarse... Al contrario, el animal infraestructural nunca duerme y la razón (polo dominante de la dimensión humana) solo debe estar atenta a un control que le mantenga en sus tareas sin desmayo y en la debida forma, pues solo tu porción animal puede operar los mecanismos vitales en la forma óptima de pro-

cesos “virtualmente” automatizados al máximo. La incesante sustentación primaria de la vida orgánica es responsabilidad del animal interno. Maneja tus circuitos fluídicos, la respiración y la motricidad total del cuerpo denso. De su rutina no escapa unidad o sistema propio del biostato orgánico, sólo que en vigilia está bajo el monitoreo ejercido por la supra estructura de la razón y el pensamiento analógico. Pero sigue siendo el animal lo instintivo puro al acecho, que tenaz y contundente deambula a placer por tus entrañas procurando el instante débil, buscando la grieta potenciada por la ira; el súbito abandono a la pasión enfermiza del deseo o el dantesco zarpazo del hambre insatisfecha.

Gónadas, estómago y grupo hepático son sus mejores predios de asalto a la frágil pátina de la razón cultivada. Superficies de ataque y combate en las que atiende sin pausa al impacto pasional o emotivo que le dispare incontrolable y derrumbe en segundos el edificio milenario construido tras el balance triunfal de millones de combates librados en el campo del alma, donde el espíritu divino ilumina incólume una senda lejana que paso a paso —salvo

uno u otro retroceso, a veces breve y no pocas bordeando lo irreversible— nos acerca al camino de la sublime perfección pautado por el espíritu, a cuyo fin emprende sus intentos de acción perfecta, palabra vigilada a conciencia, pensamiento puro e incontaminado, libre de emociones negativas.

Y una advertencia final en cuanto a las actitudes frente a nuestro animal potencial.

El alerta más importante respecto a convivir con la animalidad interior que nos sostiene, es recordar que en cualquier instante puede librarse de su vestidura de sirviente para faenas del cuerpo denso y aupado por gónadas sedientas de lujuria, iracundos zarpazos hepáticos e incluso hasta por el ataque de un estómago vicioso o hambriento se dispara a liberar al inquilino del umbral. Peor aún, liberado el habitante de la caverna se apodera de cuanto otea a su alcance, anula la volición restrictiva de la razón sensible, te atrapa y amordaza para encerrarte en sus mazmorras.

... Aunque sea difícil de creer, el maligno, una de

cuyas semillas anida constante en alguno de nuestros riñones, siempre acecha.

Cuaderno N° 4
(Revelaciones y descubrimientos)

La teoría atómica en los sueños.

Si algo llamó particularmente mi atención en encuentros posteriores con Geo-Adamo, fue descubrir que había testimonios escritos de algunas de sus memorias. De visita en una vieja biblioteca en la que a menudo revisaba sus estantes, encontré un fajo precintado en cuya primera hoja se leía: “Requisitos mínimos indispensables o pautas primigenias” donde se anotaba una formulación en diez numerales cuya conclusión era el llamado a la resolución de una bella y extraña ecuación, referida inicialmente al hecho de conocer que **“La teoría atómica se disuelve entre los sueños”**.

Leída la hoja presentí al momento que era el compendio de algún capítulo importante de tales memorias. El hecho mismo del descubrimiento realizado, dispersó mi atención y la llevó a otros legajos y libros, que por todas partes llenaban estantes de la sala y recintos del lugar. Sin embargo no fue posible olvidar la fascinación provocada por los diez numerales citados y pasé muchas de mis visitas a la Biblioteca de Kabul-Til —en especial las realizadas al cuarto recinto— tratando de encontrar las referencias que

me condujesen a los capítulos o textos en cuestión.

Pasó mucho tiempo antes de lograr plena conciencia del vasto universo compendiado en los diez numerales. A medida que la meditación disciplinada y el análisis desprovisto de los asaltos emocionales dio cuerpo a la estructura total, pude imaginar —por lo menos eso— los parámetros enunciados en aquella primera hoja a partir del largo título con el que Geo-Adamo encabezaba su tabla pitagórico-alquímica. Pasado el primer choque emotivo comencé a racionalizar el ordenamiento de las sensaciones y estímulos surgidos desde todos los niveles conscientes. Los diez numerales eran poco menos que una versión particular de la Tabla de Hermes, cuya sentencia de apertura: **“Como es arriba, es abajo”** — cinco palabras y un signo de puntuación— le llevó a Kaal-azhar, miembro del primer grupo de adeptos protectores, antes de su elevación, cuatro ciclos completos para la interpretación, comprensión y exégesis de la primera línea clave de significaciones. Sin temor a equivocarme pude asegurar esta vez y corroborarlo me brindó la debida satisfacción, que los diez numerales pautando los requisitos mínimos, eran un hilo de Ariadna. Tomado un extremo y desovillándolo

lo con cuidado, medida, solicitud y paciente diligencia, se encontraban las claves generales de otros textos y cada uno de éstos o alguno de sus capítulos remitía a nuevas series en forma sucesiva. Quedaba al arbitrio del explorador escoger o no determinada vía de realización específica, o continuar la búsqueda. Un grupo de claves partiendo de su unidad particular en el numeral de requisitos, conducía **“desde el ojo único de la densidad post-uránica”**, o bien, **“desde el mínimo recinto, el de lodo”** y convergía rumbo a las síntesis aglutinantes de las materias.

Esta aparente oscuridad de lenguaje es fácil de traducir: De cada unidad primaria se pasa a las definiciones generales, se observan las subdivisiones, leyes y ecuaciones particulares, problemas puntuales, cuestionarios, etc., para converger a seminarios de interdisciplinaridad. A la inversa, podía tomarse una relación interdisciplinaria cualquiera, explorar sus raíces hasta las claves generales de los textos fundamentales y de ahí ascender hasta uno de los requisitos, a manera inversa de la Tabla de Hermes Trimegisto: **“Como es abajo, es arriba”**.

No fue sencillo decidir si tales textos debían ser

divulgados. Opté por la libertad una vez seguro de estar en lo cierto —el camino del corazón no yerra— y dispuesto a la tarea de heraldo fue necesaria una preparación metódica y sistematizada. Cumplida ésta comenzó el largo camino de preparar los pergaminos, ordenar archivos, cuantificar fichas, integrar trozos dispersos y así hasta ensamblar en forma intelegible aquel mosaico. Había un momento crítico de irreversibilidad. Descubrirlo fue motivo de otra breve sorpresa anímica superada con ligera dificultad, sin desgarraduras internas.

Reitero lo fundamental; tomar un hilo clave o primario es como tener una llave maestra para todos los cofres secretos. No importa donde la insertases lograbas una respuesta y la posible interrelación inmediata con cualquiera de las situaciones, hechos o sucesos acaecidos, presentes, o por venir. Un análisis posterior de los mismos temas y sus materias conexas me llevó a una conclusión determinante. Tanto Parménides como Heráclito no solo explican, narran y conceptualizan exactamente lo mismo, sino que cada uno puede comprobar su interpretación de la realidad por su propia clave argumental como a través o por medio del otro. No existe contradicción real entre explicar y

narrar la vida, el mundo y el universo desde la unidad o hacerlo desde la dualidad que origina la diversidad. Es tal como una mirada al mismo objeto o a un lugar desde sitios opuestos o diferentes. Puedes encontrar otro matiz, una luz ligeramente distinta, un ángulo no percibido, pero no cambia la naturaleza del objeto o lugar, tampoco su esencia y menos ninguno de sus atributos o cualidades ni en última instancia su ubicación espacio temporal varía; solo que al percibirla con otra mirada, cambia la valoración y con ello surge otro género de perspectivas.

Es algo similar al supuesto enfrentamiento que según afirman sociólogos, analistas, e incluso artistas de diversas modalidades, existe entre lo que llaman visiones culturales de Occidente y Oriente. Según estas concepciones, occidente ve al mundo y lo explica mediante la razón y así solo aprecia en los fundamentos y raíces, dualidades a las que también calificó de “oposición de los contrarios”, expresión síntesis calificada de simplista por quienes cuestionan la supuesta contienda cultural.

Oriente al ver el mundo lo absorbe a través del espíritu y aprecia en sus manifestaciones y fenómenos, la

unicidad en lo múltiple. Sin embargo ambas culturas explican sus perspectivas usando una misma herramienta: La palabra, pero de distinto modo. La palabra en occidente maneja conceptos concretos que intentan traducir la comprensión que del mundo obtiene la razón, con fórmulas, ecuaciones y teorías generadas en un pensar comparativo de analogías abstractas entre sí. La palabra en oriente maneja conceptos fluidos que intentan traducir la comprensión que del mundo absorbe el espíritu en contemplación, mediante el símbolo, la metáfora, o el misterio de la poesía.

Si bien sería muy extenso y fatigoso remontarnos a las primeras formas de pensamiento que intentaron explicar el mundo, codificar sus categorías, en fin narrarlo —para nosotros según los presocráticos— y referirnos en profundidad al distinto enfoque conceptual que existió entre Parménides y el dueto Demócrito-Heráclito, el uno fijado en la unicidad básica y los otros observando la diversidad en toda manifestación, la actualidad permite observar que ambas perspectivas se acercan y confluyen al descubrir que en su camino por comprender y expresar el mundo en una narración coherente propia, transitan un sector común a las dos visiones.

Razón y espíritu no tienen por qué oponerse. El acceso a la razón, como la puerta de entrada al espíritu es el mismo recinto: La mente humana. Este descubrimiento —aún inadvertido por una gruesa mayoría, como por el número de matices que ofrece— ha comenzado en forma natural a permear las dos concepciones para hacer observar en uno y otro bando de sus cultores y seguidores, que las exclusiones son innecesarias y ambas lentes permiten al final, ver, encontrar y coleccionar las mismas cosas; solo que cada quien lo interpreta de manera diferente, lo que es distinto a creer que las dos visiones se excluyen o contraponen.

Con todo lo visto y analizado a veces surgen confusiones, pero al considerar los ángulos, luces, detalles e interrelaciones de esta mirada bajo el prisma usado en las observaciones primarias y ofrecer ecuaciones resolutivas, la solución será coherente de por sí. Los problemas aparecerán si nos empeñamos en ese mismo análisis, considerando las observaciones cuyo punto de origen difieren desde aquella atalaya disímil u opuesta, sin las correcciones de rigor. En lo esencial no se trata de un descubrimiento trascendente, más allá de cuanto signifique para un cerebro perezoso, negado a ejercer la facultad primera para la que se tra-

bajó millones de años. Por lo demás la disolución de la teoría atómica entre los sueños alcanza solo a mostrar un ejercicio más de pensamiento; fluido, elástico, variable y vertiginoso, pero solo un ejercicio.

El estudio y análisis de tan significativo legajo me llevó a una rica asociación de ideas de las que finalmente intenté compendiar lo sustantivo mediante una serie de interrogantes, algunas de las cuales me permití anotar para posterior reinterpretación del legajo y un estudio pormenorizado que me llevase a la absorción de los matices primarios en la sangre, o como proclaman los maestros, en todo el cuerpo, para que la información obtenida se convierta en conocimiento pleno y la natural meditación dedicada y concentrada al asunto en ciernes, genere un saber óptimo, que al ser solicitado brota con tu propio ritmo respiratorio, sin esfuerzo alguno. Se trata entonces de aprender lo esencial con todo el organismo; una facultad que en primera instancia parece una utopía, e incluso es poco menos que inexplicable cuando se manifiesta en nosotros por primera vez, en la mayoría de los casos, a la hora de circunstancias extremas.

Hay razones especiales para intentar estas vías de aprendizaje, y si no lo crees, pregúntate: Alguien se ha ocupado de mostrarte o enseñarte el uso y manejo del cerebro y los sentidos. Te explicaron cómo y de qué manera olfatear, concentrar los sensores pituitarios en fragancias o fetideces y registrarlas en un archivo olfatorio. Te han entrenado para ver, mirar, percibir a través de tus lentes de superpíxeles la rica variedad de formas y colores del mundo. Sabes oír... lo sabes, eres capaz de escuchar a Mozart o Brahms no solo con tus oídos, sino con los de sus contemporáneos más sensibles. Podrías distinguir las diversas texturas solo palpando; qué hay de tu memoria gustativa. Es posible enumerar otros sentidos menos evidentes, ubicados internamente pero con expresiones externas identificables. Tienen sus funciones particulares y pueden ser entrenados. Puedes ubicarlos...

Tampoco te enseñan a morir o por lo menos aprender a enfrentar la muerte sin angustias innecesarias. Es claro que el tema no es común ni agradable en los predios occidentales y en la época actual cuando a menudo llega en forma violenta, se agregan colores más tenebrosos. De todas formas sea por causas

naturales orgánicas, catástrofes o por violencia accidental o criminal, el temor a la muerte está presente de forma persistente en los seres humanos, sin que existan razones sólidas que lo justifiquen. Si preguntamos porque se le teme a la muerte a buen seguro aparecen respuestas de todo género. En mis periplos vitales al haber formulado la pregunta —arrastrando la carga de mis propios miedos— di al fin con la causa básica y tajante: Ignorancia.

La roca no teme a la disgregación que el tiempo, el clima y los vientos le acarrearán ni teme a la absorción que la integrará a una rosa, un fruto, a un canto que vuela o a uno de nosotros. La bocanada se diluirá molecularmente en aminos que las raíces convertirán en savia para engrosar tallos, expandir ramajes, alimentar especies o lucir flores cuya belleza y aroma serán después frutos y semillas y de nuevo surgirán minúsculos brotes; plántulas cuya fuerza germinal, la de la vida, podrá romper muros o rocas para ver la luz.

La interminable e infinita rueda no se detiene jamás, ni se quebranta cuando interviene el salto dimensional de transformación que la ignorancia considera fin, cese, consunción, muerte.

Demasiados aprendizajes para una vida tan breve.

Recomenzar, siempre recomenzar

Ya no es posible luchar más, todo se ha perdido. La derrota es completa, solo falta el aniquilamiento.

—Dices que no es posible perder algo más?

Eso digo. Estamos exhaustos, desgastados, sin fuerzas, sin armas ni vituallas, ni enseres o equipos. Apenas nos queda la disposición vegetativa interna de continuar respirando.

—Entonces continúa luchando. Si es imposible perder más toda circunstancia a partir de ahora será favorable y un paso adelante. No puedes decidir entre la entrega y el aniquilamiento. La verdadera y real opción es adelante, proseguir la lucha, continuar.

—Has perdido todo, recomienza pues. Esa es la única tarea verdadera, proseguir hasta comprender que las mieles del triunfo o las glorias de la victoria, como los tropiezos, caídas y pérdidas, son accidentes en el camino. Vale y cuenta el hacer y cumplir. Ello es en sí el resultado, la fragua que acera y da temple al espíritu. Sigue adelante. Reconstruye, reinicia, reemprende la marcha. Tenacidad y persistencia son

expresiones del carácter que evidencian la verdadera hombría, la real y auténtica dimensión humana.

—La opción del hombre verdadero es aceptar y seguir. Considerar de forma realista y objetiva las situaciones que nos involucran, pero sin confundir el concepto. Aceptar no es resignarse, es sopesar tiempo, lugar y los pasos a decidir; pero cuando se llega al extremo es muy simple, quedan las manos y la vida latiendo en nuestras venas, no hay otra decisión posible sino actuar, seguir, reiniciar, recomenzar sin temor, como el navío en la tormenta, proa desnuda al embate de los elementos...

La lucha que el creador conmina a emprender desde que fija su idea poética de un planeta azul viviente, nunca ha sido tarea fácil. Era tras era se han debido superar pruebas terribles y la semilla viviente ha estado a punto de extinción en su desmesurado tránsito de millones de revoluciones alrededor de la pequeña estrella amarilla central del brazo de Carina, donde se lleva a cabo el grandioso experimento de vida en flecha surgiendo de las piedras inertes en los piélagos oceánicos, para fructificar en los dos reinos complementarios: la vibrátil masa vegetal y la com-

pleja estructura animal, desde donde, tras muchos eones, se alcanza la culminación trascendente de la vida consciente con el acceso a la palabra.

El sacro instrumento otorga un grado dimensional especial a la existencia. Hace consciente al portador de la tenencia de un espíritu y obliga al cultivo de la plántula divina que habrá de conducirte rumbo a la cima de la luz absoluta. Vivir a plenitud no admite dudas. Ante toda amenaza, riesgo o combate mortal, la férrea voluntad de proseguir el destino trazado, venció y vencerá siempre cada obstáculo.

La palabra: Sacro elemento constructor

Vienen a la memoria las palabras del Rabí de Galilea: “Seguidme, yo soy el camino, la verdad y la vida”. ¿Cuántas veces se ha repetido esta oración en el transcurso y devenir de los tiempos?.

En ocasiones parecería que sus palabras han perdido brillo, sobre todo si solo las oyes; pero al escucharlas, te revelan su magnificencia, en particular al confrontarlas con su fuente de origen, el ejemplo y conducta del tallador de hombres. Más en la tierra del común surgen las dudas contemplando que no siempre la

palabra traduce el pensamiento sino bajo circunstancias excepcionales.

Ouspensky afirmaba que todo pensamiento escrito era falso, una mentira. La palabra —un transductor del mundo de las ideas a lo concreto— opera desde una dimensión inferior a la del mundo mental. No es raro ni difícil que un discurso genere ambivalencias de interpretación, algunas intencionales a objeto de resaltar contrastes de significados como en el caso del requisito mínimo número cinco, para demostrar con números y un galvanómetro sobre el plexo solar, la capacidad de ver la belleza en la rugosa piel de un sapo y la fealdad subyacente —si así fuese— en la tierna mirada de un ángel.

Trampas, trampas, madeja tras madeja el ovillo fenoménico de Maya se nos muestra dinámicamente constante para ocultar la realidad última del sereno fluir en el eterno ahora.

En los pueblos primitivos —no salvajes, como por error se les llamó— el valor de la palabra está por encima de cualquier atributo. Seres cuya sensibilidad virgen respondía con prontitud a las solicitudes de su relación con el entorno, consideraron la palabra,

sinónimo de acción y creación. Nombrar es definir, narrar, valorar; razones de peso para el respeto al verbo. Y no obstante que la modernidad al revisar las categorías abstractas, desvirtúa la fuerza y poder de algunos valores —el verbo entre ellos— amenazando su vigencia con invenciones para fijar paradigmas recientes; aun así la palabra conserva un potencial creador, susceptible de refuerzo con una aplicación concentrada en la intención del discurso.

Es precisamente la forma empleada por Geo-Adamo cuando insiste en comunicarse con su anfitrión, dado que aún en condiciones extremas, se verifica la pureza de intención y la impecable voluntad de mostrarnos alternativas para decidir en propiedad y ahorrarnos la angustia karmática por saldar.

Los elevados fundamentos morales de la creación se reflejan en el hombre en dos niveles de manifestación que constituyen piedras angulares del ser. Son las bases de cada triada o triángulo de manifestación primaria; los principios yin-activos específicos del cuerpo y el espíritu: **la sangre** para el uno y **la palabra**, para el otro. De esto deducimos que el lodo primigenio que recibirá el verbo germinará con el

prana de la inspiración inicial, está en el principio “yin-activo” **sangre**. Los sistemas circulatorio-sanguíneo, nervioso central y periférico con sus siete plexos o chacras; y el endocrino-linfático, constituyen la real armazón de lo visible en estructura ósea y recubrimiento muscular, más los tejidos epiteliales y mucosas, conformando el cuerpo templo, receptáculo para la resonancia armónica del universo. Desde el más simple de los códigos genéticos hasta el más intrincado, la huella virgen del origen está grabada en la sangre. Ella es el cuerpo en la medida de su principio activo germen.

Así mismo la palabra, el verbo; es el principio yin-activo germinal del espíritu, conformado por su triada particular cuyas connotaciones se imbrican al receptor neuronal, cera virgen del tercer cerebro, estructurando emociones, sensaciones, sentimientos y toda una elementalidad que las dendritas ensamblaron una a una en el primer paso, después decenas a cientos, y luego de cientos a miles hasta fructificar en el pensamiento abstracto y el grito ontológico del existir consciente, donde el primer Yoooo, casi desgarrador por su fuerza germinal de autodescubrimiento, anuncia el nacimiento de un nuevo ente,

dimensionalmente distinto a todo ser vivo anterior: **El hombre; ADAN.**

El poder de la palabra se manifiesta en el acabado de la primera etapa del proyecto “hombre”. Es la pieza maestra del último eslabón del proyecto. Los pasos anteriores son cuantitativos, suman crean una proyección aritmética, un ritmo evolutivo casi mecánico.

La palabra es la llave que hominiza y humaniza definitivamente al ancestro homínido. El ser que articula sonidos, generando con estos un canon comunicativo de códigos que discriminan, enumeran, enuncian y califican; trasciende en gigantesco paso al ser anterior; es otra cosa. Dio un salto cualitativo.

El logro de la palabra impulsa un salto dimensional que nos eleva a un estado de ser diferente, en tanto que la expresión articulada es el complejo resultado de un proceso cuya raigambre y fundamentos proceden de varias fuentes en diversos niveles categoriales. Su manifestación muestra de hecho a un ser constituido con otras capas, más allá de lo bio.mecánico, lo perceptivo sensorial o lo instintivo nervioso.

Voz y palabra implican la subestructura de aportes sur-

gidos de la mente y la emoción, interpretando y reelaborando percepciones sensoriales y agregando la alquimia subjetiva de una sique. Por eso la palabra al manifestarse, revela a un ente que saltó a estadios distintos de “ser”. El animal que había trascendido a pre-homínido con su bipedismo, y a homínido con la adquisición de las manos —las herramientas por antonomasia— se convierte en hombre al adquirir la palabra.

Creado el “hombre” con el aporte de la palabra, el proceso evolutivo se dinamiza con el constante descubrir de nuevos elementos, necesidades, situaciones; una abrumadora realidad que debe ser tomada, aprendida, conocida y si es posible, controlada, objetivos cuya única forma de alcanzar es mediante la vivencia y emoción de experimentar estos nuevos materiales del virgen escenario al que accedemos con la condición recién estrenada; y la invención de una estructura de codificación que en estos momentos inaugurales es simple: Se limita a nombrar iniciando con esos primeros ladrillos nominales las cadenas asociativas que formarán conceptos y posteriormente estructuras sistemáticas de pensamiento que el cerebro usará para concebir e imaginar, lo que la palabra concretará otorgando un

primer grado de estado material a la idea o pensamiento concebido en el abstracto mundo mental.

De esta forma un ser más débil que cualquiera de los animales que le rodean, menos veloz, sin la agilidad de los ancestros de los que evolucionó, con la mayoría de los órganos que se manifiestan en dispositivos físicos de menor alcance, dispone de un arma especial: Su cerebro estructura ideas, herramientas de abstracción que le permiten crear un “mundo” de relaciones bajo el dominio de su palabra. Nombra las cosas y objetos que le rodean; describe tamaño, volumen, peso, texturas, forma. Crea y comprende lo que nombra; gesta un mundo del tamaño de su lenguaje.

Vemos así una integral valoración del verbo evidente en su doble labor creativa. Ha construido en definitiva al hombre y al mundo con el que lo relaciona, forjando una sintaxis para “leer” y comprender su entorno. Después el verbo otorga una dimensión intemporal al ser y su presencia fijando el pasado, realizando el presente y proyectando el futuro. Por último crea un aluvión integrador que reúne las partes al todo; asocia lo humano a lo divino y conjuga la idea —el concepto, el pensamiento— a la praxis, la concreción de lo real.

No menos importante en esta sicoradiografía de la palabra, será apreciar las diferencias en la percepción de la realidad por el lenguaje de culturas con raíces diferentes. En Occidente la comprensión y explicación del mundo mediante la razón, apreció sólo dualidades en las raíces y fundamentos de las cosas, los hechos y fenómenos; concepción sostenida y expuesta por Heráclito como la diversidad de la unidad y sus opuestos, o “mutabilidad”, que no gozó de consenso unánime dada la oposición “unicista” de Parménides. Finalmente esta polémica visión filosófica de lo real culmina en un racionalismo naturalista basado en la observación detallada de las cosas y fenómenos, vía de estudio que condujo al dualismo diferencial: La diversidad y el análisis.

La visión oriental de la “ilusoria realidad” es producto de una absorción a través del espíritu, apreciando en la multiplicidad de manifestaciones y fenómenos, la unidad fundamental del universo. Sin embargo ambas visiones, contrapuestas en apariencia, explican sus perspectivas usando una herramienta similar empleada de distinto modo. Con la palabra la cultura occidental maneja conceptos concretos intentando

traducir la comprensión que de la realidad obtiene la razón, mediante fórmulas, ecuaciones y teorías generadas por moldes pensantes que comparan analogías abstractas. En Oriente la palabra usa intuiciones o conceptos fluidos interpretando el conocimiento y comprensión que de la realidad absorbe el espíritu en contemplación y lo expresa en símbolos; con la gracia de la metáfora o el misterio de la poesía.

Ambas perspectivas se acercan hoy al descubrir que en la búsqueda para expresar la totalidad concreta del mundo en una narración propia y coherente, transitan un sector común a las dos visiones más allá de la realidad inmediata, invisible, causal; lo ignoto escondido en entresijos ubicados después de los sentidos. Razón y espíritu rodean y escudriñan hoy, cada uno a su manera, las mismas realidades inaprensibles y comienzan a entender que no existen entre ellos motivos reales de oposición.

El acceso a la razón como la puerta de entrada al espíritu recorren en el ser humano un sendero común rumbo a la mente, un lugar único aún insondable y quizás infinito en sus posibilidades. Este descubrimiento y sus matices —inadvertido para una gran

mayoría— está permeando en forma natural las dos concepciones para hacer observar en uno y otro bando que las exclusiones son innecesarias.

Estamos inmersos en un escenario donde la palabra logra acercamientos en el campo de las ciencias, el arte y las religiones sin importar la procedencia cultural del expositor, triunfos de relación basados en la fuerza desplegada en la palabra plena de una convicción sólida, centrada con la carga volitiva de un deseo pertinente, asertivo, enfocada en la realidad visualizada del producto a construir.

Pero qué sucede a la palabra en la escena rutinaria del quehacer común?

Olvidamos la fuerza, su peso y trascendencia con el uso abusivo de una sintaxis disparatada, atropellando el verbo a golpes de impropiedades, irrespetando su valor y nobleza en las trivialidades más burdas y groseramente expresadas, acuchillando a mansalva con el mayor desprecio la hermosa y armónica melodía de un buen decir, el fino aroma de la sentencia elegante o el grato sabor de la metáfora precisa.

No hay peor manera de agredir lo que debiera ser la

joya de una autoestima ponderada. El ser está moldeado desde muchos ángulos. Existe un marco condicionante primario dado por la educación no formal, que imita y asimila; a lo que se suma la instrucción recibida en los grados de la escolaridad organizada, tanto como la que a veces se toma por libre iniciativa. Luego incide el factor ambiente en calidad de hábitat —lo natural— como en la categoría de encuadre sociológico; más el sedimento de la historia cultural colectiva. Sobre estos elementos trabajan las fuentes nutricias: Los alimentos, las emociones que se cultivan, los sentimientos que nos motivan y las formas de pensamiento; en síntesis, alimentos para el cuerpo físico, el alma y la mente. Finalmente puede entrar en juego, por voluntad propia, el empeño de cumplir el consejo de Pico de la Mirandola.

—(¡oh Adán! no te encerré como a otras especies en leyes pre-establecidas. No te fijé límites, no quise hacerlo. Por tu propio arbitrio te definirás, podrás terminar a propio juicio y discreción la obra final, tú mismo, libremente, resultarás tu propio creador).*

La conclusión puede ser sorprendente no obstante su peso evidente. Toda la amalgama integral formativa del ser se expresa en la palabra, el rasgo que nos delinea con mayor precisión, nítido dibujo revelador del grado, calidad y profundidad del ser.

Geo-Adamo expresa lo que otras tantas veces han proclamado y repetido los Maestros:

“Eres tu palabra, tu verbo, tu lenguaje.”

*).- Breve resumen en paráfrasis, de la Oración del hombre dignificado, de Pico de la Mirandola.

Descifrando claves

Detrás del verbo e incluso más allá del pensamiento está el lugar de lo innombrable y en simplicidad, hasta una pompa de jabón puede conducirte al propio centro mental del espíritu. Debes ubicar el yo de persistencia cónica, intelectual, de preferencia en dos sitios específicos. En los filamentos centrales del último loto o bien en la intersección frontal del antiguo ojo cíclope. En cualquiera de ellos y apenas respirando hasta el estado vibratorio inconsútil, basta una mínima burbuja para deshacer el Maya ilusorio, sus tramas y equívocos, diluyendo las últimas esen-

cias en el Tao elemental y quedar en silente serenidad, como una carpa en el remanso.

Una noche quise realizar la translación de los textos mayores. Explicaban el desaglutinar de las materias, la ionización visual del espíritu y algunos otros procedimientos cuya práctica y ejercicio se diluyó en el discurrir de los siglos. Había un compromiso y me obligaba a cotejar significantes enunciativas para compararlas con los hábitos reales, las rutinas, los moldes cotidianos vigentes, algunos mecanizados al borde de la mineralización. Sin duda una confrontación de prueba, un examen real a plasmarse en juicios algebraicos, prístinos. Inexorables. El instante crucial se presenta con el intento de cruzar una catenaria gigante e inestable donde el peso del coseno angular característico de la singular figura, se acentuaría a cada paso de mis huellas, sin posibilidad de regreso o detención y pausa. Laboré fatigosamente sin descanso, desmoronaba recintos de lodo, espuma y cenizas para deshacer globalmente pequeños universos. Fórmulas, ecuaciones, palabra poética, cualquiera fuese el tono básico del texto usado, debía resultar un conjunto uniforme y coherente vertido en prosa del día y sin dejar de acentuar

las disonancias de ritmo propias de cada dogma fundamental. Al final, exhausto, quedé encerrado en un laberinto de cajas chinas que agrupaban rollos, pergaminos, tablillas asirias, cuadrículas pitagóricas, postulados de Reimann, más los números para formular ecuaciones anímicas, no euclidianas, que me trajeron de regreso a la praxis del día.

Horas después, negado a mezclar diálogos con números y sentimientos; agotado, sumergí las inquietudes en un breve intento lírico perdido, esfumado en el tiempo.

Hubo precedentes; muchas fueron las ramas y todas notables. Cada uno sin excepción fue crisol de universos, a saber: Amón-beck, Alfa-helios, Kris-hermes, Baal-ator, Kaal-azhar, y Sat-urnas; todos te precedieron otros te sucederán. Cumplieron su cometido decidiendo una vía. Se les permitía una rectificación y cumplía hacerlo tomando estrictamente la contraparte del camino cubierto, de ahí que los códigos te resultasen a veces difíciles e intrincadas. Revertir las monedas y compensar los contrarios, en síntesis, viajar igual de la semilla al fruto o de éste al germen sin importar el andén donde se inicie el

periplo. No es sencillo mantener las memorias recorridas al alcance de la evocación inmediata, las llaves magistrales lo facilitan, el código de los símbolos es muy utilizado y más simple aún, los números. Los grandes artistas lo tienen como su mejor recurso. La música es un vehículo perfecto, pero hay preferencias. Los trazos gráficos dominados en maestría reflejan tan profundamente una verdad como el mejor archivo akhásico. No obstante la elusiva ambigüedad de la palabra, su fuerza jamás se esfuma por completo y ocupa sitio preferente en todos los esquemas constructivos.

Llegado a ti el momento y la espira correspondiente, la acumulación precedente obliga a trascender los escenarios cumplidos e iniciar otros planos, de modo tal resultó que conocieses primero el trigramma y no su ambivalencia original, que en tu caso se daba por contenida y asimilada. A quienes sea dado seguirte se le sumará tu aporte convertido en proyección geométrica. Más les será otorgado e igualmente más, muchísimo más, les será exigido.

—Y hasta dónde llegará para ellos la vigencia de la Ley en la palabra?

Se mantendrá incólume. Ya fue escrito una vez y eso basta. Toma por ejemplo a nuestro hermano Ben Sirac, observa su Eclesiástico compilado entre “Los Libros”. Veamos algunas de sus sentencias de la tabla 20 que contiene 31 tiras.

Leeré para ti las ocho primeras y luego la última; escucha:

*“Hay una reprensión que es inoportuna
y hay silencios que revelan al hombre sensato.*

“Mejor es reprender que guardar rencor.

“El que se confiesa culpable se libra del daño.

*“Como eunuco que desea desflorar a una doncella,
así el que impone la justicia por la fuerza.*

*“Hay quien guarda silencio y pasa por sabio
y hay quien se hace detestar por su mucha palabrería*

*“Hay quien calla porque no tiene qué responder y hay
quien calla esperando su vez.*

*“El hombre sabio callará hasta el momento oportuno,
pero el fanfarrón y el necio no saben guardar su vez.*

*“El que mucho habla se hace detestar
y quien pretende imponerse será odiado*

... Y ...

—Espera por favor. Escucha de nuevo a Ben Sirac.

*“Mejor es el hombre que esconde su necesidad
que el que oculta su sabiduría”*

—Has pasado esta regencia o varias similares e igual al llegar a estos puntos te conturbas, sorprendes y hasta se te escapa de los dedos el hilo del laberinto. Se me ha otorgado un lugar para acompañar y orientar una parte de tu vida, pero recuerda solo tú decidirás el camino. Aguarda, y diciendo la última palabra gesticuló dulcemente con sus manos ante mis ojos.

Todo lo demás no es en propiedad un recuerdo o evocación sino algo como grabado mediante procesos misteriosos en mi sub-consciente. Mejor, grabado en mi interior, aunque ni fue sencillo comprender que era posible aprender con el cuerpo como receptor total de experiencias, como tampoco es fácil explicar las formas de lograr tal integración.

...Un momento después aclarada la síntesis, fue cerrado el acceso al rescate molecular en mi cuerpo de las enseñanzas ancestrales que aparecían como volando desde el pasado hacia el límite finito de mi piel, donde se inscribió indeleble la enseñanza sedimentada, convertida en conocimiento...

Ecuación gráfico-simbólica del hombre

Hay muchas formas simbólicas de representar a un hombre, concepción arquetipo del “ser” humano. Los límites al respecto estarán marcados por la imaginación, sensibilidad, talento, formación humanística y las habilidades artístico-técnicas de quien realice la tarea representativa.

La imagen de un carruaje tirado por un caballo, conducido por un cochero, que traslada en su interior a un pasajero; es considerada en algunas escuelas esotéricas del Cuarto Camino como la imagen más completa y acabada de lo que es un hombre. El carruaje en sí es el “cuerpo” carnal, el vehículo material. El caballo es la naturaleza animal intrínseca del ser humano. Constituido éste cuerpo básicamente por sentimientos y deseos que en el hombre común se

manifiestan en sus formas más elementales de pasiones y caprichos. El cochero es el cuerpo espiritual o pensamiento que generalmente es llamado también hombre de centro mental inferior, no desarrollado totalmente (hasta el grado de cochero lo condujo la evolución mecánica). El pasajero es el “amo” el cuerpo divino o yo verdadero, la conciencia trascendente y la voluntad real... pero, por lo general, duerme.

El cuadro no se contenta con definir los elementos esenciales presentes a primera vista, cuatro en total, a saber: Coche, caballo, cochero y amo. Geo-adamo dice que para absorber el conocimiento completo que puede darnos esta “*ecuación gráfico-simbólica del hombre*”, nombre otorgado a la imagen en estudio; debemos ver además de lo obvio del conjunto, considerar por separado el estado de cada unidad y de las partes componentes de esa unidad.

Semejante análisis significa inspección del carruaje y de sus partes componentes: (Estado general del cuerpo; función de los sistemas orgánicos y trabajo, sinergia y estado de vísceras nobles).

Respecto del caballo, sus actitudes y grado de domesticación, que implica control razonable sobre la con-

ducta, el pensamiento y convivencia con el entorno —sea natural, el hábitat; o el social— y sus manifestaciones comunes de gestos, comportamiento y uso del lenguaje.

El cochero es el hombre de todos los días, de la brega constante, la rutina de lo cotidiano. En el análisis en curso de la “ecuación gráfico-simbólica” se le considera “hombre de centro mental inferior”. Esta denominación corresponde a la clasificación de los cuerpos según el yoga y sus disciplinas; donde se considera al ser humano conformado por un conjunto de siete cuerpos en una sola expresión, siendo el cuerpo mental un umbral de especial significado al abrir la puerta que conduce a la evolución consciente, peldaño ascendente que surge de la evolución mecánica.

Detallemos la explicación; el cuerpo mental se divide en mental inferior (tercero de la serie de siete) y mental superior (cuarto cuerpo). Hasta el tercer cuerpo la evolución del hombre es natural, automática, mecánica. Para subir de grado y hacerla consciente debe pasar del mental inferior al cuerpo mental superior, donde se hará “consciente de sí” y podrá focalizar sus voliciones hacia fines determinados, sabrá

manejar con mayor propiedad su lenguaje y tendrá el cuidado de vigilar más sus actitudes de relación con las personas y con los sucesos en que se involucre.

Por último, hay una inspección tan importante como cualquiera de las anteriores. Se trata de las conexiones entre las partes, que referido al coche tirado por un caballo, serían los arreos. La guinda del postre en cuanto al estado óptimo del conjunto concluye aquí. Las buenas conexiones entre las partes garantizan el perfecto funcionamiento del coche, para beneplácito del amo, que despierto asume la responsabilidad de gerenciar su camino de realización y conducir su propia evolución.

De las proposiciones complementarias

Dos proposiciones complementarias sostuvieron mi atención aquella mañana. Ambas conformaban el postulado ancla en la cadena de eslabones basales que desde la piedra, el árbol y el animal, saltan al hombre y pasan por Dios a un Omega conclusivo ignorado y oculto detrás del metafuturo. Refiere la primera propuesta a una catenaria en el pasillo multiforme de las algas-ápodos y los protozoos-flores.

La segunda, al reino consecutivo ulterior de la fiera en subsistencia centrada y el pre-homínido, sobreviviente de lodos volcánicos. Como todos los elementos dados previamente se daban los preceptos a título de reversos de una de las propuestas —y era indiferente la que se escogiese— cuyo anverso era la segunda o posterior respecto de la matriz aborigen. El aspecto lúdico del símbolo estaba dado por una mano (maqueta, trazo y origami) que al dibujarse ella misma, se desvanecía en un brazo-ala fundido a un firmamento —a su vez pergamino— de donde emanaba la voluntad del trazo pictórico; cuál “magíster performance” gráfo-escultórica, digna de Mauricius Escher.

Me negué contumaz a levantar aquellos dedos de papel y comenzar el juego entrando a la órbita de las resoluciones con sus mecanizados laberintos. Medité en arcos silentes un renglón de cada centro pránico. Opté por no entrar al sendero y rompí la actitud de precedencia saliendo en búsqueda del viejo maestro. Tomó asiento sobre la raíz de un boabab pródigo en ramajes, a la hora del último susurro del sol sobre los montes. Su voz grave y profunda, lenta, fluente, comenzó por contar el nú-

mero de ciclos totales transcurridos. Diez, afirmó, desde Geo-adamo primitivo a nuestros días.

—El último fue Amón-beck, casi neutro por las breves y escasas solicitudes que debió afrontar y resolver. Quizás por eso olvidaste tanto y fue necesario reconstruir en ti accediendo a los planos búdicos, con paciencia y sin mermar diligencias. He debido repetir tantas palabras, dejar en tus oídos tanta hojarasca y a veces algo de escoria, para instilar unas gotas de comprensión en los océanos de tu memoria... Te recuerdo de niño. Era más vieja mi figura. Tu aliento, tu frescura y juventud me han dado tanto.

Las preguntas que mejor recuerdo de tu adolescencia se remontan a la soledad, la grandeza y la felicidad. Por elemental lógica, el sexo y la libertad ocuparon también tus inquietudes. Obtener la miniaturización de primer grado fue un día después del cisne y de saber cuándo anunciaría su muerte. De la comparación dimensional entre el eterno ahora vislumbrado en el musgo convertido en frondoso follaje y la dinámica crueldad latente en el Maya constante de las praxis comunes, obtuviste con propio esfuerzo la respuesta de la felicidad. Aprendiste otra vez y en persisten-

cia —ahora sí última, por nacer de tu sangre— que jamás se esfuma ni es meta parcial, cima imposible o frágil velo incapaz de sostener siquiera la mirada de un cervato.

Te hablé de Epícteto, condición esclavo. Tarea: esparcir simientes sobre los abrojos y desiertos de una tierra corrupta. Marchábamos juntos el día del mutuo descubrimiento que hoy también poseés. No se desvanece, jamás inaccesible por altura o profundidad; tampoco frágil. Una vez anclada al cofre interno de la aceptación consciente, marcha a nuestro lado sin perderse jamás. Ninguna otra atmósfera más constante y equilibrada. Basta con la actitud justa, posible aún en la más amarga derrota o en el foso del desamparo absoluto.

Pero está al alcance de todos quienes lo deseen.

—Sí, puede lograrse, llegar, permanecer. Aunque sólo si es real y verdadero el deseo expresado y volitivamente consciente, no un capricho del instante, una motivación pasajera producto de arrebatos sensibleros fugaces; automática reacción mecánica a la provocación de cualquier estupidez o necedad cotidiana. Cierto que siempre creemos reales nuestras

aspiraciones. Pocos tienen el coraje de sostener sus energías volitivas en el camino correcto de una posible consecución y sobre todo debes ser capaz de asumir el precio; apenas una moneda, pero cuyo valor es tan inestable —advertencia necesaria— que puedes intercambiarla por un mendrugo y horas después alcanzar cotización tan elevada que solo puede saldarse con la vida.

Sólo una moneda y lo sabes, tanto como recordar que nada esconde la totalidad; revelar el mundo, su fluir y estar, perenne. Rasgar la malla de lo cotidiano es sencillo y a tu alcance; solo se interpone el precio a pagar por el prodigio: Persistir en el propósito más la carga legítima de la responsabilidad. Cada acto, todas y cada una de tus palabras, un tilde, nada escapa a la Ley. De cuanto te sucede nada es azaroso, ajeno, circunstancial o nacido de mala o buena estrella. Es el precio a pagar por cuanto pasa y acontece en tu existir. Responsabilidad integral es el nombre del signo monetario que cancela los precios del vivir. Alguien puede suponer la existencia de actos gratuitos o que por un privilegio especial no se cobra a todos por igual o en la misma forma; más solo te posponen la fecha a un plazo desconocido, fijado

por la ley sin pedir acuerdos previos y cobrando cuando lo juzgan conveniente.

Su valor puede ser el de la vida; lo has oído y hay quienes lo hemos visto. Jhoshua Enmanuel es un espejo. Pagó con la más alta cuota —la vida del vehículo corporal ocupado— la responsabilidad de ser Dios y asumir nuestras miserias.

El Armenodonte, Moisés y Jhoshua

Está claro que no es posible crecer internamente al azar o por casualidad, sino en forma consciente. No recuerdas que el cuerpo, ese tejido de la tierra cubriendo la interacción de los contrarios manifiestos en la esfera humana, es en última instancia la tela de araña tejida por el espíritu. Y bien, cómo hacerlo armónico, de qué manera construir esa trama sometida al justo equilibrio de la ley, y no a su vacua letra.

Si predicas y no actúas, si planificas sin realizar pierdes nueve décimos de la globalidad de la vida. Desde luego, la formulación de un propósito es ya un paso y primer eslabón en la cadena de cualquier ciclo, pero hay un segundo, y un tercero, y otro, más otros, sucesivos, continuos, constantes, incesantes... y queda

cubierta la jornada. Si no comienzas jamás terminarías. Comenzando, para detenerte, impide que concluyas. Sólo la continuidad del esfuerzo da frutos. No es importante jamás su cuantía. A qué darte ejemplos o mostrarte la magnífica arquitectura producto de millones y millones de debilísimos jalones sistematizados y continuados fiel y cabalmente sin interrupción alguna. Sólo así crece el poder y la energía volitiva del hombre, da sus frutos y se suma dinámica a la progresión universal del viaje cósmico en eterna flecha al infinito.

Recuerdo haber conocido al Armenodonte. Sus manos eran tenazas; sus músculos eran piedra pura. Le vi arrancar un brumblio cuyo tronco medía por lo menos una vara de circunferencia. Lo tomó y balanceo y prosiguió firme e incesante, moviendo y balanceando, rítmico, acompasado, hasta arrancar lentamente aquel árbol desde sus raíces. Toda su volición estaba dirigida a un solo propósito, la fuerza exterior de su arquitectura corpórea. Moisés el fundador y Jhoshua el tallador de hombres, fueron tan terriblemente ciclópeos en su interior utilizando los mismos métodos, aplicándolos a otros fines pero en procesos virtualmente similares. El Armenodonte

dirigió sus voliciones a las estructuras planetarias de su cubierta externa y así las constituyó poderosas, devastadoras casi de tanta fuerza potencial y actuante. Moisés y Jhoshua procedieron de la misma manera pero orientando el esfuerzo a fines distintos, tomaron las percepciones externas de sus estímulos sensorios para dirigirlas a la arquitectura cósmica de las ligazones internas, entre lo sico-nervioso central, lo linfático y endocrino, determinado por el rayo pránico en acción a través de su gama de chakras. El resultado fue la dinámica fortaleza búdica de sus espíritus, agigantados y sublimes, incomparables.

El Armenodonte expresaba y manifestaba la majestad de su fortaleza corpórea exterior en diversos planos inherentes a la dimensión específica de la acción material, mensurable en términos mecánicos de actividad motora. La fortaleza búdica del espíritu tiene su categorización jerárquica de expresión en dimensiones que le son a su vez propias. Ambas fuerzas en última instancia, resultan de poner en juego los mismos principios, sólo que en sentidos diferentes. Atiende y recuerda: no he dicho opuestos o contrarios, digo y repito, diferentes. Por construcción tenemos todo un conjunto de escenarios y planos disí-

miles de acción; sin posibilidad comparativa de uno respecto del otro por falta de unidades inmediatas de interconexión...

Tras una larga pausa del anciano me incorporé del vetusto tronco que nos servía de asiento común. Quedé un tanto desconcertado y no podía disimularlo. Me estuvo observando largo rato, escrutando mi corazón con ternura desde la profundidad de su sabia mirada. Al fin volvió al tema, preguntándome: —Te sorprende oír semejantes comparaciones. Te extraña pensar que el Armenodonte y Moisés o el mismo Jhosua, aplicaron a sus vidas el mismo principio, o te niegas a pensar en la similitud intrínseca de síntesis con el universo que late igual en cada ser individual. No esfuerces el ánimo, recuerda la Tabla de Hermes en el primer dogma o más sencillo aún, acude a Patanjali y oye su palabra diamantina: “Dios duerme en la piedra
sueña en el árbol
vibra en el animal
y despierta en el hombre”.

Leonardo y el mancebo

Cuál es y dónde está la vía que conduce a encontrar los caminos establecidos para viajar por las espirales de las dimensiones del continuo y nos permite después el regreso desde cada vértice del hexágono, guiado por una canica en movimiento giratorio constante.

La pregunta ha sido formulada en cada instante que la angustia toma lugar en el corazón del hombre y en cada oportunidad de forma diferente. El anciano maestro relató una vez, cómo se la hizo a Leonardo, el de Vinci, un discípulo suyo.

La tarde había caído sobre el lugar. El taller casi estaba en reposo. Leonardo escribía con aquella letra suya menuda, de extraña caligrafía. De derecha a izquierda, contrario a lo común y solo posible de leer y comprender mediante espejos. Cerró el cuaderno lo guardó en un bolsillo del jubón tomó la capa y salió al jardín. Un discípulo le esperaba, joven, casi adolescente aún sin llegar a la primera veintena de años. En silencio se colocó a su lado y sin despegar los labios emprendieron reposado paseo cobijados por los primeros velos de la noche. Frente a una gran piedra se detiene el sabio maestro: Artista, inventor, poeta,

científico, ingeniero; nunca otro compendio semejante de valores y talentos se albergó en el mismo individuo. Leonardo contempla la noche ya cerrada y el cúmulo de estrellas que se muestran a su acuciente mirada; el joven mancebo pregunta:

—Maestro, ¿Qué son las estrellas, qué hay en ellas?

—Son mundos, vastos y hermosos mundos. En ellos hay vida.

—Y más allá de esos mundos, maestro, qué hay

—Otros mundos, muchos más aún.

—Y después maestro —insiste el discípulo realmente inquieto— después, qué más se puede encontrar.

—No importa cuánto avances en la distancia, en la inmensidad, siempre encontraras mundos y vida.

—Pero...entonces Maestro —expresa con rictus de angustia el mancebo— dónde está DIOS?

Leonardo guardó silencio unos segundos, bajó los ojos que antes mantuvo fijos en el firmamento durante el breve diálogo y dirigiéndose al asombrado joven le tomó una mano con decisión, apuntó repetidamente con su índice sobre la temblorosa palma del expectante muchacho, al tiempo que respondía

con grave y fuerte voz:

—Aquí, en la palma de tu mano...

Cualquiera puede ser el objeto de nuestra búsqueda. En el fondo cada quien cree dirigirse al encuentro de un pequeño diamante de rutilante y único brillo, engastado en los más finos y sutiles hilos del espíritu y casi oculta su codiciado objeto expresando otros nortes; pero todas las búsquedas llevan el mismo fin. Unos emprendieron el camino para encontrar el árbol dorado de la vida, otros el Santo Grial. En el pasado se buscaba el Vello de Oro y en diversas épocas se ha intentado encontrar la fuente de la eterna juventud. Debemos recordar además que al borde mismo del lugar donde nace el arco iris, o quizás donde se oculta, debe haber un jarrón de barro con monedas de oro...

El alumno de Leonardo, quería saber dónde estaba Dios. Su desesperación fue alcanzando ribetes de patético horror a cada una de las respuestas del maestro, cuando el objeto y motivo de su búsqueda se alejaba en las palabras y no estaba en las estrellas, ni más allá de ellas, ni aún muchísimo más lejos, después de todos los límites inimaginables, pues siempre habría

otros mundos esperando. Pero el supremo arquitecto de la vida jamás se había alejado de su lado y nunca dejaba de acompañarle. Bajo todas las vicisitudes se mantuvo presente, invariable, supremo e incólume; ahí en la palma de su mano, pero inadvertido bajo la espesa capa de los automatismos y rutinas de su cotidianidad.

Si no somos capaces de encontrar al ser divino en el más accesible de todos los lugares de la tierra, nuestro propio cuerpo, si no podemos ver el resumen del universo agazapado debajo de cada grano de arena de la playa, arduo dolor será el goce de una sonrisa y laberinto indescifrable al corazón la maravilla cotidiana del despuntar de un día.

De la felicidad

Pude sostener la impaciencia que sutil intentaba invadirme con el deseo de indagar el cómo y el cuándo de la expectativa presentida la última tarde de nuestro encuentro en Megalópolis. Acorazado en la limpieza de su fluir vital, donde el ser es integralmente uno en cualquier punto focal del tiempo, discurría el labriego con igual y sereno continente rodeado por

una horda de vociferantes mandriles, en medio del anárquico dinamismo de un mercado citadino, o frente al suave remanso de las aguas ribereñas de un arroyo montañoso.

—No devanes tus sesos. Es simple por naturaleza tu problema y aún lo es más su solución. Escucha, es tan sencillo que no creo posible repetirlo de nuevo: Quien no es capaz de ser feliz por sí mismo tampoco podrá contribuir jamás a la felicidad de otro; antes bien hará de lastre en su grupo inmediato y tendrá que esforzarse mucho para un mínimo de armonía en sus relaciones vitales. Despoja la sentencia de su retórica y tendrás una semilla virgen para la tierra de tu templo interno.

—Pero... nadie ha podido no solo encontrar, sino tan siquiera definir qué o cual cosa es la felicidad. Cómo podemos encontrar o mejor, perseguir algo desconocido.

—Porqué tantas preguntas. No es mejor empeñarte en lograr responderte a ti mismo. De qué pueden servirte mis respuestas sino a lo sumo de espejo, un reflejo casi ficticio de imagen, tan distante de lo real concreto como lo es un momento de lo eterno. Pero

digamos que el amor me obliga a decirte mi verdad y ofrecerte la respuesta que en mis vidas he logrado desentrañar; más permíteme unas frases anticipadas. Dices que nadie ha podido encontrar jamás la felicidad, ni siquiera saber en qué consiste. Cómo sabes tal cosa. No observas que extrapolas al infinito tu angustia y el desconocimiento de una verdad. Qué te hace suponer que el estado circunstancial de tu ignorancia es universal e irreversible en lo eterno. Ten pues presente la búsqueda de unas respuestas más y ahora sí vamos a mi propio libro.

La felicidad está, igual que Dios, en las palmas de tus manos. Con el primer hálito pránico llegado a tus vísceras en el vagido inicial —inmediato al morir en la vida oceánica uterina para nacer en el maya de este universo— te fue dado todo cuanto el espíritu universal debía otorgarte. Más nada. Con ello vinieron también las latencias que te correspondían; la energía que hacía evidente en lo manifestado tu cuerpo físico; el código genético de tu forma animal y las proyecciones exponenciales para la estructura de tu ser. Además llegaba en fin y última instancia una heterogénea heredad del pasado para anclarte en un instante de reinicio y lanzarte de nuevo al constante y eterno ciclo

del rodar cósmico. Cuánto más podía dársete. No es acaso insensato pedir más. Busca en ti los artilugios mágicos, los mecanismos y procesos; las herramientas y las aptitudes. Manéjalas armónicamente, con dedicación, no persistas en el error de perseguir un abstracto estado de beatífica e inaccesible felicidad que sería poco menos que un limbo.

La deseada felicidad tan irracionalmente procurada en lo externo de satisfacciones superfluas, es sólo una caricatura que la ignorancia del hombre adscribe al dinámico estado de ser feliz, a la instancia moral de ser útil a priori sin preguntar por qué ni para qué, al hecho de aceptar un lugar en el contexto global de lo manifestado sin renegar de una circunstancia social accidental —de cuyo origen además la ley te hace responsable— ni tampoco tomando provecho escandaloso de una ubicación anecdótica, no importa lo absurda que parezca la primera, o que tentadora se ofrezca a nuestros apetitos la segunda posibilidad.

Si ninguna expresión de la vida se ha detenido para convertirse en escoria inerte es porque obedece a la primera ley de la esencia y estructura universal, su

dinamismo y fluir constante, sin que su vigencia degrade jamás una instancia, una categoría o un significativo espiritual, dimensión siempre positiva a la que pertenece la felicidad; un bien por definición aunque intangible. La felicidad y paso a darte parámetros de mi espejo, se arraiga en una premisa fundamental que a su vez origina una estructura de soporte. Primero, a título de ecuación anímica: Aceptación. Aceptar no es conformidad pasiva. Más, inconformidad tampoco es una lucha anárquica o un caos de las actitudes humanas para afrontar su interrelación con el mundo, que además uno mismo ha contribuido a configurar. Si bien la aceptación no es una actitud dinámica en sí, puede ser pivote y generatriz de asertividad existencial hacia la instancia moral a priori a exigirnos como hombres; un estado lúcido y racional de análisis ante las limitaciones accidentales de nuestra humana condición, a las que se suman las propias del azar —en realidad un resumen kármico— que factora nuestro nacimiento en un lugar y tiempo determinado. Al conocerlo en propiedad podemos desatar en lógica correspondencia los mecanismos justos para vencerlas, y esa lucha entonces bien fundada, otorga al espíritu la

fuerza inquebrantable para construir los mejores y más elevados caminos de perfectibilidad.

Aceptar no es pues y lo repito, actitud pasiva o estéril; ni contemplar estático el sucederse dialéctico de los hechos vitales en el sólido del tiempo, es afincarse en un cruce de coordenadas variables cuyo centro de corte lo constituye nuestro ser, punto preciso desde el que observaremos a conciencia limpia y pura la verdad de nuestro estado y condición, sopesaremos fuerzas y evaluaremos recursos para disponer el propio camino. Llegado a este punto de comprender qué es aceptar y valorarlo en su cúmulo de expectativas, se te descorre un primer velo, disminuye tu ceguera e ignorancia y te acercas un paso más —uno tan sólo, pero un paso trascendente— hacia la luz de la verdad y la fuente de la única sabiduría que importa, la de vivir decidido a forjar y practicar las tres dimensiones del bien que nos ordena el corazón, pero que casi siempre nos deben recordar los maestros: Ser útil para ti mismo, útil para tu grupo —tu familia, tu escuela, tu comunidad— y útil a la vida universal.

Al mismo tiempo habrás satisfecho una confronta-

ción con las causas de los misterios ónticos, lo que por añadidura abonará a tu estado de felicidad.

Por lo demás, aceptar implica el pivote de un soporte a manera de hilos magnéticos de ajustes gnosológicos, pero no para atar el ser, sino para guiarlo en el laberinto del mundo. Son tres y conforman una estructura de conocimiento. Los encontré en edades diferentes y siempre los llamé, el del niño, el del joven y del anciano; denominaciones algo arbitrarias y lúdicas —el juego es una forma de conocimiento— de claro aporte existencial que lo hace digno de consideración.

El hilo del niño es huir; cuya antípoda es afrontar. El hilo magnético del joven es la economía vital, cuya inversa es darse pleno, a riesgo de sucumbir o triunfar. Por último el anciano enmarca sus acciones en una moral trascendente, no utilitaria o convencional, cuyo código inverso es la osadía de hacer, guiar y hablar.

Confío en que sabrás encontrar lo que falte para su comprensión y así te informo el reflejo de mi verdad en cuanto a la felicidad y sus claves. Si quieres y

creo cierto que lo deseas, procura hacerlo real conocimiento en ti, creando a partir de la palabra una semilla germinal y absórbela en tu sangre.

Pensé y repensé las palabras del viejo porque desde un largo pasado siempre consideré las mismas circunstancias de aceptación y el concepto en sí hasta idealizarlo, pero como sucede tantas veces, las dudas se instalan, corroen tus convicciones y cuanto crees saber. En mi vida he aceptado mucho y las pocas ocasiones en que me rebelé lo hice con tal fuerza que nada me detuvo. Aceptar ha sido una de mis banderas, una forma de pagar los precios exigidos por la existencia. Sin embargo, a veces me he preguntado si la sobriedad manifiesta en la aceptación —que algunos llamarían nobleza— no sería una máscara ocultando un rasgo de cobardía. Es tan duro, difícil y sujeto a dudas el juzgarse uno mismo, que pocos quedan satisfechos del resultado; aunque a fin de cuentas, cualquier cosa, objeto, elemento abstracto o material, algo que pueda considerarse un bien, vale o pesa sobre nosotros acorde con lo que cada quien considere justo y válido, de modo que

ningún precio existencial es alto, excesivo, ni mínimo o deleznable en forma absoluta, sino de acuerdo a cuanto signifique para cada uno.

Cuaderno N° 5
(Bitácora de viaje)

De mar, algas y olas

La dureza de los viajes transoceánicos no tiene comparación. Faenas de alta exigencia que debes cumplir respetando una serie de protocolos: Seguridad; anti-contaminación; contra incendios; cuidados especiales en cargas peligrosas, etc, si se trata de cargueros comunes. En buques-tanque para transporte de hidrocarburos, los riesgos, cuidados y dureza del trabajo se multiplican muchas veces. En ambos casos sumado al peligro constante de la aventura de mar, aparece el fantasma de la soledad y en forma inseparable su contraparte, convivir en armonía. Unos aprenden a resolver la paradoja de esta dicotomía, otros se convierten en ermitaños a rajatabla, invisibles por semanas y hasta por todo el periplo. Más sin importar la sinfonía emocional en que te inscribas, el mar marcará tu vida en forma indeleble.

Al organizarse la vida en sociedad y generarse en el tiempo las civilizaciones, el mar fue puente de unión, dado que las tierras emergidas son las separadas. El mar nos une y reafirma en forma constante su papel protagónico en la historia humana. Primero fue madre al engendrar la vida, después se hizo camino,

escenario y despena. Ahora es también granja, laboratorio, mina, hábitat experimental y en los últimos tiempos del pasado milenio enriquece sus roles al vestirse de campo deportivo y ruta turística. De esta manera el responsable del bello color del planeta en el espacio ha sido recargado por un ritmo de vida que más allá de lo dinámico, va llegando a la dimensión de violento. En consecuencia, sobre sus aguas gravita cada vez con mayor peso y peligro un grueso cúmulo de amenazas, y no parece que los esfuerzos por revertir las críticas situaciones a las que se enfrenta la vida del planeta, puedan garantizar un cambio de estado significativo y al mismo tiempo instalar el cuidado, protección y regeneración del mar como prioridad esencial en la vida institucional de la actual comunidad planetaria.

Entre el mar —donde nace la vida— y el hombre, existe una conexión filogenética manifestada en lo emocional. Claude Bernard, eminente fisiólogo Francés demostró a fines del Siglo XIX la “Ley de la constancia marina”, relativa al medio orgánico interno. Apoyado en sus teorías, Rene Quinton inicia un profundo estudio de investigación que comprobó la

hipótesis básica de su trabajo: "La vida animal, aparecida en estado de célula en el mar, tiende a mantener por su elevado funcionalismo celular, a través de la serie zoológica, las células constitutivas en el medio marino de los orígenes".

Al cumplir su ciclópea investigación y aportando las pruebas químicas confrontadas en multitud de trabajos concluyó escribiendo:

“En nuestro organismo el medio interno y sólo él, posee la misma personalidad mineral, la misma fisonomía marina que el agua de mar”

Egipcios, Griegos y Fenicios se disputan la primacía marinera. Hay testimonios para pronunciarse por cualquiera de ellos; aunque la dimensión histórica de Grecia más el aval de los dos monumentos literarios homéricos es virtualmente insuperable, a lo que suman el peso jurídico de las Leyes de Rodas, con las que mil años antes de las institutas de Justiniano, regulaban el comercio y la actividad marítima.

De todas formas sin importar quienes se lanzaron primero al intercambio comercial o que pueblo intentó sojuzgar a los otros allende sus horizontes, uno

solo fue el escenario, Un mar oceánico que pudiera pasar como lago gigantesco entre hitos geográficas como las Columnas de Hércules, los Dardanelos y Suez, que casi lo transforman en supuesta mega superficie lacustre al tiempo que definitivamente lo conformaron Mediterráneo, cuna, escenario y ruta al futuro de las grandes civilizaciones cuya impronta marca todo el desarrollo y destino de la comunidad planetaria en que se convirtió el planeta azul.

.....

Mis recuerdos ancestrales observan a un viejo pero aún robusto marino, sentado en la misma forma como varios milenios después, Rodín colocó a su pensador. Está sobre una roca, contempla el mar, aguas marinas que han colmado su existencia desde el primer vagido. Lloro desconsolado ante la doliente añoranza del lejano hogar. Es Ulises, el más grande y celebrado de los héroes helenos después del semidivino Aquiles; el astuto ganador de las gloriosas armas del Pélida durante las ceremonias póstumas en homenaje al semidios, en combate contra el gran Ayax de Telamón. Una diosa anhelante de pasión le desea y mantiene prisionero en procura de llevarlo al lecho; pero Palas Atenea la de

los grandes ojos, su protectora, interviene para que recobrada su libertad parta de la lejana Ogygia a su natal Ithaca, donde Penélope desteje por las noches el peplo que avanzaba en las jornadas diurnas y retardaba así una decisión ante el coro de los pretendientes que asumían la muerte del héroe.

Vida, muerte, luchas y victorias, combates y derrotas, Amor; familia y hogar. Es la pequeña o grandiosa epopeya del hombre, con marcas imborrables si además eres marino, convencido hasta los tuétanos de la primacía del mar como elemento dador de la vida y sostenedor de ella contra la indiferencia de los trust de la industria y líderes que comprometen a sus países en las conferencias internacionales y luego con cualquier justificación tomada por los cabellos, dejan de lado el compromiso denunciando un convenio

La contaminación de las aguas —los mares y océanos del planeta en primer plano— no es una calamidad cualquiera; es un problema de sobrevivencia. El mar, después de crear la vida, se encarga de sostenerla mediante un vasto megaciclo integrado por varias fases, comenzando por la producción de las dos terceras partes del Oxígeno que respiramos.

La totalidad de la vida del planeta depende de ese grandioso y complejo megaciclo que es el funcionamiento del mar, y para nosotros hombres del medio ambiente marítimo, asumir la lucha por defender una nueva virginidad para las aguas madres no solo es un deber. Es un reto enorme y una responsabilidad prioritaria.

Me desentiendo del diálogo interno y pienso que son roles muy legítimos, tanto como los de carácter técnicos y según un sociólogo, consejero en Relaciones de Personal en una empresa naviera escandinava, “es el trabajo que mejor les definirá ante su gremio y el de mayor peso en el juicio sobre su desempeño”..

Capitán y Jefe de Máquinas cumplen su mejor tarea al asumir desde tales ángulos funciones de liderazgo durante esos largos periplos de dos, tres o seis meses saltando de un océano a otro. De Norte a Sur; de Panamá a Róterdam, de Puerto Cabello a Río, Santos, Paranagua y Buenos Aires; Puerto Ordaz-Tokio, Shimonoseki, Nagoya, Singapore: Lake Charles-Colombo y Goa; Goa a Mogadiscio, Mombasa, Paranagúa. Paranagua Santo Domingo y alguna vez, regreso a un puerto base: Puerto Cabello.

En otras ocasiones andas de serrucho. Vas y vienes en la misma ruta; ida y regreso cargando en horas y descargando igual. Puerto Ordaz-Ghent-Puerto Ordaz; o bien con un poco más de días-puerto pero también en lanzadera: Puerto Cabello-Saint John-Puerto Cabello. Pasando cada vez en ida y regreso —once viajes redondos al año, veintidós veces en total— exactamente por la mediatriz más larga del Triángulo de las Bermudas.

—Y qué les pasó...

—Nada raro ni sobrecogedor o excitante. Es como atravesar una avenida obviando la vía peatonal. Te puede arrollar un vehículo. Puedes pasar sin ni siquiera un sobresalto.

—Pero nada, nada en absoluto.

—Un incidente termodinámico nos angustió dos horas y algo, pero se resolvió como se presentó, sin hacer nada, ni tocar, armar o desarmar. Eso sí, en tensión máxima, sudando a mares.

Era un buque propulsado a turbinas. Muy confiable de maquinaria y equipamiento pero donde es determinante la presión máxima de trabajo del vapor reca-

lentado, como el vacío del Condensador para cerrar el ciclo agua-vapor-agua con el menor grado de pérdidas posibles, tanto en lo cualitativo —agua consumida— como en lo cuantitativo; máxima efectividad del ciclo. Navegábamos a un régimen de marcha normal full vapor. Vamos en unas 60 horas sin incidente, cuando a pocos minutos antes de una medianoche —guardia del Tercer Oficial de Máquinas, a punto de entregar al Segundo— comienza a perder vacío el Condensador, un animal inmenso de cinco mil tubos de enfriamiento por agua de mar. En régimen normal funcionaba con vacío relativo de 29”, cercano al “0” que serían 30,5 pulgadas. (buque construido en Beethlehem/Baltimore, por eso las unidades anglosajonas). Podían haber variaciones ligeras, de dos décimas o hasta un cuarto de pulgada, pero era un equipo de gran estabilidad funcional.

De pronto en un período de tres o cuatro minutos, pierde dos pulgadas de vacío. Alarma inmediata. Toda la sala se moviliza. Baja el Jefe de Máquinas, y de inmediato con el Primer Oficial; el “Séptimo de Caballería”: Un mecánico; el Oficial Eléctrico, dos limpiadores, el fogonero que entregaría guardia se queda con el que está re-

cibiendo servicio; aparece el cadete de máquinas y a medida que se reúne personal se asignan tareas de revisión. No se toca nada, todo funciona con regularidad, sólo que el Condensador principal sigue acusando pérdida del vacío. Pasan los minutos y prosigue la anomalía; sin prisas pero sin pausas nos acercamos al desastre. Llegará un momento en que el ciclo se interrumpirá por insuficiente conversión de vapor en agua para realimentar los equipos, perderán eficiencia los Turbogeneradores, igual fallará la turbina principal y el caos será sazonado con un apagón por falta de energía.. Nos acercamos a la hora y nada ha podido constatare como anormal, sin embargo la vía al desastre no se detiene. Cerramos vapor a la turbina principal y disminuimos el régimen al comenzar la “tos” característica del grupo turbopropulsor cuando el Condensador llega a un vacío relativo a menos de la mitad de norma; aunque el equipo auxiliar comprometido en el ciclo, funciona plena y cabalmente. Toda verificación se ha constatado dos y tres veces; pero en forma obligada vamos cerrando el vapor a la turbina principal pues debemos acoplarnos al caso mientras definimos qué sucede y porqué. En plantas de vapor no puedes tirar flechas. Necesitas un diagnóstico preciso para actuar y corregir.

De pronto sucede algo diferente. La aguja parece querer detener su lento movimiento acusando el descenso del vacío. Sí... parece que sí. No, todavía se quiere mover; ajá, no se mueve más. Se detuvo. Si, en verdad se detuvo. Dejó de moverse. Se recuperará?

Unos dos o tres minutos de aparente equilibrio en aquel punto donde se detuvo con trece pulgadas de vacío relativo y parece moverse en sentido positivo. Esperemos... Se mueve y acusa una lenta recuperación, que nos permite respirar con mas calma. En quince minutos se recuperan tres pulgadas en el indicador. De nuevo sin tocar nada. Solo se disminuyó paso a paso la entrada de vapor a la turbina de alta para acoplar el régimen a la disminución del vacío, pero ante la restauración termodinámica del equilibrio perdido, hacemos una pausa, pues sería precipitado considerar superada la emergencia.

Con la misma lentitud con que disminuyó su eficiencia, el condensador se va recuperando. En media hora llega a veinte pulgadas de vacío relativo y damos paulatinamente más vapor a la turbina principal. No hay nada que temer. Todo funciona de nuevo normalmente, y nos preguntamos: qué pasó?

Hubo una explicación más o menos plausible. Salíamos del Triángulo de las Bermudas por el Norte, sector marítimo en que la corriente fría de Terranova y Labrador choca con la cálida del golfo. El duro choque térmico desequilibró el régimen termodinámico, que solo se recuperó cuando la termo-halinidad restauró una temperatura estable en la corriente marina, pero todos culparon al famoso triángulo.

Muchos marinos pueden testimoniar hechos, fenómenos y sucesos extraños e inexplicables en la aludida zona y otras similares del planeta. Un Capitán contaba que en sus primeros años de vida marinera, estando de guardia en el puente a media mañana oyó de pronto el ruido de un avión que se acercaba; volteó a ver y a su izquierda a muy baja altura se desplazaba un bimotor cuya cúpula transparente permitía ver la silueta del piloto. Atento a la peripecia del avión observa que al sobrepasar el buque da un giro a estribor como si intentara dar una vuelta alrededor de la embarcación...

—En seguida me desplacé hacia ese costado para observar mejor la maniobra del piloto y ver que intentaba realizar: Pero... ¡Coño!, donde está. Qué

se hizo, el bendito avión había desapareció como por arte de magia. Un oficial que había subido minutos antes desde la sala de máquinas y estaba en cubierta, había observado lo mismo y subió corriendo al puente a preguntar a su compañero si vio el avión, la maniobra realizada y su desaparición.

Las conjeturas y comentarios en torno al caso no cesaron en el día, en particular por parte de quienes no pudieron observar lo sucedido.

Qué puede haber pasado en torno a las desapariciones ocurridas en la zona del llamado Triángulo de las Bermudas; aviones, barcos, etc...Son muchos los casos, bien documentados y con datos comprobados. Estudiosos de estos incidentes aseguran la incidencia de anomalías magnéticas en la zona que afectan los instrumentos de navegación, sean de buques o aviones. Además afirman sobre la existencia de otras once zonas en el globo terráqueo de similares características, sumando una docena de sectores magnéticamente irregulares repartidos en forma simétrica entre el Norte y el Sur; a Oriente y Occidente. Se

sabe de una zona en los Montes Urales donde ocurren las susodichas anomalías. También existe un reporte comprobado y verificado de un raro incidente al Sur de nuestro continente.

Es el caso de una familia chilena de Santiago, que un fin de semana visitan a unos amigos en una ciudad vecina. Salieron, llegaron, visitaron y regresaron... Pero no a su casa.

Regresaban después de cumplir con sus amigos. De pronto en la vía por donde transitan los envuelve una espesa cortina de niebla y momentos después la esposa dice a su marido que va al volante: “creo que te saliste de la vía...Esta carretera no me parece...”

El esposo sorprendido niega haberse desviado; prosiguen viaje pero de pronto la pareja insiste y alude que por esos lugares no habían pasado en la mañana.

—Como que tienes razón dice el esposo, algo nervioso. Mira esos avisos, qué productos anuncian.

Abreviemos el cuento: El vehículo estaba en una carretera mexicana, rumbo a la capital azteca...!!!!

Sacerdocio obligado.

Un hombre se me desmorona en los brazos. Es un marino, un duro por naturaleza. Lloro desconsolado, gfrustrado y triste e iracundo contra sus compañeros. Está inmerso en una soledad profunda, terrible realidad anímica que se le desborda en lágrimas. Lo acuno en mis brazos. Si, debo hacerlo, comprenderlo, mimarlo en abrazo fraterno de hermano viejo, de padre talvez; para recomponerle los fragmentos esparcidos y convertirlo de nuevo en el hombre que se impondrá a la momentánea miseriuca sufrida. La borrará de su memoria seguramente y mejor cuan pronto sea. Después si alguna vez en el transcurso de vida que le resta, por algún mecanismo del azar o en un viaje deliberado hacia las entrañas, lo redescubre, habrá crecido suficiente para asimilar el tropiezo y la caída.

En cuanto a ti, ni un gesto, ni siquiera un pensamiento debe aflorar con semejante recuerdo. La tan preciada fruta de la dignidad humana es demasiado frágil. Abrázalo fuerte, ayúdalo a salir de la zanja antes que se le convierta en fosa. Ahora eres su padre.

En otro instante, un día cualquiera te abordará un camarero. Lo presentes en el saludo que entre marinos nunca deja de tener un toque de mecanizado disparo. Algo le molesta. No, le duele...

No. No es dolor, es un tormento, obsérvale y no olvides tu deber. Escúchalo.

La pesadez de su actitud corporal revela el grado de su tormento. Vas calando el rango de su angustia en la medida que interrumpe cada varios segundos su tarea y te dispara una frase, una duda cada vez.

—Jefe, esto es muy jodío...

Sacude un trapo que hace de plumero, toma las toallas del baño que debe cambiar y al soltarlas en la cesta de acopio de la lencería por reponer, suelta de nuevo...

—Jefe, la mujer no estaba en casa, la llamé tres veces... Tenía que esperar mi llamada, quedamos en eso.

—Estaría ocupada, en el banco, en casa de alguien de la familia... le respondo sin verle ni detener la realización del informe que realizo en la oficina.

Entra a la sala de baño con las toallas limpias, jabón y una botella de extracto de pino y sale raudo de nuevo a la sala principal del camarote, desde donde me espeta una tercera andanada con voz que aún no se rompe, pero olfateas entre el borde del grito iracun-

do y la frontera del estallido lacrimoso.

—Jefe, la mujer me está “reventando” con un primo y tengo dos muchachos con ella Jefe. ¿Cómo hago?

Breve silencio mío. Segundos para construir una respuesta equilibrada, neutra, que pueda incluso ser balsámica. Pero él, a un palmo del pánico emocional me juzga indiferente y me encara dejando por medio solo el escritorio donde reposa la Underwood.

—Jefe son dos muchachos y seis años juntos y le puse un negocio que da resultados y le “metimos” las vacaciones y utilidades y ta’ creciendo y dando cobres... pero esa mujer me quiere, yo sé...

—Y entonces, porque estás pensando bolserías y clavándote agujas en el cerebro...Desde cuando no te vas de vacaciones, anda dime.

El hombre tomó unos pocos días de una vacación vencida y pidió de nuevo enganche para ahorrar e inyectar capital al negocio que le libraría de seguir navegando. Con una mano en su hombro le convencí de visitarme por la tarde, después de la cena... Así fue; llego a mi oficina poco después de la siete.

—Oye, te estaba esperando, pasa adelante, siéntate ahí en la sala... Archivo estas carpetas y te atiende.

Estuvo unas dos horas en la oficina de mi camarote hablando de todo cuanto se le ocurrió. Si pronuncié cuatro o cinco frases en ese tiempo fueron muchas. Puse música y él hablaba, yo asentía moviendo mi cabeza y él hablaba; de su padre, su trabajo, su negocio, sus muchachos. Un, “qué bien, vale” de mi parte; y él continuaba hablando. Se río, habló, volvió a reírse, siguió hablando. Yo asentía, lo miraba con interés y soltaba una frase más: “Oye, magnífico”... y él hablaba y comentaba la música. Bajó al pantry, trajo un café que me ofreció en un momento de la conversación y habló sin parar media hora más. Yo le escuchaba imperturbable en mi atención, reflejada en otras dos breves frases. De pronto se detuvo, vio al reloj de la oficina y dijo:

—Gracias jefe por la conversa y la música pero tengo que irme, mañana me toca limpiá’ la gambuza y hay que madrugar...pero no se me va a olvidar en las vacaciones ir a casa de mi hermana en Barquisimeto antes de embarcarme, para traerle una Acemita aliñada...

Se marchó. Iba sonriente después de dos horas de drenaje

Una de película y no del “Far West”.

Siempre llamó mi atención en muchas películas, en particular hollywoodenses, que se complicaba una situación debido a las actitudes erróneas o impropias del protagonista, una persona joven —indiferente que fuese hombre o mujer— y cuando se acercaba un estallido o había ocurrido alguno, surgía un amigo, el padre, un abuelo, un viejo entrenador, equis personaje más o menos involucrado en la trama, casi siempre colateralmente; soltaba un discurso al personaje problema, que escuchaba imperturbable y al término de las palabras reconstructoras se transformaba con la ducha retórica y quedaba convertido en la antípoda del conflictivo ser humano anterior. Milagro de milagros repetido en decenas de tramas simplonas o más elaboradas, en las que el resultado del baño retórico de un tercero, transformaba a un ser totalmente desde el primer átomo de sus talones hasta la última molécula de sus cabellos. Cosas del cine y solo del cine; y juraba que me estaban tomando por memo; la realidad del ser humano siempre es más compleja.

Pero de vez en cuando se observan confirmaciones acerca de la consabida pero grullada afirmando que la vida, supera a la ficción. Fue el clásico conflicto de conducta de un adolescente entrando a la adultez, comportándose a título del desfasado rebelde sin causa ni excusa medianamente aceptable. Era un cadete como cualquier otro. Miento; en realidad era distinto, pues los cadetes de la marina mercante venezolana hasta los conocidos entonces, siempre fueron aplicados. Unos más o menos listos que otros pero todos con disposición vocacional al aprendizaje y adaptación a la difícil vida del marino. Por el contrario, el de nuestro caso estaba dispuesto a convertirse en la mejor de las excepciones: El tipo era indiferente, perezoso, despreocupado, irresponsable hasta los tuétanos en sus acciones, incumplido en los horarios y nada diligente en los trabajos; la propia joya con dientes. Pero las “bellas” cualidades referidas no habían aparecido todas a la vez, aunque si por grupos y en cada ocasión se le llamaba la atención. Lo hicieron los oficiales con cierta sutileza, con mayor énfasis después. Lo hice en calidad de primer responsable de la gestión del Departamento en varias ocasiones. Otros dos cadetes compañeros suyos le

reconvinieron en cierta ocasión. Se comentaba una y otra vez la irrecuperable conducta del personaje y todos los esfuerzos frustrados por hacerle entender la necesidad de un cambio de actitud. Ya el asistente del departamento lo había dado por perdido y tenía más de una semana que no le encomendaba tareas y pasó a considerarlo el propio cero a la izquierda. Ni lo miraba.

De mi parte no cejaban los intentos de aconsejarle la necesidad de velar por su futuro afrontando con mayor margen de compromiso su tiempo de pasantía, pero era frustrante. El jovenzuelo oía como quien ve llover desde un estado anímico de atonía. Se marchaba luego y continuaba peor, como si a cada llamada de atención surgiese la necesidad de ser más perezoso, indiferente, incumplido y en fin, más bestia. Decidido a dejarlo por imposible, se me ocurrió que debía hacer un último esfuerzo de orientación, aunque no fuese más que un saludo a la bandera para lavar algo la conciencia en cuanto a mi responsabilidad en el asunto. Al final opté por la intentona pensando que sería otro fracaso y motivo de nueva frustración, pero en caso de cumplirse esos temores, redactaría

un informe crítico sobre su conducta, pidiendo su remoción de la pasantía y fuera problema de desadaptado incorregible.

Le cité para después de la cena relevándole de parte de la guardia de aprendiz que le correspondería en ese tiempo. Subió puntual a mi camarote, pidió permiso para entrar. Le invité a pasar a la sala contigua a la oficina y le ofrecí asiento. Sin mediar palabras le di la espalda y de un escritorio del despacho tomé una carpeta con su historial y la coloqué sin abrir sobre la mesa.

—Tomas un café... Asintió.

Serví dos pequeñas tazas, un poco de leche evaporada. Degustamos el café y le pregunté por una bagatela de la rutina del día que debía haber cumplido. Una hora más tarde estreché su mano a la puerta de la oficina y se despidió respetuosamente. No tengo la menor idea de lo que sucedió en el interior de aquel joven, ni recuerdo detalles específicos de la conversación que fue fluyendo y en la que mi voz impuso los temas y sus desarrollos. No agregué nada especial o distinto que antes no le hubiese dicho y repetido, pero se dio el milagro que siempre nos había pro-

puesto un guión barato en un film cualquiera.

Muchacho tonto, hasta cuando continuarás irrespetándote...

*Sí, irrespetando lo mejor de ti, tan diferente
a lo que estás ofreciendo. Debes admitir la gran equivocación
en la que te encierras a cal y canto.*

*De qué y porqué tu resentimiento. No puedes imaginar el
daño que te infringes.*

*Te preguntaré algo... Crees que tienes alma, un espíritu. Es
una estructura distinta al conjunto
de huesos, músculos, fluidos y nervios que observas estúpida-
mente ególatra en el espejo...*

¡!!Ohh, admites poseerla. Muy bien, te diré algo
desagradable. La veo con frecuencia,
cada día más débil, y en lugar del aspecto lustroso
propio de esas estructuras,
pierde brillo constantemente y luce cada vez más opaca.
La tratas sin consideración, mejor dicho, la ignoras. Una
conducta
imposible de justificar y menos perdonar. Te diré algo más;
en el conjunto que ves en el espejo

*existe un órgano que debes ejercitar más a menudo. Te será
útil asociar decisiones
y conductas siguiendo sus orientaciones. Se le conoce como “ce-
rebro” y sirve para pensar...*

.....

A mi oficina entró alguien bastante indefinido, maledicente, incómodo, estúpidamente soberbio y caprichoso cual preadolescente consentido e inmaduro. Una hora y varios minutos después salió otra persona. Claro que no lo vi en ese instante, pero al día siguiente me encontré con la grata sorpresa de ver trabajando a un hombre decidido, emprendedor, dinámico, puntual y respetuoso. Inteligente en las acciones y disposiciones, con sentido de equipo y solidaridad. Había nacido un hombre diferente. No se crea que fue una reacción interesada de unos días, de poco tiempo, más que todo para librarse de unas cuantas reconvencciones y las posibles consecuencias al regresar a destino en nuestro puerto base.

El joven no varió en lo más mínimo la nueva actitud naciente y tuve el placer de saber unos dos años

después, que se le reputaba en la empresa como un oficial especialmente valioso en todo sentido. La realidad superaba una vez más a la ficción.

Lento y sin pausas, resbalando hacia el borde.

La aparente serenidad del Primer Maquinista parecía de algodón de azúcar, lista a endurecer su frágil textura antes de deshacerse en aire y saliva. Miré al lado suyo y ví al Capitán. Permanecía en el mismo lugar. El Jefe mantenía su tranquila frialdad. Yo estaba como al borde de una hoguera. Un ardor frío me devoraba el corazón y las tripitas, pero la actitud casi hermética de los jefes me ayudaba a dar medidos pasos por la sala de control, observando diales, cuadrantes e instrumentos de registro de los que nada precisaba o comentando breves necedades técnicas con el viejo Teodosio, el aceitero de mi guardia, cuando de pronto me asaltó el recuerdo de la sangre y el cuchillo. Había aparecido nítido solo en dos ocasiones después del suceso. La primera vez cuando pude comprenderlo y asimilarlo para dominar el gélido miedo que me asaltaba al ver sangre y ahora, muchos años después; más en todo ese tiempo del miedo escondi-

do, sangre y muerte siempre significaron lo mismo. Qué tan cerca estaba el otro lado. Parecía inminente el naufragio. Nadie decía nada, solo el Jefe y Nabor, el Oficial Electricista hablaban en cuclillas frente al tablero principal. Nabor no controlaba su inquietud, sudaba el triple que cualquiera en la acalorada atmósfera de aquel pálido y mortecino cuarto de control donde agonizaba la exigua iluminación de cuatro bombillitas, ligeramente más grandes que una pelota de ping-pong y alimentadas por el tren de baterías de emergencia de 24 voltios, única fuente de poder disponible desde las once de la noche anterior.

Habíamos estado alegres. La tristona alegría aposentada en el alma correosa de los marinos, más próxima a una lágrima que a la carcajada; encostrada por millas y millas navegadas bajo toda condición de soledad o angustia existencial, bien por frustrados goces de las pequeñas maravillas de la rutina, o por intestimoniales dolores aliviados en cualquier oscura barra de un tugurio de puerto. Un padre muerto, un hijo enfermo, una festividad familiar que otra vez contó con tu ausencia, la hermana casándose, una esposa parturienta medio asistida por la buena voluntad de unos

vecinos recién conocidos. En fin cuantas anécdotas caben para reflejar las soledades y amores mordisqueados y maldigeridos bajo la veleidosa calma de las semanas transoceánicas. Pero estábamos sobriamente alegres. La cena navideña había sido copiosa y digna. La empresa ya no daba muestras del derroche de mejores tiempos, del que algunas migajas llegaban a los barcos con más o menor lustre dependiendo de la dureza del codo del Capitán o de las finas uñas de un Purser; pero aún aparecían detalles del viejo esplendor, realzados esta vez por la especial calidad del Indio José, un cocinero de concurso, además pastelero y panadero que se esmeraba en estas ocasiones. El banquete había estado bien rociado —aunque el whiskey era “tapa amarilla”— Nos paseamos por el gigantesco “micromundo” del marino. Las mismas anécdotas del Cara ‘e vinagre, del “lagarto” y el “zamuero” y de los tantos “Perros”, “Monos” y “Gallos” de cada promoción náutica en el vasto marco de las prioridades y pasiones que afectan a nuestra especie: La compañía, los barcos, las mujeres; la compañía, los barcos, las mujeres; la compañía, los barcos, las mujeres; eso sí con la advertencia de siempre dada la ocasión.

—Ya está bueno, no hablemos más de las porquerías de siempre, la compañía y los barcos. Aunque sea una vez hablemos de otra vaina...ok.

—Porque en la motonave tal, el capitán cual, curdo hasta los tuétanos, le mostró la “herramienta”; te acuerdas, tu estabas conmigo en ese barco, si a la novia de...

El jolgorio y los chistes gruesos amainaron un tanto y comenzaba a brotar la tensión en suspenso del trabajo a cumplir. A bordo no puedes interrumpir el trabajo; solo hay breves interludios. La noche navideña estuvo plena de las pequeñas satisfacciones, con una mesa jugosa y algunas risas desde los disparadores automáticos de chistes que repiten los marinos desde los Triremes romanos, para no endilgárselos al Arca de Noé. Ya vendría y pronto, la agonía.

El buque se desplazaba pesadamente por el Mar de los Caribes muy cerca del arco de las Pequeñas Antillas en demanda de Granada, pasaría entre Trinidad y Tobago para seguir curso por el Océano de los Atlantes rumbo a Sao Roque, en Brasil y cubrir luego la gran diagonal al suroeste rumbo a Ciudad del Cabo e

internarnos aguas arriba por el Indico hasta el Puerto de Colombo capital de la antigua Ceilán —hoy Sri-Lanka/La Tierra Resplandeciente— “una vaina que hasta en los mapas se ve lejos” decía el bozo y coreaba con mísera risita desdentada el “medio-pollo”, un espécimen que solo puedes ver en un buque mercante. El reloj acariciaba las once de la noche. Dos o tres medibotellas de licor esparcidas en las mesas. Se tintinean algunos tragos, los últimos de esa noche. Cortéz, mesonero de los oficiales, recoge restos tratando de ordenar el desastre del convite y todos a una nos vemos las caras al soltar vasos, almendras, tequeños, trozos de pan o botellas. El fantasma de un black-out genera el ulular en agonía de las maquinarias y la oscuridad se apodera del buque.

Imposible enumerar los fracasos intentando conectar uno de los dos Motogeneradores disponibles al cuadro principal para salir del problema restituyendo potencia a los equipos del buque y reiniciar la navegación. El Generador de Emergencia arrancaba con facilidad y tomaba su régimen normal de marcha. Se transfería al tablero principal y plofff, desactivaba el sistema auxiliar, se detenía el motor y mantenía el cír-

culo vicioso del black.out. Un complejo cortocircuito afectaba al sistema mediante los disyuntores principales y cada vez que luego de revisar reguladores, dispositivos de alarmas, sensores de temperatura y presión, se ponía en marcha un moto-generator, no era posible dar potencia a las barras principales y se desactivaba el sistema. De nuevo a oscuras sumando fracasos por la misma causa oculta provocando tropiezos sucesivos e inexplicables.

El Jefe se había sobrepuesto a la situación y la enfrentaba serenamente. No había nada que objetarle o decirle y ni siquiera sumar intención volitiva a sus palabras o actitudes.

Andrés Ricardo disfrutaba la equilibrada armonía de ser, estar consiente a plenitud de ello y saber cómo proceder para solventar el problema.

Con firmes y suaves hilos de fino acero anímico enjaezó motivos y deseos para regular con el menor riesgo posible, la presión emocional de la sobrecargada caldera en que se había convertido Nabor, nuestro Oficial electricista.

Era obligado callar.

—Por favor mide el voltaje en las baterías para saber cuánto disponemos...

¿Cuántos intentos más serían posibles?

Nadie lo había preguntado pero todos en la

Sala de Control pensábamos en ello.

La carga normal en reserva de potencia es de 24 v. A las dos de la mañana fuimos al cuarto de baterías a medir el potencial.

El voltímetro “pellizcó” 19 voltios, disminución lógica, por los arranques fallidos y el consumo de las luces de emergencia.

.

—No vuelvas a medirlo, susurró el Jefe a Nabor, ese voltímetro tiene un error como del 10% menos...

Era necesario bajarle intensidad al amperímetro corporal de Nabor. Su desmesurado nerviosismo anulaba a un operario valioso y nos devolvía a un alocado tira flechas.

El problema, estaba resuelto en teoría. Se buscaban —ya ubicados en planos de los tableros— los contactores de reserva. Dos en el tablero de emergencia y dos en las barras del Principal. Nabor con

los nervios más allá de la piel, acumulando más y más estática, explotó. Arrojó las pinzas aisladoras y el destornillador, se levantó de un salto con los ojos desorbitados y gritó:

—¡¡Coño, por culpa mía nos vamos a ...

Una mirada imperiosa del Jefe le detuvo e impidió concluir la frase. Al mismo tiempo colocó una mano en su hombro derecho y le dijo con voz pausada:

—Tranquilo Nabor. Estás haciendo un gran trabajo, no hay porque angustiarse. Tenemos tiempo... y acompañó las dos últimas palabras con un gesto alado de su otra mano.

Ignoro como pensaba el jefe retardar a Cronos. Tiempo era lo menos disponible. No sabíamos cuando se agotarían las baterías, pero sí que estábamos al borde de lo irreversible y el Jefe Andrés Ricardo, el primero en saberlo, tuvo el coraje de inventarse unos minutos ficticios y regalárselos a Nabor para calmar la desesperación que estaba por enloquecerlo; y continuó:

— Tenemos ambos contactores en los dos tableros, tendemos un puente y resuelto el problema obviando

los disyuntores del circuito... Tienes cable, verdad? Necesitamos unos 60 o 70 metros.

—Si Jefe tengo unos cien metros en el pañol de la bodega uno.

—Bien. Anda “filipino” acompáñalo con una linterna.

La desesperación despertó la memoria de Nabor, que no acertaba fácilmente a ubicar un material o repuesto. Esta vez determinó el lugar con precisión. Yo, el más bisoño del grupo fui asignado para asistirlo en localizar el cable, iluminar el pañol, los trayectos a cubrir y conectar al tablero del Generador de Emergencia, a Babor en la parte posterior de la cubierta de botes. Luego traer el cable a la Sala de Control e interconectar las barras principales con el tablero del generador.

Y qué ocurría en cada corteza cerebral de los tripulantes, cuanta angustia galopaba en un corazón, cuál de los miedos traslucía algún rostro? El timonel de guardia en el puente acompañaba el turno del Segundo Oficial de Navegación, que daba saltitos tratando de expulsar del cuerpo un frío inexplicable que no surgía del cálido clima de la noche tropical.

El Capitán se presentó en la Sala de Control del Departamento de Máquinas, las propias entrañas del buque, desde el primer segundo de oscuridad. Ocupó una silla sin decir palabra y se mantenía imperturbable. No preguntó, no comentaba. Hubo un momento, una hora o un poco más después de tomar el lugar que ocupaba y del que no se había movido, cuando el Primer Maquinista asistente pasó detrás de su silla y casi se detuvo al tiempo que me miró y comprendí en esa mirada del compañero y el gesto corporal asociado, un refuerzo de la confianza. Ahí estaba el Capitán. Su silente compañía era un plus; apoyaba nuestro esfuerzo; era un soporte y una voluntad de salir adelante, afirmando nuestra seguridad de solventar el peligroso incidente.

Estando en la Sala de Control, cerebro operativo de las máquinas sufres el peso del ominoso silencio de un Black-out en forma brutal. Puedes escuchar lo que la sinfonía metálica ahogaba. El choque discontinuo del agua acumulada en sentinas, pegando en los costados y lamiendo mamparos y tuberías en los rincones del doble fondo del piso inferior. Escuchas el tenue silbido del aire comprimido, testimonio de fu-

gas en algunas líneas neumáticas, jamás percibidas en condición normal. Nunca falta quien tome nota de estas fugas para futuras evaluaciones y reparaciones.

En aquel silencio sientes que hasta los pensamientos ajenos cobran cuerpo, se hacen perceptibles. ¿Cómo es la muerte??? Te parece captar que alguien se hizo la pregunta; quizás quien haya vivido por sí o en algún ser querido cercano angustia similar. Un hermano desaparecido en un vuelo, como uno de nuestros maquinistas; o el mismo Jefe Andrés Ricardo el día que descubrió en la sentina de un buque, siendo un oficial bisoño, que un ligero soplido sibilante era la mole del volante del Motor Principal girando detrás suyo a plena velocidad de marcha a milímetros de su cabeza.

—Y usted que sintió Jefe...

—La verdad es que no se, pero recuerdo un friíto espeso que me recorrió varias veces el trayecto desde el culo hasta el cerebro...

Por mi parte solo deseo ver aquella sala iluminada, lejos del abismo de un buque con su disco de Plinson haciendo surf, gracias a trece mil cuatrocientas toneladas de harina que no dejan un “huequito” libre en

bodegas, 1260 toneladas de fuel-oil y diésel en tanques doble fondo, 300 toneladas de agua dulce, 180 de lubricantes, y la sobre carga de 400 toneladas de agua en sentinas trasvasadas al túnel de tuberías, bajo el fondo de bodegas; entre el mamparo divisor de la Sala de Máquinas y el mamparo de colisión en proa; y sigue entrando agua lentamente, aumentando los chorritos.

Inclinados muy cerca de las barras del tablero principal Nabor y el Jefe realizan la conección del cableado puente. Arrancará de nuevo el bendito generador con la fuerza que reste en las baterías... Un limpiador que ha pasado toda su vida en el agua mira con inquietud al Primer Oficial, se le acerca y caminan hasta el extremo opuesto donde trabajan el Jefe y el eléctrico, pasando por detrás de la vieja silla donde se mantiene el Capitán a la espera; sin moverse del lugar las últimas cuatro horas.

Mi tocayo Ramón un Primer Oficial eficiente y trabajador poseía la rara cualidad de la prudencia; si juzgaba indiscreto algún dato o creía inconveniente divulgar una información dudosa, nadie le sacaba un comentario sobre el tema. El viejo Teodosio se devolvió medio escamado del breve cruce de palabras y se arrinconó al lado

de la mesita del café, más gris y sorprendido que antes. Minutos después, al salir el Primer Maquinista al taller, volvió a la carga conmigo:

“—Discúlpeme tercero pero dígame que pasa... me huele una vaina rara desde hace rato”.

—Nada grave viejo, estamos en black-out y listo, necesitamos salir de este peo, eso es todo.

—Tercero no me engañe, yo soy un viejo y he pasado más de un “blacao”, incluso con el mismo Jefe Andrés Ricardo y hasta temporales arrechos. Qué pasa si es lo mismo que otras veces y el mar está tranquilo, casi ni brisa hay... dígame, y así me preparo por si acaso.

Lo tomé del brazo y lo llevé a la puerta lateral. Viejo, no tengo ni idea de lo que te dijo el “Primero” o si te dio un par de cogotazos mentales por preguntar bolserías, pero con seguridad no es peor que otras veces así que no pienses más pendejeras, en cualquier momento salimos de esto y se acabó.

No obstante Teodosio me acercó de nuevo a la duda de si podríamos salir del atolladero. Pasaría mucho tiempo para que el propio Ramón, mi tocayo, en compañía del Jefe confirmaran en privado la cruda grave-

dad de aquellos instantes. Pocos supieron esa noche y tal vez hoy muchos ignoren lo cerca que estuvimos del desastre. Arrastrábamos desde la arribada forzosa en Ponce problemas con el Tanque de Aguas Negras. El asunto alcanzaba la descarga principal al mar, que en Puerto se corta para procesar los drenajes en el sector de oxidación bacterial del sistema, pero el acodamiento en el sapo-cheque de esa descarga sufría dos embates. Primero estaba mal compensada la presión externa por la columna interior de agua. Varias modificaciones acortaron la columna de compensación quedando una diferencia de presiones muy leve en calado máximo; agravada por la sobrecarga. Y la tubería en la válvula de salida mostraba fuerte corrosión, con abombamientos y humedades de los llamados “llanto de las tuberías” pese a una cajuela de cemento reforzando el sector.

Acompañando al Jefe inspeccionamos dos veces el tanque de aguas negras. La deformación por sobrepresión del agua acumulada aumentó entre las dos visitas. Reventaría el tanque creando un terrible problema de contaminación o sería el codo de descarga, cuya vía de agua nos hundiría en un santiamén por

falta de equipos de bombeo. Nos fuimos de inmediato, intentando borrar la pantalla mental. Un leve pensamiento podría ser la pajita que fracturase el lomo al camello.

Dos semblantes satisfechos me informaron que el lado crítico se acercaba al final.—Estamos listos dijo el Jefe; dejó al Primero en la Sala y llamó a seguirle al cuarto del Generador de Emergencia a Nabor y a mí. El generador arrancó sin novedad, se equilibró con prontitud el régimen de marcha y energizamos las barras del cuadro principal mediante el puente de cableado.

—Bien Capitán, hemos salido de ésta... y dirigiéndose a nosotros: Eliminaremos todo consumo para arrancar las bombas y sistemas del Motor Principal. No daremos régimen pleno y así abastecemos el circuito de refrigeración con la bomba de agua de mar auxiliar en lugar de la principal... Capitán, por favor elimine en el puente cuanto aparato pueda...

—No se preocupe Jefe, navegaremos por la escuela de Colón, subo y dispongo para seguir tan pronto usted confirme la puesta en marcha del Motor Principal.

—Nabor, quita el alumbrado a la acomodación. Desconecta todo sistema de arranque automático de los cuadros principales. No hay aire acondicionado ni habrá cocina mañana. Navegaremos sin purificadoras. El tanque de servicio debe alcanzar hasta Puerto Cabello y si no, usaremos el tanque de sedimentación...

(Trinidad, algún puerto oriental o La Guaira estaban más cerca, pero Puerto Cabello era la opción ideal por facilidades técnicas)...

—Ramón, forma una cadena que mantenga relleno el tanque del Generador de Emergencia; asignas eso al mecánico, un limpiador, un aprendiz y todos colaboran en el trasiego de Diesel. El segundo acompañe a Nabor a verificar eliminación de consumos. Cierra agua potable y sanitarios, en la mañana damos quince minutos de agua potable y ahora una bombita de descarga del tanque de la mierda media hora... Teodosio, abres una botella de aire y al arrancar cierras el circuito dejando nada más la línea de automáticos y protecciones del Motor; luego cierras la línea al paso variable. Navegaremos con paso fijo usando solo lo indispensable. Si deja margen de potencia el consumo de auxiliares del Motor damos prioridad a la coci-

na; de lo contrario, pan, sardinas y cambures.

Cercanas las seis los pilotos se ingeniaron para navegar con el girocompás del bote salvavidas. Tomaron de la línea al puente en el pasillo una extensión, conectaron la cafetera eléctrica y paraíso de la felicidad; un aromático café clausuraba la más larga noche de nuestro periplo marino.

Sepultado en las cavernas de la angustia y el miedo, quedarían jirones vitales mal dispersos por las tensiones soportadas y un denso fardo de emociones que la alquimia espiritual iría destilando y macerando al correr de los años, no obstante habíamos crecido mucho aquellas horas en las que, guadaña en mano, nos vigilaba atenta y despiadada la celosa y secreta mirada de la implacable.

La hermana gaviota va al Japón

Habíamos dejado atrás esa maravilla moderna que une en extraño rumbo los dos grandes océanos del globo. Dije extraño pues luce raro que para ir del Caribe en el Este, al Pacífico en el Oeste entremos por el noroeste y salir al Pacífico por el sureste, un rum-

bo casi en diagonal invertida, respecto a lo convencional. El hecho se debe a la configuración geográfica del istmo, la figura de una “S” acostada no muy abierta en sus curvas, con la entrada al Canal desde Colón en el Mar Caribe más o menos a un tercio del inicio de la última curva de la gran “ese” geográfica. Tres juegos de esclusas gemelas: Gatún, Miraflores y Pedro Miguel, salvan la diferencia de nivel de 26 metros entre los dos océanos. Estas grandes cajas de acero con sus compuertas gigantescas y salvando tales diferencias de altura, hacen parecer de juguetes a las que existen en los diversos puertos y canales de Bélgica y Holanda.

Al salir de Balboa al Pacífico dejamos por babor el archipiélago de Las Perlas para recalar en Punta Mala y seguir hasta un way point 7°Latitud Norte, 81°Oeste navegando por loxodrómica (Plano de Mercator) para iniciar desde este último punto la navegación ortodrómica (rumbos de círculos máximos) hasta la Bahía de Tokio en la tierra del Sol naciente a donde deberíamos llegar unos 20 o 21 días después.

Un poco antes de Punta Mala la miré por primera vez. Se desplazaba con la grácil levedad de las aves

marinas unos metros detrás de la popa, lo que había observado decenas de veces en el golfo de México o el Mar del Norte, nada novedoso como no sea la atracción ejercida por la dulce limpieza del vuelo de estas aves: gaviotas, cormoranes, pelícanos, o el monumental albatros, auténtico gran emperador del aire cuyo magistral dominio de las corrientes de aire les lleva con un mínimo desgaste energético a planear horas y horas sin un batir de alas, alzando apenas una remera primaria o dos álulas de un lado u otro.

La rutina de a bordo absorbió mi tiempo y atención. Casi dos singladuras después me dirijo al cuarto de timón caminando por la cubierta y veo de nuevo al ave, aunque sin identificar con precisión si era la misma observada anteriormente. Nuestro rumbo, trazado en curva de círculo máximo no se había alejado mucho de la costa, dado el perfil costero del Pacífico oriental a partir de la península de California, que al prolongarse al norte, se inclina a converger hacia el continente asiático —cerca del polo, Alaska y Siberia apenas están separadas por el estrecho de Bering— no obstante había suficiente distancia para preguntarse por qué la gaviota se alejaba tanto de tierra firme.

Van seis días de navegación y aún estamos muy lejos del paso por el norte de las Islas Hawaianas. La profundidad de aquella masa gigantesca de agua es tal, que su color pasa del azul intenso casi al violeta. Un revuelo en cubierta se manifiesta de seguidas en todo el buque... Dónde pregunta el pinche... por estribor dice el bozo; un marino corre por la cubierta y señala con el dedo, allá, ahí, ... ¡ mira ! son tres. Varios hombres se asoman a la borda, el timonel grita desde el puente y el mecánico corre a buscar su cámara, que finalmente se perdió del espectáculo pues había olvidado cargarla de material fotográfico...

—Coño se me olvidó ponerle un rollo nuevo ... donde están?

Por breves momentos, habíamos contemplado la majestuosa danza de las ballenas jorobadas que salen a la superficie a respirar; uno de estos leviatanes iba acompañada de un ballenato bebé, todo un espectáculo difícil de volver a contemplar. Unos minutos después se vio a la distancia la columna de aire y vapor de agua producida por la expiración del anhídrido carbónico expelido en la respiración del cetáceo.

Al regresar por cubierta después de contemplar la po-

tencia de aquel gigantesco vaso oceánico me convencí que la gaviota que nos seguía era la misma que había visto poco después de salir del Canal. No había duda, era la misma y evolucionaba por detrás de nuestra popa con el rumbo de la nave. De todas maneras pregunté a un timonel que trabajaba en un pañol.

—Has visto esa gaviota que nos sigue...

—Claro, duerme a bordo, creo que en aquel mástil, pero también estaba una tarde más allá, por las antenas del sobrepunte...

Así era en efecto. Seguía al buque y comía de los restos alimenticios que a diario botaban al mar camareros y gente de la cocina. Todo el día volaba detrás del buque y al caer la tarde pocos minutos después del ocultamiento solar, se acomodaba en un mástil, o cerca de las antenas en el sobrepunte, donde la había visto por última vez el timonel que confirmara su alojamiento a bordo.

Nunca me enteré de algo similar pese a los años de yodos y algas. La hermana gaviota, émulo de un Juan Sebastián hermano, planeaba con sutiles y apenas perceptibles ondulaciones de una o dos remeras para convivir a su modo con nuestra aventura transpacífi-

ca. Un día más tarde comencé a dialogar en solitario con ella y desde luego a espaldas de mis compañeros; “aunque aquí, mal dormidos, mal comidos y mal cojidos, todos loqueamos de una u otra forma”, decía a título de leiv motiv, el bozo, Salazar Vásquez y de Punta e’ Piedra, casi requisitos mínimos para ocupar la plaza de contramaestre en CAVN.

Saludaba a la hermana gaviota en la mañana antes de pasar al comedor para luego bajar a la sala de control. Por igual lo hacía en la tarde al realizar mis tres caminatas de calentamiento por el circuito de cubierta antes de llegar al improvisado gimnasio del castillo de proa: Treinta o cuarenta abdominales en dos tandas, algo de pesas, resortes, tensores y si había cupo, un par de “21” de Ping-Pong. Una mañana algo más temprano que de costumbre, antes de bordear por la aleta de estribor para acodarme en la borda al diálogo de rigor, nunca un monólogo con nuestra hermosa compañera, intuyo una presencia en el rápido diferir de las sombras y presiento un escape hacia la banda contraria. Acelero los últimos tres pasos y con un “epa, como estás, buenos días” detengo al huido interlocutor de mi gaviota. Era el viejito Gómez, veintitantos años de “guaiper” (wiper—limpiador) a

bordo de aquellos buques, septuagenario que parecía arrastrar un siglo de penurias impresas en los surcos del rostro, “toero” de los cien pequeños oficios que permiten rodar la existencia tropezando una y otra vez con las aristas de la vida. Ex—minero, buscador de oro y diamantes al que siempre se le negaron las “bullas” que otros, garimpeiros la mayoría, detectaban. Gómez llegaba a los restos finales, la basurita de ganga al borde de lo invisible que obligaba a un ojo muy diestro y avizor para encontrar en la batea más fina las minúsculas piedrecitas, “pero que daban para seguir lidiando buscando encontrar la gran piedra”. A otros les sonrió una buena estrella y algunos como Barrabás la pegaron bien duro.

—Por allá en una bodeguita que tiene en Tumeremo le vi el año pasao, que en las vacaciones me fui pa’ Guayana... me reconoció, me brindó un cafecito y hablamos. Tiene en la pared una foto de una princesa o emperadora creo que me dijo (Gómez se refería a la Emperatriz Farah Diba) con un “collarsote” donde está una piedra que sacaron de su diamante.

—Pero a él lo robaron con esa piedra...dicen que lo embaucaron y le dieron cuatro reales piches...

—Habladurías de la gente, Jefe, que hablan por no dejá... hablando de oro y piedras a nadie embarcan en Guayana. Uno no sabrá escribí, pero nadie lo engaña a uno del valor de una piedra. Barrabás sacó mucho real, él sabía lo que tenía en las manos...

—Cuanto le dieron por su diamante...

—Los holandeses que son los que controlaban las piedras —ahora y que son los japoneses que aprendieron también a cortá diamantes y los comercian— le dieron más de doscientos mil bolívares, creo que doscientos cuarenta... Ud se imagina, cuando un caerón en Ciudad Bolívar en esa época no llegaba a dos mil bolívares y una tronco'e hacienda con ganao' se conseguía en diez o doce mil...

—Y que hizo con esos reales...

—Eso es otra cosa, pero él los disfrutó. Se dio la gran vida en las Uropas, bebía puras vainas finas y como quince años después volvió a aparecé. Ahora tiene su bodeguita por allá bien surtía y vive feli'...

—Y dime viejo, que andas haciendo aquí en la popa tan temprano, estabas hablando solo, o le preguntabas cosas a la gaviota.

—Mire, a los animales se les puede hablar y a los ár-

boles. Yo lo hacía en el monte cerca de los ríos cuando buscaba diamantes.

Gómez, parco en el habla con sus compañeros que le consideraban algo excéntrico y capaz de un comentario solo si se trataba de la Biblia o del divino hacedor, Era bastante comunicativo conmigo. Me había narrado de casi todos sus oficios y largamente de su vida de minero en las selvas guayanesas y del Brasil, se reservó lo que intercambiaba con la gaviota y respeté su mutismo al respecto. Tampoco me hubiese sido fácil compartir la hermosa sinfonía de comunicarme con aquel ser alado, al que además pretendía escuchar, leyendo los breves signos de sus alas o sus leves cabeceos.

Doce días de navegación y no he podido ver el rayo verde, fenómeno muy poco común de observar pues requiere un horizonte especialmente limpio de nubes. Es toda una experiencia sensitiva de apenas breves centésimas de segundo el centelleante rayo verde del instante final en que “Febo Apolo, el de las doradas grebas” —como lo citaba Rebozo, otro wiper jubilado, amante de Homero del que recitaba

párrafos enteros— se sumerge en las aguas del océano para despertar allende otros sueños y un fatigar diario distinto al propio. Solo en dos ocasiones gocé el privilegio de presenciar el inolvidable espectáculo en un cuarto de siglo de andanzas oceánicas. La primera en este viaje días después del encuentro con Gómez hablándole en la popa a mi gaviota.

La hermana de Juan Sebastián había hecho otros amigos secretos, pero parecía responder mejor al viejo Gómez y a mí, tal vez por ser los primeros en hablarle. Una tarde me hice el propósito de verificar los últimos minutos de su rutina diaria vía al retiro nocturno. Eran los días finales del verano norteno con una transición tarde-noche más prolongada. Ligera-mente oculto en la cubierta de botes la vigilaba. Con un velo ya gris profundo sobre la superficie oceánica dio un batir de alas y se acercó a revolotear próxima al sobrepunte. Por ahí posó, se perdió de mi campo visual y no quise escudriñar su breve intimidad. A la mañana siguiente muy temprano la observé salir y hacer una evolución como de reconocimiento para ubicarse algo más de un minuto en el mástil de popa y después tomar su lugar planeando grácil varios metros detrás de nuestro rumbo.

Día 21 después de Balboa a las cinco de la tarde. En el puente de mando charlando con el Primer Oficial en su turno de guardia. Mañana un poco antes de las ocho estamos recalando en Cabo Nojima, en el borde oriental del Golfo de Salami ... lo ve aquí, en la carta... de ahí entramos por el estrecho de Uraga a Tokio. Seguro que nos plotean todo el trayecto desde Nojima, asistidos por el práctico de la zona.

Amanece el día de llegada. Estamos atentos para ver el Monte Fuji, pero un cielo gris lo impide esta vez. Seguimos acercándonos a nuestro destino y mientras, me dirijo al comedor a tomar el desayuno.

Jefe, hay cereal, y “huevos” al gusto, como de costumbre —apunta el camarero—

Dame solo dos huevos escalfados...

Cortés se asoma al ventanuco del ascensor que comunica con la cocina y grita la orden del pedido:

—Doss “huevos” escarfaos pa'l chif...

Dos minutos después estoy saboreando el jugo mañanero...y de nuevo Cortés:

—Chif, que qué vaina es esa, preguntan allá abajo...

Pero no pude informarle como se escalfaba un hue-

vo, por el alboroto de unas carreras detrás del comedor. Qué pasa pregunto al camarero.

—Es en la cubierta de botes, parece que la gaviota...

Salté de la mesa y salí del comedor. El timonel, el bozo y un marino trataban de agarrar a nuestra tambaleante gaviota que aleteaba convulsiva y atinando solo a saltar en forma alocada.

—Chico, qué le pasó...

No sabemos. La encontré cuando bajé del puente para llamar a la gente del turno diario, medio acurrucada y temblona, quise agarrarla a ver que tenía e intentó volar “y comenzó a darse coñazos con los manparos y la escalera”, me informa el timonel. Es probable —pensé y lo dije en voz alta— que sufriera un corrientazo al tropezar arriba en el sobrepunte con un cable.

—Trata de agarrarla y que no se haga más daño.

Unos cuantos rodeos de intentos por atraparla y al fin el bozo la toma y me la entrega.

—Búscame pronto un cuñete vacío... Pero rápido, corre.

Segundos después aparece el marino con un cuñete vacío. Pongo a la gaviota en la cubierta, la sostengo

un tanto con una mano, mientras coloco el cuñete boca abajo sobre ella cubriéndola por completo y la emprendo desaforadamente sobre el fondo del gran perol, a todo dar con mis manos, repicando a manera de una tumbadora.

—Coño Jefe, la va' acabá de jodé, dice el timonel...

Ni siquiera le miro y menos le respondo. Prosigo con todo ímpetu el batir rítmico sobre el improvisado tambor. Varios miembros de la tripulación se acercan y hacen corro, preguntan, chacotean, se ríen unos, otros mantienen la atención sobre mis manos que no han cesado de golpear y proseguir su trabajo sonoro. Ignoro el tiempo usado en esta terapia improvisada pero anduvo en los cinco o seis minutos, aunque en los comentarios posteriores alguien lo llevó a media hora y al regresar del periplo por el sudeste asiático, recordaban el hecho asignándole una mañana golpeando el tambor sobre la pobre gaviota. La mitología —King-Kong dixit— cobra rápida vida en el anecdotario mariner.

Lo cierto fue que en un momento dado juzgué suficiente la terapia sonora, cesé de batir la improvisada tumbadora, levanté el cuñete y nuestra hermana ga-

viota, casi un tripulante más en la travesía, salió disparada volando rauda a su mejor promedio rumbo a la costa, vivita y batiendo alas a pleno vigor.

—Y donde aprendió esa vaina Jefe...

—Lo ví hacer una vez, siendo un niño y se me grabó. Me aseguraron que siempre funcionaba con pájaros y aves diversas. Pues bien funcionó. Cómo o por qué, lo ignoro, pero te puedo improvisar una explicación colgándome de la Biblia con las trompetas de Jericó y regresar hasta el gran Enrico Caruso rompiendo una copa de cristal con un “do” de pecho. No olvides que el sonido es energía y como tal es un poderoso estímulo que... (me interrumpen) ...

—Coño Jefe mejor déjelo así, que debemos ir preparando la maniobra...

Algo más tarde, al filo del mediodía, treinta o cuarenta reverencias por hora nos dan la bienvenida a tierra samurai, donde nace el Sol.

Cuaderno N° 6
(Lugares, ciudades, paisajes)

New Orleáns – Jazz – Sweet Emma Barret

Baja, me dijo el panameño —nuestro Jefe de Máquinas— te toca la maniobra... Tenía poco más de una hora abajo, nos acercábamos a la primera gran curva del bolsón en forma de inmensa “U” abierta, que acoge a la ciudad. Arriba el viejo buque holandés de dos máquinas gemelas al muelle de siempre, a unos cuantos pasos de Canal Street.

Libro de Campana. Motor de Babor; **21:16** – Despacio Avante. Cuarenta, quizás cuarenta y cinco vueltas al minuto marca el tacómetro del Nordberg. No llega al minuto el andar del motor pero se registra como tal. **21:17**, Para Máquinas. El aceitero da vueltas por la sala, toca apenas la válvula de entrada al enfriador para ajustar el cierre. Son motores con la tecnología de los años cincuenta del siglo pasado, apenas un tercio de rendimiento térmico en la propulsión; y el río está frío. —Cuánto tiene el agua; pregunta el Oficial de Guardia. —Doce grados, tercero; responde el oilman.

El oficial de guardia, a quien acompaño en la maniobra de atraque, es un veintiañero recién graduado, hijo de un militar de alta graduación, con ascenso congelado por contestatario, nada excepcional en un país

tercermundista. Atiende el Nordberg de Estribor, mientras yo atiende la otra máquina. El jefe, fastidiado de la maniobra, habla de cuanto se le ocurre sin transición alguna, lo que hace un ejercicio complejo y difícil copiar su discurrir. Al fin dice algo que por deformación profesional y moldes mentales preprogramados a la dificultad de copiar raras y extrañas modulaciones, se hace casi ininteligible: “Yadebemo-sestaratracaduscoñonoteolvidesyanotacarajoelcombustible”; y se marcha escaleras arriba. Transcurren veinte minutos más. Un tenue golpe sordo seguido de una breve sacudida.

Es probable que estemos atracados; el tiempo sin navegar me ha devastado ciertos códigos de percepción, que paso a paso voy recobrando... Si estamos atracados.

—Pegamos a muelle, ladra el “perro”.

Se le transparente la ansiedad de salir. Tiene novia en el puerto y tres meses sin tocar en New Orleans. Repican los dos telégrafos de la sala; respondo y anoto, **21:38** TCM (Terminado con Máquinas). Fin de la maniobra.

By... El tercero responde con un gesto y subo a cu-

bierta. Contemplo el muelle, veo hacia la ciudad y subo al Salón. Aduanas. Inmigración, Sanidad. La tripulación —medio zoo incluido, dada la costumbre marinera del alias, con preferencia nombres de animales— espera la verificación de su documentación y el Vo.Bo., de salida. No escucho mi nombre pero atiendo la mirada del Contador. El Oficial gringo ve mi antigua tarjeta vitalicia de permanencia que otorga 30 días y sonríe. “Quedan pocas” dice en español. Ahora solo dan los pases provisionales y caducan con la salida del buque del territorio estadounidense. Anotaciones, un sello; Thank you.

Diez y cuarenta de la noche. Bajo al muelle y voy haciendo cuentas mentales pero sin precisar fechas mientras camino hacia la salida. Es el mismo antiguo muelle al final de Canal Street. Pronto, muelles y almacenes serán trasladados a una zona extraurbana, asunto del que tendríamos información oficial pocos días más tarde. Se trata de una remodelación de las zonas portuarias que se lleva a cabo en todos los puertos de la Costa Atlántica. Es notorio el caso de Baltimore con la llamada Bahía Municipal, ahora un hermoso lugar que antes ocupaban viejos almacenes, tugurios de mal vivir y muelles ruinosos. Ha pasado

mucho tiempo desde mi última visita a esta ciudad, cuando quemaba mis primeras etapas náuticas. Rememoro, resto, sumo; son algo más de quince años que en mis oídos no resuenan en vivo las trompetas, clarinetes, platillos y el thumb, thumb, thumb, de un cuarteto típico de jazz en la cuna de esta música adorable, vibrante, dramática, profundamente humana y juguetona. Salgo a Canal dos bloques delante del río, camino hacia el norte y es Decatur, tres bloques más, paso Chartres y Royal para entrar al corazón del Vieux Carre, Bourbon Street,

El viejo y famoso Barrio Francés. Ochenta y dos manzanas perfectamente regulares desde Decatur hasta Rampart al Norte, y entre Esplanade al este y Canal al poniente, más el breve grupo de doce pequeños bloques de formas geométricas diversas e irregulares que ocurren entre la primera curva de la gran “U” del río y Decatur Street. He caminado a pasos lentos disfrutando el paseo por la amplia avenida. Me encuentro a unos doce pasos de Bourbon, un carrito de hot-dog marca la esquina.

—*givmiequora* (give me a quarter). La mano de un brazo semi-extendido, acompaña la voz gangosa que

surge debajo de una nariz de bulbo, full capilaridad licorosa. Le doy la moneda, 25 centavos de dólar y “veo” al personaje. No es el propio mendigo. Es un pedilón y me digo, mejor suena “pedigüeño”. Grabo el retrato mientras me acerco al carrito esquinero y pido un Hot-dog. Fue la primera, la única y hasta hoy la última vez que he comido un perro caliente en la calle. Fue como un gesto de afirmación que esa noche necesitaba imprimir firme y sólido en todo el cuerpo, con aquella breve y común ingesta.

Veo una “barra”; entro y me dejo inundar por las notas de la primera tanda nocturna del show en el lugar. Después cruzo otros umbrales, cuatro o cinco más, no recuerdo con precisión. Buscaba en particular la de Al Hirt, famoso trompetista nativo de la ciudad cuya barra ostentaba como nombre el de “Muelle 66” (Dock 66). No está en temporada. Anda de gira. Nueva York, Chicago, Las Vegas, no recuerdo. Busco la barra de Pete Fountain, tampoco, hace tiempo se ha mudado junto a otros músicos famosos a una nueva zona de espectáculos de la ciudad que intenta competir, otros dicen que desplazó al Vieux Carre. Es

un sector más moderno, sofisticado, probablemente más chic, pero siento y creo que jamás suplantará al Barrio Francés. La historia, la tradición y la “cuna” no se borran tan fácilmente. Aquí están todos los tradicionales y sigue siendo campo de experimentación y presencia de jóvenes músicos que absorben aquí el origen y la raíz del jazz. Los estudiantes del Conservatorio de New Orleans largan las pelusas en las muy diversas salas de esta cuadrícula musical y museística, de antiguos y hermosos salones restaurantes y plétórica de pentagramas de muchas edades, colores y tonos. Doy fin a la noche en el cuartito semioscuro y casi petrificado en el tiempo de “Preservation Hall” a seis cuadras de Canal, en Saint Peters Street, casi al doblar la esquina desde Bourbon. Es la Sala de la Preservación del Jazz. Aquí se presentan los tradicionalistas a la antigua usanza. No se paga entrada, no hay venta de licor; colaboras con algo si te place, nadie tiene una cesta en la mano o vigila que lances una moneda o un billete. Hay quien entra y sale sin dejar ni un “dime” (moneda de diez centavos). Esta noche estaba la “dulce Emma” (Sweet Emma Barrett). Una voz desgarrada surgiendo de gargantas esclavas. El sur profundo de las plantaciones se destila

a través de sus gruesos labios. Nunca pude disfrutar su voz. Causaba un dolorcito amargo muy adentro. Esas leves punzadas a las que por general apenas tocan cerramos las puertas porque lastiman el corazón. Me fascina dejarme arrastrar por la música hasta el llanto, no me importa, pero en solitario o en la sólida penumbra del teatro.

Sweet Emma modula las últimas frases del blue que despide la audición y los compases de cierre...

...Me arrastran hasta la puerta de la casa de negros, donde se agolpa un pequeño grupo inquieto.

Preguntan, susurran, miran esquivos; hay miedo, rabia apenas contenida y estupor

...Al fondo del local, sobre una estera de paja seca un cuerpo sanguinolento, apenas respira.

El dolor, insoportable, quebró sus umbrales sensitivos y le abandona en piadoso desmayo.

Cuarenta cortantes latigazos —los primeros diez de propia mano del amo— sobre la hercúlea espalda, desmigajaron su fortaleza hasta convertirla en una mísera jalea de sangre y fibras musculares rotas.

Son los honorarios por el atrevimiento de tocar un brazo a la hija del amo, en el intento

*de ayudarla a montar su cabalgadura...y al sentir la áspera mano, la nerviosa niña grita,
estallido emocional que ordena el implacable castigo a
nuestro padre.*

*Tres o cuatro de los fieros golpes del látigo de nudos, asestados con macabra precisión
rompen un lóbulo del pulmón derecho del esclavo.*

*El cruel castigo no le libra de la cosecha algodonera y tres días más tarde
tendrá que resguardar enseres, maquinaria y buena parte de la cosecha semanal,
de la furiosa lluvia que durante ocho horas azotó la hermosa plantación.*

*Del castigo, la lluvia posterior y el trabajo sin descanso, nacieron las fiebres infecciosas
y el desgano fatídico. Una luna después, la figura musculosa se redujo a huesos y pellejo.*

La muerte es celebrada. El esclavo la siente y concibe cual regalo de liberación.

Los cánticos fúnebres retribuyen el gozo de la libertad definitiva...

*Y Sweet Emma reaparece, ingenua, simple, austera sobre el limpio escenario
donde entregó el alma en tres canciones para desmigajarme el corazón,
cuál el látigo del amo la espalda de sus esclavos...*

.....—.....

Regreso a bordo y mientras camino observo en la pantalla mental al borrachín pedigüeño. Me reveló varias cosas que otras personas tal vez descubrieron con igual sorpresa. y en su novedad les repasé con visión analítica: “Las diferencias entre una sociedad opulenta y una paupérrima, se observan incluso en los niveles de mendicidad”. Me despedí de la imagen; internalicé la observación y volví a la pequeña Sala de Preservación del Jazz, tomado por el punzante dolor de la voz de Emma que escuche en mi piel.

No obstante remembranzas y saudade, fue una noche hermosa. Hubo el goce de la música y también su dolor. La gama emocional del pentagrama es casi infinita. Disfruté los recuerdos de otras estadias y terminé saturado de jazz en las barras más añejas y tradicionales del Vieux Carré. Y en el repaso mental, al regreso, uno observa que en el local menos publicitado, o más escondido, encuentras intérpretes de calidades excepcionales. Destacar, deslumbrar, estar en la cima del mundo del espectáculo ya es otra cosa. Aquí con tanta calidad a todos los niveles, factoran de manera adicional decenas de elementos y circunstancias que dejarán en el camino una buena estela de frustraciones y decepciones.

Rememoré la visión de los chicos, realizando sus diestras exhibiciones de tap en las aceras del corazón del barrio. Escuché a un magistral intérprete del banjo y me reí con la broma del tipo que delante de un trompetista chupaba con fruición un limón. El recuento mental y emocional de lo recién experimentado se desvaneció con unas notas de la última banda escuchada interpretando el himno del jazz tradicional y melodía emblemática de la ciudad; “Cuando los santos van marchando”, o “Cuando los santos marchan”, traducción válida de “When the saint go marching it”.

Deben ser varios cientos las distintas versiones conocidas de tan popular melodía. Cada conjunto musical ensaya alguna vez nuevas formas de presentarla e interpretarla. Una de las más originales la escuché en “Dock 66”, la barra del gran trompetista Al Hirt. Dividían las frases del tema principal en breves secciones que encadenaban con los tres vientos del grupo: Iniciaba la trompeta, seguía el clarinete, concluía el trombón, y así sucesivamente jugando con la línea melódica del tema principal; todo un alarde de creatividad y excelencia interpretativa.

Sonreí con amplia distensión corporal, había regresado a New Orleáns, contemplado y escuchado de nuevo la hermosa ciudad. Mañana caminaré por Chartres y Royal, la calle de los anticuarios. Por la noche pasaré a cenar en Antoine, el más antiguo de los restaurantes de la ciudad, en Saint Louis entre Royal y Bourbon; quizás disfrute un trago en The Three Sisters o en Pat O'Briens.

De nuevo a bordo con el olor a muelle y bodegas del buque, con New Orleáns otra vez en mis ojos y en los sentidos regalando un escalpelo al cerebro que se agudiza apenas con dos o tres notas de este regalo musical que es el Jazz en el Vieux Carre, un licor único que liban mis oídos con una emoción especial y diferente.

Durban

Siempre creí que Durban era una ciudad puerto hermosa y llegar a sus muelles fue una cálida revelación de ese presentimiento. La luminosidad del paisaje es similar a la de algún valle tropical a mediana altura, 1400 a 1800 metros, después de una copiosa lluvia que cesa y deja paso al sol. Pero hay más que el brillo de su atmósfera. Estás en un lugar diferente y lo siente cada poro de tu cuerpo. El color de la vegetación es más intenso y el espíritu humano presente en cada ser es abierto y solidario, hasta que cualquier minuto del día lo coloca frente a un nativo de piel oscura. No es posible asimilarlo con aplomo. Es terrible observarlo, Geo-Adamo no salía de su estupor. Hay un cambio tan radical en décimas de segundos. Es una persona diferente la que departía contigo, a la que despedaza con la mirada al niño, el hombre, o a la anciana que les roza ligeramente al pasar a su lado, e intentan alejarse corriendo si es un niño o un joven para evitar un puntapié o un golpe, que de todas maneras observas en la disposición muscular de quien se siente agredido y violentado por un “ser inferior cuyo atrevimiento no tiene límites”. Y se dice que hay progresos; hubo un tiempo cuando

ni siquiera podían circular por todas las calles. Se desplazaban en silencio por corredores muy estrictamente señalados.

Los marinos viajamos mucho, por años surcamos mares y océanos de todos los rumbos, al Norte, al Sur, por el Este, hacia el Oeste. A veces creemos tener branquias. Viajar es parte de nuestro trabajo, en el buque cumplimos funciones y tareas laborales, profesionales. A bordo, ciertas circunstancias, o una menor carga de obligaciones del momento, permiten mayor permanencia en puerto; y en ocasiones apenas horas, como esta ocasión en Durban, pero inolvidables por la fuerza, riqueza y contraste de las impresiones. Entrando al puerto el primer incidente, que supones algo particular no generalizado. A fin de cuentas agresiones interpersonales se ven siempre y no tienen por qué obedecer a una política en especial. Momentos después se repite algo similar en ocasión y contexto distintos. Vejaciones, golpes, desprecio, se reparten sin distingo de edad, sexo o condición física del agraviado, en múltiples ocasiones de interacción —por estrictas razones de trabajo, más bien servidumbre— entre los que por milenios de melanina sin sol, o muy poco, tienen piel blanca y los

que por igual circunstancia de tiempos ancestrales tostaron hasta el extremo su piel. Un hablante de mi lengua con el que tropecé en el muelle —muchos puertos tipo encrucijadas, son una babel— dijo que la situación racial viene cambiando, o por lo menos hay interés en hacerla cambiar en el tiempo. Un adalid de esa lucha se pudre hace más de 20 años en alguna mazmorra del país. Le sostiene su férrea voluntad y sus seguidores mantienen la llama viva de revertir la barbarie.

Minutos después de comentar la realidad social del país y sus problemas raciales un incidente de salud de un tripulante, rescatado en alta mar por un helicóptero del servicio de puerto de Durban, y atendido en forma extraordinaria en un hospital del puerto, te revela lo avanzado de los servicios médicos que disponen. La atención, la coordinación de labores, su logística, todo te dice que estás en un lugar técnicamente privilegiado.

(Estuve por decir “país civilizado de primer orden”, pero no puedes conciliar civilización ni en su acepción más simple, al observar la actitud de esta gente con sus congéneres de piel más oscura)

Rescate en alta mar de un tripulante enfermo, por un helicóptero de los servicios médicos de Durban.



Durban, Sudáfrica, naturaleza y paisaje de paraíso que albergan una geografía humana plena de contrastes en conducta, actitudes y realizaciones. Tecnología y atraso, opulencia y miseria conviven en un grado de plenitud inconcebible. Ciudadanía de alto nivel en sus cotos de reserva citadina u hogareña, e indignidades y humillaciones escalofriantes en la interrelación con el nativo.

Está cambiando esta enloquecida conducta; cambiará definitivamente. No podrá ser distinto. Se observan atisbos importantes y el discurso de varios estratos poblacionales tiene menor carga discriminatoria. La sensatez y lo mejor de la naturaleza humana deben triunfar e ir más allá de un comportamiento equiparable a la conducta animal con el espécimen diferente.

Varios años después de aquella visita marinera, la voluntad y el imperturbable coraje moral de Nelson Mandela pudieron sobreponerse a todas las adversidades, su lucha y empeño de años al fin encontró eco en otros líderes de piel blanca y la noria comenzó a dar vuelta en contrario hacia situaciones de mejor comprensión y tolerancia. Varios frentes de presiones internacionales y situaciones internas cada vez más conflictivas, incidieron con mayor fuerza en el pensamiento político de la minoría blanca y paso a paso se llegó por fin a la liberación del líder negro. Poco tiempo después Mandela accedió a la primera magistratura del país y con el abrumador peso de su prestigio inició la creación de una nueva sociedad.

Sudáfrica no es hoy un paraíso de integración racial, sin embargo las crueles situaciones que por años

padeció la población de color, han cambiado sensiblemente y se orientan al camino de una humanidad acorde con un verdadero respeto por el otro, cuya mayor carga de melanina le oscurece la piel.

Somalia

Meses después del toque a Durban, regresando de la tierra resplandeciente —significado de Sri Lanka— y de la costa bengalí, arribo a Mogadiscio, ciudad puerto capital de Somalia. Imposible transcribir los galopes de la emoción, la angustia inexpresable, el sentir casi doloroso. Esta fue mi cuna, el rift africano, geografía compartida con Etiopía. En estos predios y alrededores, algo más hacia el este, cerca de la ribera lacustre del Turkana me levanté por vez primera sobre dos piernas y liberado de trasladar el cuerpo con mayor economía de esfuerzos, comencé a fabricar la más versátil de las herramientas: Las manos, una labor de milenios, reconfortante en sus resultados concretos, que abonaron ciclo tras ciclo de lunas y miles de soles, la aparición de breves semillas internas de lento crecer y armónica acción determinante en la creación del pensamiento analógico. La evocación

de aquel fascinante proceso evolutivo al acercarnos al Puerto de Mogadiscio, provoca un ligero extravío de la visión oteando un pasado que se esfuma en los entresijos anímicos, cuando la cruda realidad te sacude con un retumbar de explosiones en los alrededores del muelle de atraque y al rescatarnos de las ancestrales brumas internas, nos sitúa en medio de esta escalofriante matanza de años. Hay guerra en la cuna del hombre.

Grupos y grupúsculos anarquizaron esta tierra bella, sacra y sedienta. Aun en esta hora trágica y escalofriante de caos y muerte por doquier, palpable en el aire fétido de túmulos que casi a flor de tierra apenas resguardan los cadáveres más recientes de esta locura fratricida, crees ver o presientes más bien, esa luminosidad solo observable en estas tierras africanas que te embrujan, tocan o más bien golpean el corazón con inusitadas fuerzas, palpitando en tus fibras hasta inundar tus ojos a cada asalto emocional. Aquí nací como ADÁN, materializado del barro de los elementos y del tiempo, impulsándonos por eras desde la expresión más simple de la vida en los vastos océanos. En cada peldaño transcurrieron eras que

aquilataron fluidos y tejidos, entrelazaron estructuras, afinaron funciones hasta surgir desde abismos de silencios internos y comenzar a vibrar. Eones más tarde llegaron los sueños: mundos diferentes, rigores, sangre y muertes, ardores de violencia impregnando subsistencias mínimas, elementales; el brevísimo goce del fuego y la caverna. Pasaron vientos y diluvios, muertes de monstruos y colosos para comenzar a despertar surcando nuevos caminos de la espiral. Caminé y caminé a lo largo, a lo ancho, a lo profundo. Posé y anduve sobre lodos frescos de cenizas junto al hijo. El fragor de sombras y ecos interminables retumbando hacia lo alto sembraron el terror en mis seres. Obligado al coraje de levantarlos, castigué con dureza, sin piedad, rescatando en el dolor su espíritu de vida. Y luego de interminables luchas con el sol, las lluvias, el rugir de la tierra y el hambre; al borde de las especies extinguidas, unas pocas Evas nos albergaron en sus escasos vientres, cultivaron la vida incipiente que surgía, latiendo inaudible y constante en cada gota de sangre o en la bocanada pránica de los días, las manos construyendo incansables, trabajando las pieles, el pedernal y la caverna; tejiendo en paralelo esa urdimbre primera de un pensar má-

gico. Largas, extenuantes, sangrientas o trágicas jornadas para llegar inexorablemente al grito inicial de la conciencia y afirmarme adánico, sabiéndolo, sintiéndolo, expresándolo en la euforia brutal del primer descubrimiento ontológico: **YOOOOoo.**

Al tocar este suelo sacro de nuestra primera afirmación humana, doliente y abatida por la locura destructora de otra masacre entre hermanos, la visión etérica intenta llevarme a los primeros pasos en el río, sobre el lodo volcánico o encontrando al azar los primeros albergues rocosos, antes de construir más tarde el abrigo vegetal temporario que nos alejaría de las rocas.

Hoy camino un tiempo diferente. Mis pies no están descalzos ni mi piel desnuda. Las manos son más sabias y dúctiles, reinventan minuto a minuto nuevos mundos; recrean las más alocadas fantasías y multiplican su hacer grandioso hasta en la destrucción masiva de lo que se antoje. Hoy no cazamos o matamos para sobrevivir, no necesitamos el impuesto de sangre que garantiza la vida. Matamos por otras razones: recrear el morbo, necedad, insensatez, lo-

cura o simple y llana maldad estimulada por el odio. Pero cada motivo o razón, recibe nombres diferentes a los que expresarían la realidad manifiesta en cada crimen: Caza deportiva; desarrollo sustentable, defensa de la soberanía, orgullo nacional, guerra santa, honor de la familia...

Mogadiscio, camino entre tus ruinas, observo el caos, percibo y respiro la fetidez de los túmulos recientes. Veo las caras pétreas de los escasos viandantes, observo la profunda mirada del niño harapiento y de la mujer que vende baratijas a la puerta del muelle o alrededor del aeropuerto. Jamás mirada alguna reflejó tan prolongada angustia existencial o tal fuerza vital concentrada. Es difícil sostenerla. En el inmenso lago de esos iris humanos se asoman odios ancestrales, profundo amor telúrico frustrado, hambre y sed milenarias; dolores inenarrables. Geo-Adamo ve y llora en una mudez sólida, desgarrado desde su antigua raíz terrenal.

La vida del país pende de la voluntad de las tropas que la ocupan en arrogante son de paz y de la voluble voluntad de los grupos locales en disputa. Nadie

responde de nada. Las fuerzas de seguridad de Naciones Unidas, ostentan con mal disimulada arrogancia de rinoceronte, su nacionalidad específica en cada símbolo y actitud reveladora de sus arquetipos. En el ropaje blanquiazul que los identifica como ejército internacional —fuerzas de la ONU— hay sobre los bolsillos, en un brazo o en cualquier otro lugar visible de unos pectorales bien nutridos y más que ello, inflados de pretensión, una insignia patria y los colores de su bandera, señalando el país de origen.

Comparados con otras procedencias, los yanquis se ven más humanos y asequibles a la tierra del común.

Los italianos muestran su talante musoliniano, entre cómico, dramático y ridículo.

El británico mira altivo y con dejo petulante a la vez, cuanto le rodea. Un inglés jamás dudará de su “importancia”.

Los galos pasean sus viejas glorias militares envueltas en el brillo intelectual de sus logros culturales, con su particular desdén y un inoxidable orgullo patrio.

Canadá no grita, marca su aire con sobriedad, cumple.

Australia muestra su elementalidad de tierra joven en los conciertos internacionales con austera decisión. Otras presencias, son menos evidentes.

Una joven y casi frágil teniente yanqui, infante de marina (por construcción, cual teorema euclidiano, un

infante antes que frágil, será rudo y duro) informa su propósito y misión respecto de nuestra seguridad: —Un metro más allá de las puertas de acceso al muelle, no garantizamos la vida de nadie.



(-La Tte. Infante de Marina, guardia de seguridad en Mogadiscio, el día de nuestro arribo.

Le acompañan el 3er Of. De Maquinas Ramón Castellanos y dos cadetes aprendices.)

En la primera tarde-noche de nuestra estadía, un grupo del cuerpo asignado a la custodia del muelle comparte las breves horas de una rutina diferente. Unos pocos alimentos distintos a la ración plástica de guerra les saben al mismo paraíso gastronómico compartido jubilosamente con un grupo humano distinto, tropical, alegre aún dentro de las limitaciones sobrellevadas durante meses, hablando y oyendo otras lenguas; comiendo preparaciones muy distantes de nuestra habitual geografía culinaria, con acceso restringido a unos pocos víveres, algunos en extrañas presentaciones. Marineros que de poco se asombran, estamos casi hastiados de este periplo traumático de meses por aguas índicas y este encuentro lo celebramos en el espíritu.



Todo Mogadiscio se encuentra en ruinas. Los pocos habitantes de la ciudad viven en covachas a manera de carpas improvisadas en cualquier lugar, construidas de ramas, lonas y cartones.

Uno de los varios grupos guerrilleros en combate que intenta controlar las ruinas del país, ataca esa noche por sorpresa las instalaciones portuarias. La agresión es repelida por las fuerzas de seguridad, pero el médico del grupo, que cumplía con el último día de servicio activo en el frente y con equipaje listo para ser repatriado, recibe un disparo de mortero que le destroza la rodilla izquierda. Otro héroe inesperado de esta guerra loca; cumplió su servicio seguramente orgulloso de haber servido lealmente a su patria y al mismo tiempo atendió a su compromiso profesional asentado en el juramento hipocrático.

Recibirá la Medalla de Honor del Congreso por heroísmo en combate, para adornar un trauma inextinguible el resto de su vida.

Geo-Adamo comprueba el valor de la amistad en la adversidad. Aquel grupo humano son solo hombres armados en otra misión guerrera bajo mandato internacional. En cuanto a nosotros, el largo periplo nos ha dejado desasistido de insumos y repuestos, pero nos suplieron con largueza cuanto necesitábamos y nos ofrecieron además la fuerza de sus convicciones para soportar lejanías, estrecheces y mala dieta, en fin las carencias y penurias del nomadismo; de ellos como soldados internacionales y de nosotros como marinos errantes.

Por las noches de tan difíciles travesías, Geo-Adamo en oración dedica unas palabras al Padre eterno. Pide valor, fe y coraje para soportar las debilidades de sus compañeros de ruta, inexpertos en los menesteres de la lucha existencial, algunos casi adolescentes observando aquel raro mundo con ojos luminosos y un espíritu travieso sediento de aventuras, pero frágiles, muy frágiles de estructura interna para resistir sin heridas, los baches y traumas del

vivir y las tantas carencias del nómada, manifestas en la aventura de mar.

Geo-Adamo eleva su plegaria nocturna. Da gracias por el día cumplido y reposa.



**Rift oriental Africano (Kenia, Etiopía, Somalia).
Cuna de Adán el primer hombre. (Cortesía Nat-Geo)**

Nidos de historia – Split

Split, Spalato para los italianos que la pretendieron pues fue romana y ciudad sede imperial con Diocleciano. Ayer, Yugoeslava cuando la férrea personalidad de un guerrero y político convirtió en un solo

estado el mosaico cultural y lingüístico de los pueblos eslavos del Sur: Cinco Repúblicas, dos regiones autónomas, tres alfabetos, el sustrato de dos grandes religiones monoteístas, una de ellas con variante ortodoxa de alta rigidez, más las soterradas rivalidades y resentimientos ancestrales sepultados a la fuerza gracias a la voluntad conductora de un líder guerrero. Un poderoso volcán semidormido —que tras la muerte de quien les unió temporalmente— sacudiría hasta el genocidio a los eslavos del Sur, acarreando muerte y destrucción por doquier en sus hermosas ciudades desde la costa adriática hasta más allá de los montes dináricos.

Split cuenta con una de las más antiguas ruinas “vivas” existentes: El Palacio de Diocleciano: Caius Aurelius Valerius Diocletianus, eminente emperador de la historia romana escogió un bello lugar de la costa dalmata —muy próximo a su lar de nacimiento— para asentar el hogar de su ancianidad. Es posible que haya sido de los Césares menos conocido, pero su gobierno cobra especial significación porque de la estructura que instituye durante sus veintiún años de reinado, surge posteriormente la división entre las dos grandes secciones del imperio, occidental (Roma);

oriental (Constantinopla, hoy Estambul). Diocleciano no llegó al trono desde las bancas del Senado. Lo entronizaron las legiones de las provincias fronterizas, impulsadas seguramente por la conflictividad político-militar del momento cuando la amenaza de las incursiones bárbaras era constante. Se debía a sus soldados y a ellos se encontraba siempre obligado. Es notorio que no fue destituido ni asesinado; tampoco le destronó la muerte. Abdicó después de 21 años al frente del más grande poder de la antigüedad.

Temple de carácter sui géneris, Cayo Aurelio Diocleciano renuncia al armiño imperial, conducta muy pocas veces vista a lo largo de milenios de historia, de la que estas ruinas testimonian fielmente la brillantez y significación de su impronta en la vida del vasto territorio sobre el que reinó, imponiendo reformas que permitiesen salvaguardar sus extensas fronteras. Construyó un palacio que aún muestra claros vestigios de cuanto fue su lujo y grandeza. Un clima moderado todo el año y la proximidad de aguas salutíferas fueron otros factores importantes de escogencia tratándose de lo que serían los últimos años de su vida. Las concepciones políticas del emperador agregaron peso a la decisión de asentarse a descansar

durante los que serían sus años finales en la tierra que le vio nacer, la Dalmacia, de sanos aires marítimos y benigno clima; fue un acierto que además facilitó a posteriori observar y bien visto, vigilar, el desarrollo del novel experimento de las tetrarquías que a la postre dieron origen al correinado imperial. La cercanía de las dos secciones más importantes del vasto territorio romano, le permitió vigilar el avance y consolidación de las reformas impuestas bajo su mandato, lo que más tarde derivó en la causa primordial de la división del imperio.

Aquí, en lo que hoy es esta ruina viva cargada de historia, habité el corazón de legionarios asentados en los predios palatinos como parte de la cohorte pretoriana. Lealtad, valor, arrojo en el combate y compromiso pleno con el servicio nos fueron premiados con la ordenada pero apacible vida organizada del campus palatino. No hay comparación posible. La férrea disciplina del dispositivo ejecutorio de combate, que repetimos infatigablemente tres veces por semana, con los otros días para el apresto de implementos y las guardias de rigor, más la atención debida a las necesidades logísticas comunes, caballería, herrajes y acopio, nada son ante las tareas, riesgos y movili-

ción constante entre batallas y escaramuzas sucesivas de una legión de fronteras, rigores que muchos de nosotros afrontamos por años, cobijados por un lema: *Aut Caesar, aut nihil* (O César, o nada)...

El palacio cumplía las funciones de hogar, una lujosa villa; era también campo militar a la usanza romana y agregaba elementos de ciudad griega (casi todos los principales artesanos constructores fueron helenos), no obstante resultó ser una construcción de gran originalidad que pese a los despojos y el deterioro de los siglos, de manera particular durante la alta edad media, impresiona por la majestad y armonía de sus detalles. La arqueología ha encontrado aquí vasto campo de investigación en diversas materias. La vida familiar de la corte romana, la disposición de las salas y aposentos íntimos del emperador. La vida de la servidumbre, el ejército acampado y el plus que significan la cantidad de elementos arquitecturales develados, la decoración y lo que en sinergia aportan todos los datos para inferir las interrelaciones vividas en aquellos recintos. La compenetración de Diocleciano con sus hombres se observa hasta en el detalle de los sectores palaciegos dedicados a la guarnición armada y a la servidumbre de la regia estancia. De las

habitaciones destinadas al retirado emperador queda muy poco. La Split medieval y moderna asociada a los casi dos mil años transcurridos, ha deteriorado mucho de los espacios originales, pero basta ver la escalinata primitiva alrededor del Peristilo, lugar de excepción en sus funciones del ceremonial cortesano y el podio del Tribunal sobre la escalera que desciende al Protirón, donde la figura endiosada del emperador alcanzaba su máxima significación de digno símbolo, para hacerse una idea del regio esplendor reinante en su momento.

Poco puede apreciarse de las habitaciones privadas, literalmente destruidas. Apenas queda el vestíbulo espacioso de cúpula abierta y hermosos nichos que albergarían deidades creadas por los constructores y artistas —casi todos griegos— que erigieron la suntuosa construcción.

Tres eran las fachadas del palacio, la cuarta al sur daba al mar, con un acceso que hacía de puerto privado. Esta construcción sobre el mar, estaba destinada a la vida privada del emperador, cuyos aposentos le ofrecían una visión constante del paisaje adriático con sus bellas islas y canales naturales. En el lado opuesto es-

taban los espacios destinados al albergue y habitaciones de la servidumbre y al “castrum” (campo militar). Las fachadas que permitían el acceso a través de sólidas puertas eran conocidas como: Aúrea, Argentea (modernamente reconstruida) y Porta Férrea, la más conservada respecto a sus formas y detalles originales. La fachada marítima en diecisiete siglos transcurridos desde la construcción del palacio, se ha retirado entre 50 y 200 metros de la línea costera de entonces y hoy da a una vía de la ciudad moderna.

A los 300 años de la muerte del emperador, esta reliquia de la antigüedad, sirvió de refugio con sus sólidas murallas a los fugitivos de la cercana Salona (cuna de Diocleciano) en ruinas por el asalto (614 dc) de los avaro-eslavos. Sus calles y edificaciones sirvieron de base a la nueva ciudad medieval de Split. En el transcurso de los siglos se ha perdido mucho de la construcción original. De las torres y almenas de custodia no queda nada y muchas otras partes se han deteriorado o desaparecido, pero aun así el Palacio de Diocleciano sigue siendo un organismo urbano vivo que hoy es valorado como un monumento de cultura histórica.

Una estadía cercana a dos meses en Split nos deparó la hermosa experiencia de cultivar nuevos contactos humanos y sentir la emoción de existir en este nido de historia y sus ruinas “vivas”. Regía entre los eslavos del Sur, significado de “Jugoslavia”, un régimen comunista Light que permitía con pequeños subterfugios tolerados por todos, una vida menos dura en comparación con sus similares detrás de la cortina de hierro. La estadía de trabajo en dique de construcción naval, nos informó al instante —entre otras muchas cosas— de la pasión futbolística reinante. En cada interludio de trabajo para comida o descanso entre turnos de guardia, los Ivo, Dankos, Petja, Ciric, Mihajlov, etc, improvisaban en los patios de la factoría encuentros futbolísticos donde salían a relucir la fuerza de patadones disparados por “escarpines” 47, 52, 55 e incluso descomunales 58. Pero la innata curiosidad del hombre se refleja en cualquier circunstancia. Nuestro grupo también disponía de tiempos dedicados al juego y en un parque frente al hotel que nos alojaba, improvisábamos juegos de pelota-base, como llaman en España —y por extensión en el resto de Europa— el popular juego del béisbol (baseball). Para nuestra sorpresa al segundo

día de organizar una partida, se incorporaron dos croatas que deseaban aprender el juego y con cierta asiduidad se sumaban al pasatiempo de tan constante cultivo en tierras caribeñas. Se ignora si esa semilla al voleo floreció y fructificó en el lugar, pero con gran interés se dispusieron los dos croatas a esa práctica, que junto a la casi diaria visita al Palacio Diocleciano, a playas cercanas, o una escapada a la hermosa ciudad de Dubronik, ocupaba nuestro tiempo libre, en las tierras unidas bajo la férrea mano del Mariscal Josip Broz Tito.

Al regresar al tumultuoso pasado romano llevado por la visión de las columnas y recintos por donde a diario me desplazo todas las tardes de mi periplo en costas dálmatas, se desbocan las emociones añorando vivencias del pasado en el pectoral de un legionario, en la sobria actitud de un Tribuno, en la modesta conducta de un sirviente, o en la altiva magnificencia de un Senador. Roma, ombligo del mundo antiguo reflejada en cada locación del imperio por pequeñas e insignificantes que pareciesen. Roma, presente en cada detalle de la soberbia construcción que sirvió de hogar hasta su muerte en el 316 a Cayo Aurelio Diocleciano. Roma, ciudad eterna que se descubre en cada huella o testi-

monio, sea cual sea la naturaleza del mismo y que en estos recintos observamos para maravillarnos tan solo contemplando los grandiosos accesos al palacio: Las puertas Áurea, Argentea y Férrea.



Palacio de Diocleciano, en Split. Detalles. Hermosa y auténtica ruina viva que informa del esplendor del antiguo Imperio Romano.

Panamá, el Canal

Mosquitos que parecen apenas puntitos negros, pero en nubes; zancudos del tamaño de pequeñas libélulas. Una selva enmarañada, tupida, impenetrable en algunos sectores, con alimañas de cualquier tipo, color y tamaño. Fieras que rugen muy cerca por las noches, detenidas en su afán predador por la fogata del campamento nocturno. No te quejas en voz alta,

nadie lo hace, ni siquiera cuando casi enloquecido por la fiebre y el triturar de los huesos, partidos, estirados, molidos por la malaria, se desmigajan las últimas energías. Adelante siempre. Habrá un mañana menos doloroso porque estarás un poco más cerca. El intrincado nudo vegetal de Darién, ardiente, con su silencio de selva quebrado a trazos irregulares de tiempo por susurros del viento, graznidos, algún gorjeo, o el siseante escurrirse de un mortífero veneno serpenteante, acrecienta el peso descomunal de la más compacta selva tropical existente, colmada de cuanta malsana dificultad sea imaginable y aun así no doblega la acerada tenacidad de estos titanes que jornada tras jornada arrastran, cargan, empujan, tropiezan y siguen día tras día, acumulando las fatigas de transportar toneladas de mar sobre sus hombros. Paso tras paso prosiguen, las bestias se niegan pero la dura y pertinaz determinación humana impone la norma. Continuar, seguir adelante. La selva se hace infierno con su ardiente calor, un gel agobiante de humedad criminal; hordas de insectos más la víbora y el jaguar. Nada les amedrenta. Se desgaja alguno bajo la inclemencia del puñal malárico, muere otro en medio de lacerantes estragos del veneno reptilia-

no, pero la marcha no cesa. Dos jornadas más y toneladas de madera, cuerdas, lonas, cabos, alambres, roldanas, clavos, hierros, barnices, cola de pescado, mosquetes y decenas de los más diversos enseres e insumos, junto a los tesoros expoliados bien guardados en sólidos arcones reforzados en metal, arribarán al cauce que los llevará cruzando el Mar de los Caribes al vasto océano de los Atlantes después que nuevas y agitadas jornadas de armar, clavar, tirar, cortar, desbastar, remendar, parchar, unir, calafatear, conviertan de nuevo las toneladas de acarreo en naves que cargando el oro, la plata y otros tesoros del nuevo mundo desafiarán una vez más al destino enfrentando el reino de Poseidón, para continuar engrosando y aumentando las arcas de una España medieval convertida por obra y gracia de su afortunado encuentro con el virgen mundo americano, en el más vasto y rico dominio sobre la tierra.

Aquellos titánicos esfuerzos ya no son necesarios aunque transcurrieron más de tres siglos y medio para iniciar la construcción de un canal por el istmo, desde que la tarea recibiera la lógica atención de la corona española cuando Carlos V ordenó en el año de 1524 los primeros estudios topográficos

con la intención de construirlo. Fue en 1880 cuando primero los franceses que habían construido el Canal de Suez, bajo la dirección de Fernando de Lesseps, se abocaron durante veinte duros años al ciclópeo empeño y luego americanos nortños de los Estados Unidos. Los primeros fracasaron, abatidos entre otras penurias y obstáculos por las mortíferas fiebres tropicales; los últimos coronando exitosos la empresa. se esforzaron en titánicas tareas con el propósito de doblegar la selva y lograr con una de las maravillas de la ingeniería moderna convertir la odisea de siglos pasados para ir del Atlántico al Pacífico o viceversa, en una hermosa y magnífica experiencia que todo marino anhela vivir por lo menos una vez: Cruzar el Canal de Panamá.

Oficialmente el Canal quedó inaugurado el 15 de agosto de 1914, un poco antes de la primera Guerra Mundial, con la travesía del vapor “SS Ancon” que cruzó los casi 84 km de la vía acuática entre Balboa en el Océano Pacífico y Colón, en el Atlántico, abriendo una etapa de especial importancia en el comercio marítimo.¹⁾

Me encuentro en la parte alta de las esclusas de Gatún justo a la entrada del Lago del mismo nombre

formado con las aguas represadas del Chagres, donde se hace evidente la enorme diferencia de nivel de los dos más grandes océanos del planeta. La estructura básica del Canal son seis (6) inmensas esclusas dobles de **1000** pies de longitud (**3048** mts.) en las que te ascienden o bajan para ver encima de tu cabeza, o muy por debajo —depende si vienes o vas— a un monstruo de cuarenta, cincuenta mil toneladas o incluso de mayor porte, en el que probablemente otros marinos primerizos del canal estarán viviendo las mismas sensaciones contemplando tu nave. Te encuentras ahora en pleno territorio del istmo, pasando el lago se han cubierto unas 40 millas de esta portentosa vía de agua y se entra al corte de la culebra, el eje mismo de la cordillera central donde se cavó sobre roca viva la gran zanja del canal, hoy llamado el Corte Gaillard en honor al coronel David DuBose Gaillard, ingeniero cuya dirección y supervisión directa, dio vida a la construcción de la importante sección. No cesas de asombrarte al contemplar la grandiosa majestad de esta maravilla moderna, el esfuerzo que lo hizo posible, las muertes y víctimas cobradas y la significación que dio a la historia de la navegación y con ello su contribución

al tramado histórico de la actualidad.

Ignoro que mecanismo de la memoria movió la remembranza de esta misma travesía cuando en lugar de los navíos llevar a los hombres, los hombres portaban a cuestas los navíos por las casi ocho leguas de selva y montaña —el llamado camino de las cruces— que debían salvarse entre el Pacífico y el cauce ya navegable del Chagres para llegar a la Bahía de Limón y entrar al Caribe; o en contrario, de regreso viniendo del este rumbo y camino en busca del Pacífico.

Vale citar que mi experiencia del canal ocurrió aún bajo la soberanía de los Estados Unidos sobre la famosa vía de agua, cuya administración y operación gerenciaron hasta el año 2000 cuando los panameños readquirieron su total soberanía territorial. Voces agoreras pronosticaron que la obra perdería calidad operativa y sus instalaciones sufrirían problemas diversos con graves consecuencias para el tráfico marítimo. Pero los canaleños no solo han administrado y manejado el canal con igual o mejor eficiencia aún que sus antiguos operadores, sino que han emprendido los estudios para una extraordinaria ampliación del canal en todas sus partes. El Corte Gaillard se

llevará a nuevas cotas de anchura y profundidad y las esclusas alcanzarán nuevas dimensiones para permitir el paso a buques mayores que los del máximo actual, fluctuante entre unas 60 a 64 mil toneladas de registro.

Se esperaba que esa ampliación fuese terminada al cumplirse un centenario de la inauguración del canal en el 2014. Se han presentado algunos retardos no muy significativos pero suficientes para que la conclusión de los trabajos de ampliación se prolongue hasta finales del 2015.

Guiado por Geo-Adamo en mis vidas de mar, quizás desde galeote esclavo, hasta la actual vestimenta que pronosticó un viejo maestro como la última de yodos y algas; —un karma obligado— me dijo en forma enfática y agregó: “que debes cumplir con amorosa disposición para saldar de una buena vez antiguas deudas de tus otras rutas existenciales de aguas”.

Este salto evocador de registros akhásicos vividos, marcó muy hondo la impronta emocional de la nueva y singular travesía, la misma que en próximos años, en servicio la ampliación del canal. será motivo de mayor asombro.

Donde nace el Sol

Son los hijos del sol naciente, espíritus de alta sensibilidad que aflora en exquisitos matices; el temperamento de un esforzado guerrero —calidad que los muestra inmisericordes y crueles cual avezado verdugo— y trabajadores de pleno compromiso e integridad responsable; una cultura de características casi míticas para nosotros, a quienes toca como valor agregado, descubrir y descifrarla aprovechando un viaje comercial por mar de muy particulares emociones, incluyendo la travesía del Pacífico que a un carguero convencional de la época le toma hasta 21 días desde Panamá. Después de alcanzar el Pacífico dejando atrás esa maravilla moderna que une los dos grandes océanos del globo, el nuevo rumbo deja a babor el archipiélago de Las Perlas, recala en Punta Mala y luego en mar abierto se traza una derrota ortodrómica hasta la Bahía de Yokohama, con destino a Tokio.

La travesía transpacífica es fascinante y muy aprovechable para el buque. Las rutinas de mantenimiento se actualizan y el equipamiento accesorio de la nave regulariza su estatus de seguimiento. Todos ganamos, la embarcación, sus tripulantes y en par-

ticular obtiene especial provecho el espíritu. Son los viajes transoceánicos generadores de manualidades en tallas, letras de canciones, inspiraciones poéticas y creaciones literarias de otros géneros; construcción físico-corporal en el gimnasio de a bordo y la higiene mental que aporta el cultivo de los juegos de mesa y la lectura o escucha de tu música predilecta. Puedes observar el poder y fascinación del océano rebosando y sobrepasando cualquier límite. Un día o varios el mar en calma y un cielo límpido; otros, un chubasco fuerte, un mar encrespado y alguna vez las iras de Poseidón descargando su potencia. Un temporal de olas arboladas martilla la viga-casco de tu buque. Uno, dos, cuatro, cinco embates consecutivos por una amura hasta romper —cual si fuese débil hilacha— una cadena de fijación de un container y arrojarlo sobre la borda generando una violenta escora de ocho o diez grados... Tres o cuatro embates más y el container se pierde en el Océano, pero no ha pasado lo peor. El temporal zarandea inmisericorde la nave, horas tras horas hasta un día, dos algunas veces o tres, por excepción. Después, el reporte detallado de los daños, para la evaluación respectiva.

Con la dicha de un mar tranquilo, más frecuente que los malos tiempos, surge la magia fascinante del ponto. Arco iris que se hunden frente a ti, casi invitando a lanzarse en busca de los tesoros escondidos en su base, ahí a tu alcance... De pronto la excitante danza de los delfines te acompaña breves momentos, son muy veloces y están en su propio reino oceánico. Los gigantes también se hacen presentes cuando navegamos al norte de Hawai. Ballenas jorobadas con su descomunal mole probablemente modulando su canto del año en las profundidades, después de sumergirse; las melodías que Ulises y sus compañeros al igual que todos sus contemporáneos escuchaban pensando que era el canto enloquecedor de las sirenas. Aparecen a un costado hermosas tortugas marinas o disfrutas el vuelo frecuente de una o dos aves compañeras que se atreven a la travesía con tu nave. Pocos espectáculos tan llamativos como el vuelo de un albatros, real emperador de los aires marinos cuya envergadura alada le otorga magistral dominio de las corrientes aéreas y con mínimo desgaste planea horas y horas sin un batir de alas; mueven ligeramente una o dos remeras de un extremo alado y se elevan un metro sobre la superficie líquida que un segundo antes les

acarició con un rizo el plumón pectoral.

El buque se desplaza con tranquila regularidad en aquella vastedad de azul tan intenso que casi llega al violeta; los días pasan y con un mar “1” o “2” de la escala Beaufort, la tripulación rinde al máximo un trabajo metódico y continuo. Pintan, piquetean cubiertas, aplican fondos o acabado final. Allá el bozo teje una guaya sobre un guardacabo. Abajo, en el vientre mecánico del buque los Oficiales de Máquinas y sus asistentes realizan complejas labores de mantenimiento preventivo al vasto equipamiento de generación de energía, propulsión y equipos de servicios de la más diversa índole. En el puente el timonel otea el horizonte a ratos mientras pule los broncees. El piloto verifica puntos en la carta, tomará más tarde la meridiana para marcarse. El Capitán revisa documentos con el Contador; el “radio” está atento a la llave morse para tomar el último “weather”, esperando que pase el período obligatorio de los tres minutos de silencio.

...Y todos sin excepción de una u otra forma me interrogan, me escuchan unos segundos y se sumergen en una oleada de soledad en las que sus manos —ma-

ravillosas herramientas más antiguas que la propia conciencia de existir— persisten individuales en sus oficios y tareas, diestras y constantes en su mecánica de praxis dominante, ajenas al breve o largo diálogo que sostenemos desde las profundidades recónditas del lugar que ocupo en sus corazones. Son los instantes de siembra, de abono o estímulo al frágil crecimiento de la plántula espiritual que albergan. De los frutos y cosecha cada quien será responsable al decidir bajo las condicionantes que les atenacen, ante las que solo podrán esgrimir los sacros artilugios dotados por el padre con el emerger a la luz de su actual etapa. Sí, incluso en las entrañas metálicas de la nave puedo hacerme escuchar, aunque son muy disímiles los diálogos establecidos —si encuentran la comunión con el hilo interno— o los monólogos que oigo, cuando hablan para sí ignorando que les escucho, siempre, siempre.

Las inquietudes y preocupaciones humanas son trivialmente disímiles en sus matices, como férreamente similares en sus raíces primarias...

De nuevo unas tortugas; por momentos tal vez dos minutos y a escasos metros del costado estribor del

buque contemplamos el majestuoso paso natatorio de cuatro inmensas tortugas marinas. Descomunales, majestuosas, se apartan y pierden en aquella inmensidad rumbo a otros lares de su rutina animal. Un marino suspende brevemente sus tareas, camina algunos pasos por estribor muy próximo a la borda y su mirada disfruta la potencia contenida del gigantesco vaso oceánico. Probablemente quiso hablar a las tortugas en su raudo paso a nuestro lado. Un “wiper” decía en una ocasión al contemplar una gaviota acompañando el viaje, “a los animales se les puede hablar y también a los árboles. Yo lo hacía en el monte cerca de los ríos, me abrazaba a los árboles y tomaba su energía”. Le comprendí sin dificultad, un marino puede comunicarse con seres vivientes no humanos sin gran esfuerzo.

Doce días de navegación y no he visto el rayo verde, fenómeno que requiere un mar casi en calma con un horizonte limpio y despejado de nubes. Es toda una magna experiencia sensitiva de breves centésimas de segundo el centelleante rayo verde del instante final en que Febo Apolo, el de las doradas grebas —como lo citaba “Rebozo”, un wiper jubilado, amante de Homero que recitaba párrafos enteros de

sus obras— se sumerge en las aguas del océano para despertar allende otros sueños y un fatigar diario distinto al propio.

Día veinte después de Balboa, a las cinco de la tarde. En el Puente de mando el Primer Oficial anota que mañana, poco antes del mediodía estaremos recalando a Cabo Nojima, borde oriental del Golfo de Sagami... de ahí entramos por el estrecho de Uraga a Tokio. Amanece el día de llegada, atentos para ver el Fujiyama, expectativa frustrada por un cielo nublado que impide contemplar la cima nevada del Fuji elevarse resplandeciente sobre la llanura de Kanto como ofrenda telúrica del suelo de Honshu a la inmensidad. Pocas horas después, treinta o más reverencias por hora nos dan la bienvenida a tierra samurai; donde nace el Sol.

Experiencia singular conocer de primera mano esta tierra, su gente y costumbres. Desde luego es pretensioso suponer que conoces un país posando la vista sobre algunos de sus aspectos, tres o cuatro días en dos o tres puertos. Pero tratándose de un paisaje humano y cultural tan diferente, todo indicio es revelador. Lo primero a destacar es el respeto por las for-

mas de interrelación, una actitud que informa cada palabra, gesto o conducta del japonés. La acendrada y legítima cortesía con que tratan a un huésped; un hermoso estilo ceremonial que se decanta con fluida naturalidad. Son cultos, respetuosos, sobrios, puntuales, ceremoniosos y bien educados de maneras. Las mujeres...ahh, las mujeres japonesas. Quisiera haber tratado por lo menos doce o veinte y solo intercambié unas pocas frases de manual con dos de ellas en visita de corte ceremonial a bordo, y no digo de relaciones públicas, aunque ese era el objeto de la visita, pero cada gesto era un ritual de fino y acabado detalle, revelando una sobria y esmerada dignidad.

Les observé con dedicación y detalle en cada oportunidad que me fue posible y para decirlo todo, digamos que según nuestro patrón convencional de juicio estético, no son bellas y un tanto lejanas a la voluptuosidad y opulencia de algunas féminas tropicales. Sus figuras son casi siempre menudas, pero dificultoso que en el mundo se encuentren mujeres más encantadoras y femeninas. Asociamos dulzura, ternura, delicadeza, a la feminidad; las maneras suaves, la dedicación a ciertos detalles del gesto, de las manos... la mujer japonesa tiene todo esto en grado superlativo.

Aunque de primer momento las consideremos poco agraciadas, resultan ser bellísimas con su permanente sentido del recato, compostura y una tenue y elegante sobriedad en cada gesto o movimiento. Decir que son un encanto es algo pobre, cautivan totalmente.

Había pisado suelo del sol naciente por primera vez y las profundas impresiones generadas en cada ocasión y momento vivido: Profesional, social o de circunstancias propias de lo cotidiano, serían imborrables.

Con Alemania en el corazón

Cuatro animales domésticos de los más comunes que puedan existir me congraciaron de niño, sin saberlo, con esa Alemania magnífica de Durero, Shiller y los geniales músicos que desde tempranos años comencé a escuchar sin comprender gran cosa de un lenguaje que sin embargo me apresaba quedamente, con el oído pegado al enorme cajón del radio doméstico de la casa en horas nocturnas, cuando los demás dormían plácidamente. Con lentitud se me fueron develando misterios y sublimidades de sus pentagramas hasta comprender en todos sus matices y sutilezas las grandes obras y disfrutarlas de tal for-

ma que cada día el compositor admirado es distinto y la música que deseo escuchar cambia de género y nacionalidad según el estado de ánimo y las circunstancias, saltando bruscamente mis preferencias desde el Jazz a Stravinsky, del folklore nacional a Brahms, de Bach a Mozart y Beethoven; o también de la música caribeña a Prokofiev. Sin dejar de lado épocas, estilo, compositores ni intérpretes. Lo de Alemania viene al caso además por la fascinación que de niño me provocó un cuento leído en el libro segundo de lectura de Alejandro Fuenmayor, titulado “Los músicos improvisados”.

Aunque había oído mencionar a los Hermanos Grimm, cuyos cuentos se consideran hoy parte de la cultura universal, desconocía que fuesen los autores de la singular narración, hasta la ocasión en que de visita al Puerto de Bremen encuentro que la famosa imagen de los cuatro animales, montados cada uno sobre el lomo del otro; primero el burro, luego el perro, encima el gato y por último el gallo, es un auténtico icono de la ciudad junto con la estatua de Roland.

Para mí, ubicado temporalmente respecto al cuento en la época de su lectura inicial en el segundo grado

de la primaria elemental, el relato pertenecía a nuestro folklore o era una creación literaria de Fuenmayor, hasta que en Bremen observo la imagen por doquier en cada souvenir y hasta un bello bronce los representa en una plaza de la ciudad, y me entero de la real autoría del cuento, original de los hermanos Jacobo y Guillermo Grimm, nativos de Hanau, cuya obra literaria ha sido traducida a más de 160 idiomas. La narración de los animales músicos forma parte de sus llamados: “Cuentos de Hadas”, y se titula en alemán “Die Bremer Stadtmusikanten” (Los músicos de la ciudad de Bremen).

Si bien la expectativa planteada es convertirse en músicos en la ciudad a la que se dirigían, tocando algunos supuestos instrumentos (sus rebuznos, ladridos y maullidos) para acompañar al gallo —de muy buena voz, según el burro— jamás se concreta; flota un tanto como expectativa posible al futuro y se desvanece cuando los probables músicos, que huyendo de sus amos se reúnen bajo la amenaza común de una cercana muerte, se quedan viviendo en la casa de la que espantan a una banda de malandrines de poca monta a quienes asustan, primero en grupo y luego, horas más tarde, a uno de sus emisarios.

La supuesta experiencia musical porvenir desaparece, desplazada por la certeza de un abrigo seguro y un yantar a la orden en el bosque cercano. Fin del cuento.

Alemania me cautivó desde un primer toque a Hamburgo, cuna de Johannes Brahms y ciudad puerto de reciente data...Ciertó lo último pues casi toda la ciudad, mejor dicho, toda la zona portuaria y sus alrededores, es nueva. De los bombardeos sufridos durante la última gran conflagración de Alemania contra el mundo bajo la bota hitleriana, no quedó piedra sobre piedra en el lugar, o por lo menos es lo que dicen las crónicas. La ciudad-puerto fue reconstruida casi desde sus cimientos. Hoy, pese a guardar pocos atisbos de lo que fueron sus construcciones pasadas en las que a buen seguro se destacaron algunas joyas arquitectónicas, se ve una ciudad moderna de gran dinamismo y en la que el verano da paso a una hermosa actividad citadina de jóvenes estudiantes de música y artes que en algún boulevard de la ciudad se ubican solitarios, en parejas o en tríos; para improvisar algo en torno a sus actividades estudiantiles. Les sirve de ejercicio didáctico y con seguridad aporta algo a sus escasos fondos, norma casi universal de status en el mundo estudiantil de toda época.

Alemania responde aún al viejo arquetipo de todo orden, trabajo disciplinado y concentración de esfuerzos dirigida a la excelencia. Pero tales virtudes no son exclusivas de los germanos; es común en la Europa actual que después de tres milenios de historia, cambia de moldes mentales y en un breve lapso de medio siglo aprende a olvidar los odios e injurias ancestrales y se atreve a convivir federalmente aunque deban hablar diferente a cada salto de frontera —muchas en verdad— y se organiza contra todas las dificultades propias de su enorme cantidad de pequeñas diferencias. Vencen cada vez un prejuicio, aunque cultivan nuevos, en particular contra estos pueblos americanos que tanto ofrendaron a su crecimiento —durante sus inestabilidades políticas del pasado— cobijando a oleadas de inmigrantes casi desarraigados y medio hambrientos que huyendo de conflagraciones, tiranuelos y luchas intestinas se volcaron decenas y decenas de veces a los lares allende el Atlántico... historia pasada, agua que se fue... y poco o casi nada oscurece ni empaña la natural simpatía de nuestros corazones hacia el viejo mundo, o la admiración por la hermosa y culta germania, que volcando al mundo el tesoro de sus artes y el brillo

de su ciencia, salda con activos de buena moneda a favor, los desmanes en que otras veces incurrió.

En verdad, Alemania vive en nuestro corazón.



“Die Bremen stadtmusikaten” (Los músicos de la ciudad de Bremen)

Icono de la hermosa ciudad–puerto de Bremen, en Alemania.

La tierra resplandeciente

Sri Lanka, tierra donde se cultiva el mejor y más famoso té del mundo, parece colgar cual perla o dije gigantesco en el borde sur-oriental del subcontinente índico. Su nombre es ancestral pero los colonizadores, primero los portugueses que la dominaron siglo y medio, luego holandeses por un buen lapso de tiempo y por último los británicos, la rebautizaron Ceilán. Hoy después de conquistar su independencia reivindicaron el antiguo y poético nombre.

La tierra del té y de las piedras preciosas, con una bien desarrollada industria textil resplandece en muchas formas. Aquí recibió su iluminación el Príncipe Gautama Buda, cuyas enseñanzas crecen día a día en influencia por todo el mundo. Su límpida doctrina llena cada vez más corazones. Ocho son los senderos del Buda y diez perfecciones que le fueron recomendadas a Geo-Adamo a manera de breves epígrafes:

Actúa con *Decisión* y *Energía* según mandatos de la Ética. Para obtener la *Verdad* aprende a *Renunciar* y ser *Paciente*, lograrás *Ecuanimidad*; brotará en ti la *Generosidad*, florecerás en *Bondad* y fructificará tu *Sabiduría*.

El puerto de Colombo, la capital del país, donde arribamos, mantiene un movimiento comercial de gran importancia entre el sudeste asiático, Australia y Europa. Sirve como especie de estación intermedia de contenedores entre esos destinos. Como todo nuevo encuentro guarda algunas sorpresas y aquí no faltaron de presentarse. Las tres primeras fueron en ese orden: Los encantadores de serpientes con su cesta de mimbre que porta una naja-naja (la clásica cobra) y el instrumentista a cuyos compases melodiosos, la cobra realiza su danza; luego la artesanía en maderas nobles, ébano y palo de rosa, con algunas piezas bellamente acabadas. Por último y quizás lo más importante debido a su incidencia, tanto económica como turística, el comercio de piedras preciosas, en particular rubíes, zafiros, topacios y crisoberilos, además de toda la gama imaginable de piedras de todos colores de las llamadas semipreciosas. Por otra parte está la ciudad sagrada de Kandy con templos y monumentos budistas de primer orden.

Si bien en teoría el budismo es una filosofía de vida, el común de las personas lo toma como religión; una forma de encontrar vías rumbo a la divinidad a través de una comunión interna. De alguna manera el budismo se

conecta también con ciertas formas del Hatha yoga y al no ser observada por sus cultores más elevados como una religión, según la concepción general y común, está bastante libre del sentido mercantilista que aparece y contamina muchas otras doctrinas, donde la venta de reliquias “sagradas” es tremendo negocio.

Cuando la voz interna busca relacionarse con el espíritu que emana de estas tierras, de sus monumentos y bellezas naturales, que las tiene en sumo grado, se hilvanan reminiscencias de viejos senderos bordeados de riachuelos, aromas en suave brisa y luz, evocando los caminos recorridos por Gautama. La enseñanza del budismo, simple y sencilla parece de dura índole contrastada con el materialismo imperante en el mundo moderno, violento y bizarro, con tecnologías de vanguardia que prometen liberarte de tiempo y esfuerzos, pero te encadenan con cepos miniatura —el microchip, el circuito integrado— poderosos cual míticos titanes.

La filosofía y la doctrina del budismo queda expuesta en las diez perfecciones citadas anteriormente, que complementan a la perfección los ocho senderos:

Fe pura y voluntad recta
Lengua justa y acciones claras

Vida práctica justa y memoria recta
Meditación pura y aplicación constante

Geo-adamo observa que los fundamentos reales del budismo exigen poco, si los consideramos desde una visión pragmática de la conducta: Estar alertas y conscientes con nuestra mente, vigilar la palabra y en consecuencia las acciones; o dicho de otra forma, conscientes de ser al pensar, al decir y al hacer.

Muchas voces han formulado y expresado los dichos precedentes, con diversidad de formas y matices pero siempre mostrando la misma verdad fundamental. No se cultiva el alma ni el crecimiento del espíritu de manera azarosa, accidental o mecánica.

Solo se puede evolucionar de forma consciente, perfecta y rectamente consciente.



**Estatua sedente del Príncipe Gautama Buda,
en un templo de Sri-Lanka**

La doctrina del Buda inspiró en Geo—Adamo la llamada “Alquimia del saber” una paráfrasis de los pensamientos doctrinarios de Gautama, cuyo texto dice: No pierdas ocasión de obtener información. Reúne cuanta puedas tomar. Compruébala, verifícala por comparaciones constantes e ilumina esos datos con la luz de tu comprensión hasta producir la chispa del conocimiento.

Selecciona y ordena tus conocimientos. Aplícalos de manera persistente pero serena al reto de la cotidianidad. Absorbe y asimila las respuestas positivas de esa confrontación como parte de tus hábitos y moldes de conducta y comportamiento.

Después, sin prisa alguna, tamiza esa dinámica diaria con el rigor del análisis y una paciente meditación. El resultado será una quintaesencia de sabiduría que usarás con modestia, ponderación y generosa humildad.

Cuaderno N° 7
(Los juicios)

El eslabón 72

El llamado eslabón setenta y dos es actor de relieve en el examen, análisis y evaluación de los hechos vividos y ocurridos en los tránsitos. Sucede antes de la nueva vida que emerge a conciencia de vigilia tomando el primer prana con el grito de la culpa. El tiempo, sin importar las demoras en examinar testimonios de la última jornada donde hubiesen ocurrido, queda estático al llegar al recinto, y al salir concluida la presentación, es justo un momento matemático-virtual después de entrar.

Solos, en la sala del juicio, el tránsito existencial se presenta en detalle. Tus actos, hechos, conducta y actitudes; deseos, vicios, pasiones; errores, carencias, desvaríos; aciertos, caprichos y opiniones, de nuevo ocurren para su examen, análisis y justa evaluación. En la silla del Registro Askásico pasas y repasas, detienes, aceleras o retrocedes tu cinta de vida observando con especial detenimiento. No cabe prisa, no hay tiempo en juego. La revisión se realiza desde cualquier ángulo que se crea conveniente, se solicite ad-hoc, o según peticiones del Ángel revisor. De cualquier forma genera consecuencias como toda

acción humana regida por el libre arbitrio.

El examen se fija después que la fuerza envolvente interpenetra las ligazones de las últimas vestiduras, siete en total —aunque el común no desarrolla cuerpos búdico ni átmico y solo por excepción aparece un cuerpo mental superior—. La conexión consistente se concreta en el corpóreo físico (la doble manifestación del Denso y el Etérico) más el último plano del mental inferior (cuerpo de los deseos) y sin importar el grado conector alcanzado, se evidencia un centro creador de percepciones que examina los sucesos anecdóticos, rutinarios o trascendentes en los que hemos sido protagonistas o participantes. Igualmente en paralelo a la fuerza cohesiva integrada, hay un estado dimensional afinando tomas y capturas que bloquea los centros afectivos del sentir, percibir y el responder a cada situación vivida cuando el examinado actuó, cubriendo la cuota vital sometida a juicio.

En tal orden de ideas no hay sensaciones de asco ni sentimiento o pasión que perturbe la objetivación y balance de los hechos examinados. Preciso los términos del procedimiento en su estructura esen-

cial. Se activa cualquier mecanismo luego de escoger la forma o combinaciones posibles para cuantificar los hechos y sucesos objetos del examen y juicio en marcha. Registros de la memoria para el resumen askásico mental; módulos audiovisuales de proyección aúrica; reproducción oral; revitalización de sensaciones, percepciones y pasiones; medición de la adrenalina servida al torrente circulatorio por ocasión; valuación de consecuencias por decisiones bajo impulsos infravolitivos, análisis del dominio accidental de disparadores no conscientes, medición de las descargas endocrinas y su influencia en la conducta; potenciales linfáticos, catalizadores nucleicos, velocidad de giro de los chakras; en fin, es posible usar cualquier pauta de revisión de los procesos vitales y su correlación bioquímio-eléctrica con la proyección sicosomática manifestada, cualquiera fuese la forma externa en que se expresara.

Hasta los últimos elementos intuitivos, surgidos desde las percepciones lunares más tenues y evanescentes, pueden manifestarse en esta auditoría sacro-jurídica del vivir y el actuar humano de la última etapa cumplida del camino entre lo animal de la estructura básica y la divinidad a la que nos impulsa

el fuego adánico inserto en un minúsculo rincón de la víscera sagrada.

La objetivación no admite relativismos. Una regla respetada en forma absoluta, obliga al presentante de causa a pronunciarse de viva voz en cada ocasión que se le solicite, o él crea que lo amerite. No caben fórmulas semánticas ambiguas. Puedes escoger de las tantas formas que la lengua ofrece, un juego de alternativas cuyos márgenes de dictamen comprendan los extremos de aceptado, inaceptable; y mejor, absuelto, penalizado. Cada situación puede recibir pronunciamientos similares a los utilizados para mi propio caso del eslabón setenta y dos. Ejemplos al canto:

Bueno, malo / Correcto, incorrecto / Culpable, inocente / Apropiado, impropio / Lógico, absurdo / / Positivo, negativo / Justo, injusto. Se usan por igual, valoraciones calificativas tajantes, a saber: Trágico, patético, obstinado, pusilánime, intrépido, generoso, servil, ruin, vesánico...

El resultado es de hecho automático e inapelable. El grado dimensional de percepción logrado para el juicio y examen, no se pierde de inmediato. Se mantiene hasta que la sentencia prevista queda visualizada en

el nuevo estado a cumplir, donde serán suplidas las deficiencias anímicas, elevados los contenidos espirituales, depurados los nortes mentales y combatidos los vicios, carencias y pasiones negativas u obsesivas observadas, dentro de un esquema que sin apelaciones de ningún tipo saldará los karmas acumulados improrrogables y extenderá los plazos a otros ciclos según convenga a la Ley. Una vez programados y decididos los pormenores circunstanciales de tipo social y económico y pautadas las coordenadas de espacio-tiempo histórico respectivo en el que habrá de iniciarse el nuevo ciclo, se da por concluido el acto de comparecencia ante el Ángel Flamígero de la Verdad, se guardan las previsiones que borrarán temporalmente la interacción septenaria, los sucesos observados —resumen virtual de existencias en tanto secuencia formal de un mismo aprendizaje— y entra en juego y carrera aquella detenida rueda del ciclo propio de la vida, eterna y continuada.

Soliloquios.

Decir que pude haber amado en particular alguno de

los miles de cuerpos habitados, sería necio. A todos y cada uno ofrecí el máximo de mis estímulos y con cada circunstancia o motivo intenté expresarme, mostrarme, señalar, optar, evidenciarme en algunos de sus actos y conductas queriendo ofrecer lo más brillante de la luz divina que alguna vez se canaliza por mis expresiones. Unos fueron más receptivos, algunos poco atentos, otros indiferentes o ingenuos. Hubo actitudes soberbias, dubitativas, de sorpresa. Creían, soñaban, afirmaban; sonreían incrédulos a mis voces; me negaron inclementes decenas de veces. Intentaron cortejarme con halagos, simplemente estúpidos o rebosantes de caprichos pasajeros, dudosos, confundidos. Las mejores o más completas expresiones se dieron en edades infantiles pero estuve presente y aparecí en todos los rangos, niveles y categorías de humanidad. En cualquier condición anecdótica de entorno social o económico; en mendigos, en hombres y mujeres de poder, en guerreros, artistas, locos, atletas. Habité mujeres del común, asesinos, aventureros, idiotas, enfermeras, impedidos; fui confidente de mutilados, princesas, prostitutas, cortesanos, aduladores; conocí dudas y errores de científicos, religiosas, monjes; hombres de empresa,

predicadores; observé e intenté estimular a los indiferentes y dubitativos, persistí en escuchar, comprender y motivar distintas vías de realización, a proxenetas, tontos, drogadictos y paranoicos. Escuche motivos y razones de conductores de pueblos, filósofos, líderes comunitarios, inventores y maestros; contemplé la tortura del desquiciado, el combate emocional de los jugadores; conviví con la vida simple y laboriosa del campesino, el obrero y el pequeño artesano e impotente asistí a la furia del sádico, la vesanía de un tirano, y las ejecutorias de un verdugo.

No hay pasión, capricho, carencia, vicio o defecto de las que no haya sido testigo, si bien por igual puedo testimoniar virtudes, capacidades, talentos diversos, ejecutorias dignas y honrosas, generosidades ilimitadas, abnegación y amor en todas sus manifestaciones, expresiones y matices. Solícito he insistido constante e incansable en hacerme escuchar, perseveraré infatigable y a gritos incluso en cada ocasión que pude aflorar apartando fardos de prejuicios, kilos dogmáticos, hectáreas de ignorancia, litros de idioteces. Viviendo sepultado casi catátonico en sensaciones y siempre alerta intentando abrir grietas en las corazas para emerger y mostrar o hacer sentir la voz interna. Sin desmayar,

prisionero de mil rejas y cavernas, hundido en los más tenebrosos sótanos que el anfitrión de turno se empeñaba en construir más profundos y oscuros. Nunca han podido lograr silenciarme totalmente o disminuir una candela el brillo que irradiaba incesante buscando la piel, las manos y los ojos de quien me albergaba a objeto de insistir y proseguir sin desmayo alguno pregonando mi evangelio fundamental: “Sin un comportamiento moral y éticamente responsable, nunca podrás aquilatar un ser integral, no verás el florecer de tu alma, ni podrás crecer en el espíritu, y mucho menos alcanzar el saber trascendente necesario para proseguir tu ascenso.

Reiterando de manera constante, en particular con los menos agraciados en potencialidad interna, un tanto sordos a las voces del espíritu o más ciegos a las realidades absolutas, para recordarles que el alma no es atributo concedido y terminado, acabada y resplandeciente. Es germen, apenas semilla en ciernes que cada quien debe cuidar, abonar y al germinar, persistir en su atención y cultivo en forma plenamente consciente para hacerla crecer robusta, suficiente para florecer y fructificar.

Desde aquellos albores primarios en el rift africano, milenios y milenios afinaron el cuerpo. Jugando a la economía de recursos pudimos erguirnos y liberar dos extremidades del penoso oficio de transportarnos y entonces, iniciar la construcción de las manos. Expresarnos, dejar testimonio del tránsito y los hechos nos elevó a otra dimensión. Forjada la razón y construida la mente, queda entonces fructificar en el espíritu, aventura y tarea solo posible con un trabajo consciente, alerta y consciente, decidido y consciente. No crece el espíritu por manes del azar y la necesidad.

También obtuve triunfos, ninguno más satisfactorio, regenerador o cautivante. No se me permite juzgar y menos condenar. Solo aparezco, susurro, canto, hablo o grito, me expreso y manifiesto y a veces soy oído, escuchado, atendido, aunque sea apenas segundos de una larga y extensa vida. Jamás estoy alegre o satisfecho de una circunstancia pasajera de atención a mi voz, tampoco triste, frustrado o abatido. Mi tarea es una y la misión es única y específica: Decir y expresar mi presencia inquebrantable en cada corazón humano. Lo que hagan o no con la escucha de mi voz y el sentir de mi presencia es decisión accidental de un ser cuyos deseos, caprichos,

voluntades, decisiones u omisiones son potestad del que es dueño y señor de sus actos, sin distinguir si proceden de la mejor y más consciente de sus aristas o si provienen de un estímulo externo accidental nacido del impulso momentáneo, disparador mecánico cuyo origen es cualquier víscera o descarga hormonal. Quien me otorga presencia en cada corazón humano ofrece también al habitado, la libertad condicionada de ejercer su albedrío, aunque enmarcado y sujeto a las responsabilidades pendientes o por saldar de cada acto, conducta y decisión anterior, cuyo peso y gravitar puede remontarse al minuto vivido o a siglos de vidas pasadas.

Las experiencias más duras y exasperantes no fueron el habitar dementes, lelos o mendigos; diría mejor que en su dramatismo, algunas veces patético, fueron hermosas. En un marco inmisericorde de limitaciones no solo físicas y materiales, sino también de entorno y época, fueron muchos los que me interrogaron, humildes, sin soberbia alguna, escuchando atentos la voz interior para intentar el cultivo de su breve plántula espiritual. Difíciles fueron los héroes y poderosos. Reuniendo la arrogancia masiva de rinocerontes y leones marinos, no hubo el que no confundiera

mi voz alguna vez, y la mayoría por siempre, con la palabra directa del padre eterno dirigida a ellos, exclusivamente a ellos como elegidos supremos cuya caprichosa volubilidad enajenada por el poder temporal obtenido, asumían como sacra, certera y única infalible razón para todo abuso, aberración, disparate o locura de sus afiebrados cerebros.

Me escucharon e interrogaron hombres y mujeres de todos los credos y edades, colores y ubicaciones. Mis respuestas variaron en énfasis, enunciados y formas de expresión, dependiendo de épocas, circunstancias y el ser en que me manifestaba. No podía hablar el mismo lenguaje, usar el mismo tono ni similares formas discursivas para vidas y existencias tan disímiles como las que me han albergado; pero mi voz mantuvo invariable el mismo sentido, fuerza, propósito y mensaje de su decisiva acción existencial. Aquí estoy, aquí estaré siempre inmutable y constante. No puedo ni debo juzgar ni me atrevería aunque fuese aceptado, pero no se me priva de opinar u ejercer mis pareceres, lo que uso libremente como un acicate para hablar y expresarme ante quien me hospeda. Si deseas escucharme te hablaré y si no lo quieres también insistiré hasta donde tus esfuerzos por ahogarme o desconocerme

lo permitan, para decirte en forma enfática que vivas y actúes en perfecta comunión con la tierra, tu casa cósmica del momento y con el ser divino de cuya suprema emanación tus cuerpos materiales en evolución y crecimiento infinito son parte y expresión, así como de su inmutable espiritualidad esta voz que escuchas es un infinitésimo que se te obsequia depositándome en un átomo de tu corazón. Oye su palabra, escucha su consejo y dictamen; obedece agradecido su verbo esclarecedor. No tergiverses sus mandatos, no confundas sus voces ni las contamines con los caprichos y deseos pasajeros y amordazantes de tus apetitos carnales. Contempla el jardín de las delicias, regocíjate en su visión y esplendor sin sucumbir a sus encantos y lisonjas. Es un paisaje para el viaje, no es la habitación definitiva y menos aún el fin u objeto de las etapas surcadas.

Tuya será siempre la economía o el dispendio de la vida. Vive, convive, decide en bien y por el bien en sí, no porque los demás lo ensalcen o exalten, sino por decisión explícita desde tu corazón. Ve siempre adelante con todo tu ser, enfocado de manera correcta en tu mente y en ascenso constante hacia la luz con tu espíritu.

El asesino, el que mata

Más de una vez me han asaltado éstas preguntas:Cuál es la conciencia de un asesino. Cómo puede anidarse en el alma, en un espíritu, en la voluntad de una persona, la decisión de matar, de eliminar la vida de otro ser. Y que puede suceder en la conciencia del sicario que mata por dinero, cuyo trabajo se cumple animado solo por una plena y supuesta “responsabilidad profesional”...Alguien, un desconocido, cualquiera cuyo negocio y tarea es matar por encargo, confiesa en un raptó de sinceridad —quien sabe si angustiada o cínicamente desalmada— su tarea de vida.

—Mato personas, es mi trabajo...

Sin duda habré vivido en la vestimenta del asesino, sin embargo no soy capaz de recordar la viscosa y alienante experiencia de matar. Pero, vivir en el guerrero es acaso diferente. Los entresijos anímicos se dislocan ante la posibilidad de explorar los turbios pasajes de la sangre derramada y sus detalles. Un matiz llega a la memoria, estuve en un campo de batalla y algunas ráfagas llegan como chispas alumbrando esos momentos del último estertor, más soy yo el que muere o lo que es lo mismo, aquel cuyo corazón

es mi morada. Y él, ese desafortunado que muere en el campo de Marte, habrá matado. Estuve presente en el impulso de la mano asesina que respondía al mandato de la ira. Se afirma la negación a explorar miasmas recónditas, pero entre sorpresa y conmoción aparece la intención de herir. Una densa nube de rabia aparece envolvente, sorda, avasallante y cegadora. Quiero examinar la caótica remembranza. Había odio, intención de venganza. O solo el impulso explosivo que inundó y ahogó las elementales razones de inefables consejos de la infancia exigiendo constantes el respeto a la vida.

Es reciente, de este periplo vital aunque muy joven. Situación y detalles no importan, lo propio y terrible es que afloró en esta existencia el sabor de la espesa mezcla donde la ira es sazonada con ribetes de locura, matices de odio ciego y la vesania congénita al deseo de herir profundo, golpear mucho, fuerte, incesante. Matar. Se estremecen hasta las fibras más duras, solo pensando en el pozo de sombras infinitas a punto de tomarme en sus fauces, presto a devorarme. Una ráfaga de luz en la voz y la mano de un anciano amigo, desvió el alocado curso que intentaba la sinrazón de una estupidez momentánea, de las que tuercen inexorable un destino.

He rendido después culto fanático al derecho a la vida y con cada oleada angustiosa de las que surgen a diario en el caótico devenir de un país sembrado de odios en la cima, con un mundo despedazado en cualquier frontera bajo el herético argumento de amar a Dios con otro nombre, o definirse el Estado bajo un escudo retórico distinto, dudo mucho si la dimensión de humanidad se nos envilece vía a un abismo de anarquía antes que evolucionar rumbo al omega de la luz. A diario surgen mil formas de justificar el supuesto derecho a eliminar vidas ajenas. Mentes alteradas por la violencia subyacente, la influencia del tráfico de drogas, las ambiciones desatadas y un disparatado estímulo al consumismo, fomentan de forma constante y reiterada; una atmósfera proclive a la violación del derecho a la vida.

Aprovechando mi rol de Fiscal Acusador —accidental— y tomando cierto margen de flexibilidad ética, convencí a un sicario de charlar un rato. No sería un interrogatorio, que además la Ley impedía por las condiciones de aislamiento que penaban al reo. Quería intentar una exploración, un acercamien-

to al lado emocional de quien arrebató la vida de una persona a cambio de una renta matizada por elementos como: Edad, profesión, status social, importancia económica, etc. No era un malandrín cerrado a conversar y fue sencillo tirar de su lengua e intentar una exploración sensible del asesino, pero de pronto, a una observación en torno a su insistencia de escudarse en una supuesta profesionalidad para no interrogar su conciencia, o hacerle oídos sordos cuando desde su interior surja la voz inquisitiva, me interrumpió casi con violencia:

—CARAJO doctor me va a perdoná pero no quiero “bainas” de siquiatria...después se me encasquillan los rollos y... bueno, este, se me jode el pulso...

—En realidad no tiene nada que ver con siquiatria o cosa parecida, es más bien algo elemental. Vamos a decirlo —como en el refrán— sin anestesia. Nunca has sentido algún remordimiento, aunque sea///

—Nojoda doctor, ese es problema del que manda a raspá' la gente. Yo lo que tengo es un compromiso, un contrato. Coño, y lo cumplo, más ná ...

Matar en nombre del amor o de la verdad; matar en nombre de la libertad o de la pureza del dogma.

Matar por la sucia ambición de un puñado de dinero; matar por encargo. Hasta dónde puede llegar el tenebroso coctel de maldad, locura, crueldad y ambición sin más norte que satisfacer los deseos y aberrantes pasiones de mentes desbordadas por la alienación. Mil veces NOOO al capricho de segar vidas bajo la égida de una esquizofrenia desbordada...

Niños Somalíes.

Una humorística definición acerca de la raza humana dice que los niños son una especie aparte y los sociólogos agregan que son un invento del siglo veinte. Algunas asociaciones de ideas sobre el tema asaltan mi mente cuando vago por las calles de un barrio de Mogadiscio, bajo el amparo de una patrulla de Marines en el marco del cuerpo internacional que la ONU ha estacionado en la capital Somalí. Detienen el fuerte vehículo en la calzada de entrada a un barrio residencial, o lo que de ello queda después de varios años de anarquía y revoluciones protagonizadas por los grupos armados y facciones que se disputan el control del país, seguramente bajo la gastada y vacía retórica de siempre, apelando a un “pueblo” cuya

presencia nunca pasa de un devaluado y nada fiable discurso.

El sargento a cargo del grupo, bien armado anatómica y militarmente, de origen latino, realiza un rápido y exhaustivo escrutinio, primero desde el vehículo y luego con mayor rigor visual a 360° desde el estribo del mismo; apostea hombres cuidadosos delante y detrás del auto de patrullaje y me permite bajar por escasos minutos a charlar con un grupo infantil que a juzgar por el recibimiento, han visto a menudo a la patrulla en sus alrededores y reconocen a sus miembros. Probablemente el mayor no pasa de ocho o nueve endebles años. Más allá de la cota etaria de los diez y en casos extremos aún menos, son “material” reclutable para las fuerzas en guerra. En cualquier instante algún fanático con pasta de tirano les hablará de libertad para esclavizarles a la causa de una revolución de palabras, latrocinios y crueldades a granel.

Jamás volverán a cubrir la vital necesidad del juego. Son niños, todos varones, pero no los que vemos en cualquier ciudad latinoamericana, o europea, sin importar que sean de muy humilde origen o vivan en palacetes. Los pequeñuelos que hemos visto en otros

lugares del mundo tienen características comunes en varios de sus estratos existenciales de comportamiento. Estos son niños somalíes y además, de la agonizante Mogadiscio, la ciudad capital. Tienen en común con sus congéneres de otras latitudes, solo la curiosidad. Más allá, son exclusivamente somalíes. Herederos de una sed de milenios, con estructuras corporales donde jamás anidarán niveles normales de colesterol. Solo magras fibras musculares cubren sus breves y delgados cuerpos. Juegan a recibirnos entonando una canción que intenta ser de bienvenida, tal vez bajo estímulos anteriores de chokolatines o goma de mascar. Quieren sonreír pero no saben hacerlo. Han aprendido a esbozar algo como un pequeño rictus labial. Alguno que otro viste un breve remedo de pantalón corto, no hay camisas ni calzado. Y todos, todos sin excepción miran desde una vasta profundidad de hambre, sed y privaciones. La abismal mirada refleja solo sombras, grises, llanto y todavía en los más chicos un tenue velo de ternura que presentimos de muy corta vida. El dolor y la dureza de la mirada somalí adulta no tienen paralelo o parangón alguno. Nada es capaz de penetrar ese iris que devuelve efluvios como rayos magnéticos

surgidos del más duro acero. El temple milenario del sufrir ha petrificado el llanto hasta convertirlo en coraza impenetrable y la endeble niñez de una ciudad destruida, ya puede reflejarlo casi integralmente.

Cualquier día por venir, los grupos en pugna se disputarán estos “efectivos” hablándoles de libertad, justicia, soberanía, legalidad y democracia, conceptos acerca de los que ignoran sus fundamentos, valores y principios básicos. Una repetición banal y constante de los vocablos es cuanto conocen y manejan aun cuando sus actitudes niegan todo lo que dicen. Las palabras no solo sonarán artificiales en sus labios sino además, fofas, huecas.

Somalía, geografía emblema del Rift africano, mi propia cuna, donde nace Adán, la rama humana de la vida. Me pregunto hoy si lo que hemos construido, después de haber destrozado sin piedad, matando por doquier, sembrando dolores, odio, crueldades; despojando inmisericordes a la madre tierra, debe pagarlo solo este trozo de tierra donde surgió mi raigambre.

Quizás es así Somalía. Tú eres mi cuna o sino, parte de ella, dado lo impreciso y arbitrario de afirmar que un resto fósil determinado encontrado en un terri-

torio particular crea el punto inicial para un rango evolutivo definitorio; pero desde lo que se califica como accidental, surge un halo de culpabilidad. Por lo menos no hay duda hasta hoy, que formamos parte del origen de Adán, y puesto que el balance de lo acontecido entre el hombre y la madre tierra es negativo para el planeta, es natural y lógico que estemos inmersos en una espesa deuda karmática.

Locos e indigentes.

*Tengo hambre, tengo hambre, sí,sí,sí,sí,..... hambreyo-
tengo tengo hambre y ando sucio, hambre, ando sucio...sucio,
sucio...*

*Tengo hambre, hambre tuve y tengo, ando sucio, tengo
hambre, ando hambre, tengo sucio, sucio tengo hambre
ando...psstt dame algo, dame algo.dame, dame.*

*Dametengohambrehambrecomínuncaayertampocosu-
cioandoconpotesysuciodehambre...*

—PssttdamedametengohambreHambre.

Y este despojo humano, sin nombre, sin filiación, inexistente oficialmente, con su deambular arrastrando las conchas pétreas de un par de nudosas raíces a manera de pies, es alguien nacido humano, hoy

convertido en cosa horrible, sucia, deforme, enmarañada; pero también me alberga recóndito en un mínimo rincón del latido sagrado. Creo estar seguro de estar ahí, profundo, sepultado casi, aunque él, este pobre despojo enloquecido por el hambre y otras carencias, lo desconozca. Aun así intento e insisto en asomarme a su mirada para sensibilizar al viandante que se niega a verlo y lo ignora. Algunos no lo ven, de verdad no saben ni conocen su existencia, que él es, que él está. Desconocen la paradoja vital que encierra su miseria. Innundado de todas las carencias ni siquiera sufre de tan profundas que han penetrado las heridas, las amargas afrontadas, las desesperanzas continuas de un vegetar sin más norte que un mendrugo o un trozo de tela para medio cubrir una desnudez casi total. Se alimenta de sol, desprecios, gestos de asco, repugnancia y algún resto encontrado por ahí, en los tachos de la basura.

No logro hacerme oír, lo presiento. Alguna vez creí escuchar tenues murmullos desde resquicios de una proto-razón o remedo de lucidez interior, después de saciarse una noche con el regalo policial de varios empujones, unas cuantas palabrotas, dos o tres golpes de rolo y un hediondo rincón nocturno en el que por fin

un alma menos dura y correosa que las normales de ciertas autoridades policiales, le acercó una bandeja plástica con los restos de por lo menos tres o cuatro comensales de quienes hacían turno en el recinto policial hasta donde había llegado su hambre plena de suciedad y desamparo. En la mañana, casi saciado el estómago por primera vez en no se sabe cuántos días, sonreía con amplia mueca transparentando la quietud del árbol luego de la caricia beatífica de una breve lluvia. En miles de años visitando corazones humanos, estuve cientos de veces en cuerpos hambrientos. Hambre, fatiga, desfallecimiento. Hambre, necesidad imperiosa por devorar cualquier cosa. Hambre real y auténtica, verdadera, no simple ganas o deseos de comer. Ansias desesperadas de un trozo de algo, un mendrugo, el resto de un yantar ocasional desechado en cualquier sitio...

—Parece irreal pero van seis días, casi por cumplir un séptimo y no he logrado probar bocado sólido, ni siquiera una sobra disputada con un perro que pudo ganarla gracias a su famélica ferocidad más veloz que mi fatigado apetito. He podido beber algunas cosas

y me ha sostenido. Algunos de mis hermanos la pasan menos brava. Los veo tan desgastados y frágiles, alguna vez mordisquean un trocito de lo que se consigue; incluso el tercer día de este desfalleciente maratón, renuncié a una fruta al borde de podrirse a favor de una hermanita que la devoraba con la mirada cuando intenté morderla. Pese a todo la masticó pausadamente y logré alimentarme contemplando su mínima saciedad. Ayer encontré unas sobras de cervezas casi pútridas de tan rancias, pero mi estómago asimiló las dos breves porciones. La botella con la ración más generosa estaba un poco más fresca, es decir, menos rancia. Aunque mi estómago aulló y vibró al borde de la descomposición logró soportarlo, asimilar el brebaje y despegarse unos pocos milímetros de las vértebras. Anhele por lo menos comer en sueños y el hambre me acosa hasta en el rincón donde caen mis endebles huesos fatigados; pero ni los brazos del sueño se bastan a librarme del taladro en mi estómago...

Cuerpos famélicos, hambrientos, cuyo más nítido recuerdo es sufrir los áridos desgarros de la ansiedad alimenticia. Alucinantes estados de comunión interna emergiendo bajo diferentes arcos de amplitud des-

de profundas oscuridades dónde mi voz se extingue con rapidez ante el desesperado reclamo biológico del mínimo sustento; lapsos de inconciencia y pérdida del balance nervioso donde desaparece el juicio de manera parcial, anunciando mañana una quiebra manifiesta o brindando el escape definitivo. No faltarán sin embargo, cual relámpagos, fogonazos lucidos acompañando una voz interior diáfana, brillante.

Ahora me sepulta de nuevo la mudez y un errático deambular. No huele tan mal este débil organismo que me alberga. Una gruesa capa de mugre compuesta de grasa corporal, polvo, hollín de las calles y cuanta suciedad de los rincones malolientes de una ciudad arquetipo de abandono, incorporada como segunda piel, cubre hasta los efluvios naturales de un cuerpo que conoce del agua la gracia de la lluvia si lo toma en descampado. Debiera ser la libertad total por la naturaleza de los despojos sufridos y en cambio, es el esclavo perenne de sus múltiples carencias.

Una mañana quiso mostrar agradecimiento pero no supo articular la palabra que lo expresara. Su mundo no es mayor a sesenta vocablos clamando por la sobrevivencia de un mínimo sustento. La mi-

seria reductora e implacable le esfumó el lenguaje disperso en las brumas de una conciencia extraviada; sin embargo, sentí la intensidad de un reclamo casi áspero y pude otra vez asomarme a su mirada. La opacidad de los ojos buscó un matiz y el breve fulgor expresó la alegría de ser reconocido humano, de ser visto, observado y recibir dos palabras de amoroso consentimiento acompañando una moneda que le depositaron sin asco en la mugrienta garra. Un pellizco de tiempo y la modesta anciana se aleja. Sus ojos pierden la escasa pincelada de dulzor tímidamente anunciada, un escaso relámpago de digno agradecimiento que intentó iluminar el sucio y enmarañado rostro se volatiliza a la par del empujón de un viandante que se le aparta con un rictus de asco y repugnancia... Me ha sepultado tenebroso, sin lograr hacerme llegar a la luz, en la oscura angustia de arrastrar sus rigores...

Se ha sumergido otra vez en el pozo inane de las desesperanzas, desde donde no ha podido ni siquiera imaginar el consuelo de un último, definitivo abandono... Y desaparece, como tantos otros pobres locos e indigentes de esos que has visto alguna vez con miedo y repugnancia. Asco de pensar que bas-

tará con estar a metros de aquella cloacal suciedad que les sirve de vestimenta y se contaminará tu aura de ciudadano pulcro y ejemplar.

Sí, de pronto, como si se esfumaran, no vuelves a ver al loco mugroso ni a los indigentes del mercado central. Una rueda de prensa da cuenta del éxito de una campaña de “saneamiento ambiental” emprendida por el alcalde Fulano de Tal, o por el Gobernador Sutanejo del Cual.

—Desaparecieron locos y mendigos de llagas prefabricadas e ignoramos el testimonio de Geo-Adamo sobre la aciaga hora afrontada por el loco, o el indigente semidesnudo y desnutrido...

Mientras, el digno ciudadano formal que pese al desgobierno irresponsable y demagógico que les maltrata y viola sus más elementales derechos, logra sacrificar escrúpulos y toma su baño de vaquero hasta dos veces a la semana, satisface su egoísmo al saberse libre de la odiosa cercanía y maloliente molestia en las calles de su vecindad.

—Uff, COOÑO, gracias a Dios que por una vez el Alcalde se ocupó de algo positivo ¡!???...

Alberto, el “loco” Alberto

—Anda, préstame una de esas hojillas viejas...

Mira de soslayo a su benefactor, el señor Rodríguez y le sonríe. Una sonrisa profunda, auténtica, enigmática. Dice cien cosas diferentes y jamás aciertas a descifrarla por completo. Cuando sucede el fenómeno y surge el gesto burlón e ingenuo al mismo tiempo, todo su cuerpo muestra plenitud y sientes, sabes, aceptas que uno de los significados de cien posibles, albergados en su grata e impenetrable sonrisa, es el más plausible de todos: *“no seas idiota, vive y deja vivir”*...

Toma la hojilla, la observa con detenimiento, la aprueba y se dirige cruzando un patio a la división del gallinero donde a un costado al fondo se ubica el baño a la usanza campestre; ducha en un cubículo, sala de horrruras en otro y el lavadero con un remedo de espejo en la pared divisoria de la ducha con el exterior. Apretando entre los dedos índice, medio y pulgar la acerada hoja de una “Token”, rasura impecable tres o cuatro días de barba sin un rasguño. Es probable que su mente anide un breve fardo de locuras y al irse en lunas, se pierde y oculta por completo un ser para dar paso a otro. Olvida comer y se lanza

presuroso a cambiar una vida de cumplido servidor para arrojarse tras la puerta voluntaria de una locura asumida con pleno vigor y aceptación. Deja de ser Alberto, el hermano menor de Vidalina, amiga de la infancia de la esposa de su benefactor ocasional, y da paso al “loco” que comparte inseparable el mismo cuerpo de su existencia.

En casa, recuperado con el comer oportuno que vitaliza el cuerpo y bien repuesto de espíritu, aseado, con ropa limpia y alpargatas nuevas, se dedica a pequeños trabajos que nunca faltan en un hogar. Barre el patio, poda arbustos, riega un jardín; da de comer a las aves del corral, cepilla el lomo del hermoso perro de la casa; trasplanta un pequeño frutal o viaja por lo menos cada dos días, a sitios y lugares que solo figuran en las coordenadas de su plano mental.

—No ha regresado Alberto?...

No, no regresó “y se fue ayer tarde, enfurruñado”, responde Rodríguez a su esposa, enfatizando el raro calificativo que define el gesto hosco y la dura mirada con la que, sin palabras, respondió al cuestionamiento de la señora al observar su vestimenta y los accesorios con los que se acicaló para irse a la “Radio”.

—No me gusta que te vistas así...Te lo he dicho, es que...Y se calla, deja sin concluir la frase, quizás otro castigo para esa piel de particular sensibilidad. Le detuvo la dura mirada de Alberto o su propia delicadeza negándose a herir la dignidad de aquel voluntario sirviente ocasional.

El mundo de Alberto se focaliza entre límites muy precisos de lugares que solo él conoce e identifica. La Radio, la Quebrada y la Tercera, una toponimia propia de su geografía particular. En algunas ocasiones al preguntar por la ubicación de semejantes sitios, las respuestas son un dechado de lógica: La Radio queda antes de la Quebrada que se encuentra entre la primera nombrada y la Tercera. Ésta, a su vez, “queda un poco más allá de la Quebrada”. Las referencias comunes utilizadas por otras personas: nombres de urbanizaciones, de lugares intermedios, edificaciones características, pueblos cercanos, comercios de renombre y tradición, no existen en su mapa. Tampoco va más allá, los límites de sus querencias territoriales son infranqueables.

Rodríguez y su esposa consideran la situación durante la ausencia de Alberto. Se habrá disgustado. “No creo”

dice ella y agrega que siempre le habla así y “él me escucha y hace caso...Además es por su bien”. Pero no se ha ido. Quizás deambula un tanto y se dirige luego a un lugar de su particular y sui géneris geografía. Concede que la señora Emilia pueda tener gustos y criterios distintos a los suyos y regresa a la mañana siguiente. Saluda, muestra su enigma sonriente y entrega unos regalos, frutas y vegetales recolectados en sus andanzas por la Radio, la Quebrada y la Tercera. Transcurre el día, se baña, come casi entrada la noche y luego toma asiento cercano al cuarto de los trastes. Aprieta sus mandíbulas y comienza un ejercicio, repetido a menudo, de traquetear la dentadura. Lo practica algunos segundos y sonríe. Traqueteo dental largo, pausa y sonrisa. Da las buenas noches y se va a la cama reiterando un saludo de buenas noches a Emilia y el hasta mañana para Rodríguez. Al día siguiente al levantarse, con el acicalamiento matutino carga un poco más la mano en los accesorios. Nueva reconvención de la señora Emilia que lo observa con disgusto pues no comprende el sentido de la moda de Alberto, un adelantado —por decenios— en el diseño masculino del vestir.

—Sus desacuerdos con la señora Rodríguez, su real benefactora y la que aboga por alimentarlo y darle cobijo

en cada ocasión que le ha visto o se entera de su deambular por las calles, sucio, enmarañado, casi irreconocible y hambriento, surge de los accesorios que gusta usar en el vestir. Recuerdan a Cocodrilo Dundee. Se apretaba unas tiras de cuero en los antebrazos. Alberto es un fanático de los accesorios de tal guisa. Se amarra dos pañuelos en los brazos; otro de colores en una rodilla, y agrega una badana en la cabeza, algo inconcebible a principios del quinto decenio del pasado siglo y menos en un apartado pueblo de provincia.

—Alberto! Por Dios, que ganas las tuyas de ponerse esos guilindajos encima, eso se ve muy feo, que le van a decir en la calle...

No sonríe esta vez. Mirada dura y cortante, da la espalda y en total mudez se marcha.

(Que me importa lo que digan en la calle. Soy Alberto, único, particular. Me visto así y no acepto discutirlo. Gracias Emilia... Pero me voy...)

Se fue Alberto. No le vemos más, pasarán seis meses, un año tal vez y quizás vuelva. Es un ciclo repetido varias veces. En una ocasión el tiempo se alargó unos días, después llegó a semanas, paso al lapso de meses y luego se hizo olvido. Alberto, que seguramente ha-

bía sido de nuevo el Loco, libre de convencionalismos, solo presa de sus fantasmas y visitante de toponimias propias de sus mapas particulares, no quiso regresar, no le fue posible o entregó su espíritu puro y radiante a etapas posteriores.

Geo Adamo tuvo en Alberto un vehículo extraño de fuerte intensidad. Se asomaba constante al mundo con la pulcritud de una visión profunda, enigmática, jamás doliente, enfermiza o desesperanzada. No sonreía de idiota ni de lelo o payaso. Sonreía al mundo diciendo: — “Te conozco, en cambio, tú no sabes de mí. Soy Alberto. Único”.

Andrés, siglo y medio más tarde

Andrés, arquetipo preciso de humanidad, habitado igual que todos por Geo-Adamo, escribió sus propios recuerdos memoriosos. Una nota amarillenta fechada en 2037 (??) lo dice en forma muy escueta como nota al margen. La iniciaba así:

A través del tiempo.- Este extraño existir ha sido un descubrir incesante, un mirar apasionado en cada hoja, a todo rincón, sobre cualquier objeto. En todo ello voy grabando mi eternidad, para hacerla presente

en futuras juventudes, en otros logros. He sido humano muchas veces, guardo recuerdos, no son pocos y casi todos preciosos como los de un niño; pero ser hombre, último y fructífero peldaño biológico de la etapa, es una paradoja irrecusable y hace de marco y conclusión a los tránsitos como a los regresos. La angustia de preguntar no cesa nunca y llegar es muy duro, largo de etapas, algunas veces tardío y cada vez más lejano. Despuntando el día me preguntaba, qué nueva sorpresa encontraré y sin responder, recontando hechos en pronta y vívida sucesión de cuadros me detengo algo más allá del horizonte en un lugar cercado por atisbos, matices y emociones. Aquí en etapa diferente fui niño y fantasía; joven y audacia, hombre y pensamiento, anciano y espiritualidad.

Toda gran ciudad es semejante a otra como de cada aldea se encuentran mil réplicas. Lo mismo son La Tablada, primaveral y acogedora que Woikeli con su río torrentoso, su húmeda selva y perverso clima; ambas guardan el mismo humano torbellino. Igual San Juan de Cayos que mis feudos galos del Siglo XI. Así el Londres de ayer como Petrogrado, el mismo yugo de abrumador hormiguero que hoy esta rugiente Ciudad del Cabo.

Mucho fue el transcurrir y el sucederse para verte de nuevo; has cambiado mucho en tus contornos y paisajes, tanto que no creí al instante del nuevo encuentro hallar aquí vestigios míos; pero aquel joven portando un raído “boulagge” de grumete, se me antoja tan igual al del último viaje que ha inquietado de nuevo al duende milenarío de las preguntas...

¿Por qué eres? ... ¿Dónde has sido? ...¿Cuándo y hasta cuánto?

Y así te evoqué Ciudad del Cabo, en rumbo a la costa bengalí durante un viaje común de itinerario marínero. Habíamos pasado antes costeando un rumbo preciso señalado por antiguos capitanes de la ruta, asegurándonos que era menos duro —pero sin garantía cierta— para los embates marinos del abrupto choque de la rama circumpolar antártica que recorre el Sur del Atlántico, con la corriente cálida de las Agujas, proveniente del Índico y también llamada de Madagascar. Dos torrentes colosales cuyos frutos comunes son buques rasgados, partidos, perdidos. Sorteamos sin grandes sobresaltos el peligroso cruce del Sur del Continente negro, pasando del Atlántico al Índico sin más novedades que las ocurridas en los estómagos de varios marinos bisoños.

Después de recalar en Durban, me quedé y regresé a Ciudad del Cabo, ocasión para visitar a mi viejo amigo el “Moro”. La añoranza se remontó a la emoción del encuentro en un paisaje nuevo y a las gratas presencias en casa del amigo, sentados en el marco claro y soleado de la terraza, saludando benevolente ante el cruce apasionado de las miradas con sus núbiles hijas. Después fue el tiempo de las reflexiones y revivir aquel cuadro, del que había transcurrido ya un siglo. Un 1938 o 40 tal vez; Danzig y Polonia —como antes el disparo de Sarajevo— saltaron a la historia para dislocar el mundo, retorcerlo y despedazarlo casi hasta la aniquilación. Las fechas quedaron aferradas en forma desquiciante a cualquier circunstancia, en la más absurda acaso, o en la más nimia. Así, por lo menos cuatro años más tarde, con Europa en llamas por toda parte y lugar, retumbando cañones y morteros desde los Pirineos hasta más allá de los Urales, unos hablaban del año anterior y otros se perdían en el mucho tiempo transcurrido desde su último martirio, las lejanas heridas, las hambrunas sufridas, el horror de la tortura, y la angustia del ghetto y la persecución. Un pobre y desgastado

Feleth, buscado por gitano desde Hungría, no sabe en qué forma y porque medios llegó a la costa Dálmata, embarcó de fogonero en un destartalado carguero para asentarse después de largos periplos arábigos e índicos en “la punta” del mundo africano —nombre que le daba a esta ciudad— y decía quedamente: “era yo tan joven entonces”...Ahora su hijo, tan pobre y humilde como él mismo, era el modesto y complacido sirviente de un ricachón.

El moro Durguib hablaba del Islam, recitaba los suras. Le escuchaba atento y respetuoso, pero en sus pausas me atrevía a intercalar un evangelista —Mateo, por Ej.— a Tao Shim, Confucio o al mismo Kant, más cercano. De pronto había fuego en sus ojos, se dominaba, mojaba sus labios ligeramente y decía, bien, te escucho. Fue entonces que desde Enoch a Heidegger, caminando por el mundo antiguo y medio, tamizando en mi cristal de tiempo que él, no conocía del todo, hable largamente...o solo pensaba en voz alta, o hablaba y al mismo tiempo meditaba sobre lo dicho; pero dije estas cosas entonces:

—Creímos después de haber restaurado las heridas de aquella bestial conflagración, luego que Europa

avanzaba en su proyecto unificador de forma pausada al inicio, pero a cada paso y etapa cumplida con mayor audacia y firmeza de convicción, que nada podría detener el progreso y el camino a la utopía del bienestar total en un mundo mejor. Se fue frenando el fantasma del holocausto nuclear que tantas veces puso en vilo al mundo, se desvanecieron los últimos fantasmas de la postguerra; la descolonización de África y del sudeste asiático aunque traumática y sangrienta fue históricamente pronta y asimilable; pero no bien desaparecían los últimos vestigios fantasmales, vimos el nacimiento y desarrollo de nuevos monstruos. Un legítimo anhelo de libertad anidado en antiguas comunidades con raíces particulares asentadas en los terrenos de la fe, de las tradiciones, de una lengua propia y única, de usos y costumbres ancestrales, algunos circunscritos a muy pequeñas regiones, explotaron por doquier. Los separatismos crecieron fragmentando estados e imperios, generando nuevos frentes focales de batallas. Guerras civiles estallando por doquier, algunas muy breves en duración aunque igual de largas y profundas en horrores y crueldades. Varias de estas confrontaciones entre grupos nacionales que ayer forjaron

identidades comunes, se alargaron por decenios devastadores y dieron paso al hijo espurio y malvado del nacionalismo independentista: el “terrorismo”. A la par, en paralelo colaboracionista con el terror y las luchas nacionalistas, el peor de los flagelos. La droga con sus múltiples puertas de entrada y el alucinante carnaval de dinero que cegaba la realidad final de sus dos únicas salidas: Presidio y morgue.

No fui entonces excepción, 38 o 40 de hace un siglo y medio, un día más o menos, o un año, qué puede ser para el ciclo infinito de los sucesos. Hoy son menos las excepciones, vemos fachadas deslumbrantes, opulencia y tecnología. Cualquier dispositivo de última generación de unas decenas de gramos de peso, es múltiple en usos, funciones y disponibilidades, otorgando al usuario —última generalización para nombrar al consumidor— decenas de posibilidades para atrevidas perfoances de comunicación— pero si rasgas apenas la cortina, solo un poco, aparecerá cada una de las miserias materiales y anímicas de todo tiempo y época repetidas hasta la saciedad. El siglo de oro tantas veces ofertado y prometido para mañana, ahí a la vuelta de unos pocos calendarios nunca acaba de aparecer y en cambio, constan-

tes e imperecederas, maldades y miserias humanas
acrecientan su peso y mantienen su impronta.

Cuaderno N° 8
(Almas al desnudo)

¿Sirve de algo un poema?

Escritores y editores constatan en diversas épocas lo que llaman un repunte de lectores en el gusto por la poesía. Nunca ha sido para ilusionarse en grande, pero en cada ocasión fomentan enérgicamente ese estímulo necesario a la creación poética. No obstante nunca falta quien se extrañe ante el fenómeno. Realmente el hombre no deja nunca de soñar mejores destinos y si bien jamás un libro ha significado más que una división blindada, a la larga siempre es más importante y trascendente para ganar una batalla, concluir una etapa y emprender otras.

Utilitariamente un poema no tiene valor de cambio; siempre vale más un azadón o un pan de trigo; aunque la historia muestra que casi todas las etapas importantes del desarrollo humano afincan sus cimientos en la palabra, y ésta casi siempre es poesía. Tal vez por ello mismo se insiste en preguntar ¿Para qué sirve el arte? ... ¿Qué objeto tiene la poesía?... Si hasta la ciencia se pone en duda en cuanto a sus facultades de búsqueda y descubrimiento.

Son preguntas cuyas respuestas encuentran a menudo aristas cuestionables, lo que motivó a la Sección

de Educación de la UNESCO a realizar un trabajo en el que participaron poetas de todo el mundo cuyo resumen fue el folleto “Leer y escribir la poesía”. Se elaboraron cinco preguntas que serían planteadas por los profesores de educación secundaria a sus alumnos, con el objetivo fundamental de estimular y promover la lectura de poemas por parte de estudiantes jóvenes (secundaria/adolescentes) que al interesarse en el lenguaje poético descubriesen la magnífica herramienta de comprensión y aprendizaje emocional que significa participar del mundo poético y su lenguaje. Complementaría la finalidad discutir y comentar las respuestas de los poetas en los salones de clases. Algunos textos fueron muy convencionales pero varios poetas expresaron con elegancia y profundidad sus criterios en torno a la poesía y el lenguaje poético, además de las diferencias básicas entre el lenguaje común, el habla prosaica o narrativa y la poesía y sus lenguajes.

Citaré como ejemplo dos de estas respuestas, que nos ofrecen una clara idea del nivel que pudiese haber alcanzado cualquier discusión en torno al tema.

Lubomir Levttchev, de Bulgaria, dice:

—Es menester que profesores y alumnos conozcan y asimilen la máxima de Valéry: “La poesía se puede aprender, pero no enseñar.” Es preciso relacionar la poesía con la música y las artes plásticas. Hay que dar a los niños la posibilidad de ponerse en contacto con la poesía, discutirla, escogerla, que expliquen por qué eligieron ese poema. Diferenciar el lenguaje poético del lenguaje prosaico puede que no sea un tema para los jóvenes, por lo que la poesía surge de temas, mientras que la prosa tiene un sujeto narrativo. Sin embargo la diferencia no radica en el lenguaje, sino en estar en sintonía con el espíritu, con el pensamiento...debe darse a los jóvenes la posibilidad de experimentar su propia capacidad creadora, así comprenderán en que estriba la diferencia entre el lenguaje descriptivo, indicativo, científico, y el metafórico, y subjetivo (impreciso, artístico).

Por su parte, Joseph Miezán Bognini, de Costa de Marfil, expresó:

—La poesía constituye un poderoso movimiento de creación. Fustiga la labor del ser humano, el ímpetu fogoso de su vida, la incertidumbre de la

no-conformidad de la percepción de esta vida bajo un ángulo persuasivo, traduciendo sus alegrías y sus penas. Son elementos poderosos que sirven al artista en general y al poeta en particular, para establecer un intercambio entre la naturaleza y el ser humano. Tal es la finalidad de la poesía que dará a los adolescentes un sentimiento de equilibrio y de fe en el porvenir; una fuerza y una voluntad de vivir su vida que podrán edificar sobre muy sólidos cimientos.

Lo que es evidente, es la fuerza de la palabra poética; como píldora de disparos antialienantes, trallazos que pretenden causar dolor a la conciencia y dar un alerta sutil o sagazmente crítico, al tiempo que un alud de lágrimas limpia la mezquina crueldad de subsistir, aferrado a las sonrisas y a la absurda pretensión de aliviar el ardor de morir a plazos en los tentáculos del gremio, el shopping y la credit-card; o en el otro extremo, afrontar la parodia de sentencias amañadas y desaparecer en una ergástula, adobado y aliñado con dos latas de basura ideologizante.

Mueren las estrellas?... El eterno ciclo de existir.
Ayer el dolor de una agonía
decretó la muerte de una estrella.

Cisne, de este lar cósmico
estalló en fragores siderales
desbordando su inmenso mundo ígneo.

Aquí, mota galáctica
la explosión de su luz narró el suceso
se oyó feroz su radiante estallido

La razón pregunta
sobre el tiempo real del hecho:
...El del suceso perceptivo
el momento dialéctico
los minutos noticiosos
o el instante confirmado
del estertor nucleico
despedazando protones

La ciencia hurgó los sismos iónicos
el estruendo del magma
su fiebre absoluta
el latir de neutrones
y las avulsiones
de un sol desintegrado

Aquí en Agosto
viernes de la última semana
qué nimiedad ocupaba
el ocio de “los pequeños seres”. ¹⁾

Medrábamos minúsculos
en un fangal de trivialidades.

Los héroes inventando glorias
comprando honores
los santos inmolando tentaciones
quemando almas por salvarlas
el líder traicionando esperanzas
la ciencia escrutando números
reciclando dogmas.

Los ídolos insuflando aire
a sus huecos pedestales.

Y los comunes del rebaño
machacando, machacando
tenazmente mecánicos
doblando la cerviz ante el impuesto.
Repitiendo gansadas

haciendo opinión pública
regañando por el clima,
el mercado,
la política
y ahí en Cisne, vecino nuestro
un sol agonizante
mordía su luz
e iba hacia otra muerte.

1) Título de una novela del escritor larense Salvador Garmendia.

Inútil medir el dolor de una ausencia

-

Una ausencia cual espina acerada
petrifica el dolor en los bordes de la herida.
Precipita un vacío de mirar sin relieves
sin color ni contrastes.

Una ausencia vierte su última sonrisa
a la fibra silente de la niebla
palpitando exangüe con su voz más débil
en la brusca acidez de una lágrima.

*(Tu ausencia colma los sustratos.
buscando el túnel y la huida
abrazo el residuo de la nada*

*y un grito sideral
desgarra palabras perdidas y susurros)*

Tu ausencia despoja los espacios
de todo el ser y de los nombres
mi pétrea soledad va por tus manos
hurgando el hilo de un ayer perdido
clamando tu existir de rocío
y el fugaz dulzor
de tu presencia en mis labios.

Regreso tras un paso de sosiego

... Después de la aridez del día
hastiado del gesto innoble
una jornada tenaz
—burda y desairada—
tritura mis ojos desbordados.

Agobiado de limo retorno a la palabra
lastrado en risas retomo lo perdido

Vuelvo entregando el lastre solidario
al fardo de las pequeñas cosas

a la mísera ruindad del día
para blandir, desgarrar y estar limpio
cual un trozo de alambre en el desierto.

Perdí el balance en un lugar del día
a la hora del dardo en la conciencia
ora falsa, ora realmente.

Llego acodado en un perfil vulgar
encuentro vallas, razones, preguntas
y responde el ojo del buceador de perlas.

Nunca es intacto el regreso
y aunque ficticias las premisas
quedan jirones esparcidos
sepultando el viaje
a la zaga incruenta del último soplo.

Hojas y horas vencidas en el sueño

Hojeando translúcidas hojas
de horas vencidas
vetustos y pesados maderos
marco una trágica espiral
en el vaivén de los días.

Diez, veinte o treinta años
deambulando insomne.
Una inmersión desorbitada
quince esquemas destruidos
un río y tres volcanes.

Dos valles suspendidos
e inertes las cadenas
despedazándose
en los dedos del sueño.

En fuga, detrás de un presente de hilo.

Adivino presencias en cada colina
sumergido en azucenas
hasta los pedestales de la savia.

Náufrago en la lluvia
perdido en la brisa
y el gesto del instante
luchando a lanza viva
a diente y músculo bravío
a corazón de voz y trueno sagrado
quebrando el ocaso y los espejos burlones
para estar en ti.

Bella, distante, volcánica en ternuras.

Lacerado hasta el rótulo
dominé a pulso el sendero y sus veredas ocultas
buscando el encuentro, tu dorada simiente
vértigo viviente de mi sino

Presiento regresos al plano inconsútil
estando al escorzo del último retraso.
Pasarás intentando cabalgar el instante
y sin plegarme a tu aura de presencia fallida
estaré en ti leve, trémulo y fugaz
eterno penitente.

Celebro encuentros gloriosos

Celebro tu llegada, advenir de leyenda
la presencia entregada al instante
en abstracción de tiempo.

Celebré tu llegada
la riqueza del día.
La risa del agua
la vida del ocaso.

El trono rutilante
la savia escondida ... Tu presencia.

Celebré tu llegada
nueva voz de mi palabra
la onda vibrante de tu paso, una alondra en tus
ojos

Un arpegio en tu aura ... Tu presencia

Celebré tu llegada a mis nuevos caminos
el metal de las alas
los fuegos de la noche ... Tu presencia.

Celebré tu llegada y el momento
del instante realizado
tu valle escindido ... Tu presencia.

Celebré tu llegada. Tu presencia.

Un alma en ruinas diluida en olvidos

Ruinas vetustas anidan en mis ojos
la bruma se escinde, quiebra el día
y agota el curso solar de mi designio.

Vaho de cavernas cubre los objetos
y en los goznes un presentir de choque
como de ausencia necesaria
presiente las ruinas desbordadas
y el dolor de perder
designios acordados

Un yo disperso anula las preguntas
sin miedo a los despojos
apartando el polvo y las cenizas
del trono roto y astillado
soporte mutilado
desvencijado escaño
desecho ruinoso
arrastrado en la ventisca
huyendo
sin rastros ni restos

Nada, “no sé”
...ahí; No
ahí no había nada...

Desolado, sobre rosas marchitas.

Lloraste y fue vasta e inerte
la planicie de horas rudas
 en dictamen de agonía.
Lloraste y se agolpó en la voz
un hombre de mil edades
 solícito a romper tu fluir de angustia.
Dardos de sombríos recodos
humillan tus ojos de savia luminosa.

El gemido y su eco
 turban los cristales
 agoniza el oasis
en silencio de hielos
despliega sus crespones
 un leve firmamento
 dolido, desnudado
herido en tu llanto
entrego hilos de pena
 al crepitar del fuego
sin explorar el minuto impreciso.

Pudorosa en lo extraño
incomprendida
contemplas la cima
intercambias letras al esquema del aire
dejas renglones crudos
dispersos, indelebles.

Leerá el visitante la nota inocente:
“Aún no ha llegado el tiempo de la siega...

Escapan tus ojos del recuerdo
surges fulgente colmando las huellas.

Inténtalo ahora
despeja el jardín
avienta las sombras
renacerán las rosas
Insisto: “No ha llegado el tiempo de la siega”.

Ofrendo amor y anhelos a tus ansias

Se agotó el dolor de intentar ser tuyo
y un soplo de barniz lejano
consuela el desamparo

Son vacíos los días
en la vigilia de perderte
y resignarse en la bruma
es triste, tenazmente.

Rasgo la corteza
hasta encontrar el núcleo
hurgando en la fiebre y sus raíces
despedazo minucioso
aborto y en silencio.

Una arista
sin existencia previa
orbita a la zaga de tus cosas
te aleja veloz
definitiva
indiferente
colgando mi espera
de una débil hebra de esperanza.

Una entrega se extingue en el rechazo
No cantará la voz del ruego
ni hablará el perdón o el grito.

Viajo en aristas de papel y tiempo

a la espera de una esquina agreste
acepto el lastre y sus residuos
cercenando mis sueños
dispersos en rechazos

Una eclosión tuya
esfumó ilusiones
dejó silentes los cauces
perdido el recuerdo
velado el fulgor
con la amarga mezcla
de un adiós opaco
apenas gris
efímero
insípido
entregando tu rechazo.

Cuaderno “0”
(La misión del Shoemaker-Levi)

El existir objetivo, concreto, es número y cuantificación.

El “Cero” (—O—) tomado como punto de partida prefigura la entrada en juego de la sucesión numérica.

*En este caso particular define además una concepción
especial;*

*la eventualidad de “...pudo haber sido diferente”;
... si el Todo existente, hubiese llegado a Nada.*

Negación absoluta. Inexistencia.

Analizando la misión

Geo-Adamo investigó los registros asequibles, analizó tragedias y catástrofes provocadas por Tsunamis, ciclones y deslaves. Verificó los movimientos del cinturón de fuego del Pacífico y la frecuencia de sismos y desplazamientos de las plataformas continentales. Observó el aumento de la frecuencia vibratoria del planeta, que generó acelerones de la velocidad de traslado del sistema, en particular del “mundo azul”, e introducía mínimos retardos en la velocidad de otros, Júpiter entre ellos. Personas de especial capacidad sensitiva captaron estos fenómenos.

El objeto era llevar al super-orbitero gigante al campo del Efecto Cosmodinámico de Júpiter, actuando

sobre la velocidad de traslación del planeta cuya posición debía ser “corregida” (así fue registrado, obviando el uso de: “alterada”, concepto más violento).

Geo-Adamo abrigaba pequeñas dudas y si no las desterraba, quemaría notas y apuntes para olvidar el asunto.. Leyó otra vez los datos, repasó evidencias y evaluó sus cálculos de los rumbos iniciales. Releyó los registros más dudosos y llegó a una conclusión definitiva.

No certificaría que los sucesos en que el cometa gigante se estrelló en Júpiter, sucedieron como los narraría en las “memorias”, pero los indicios respondían a lo que debió acontecer y por qué fue distinto al plan original, destinado —aunque parezca inverosímil— a destruir el planeta azul.

El cometa fue descubierto por los astrónomos Shoemaker y Levi el 24/05/1993 y atrapado por Júpiter, que con su gran Efecto Cosmodinámico —su volumen es casi mil veces mayor al de la tierra— lo fragmentó y absorbió en una serie de impactos de tal magnitud que se observaron con telescopios familiares. De haber analizado su rumbo antes del primer avistamiento, se hubiese notado un ángulo de marcha

diferente al que se vio rumbo a la órbita de Júpiter.

Bastaron unos pocos desvíos angulares para que el super orbitero destructor abandonase el rumbo original vía al planeta azul, y fuese dirigido en ruta al gigante de la mancha roja, ubicado más allá del cinturón de asteroides, que a su vez conforma una barrera de protección especial.

El inmenso cuerpo estelar inicio sus embates contra Júpiter minutos después de las ocho de la noche del 16 de Julio de 1994 en una sucesión de impactos hasta casi seis días después (22 de Julio) al estrellarse el último de los fragmentos en que se dividió al ser atrapado por Júpiter.

O-O-O-O-O-O-O-O-O-O-O-O-O-O-O-O

... Acabemos con este experimento...Es un fracaso, una barbarie asquerosa.

—Pero es su creación...

—TODO, ES MI CREACIÓN...pero no hay enmienda posible. Hay que abortarlo; me conturba sin duda. Era muy esperanzador; un bello mundo azul en el tercer orden circular de esa pequeña estrella amarilla...es un rotundo fracaso. Conductas individuales y colectivas incomprensibles...A que grado de bajeza

son capaces de llegar...y semejante podredumbre es también mi creación: No, NOO...Es nuestro deber exterminar semejante error.

—Señor, por favor, se han logrado resultados, algunos muy hermosos y mejor estructurados que las expectativas planteadas al inicio.

—No, No, te falta una visión más integral de esos resultados, demasiados errores además de olvidar o dejar de lado elementos básicos muy importantes. No concibo otra solución que acabar con ese experimento. Es vergonzoso. Deben desaparecer, que su impronta se desvanezca en el continuo hasta borrar cada huella de sus vicios y carencias, o cualquier otro rastro de sus acciones, más que suficientes para sepultar los muy breves y escasos aciertos aportados a la suprema experiencia universal...Terminemos de una vez con esta equivocación.

—Sí, sí señor, lo que dices está a la vista. Pero se han forjado avatares de altísima significación, dejaron huella positiva en sus...

—BASTA, basta. Fue obra estéril...como plantar en polvo cósmico. Y no se forjaron en el punto azul; Ninguno surgió ahí. Solo creamos una ilusión,

lo sé perfectamente. En seis ocasiones consecutivas enviamos Avatares de altas vibraciones de espíritu para estimular con el ejemplo un camino evolutivo más armónico y obviar, o quizás disminuir tan solo el hacer violento, casi imprescindible de los primeros estadios evolutivos, mecánicos al inicio, para descubrir que más allá de un nivel del desarrollo centrado en lo social, el ser se estanca si no pasa al ejercicio de una voluntad consciente de crecimiento espiritual... Debo asumir plenamente este fracaso.

—No del todo señor, hay un cúmulo de experiencias notables respecto a esa idea del libre arbitrio y el tema colateral de que sea el propio ente quien dirija y gestione su proyecto final...

—Que nadie cumple o realiza mal cuando se atreven, porque no vislumbran el horizonte triunfal que se les presenta. Son incapaces de aceptar sus potencialidades y se solazan en las debilidades adquiridas, lodos y basura que jamás pensamos agregar, hasta es irrespetuoso suponer que fue añadido al equipaje de norma planificado para su evolución y auto-desarrollo. No puedo explicarme tal equivocación en algo tan elemental. No hay caso, debemos eliminarlos.

—Y acaso no le duele hacerlo...

—No. El DOLOR no es para mí. Nunca ha formado parte de mi experiencia sensible. Sabes que el único matiz que me emparenta con mis creaciones es la COMPASIÓN, más nada.

—Pero; entonces sea compasivo una vez más. No niegue su naturaleza esencial.

—Es fácil para ti decirlo “—sea compasivo una vez más—“Tienes idea de cuántas veces pidieron cuentas de mis actos, creaturas a las que puedo desvanecer con un soplo; y qué hice en tan vergonzosos momentos de atrevimiento...no recuerdas...Les consolaba de la aflicción padecida. Enmudecían, sonreían acongojados y se marchaban frustrados ante su propia estulticia y felices de escuchar en su corazón mi palabra que en lugar de reproches, les regalaba una profunda e inexplicable alegría.

—Supremo Señor, por favor, escúchenos, se les debe otorgar una nueva oportunidad.

—No. No es posible y menos ahora. Di órdenes y marqué rumbo destructor a un super-orbitero titánico, nunca antes utilizado.

—Señor, los pulverizará...un orbitero titáni-

co,...!ooohh, no quedarán ni rastros...

—Así debe ser, como si no hubiesen existido jamás. No habrá testimonios, nada... Serán extinguidos de forma total, definitiva... Nada de lecciones. Agotaron mi paciencia.

—Y cuando alguien revise los registros askhásicos de este grupo cósmico sabrán, se darán cuenta,,, Se interrumpe casi violento al sorprender una semi-sonrisa en el rostro del Supremo Señor Absoluto, quien sin dejarlo reponerse amplía el gesto de sonreír y agrega:

—Solo verán la explosión y una inmensa nube de gas, más nada. La energía desarrollada por el impacto de un orbitero titánico volatilizará los más delicados vestigios de gases de su cubierta; se esfumarán y saldrán sus crueldades, barbarismos y la profunda egolatría de la que hicieron gala en el breve periplo vital que permitió nuestra tolerancia.

—Y Selene Señor, qué sucederá con la pareja del mundo azul.

—No tiene importancia, es más decoración que función operativa, si bien su proximidad se aprovecha en ciertos efectos, no son determinantes para el sistema. Si la destrucción no le alcanza —no he verificado el

detalle— derivará a un campo cosmo-dinámico vecino adornando un horizonte distinto. Es indiferente como suceda, no afectará la armonía del grupo restante.

—Por favor, permítame Excelsa Majestad una nueva acotación...

—Excelsa Majestad...qué pretendes, dándome el tratamiento de honor que me otorgó el Consejo Superior de los Cúmulos Galácticos de Vega.

—Supremo señor es una cortesía obligatori; entre nosotros siempre hubo consenso...

—“Está bien... Qué más quieres decir”...

—Señor creemos de rigor considerar en favor del planeta azul la nueva configuración de energías vigente en el cortejo de la Solaris amarilla de Carina con la regencia del Aguador. Es un sustrato positivo de estímulo al camino de la luz; tal vez, este,— quizás debemos pensar en...

—Chácharas. El camino de la luz. Cómo piensan en caminos luminosos para quienes solo han creado destrucción, barbarie, derroche, crueldades. Siempre se negaron a surcar el sendero del ascenso. Atisbos breves sin constancia. Los avatares que intentaron conducirlos fracasaron, estrellados en aquel muro de

estulticias malsana. No creo que valga la pena esperar más.

—Disculpe señor, pero nadie cuestionaría alguna consideración adicional. Se trata de ...

—Basta ya, está bien; oiré la petición pero antes de exigir algo recuerden que las bestias tienen mejores pautas de conducta, aunque partan del instinto; y consideren también las angustias y quebrantos sufridos ante el empeño de manejar la super-energía del Hidrogeno, materia tan reservada en cada lugar del multiverso donde haya florecido una inteligencia capaz.

—Supongo que ha sido una metáfora lo de las bestias, pero no importa. Mejor centrarnos en la amenaza de acabar con el Mundo azul. Sólo debemos convocar al Gran Consejo; planteamos las situaciones por analizar y juzgar, oiremos sus consideraciones y se hará lo que sea menester.

—Tus intenciones reafirman mi voluntad. Mi autoridad la avala todo el manto galáctico y mi Jerarquía de Consejero Élite del Super-Cúmulo. Mis decisiones nunca han sido cuestionadas.

—Entonces no hay riesgo alguno de sufrir presiones, sean sutiles, normales o de forzada dureza.

—Las presiones tampoco me preocupan. Convoca al Gran Consejo y recuerda, no sería éste el primer experimento fallido y suspendido antes del término fijado. Lo hemos hecho otras veces.

—Cierto, el Gran Consejo enfrentó situaciones con gran rigor. A veces se llegó a matizar un acuerdo respetando algunas decisiones y hubo casos en que se mantuvo la decisión previa.

Las deliberaciones fueron arduas; se debatía el Kaputt definitivo a un proyecto especial tan admirado y alabado, como cuestionado y vituperado hasta por el propio Gran Consejo.

El Supremo Señor Absoluto nunca asistía a juicios, pero se creía cambiase de actitud, pues el proyecto “Tercer Mundo Azul en Carina”, bajo las normas abiertas de auto-juicio y desarrollo evolutivo propio —otorgadas por primera vez— gozó de su especial atención al punto de jerarquizar como hijo al último avatar. Al recuerdo del iluminado pensó en la ignominiosa conducta contra un ser desbordante de amor, torturado hasta segar su vida en crucifixión por actuar con lealtad a sus predicas. Tan raudo como fue el recuerdo, fue desterrarlo y enfocar el

caso en ciernes. El mundo azul de Carina era una miniatura a la escala de otras creaciones, pero significativo por su innovación en la generación de la vida orgánica, su evolución a la conciencia individual y la posible elevación a planos del contexto azul-plata de la luz, objetivo final de la dinámica presencia en Solaris del hermoso planeta al que ahora tal vez, debería destruir.

No obstante su especial predilección, mantuvo la costumbre y no presenció las reuniones del nuevo examen y juicio. Solo esperó las deliberaciones y su resultado.

Estudiado el expediente a cargo del Gran Consejo, presidido por el Insigne Avatar de la Luz Pristina, Supremo Señor del Primer Multiverso de los Cúmulos Vega, se decidió y recomendó:

“OTORGAR NUEVA OPORTUNIDAD DE EVOLUCIÓN REDENTORA AL TERCER MUNDO AZUL EN CARINA POR UN CONTINUO ABIERTO, A JUICIO DE LA SUPERVISIÓN A REALIZAR BAJO RESPONSABILIDAD DE TRES AVATARES DESIGNADOS ENTRE LOS DECANOS MÁS ANTIGUOS, ASISTIDOS POR CUATRO INICIADOS DE

TERCER NIVEL QUE ACTUARÁN EN CALIDAD DE VEEDORES Y RELATORES DE OFICIO.

SE ADVIERTE.- EL TRANSCURRIR EN APERTURA NO SERÁ MAYOR A UN MILÉSIMO DE SU RUEDA ELÍPTICA, CONTADO DESDE EL PRÓXIMO PUNTO VERNAL Y SEGÚN RANGO RELATIVO DEL EFECTO COSMODINÁMICO VARIABLE DEL LUGAR. LA EQUIVALENCIA APROXIMADA SE AJUSTA A UN MÁXIMO DE 7.200 SEGUNDOS DE TIEMPO-LUZ ABSOLUTO” .

La prórroga otorgada para una nueva evaluación de desempeño, se consideró suficiente al compararla con el lapso tomado por sus entes tri-cerebrales en pasar de la razón y arbitrio funcionales, pero sin organización sistemática de comunidad, al primer eslabón de evolución cultural y atisbo de necesidades inmateriales, con la aparición de la escritura testimoniando su presencia y confiriendo permanencia a su impronta existencial.

La recomendación del Gran Consejo fue atendida sin reservas y se concedió nueva oportunidad de redención a comprobar mediante controles de inspección por parte de Avatares de alto grado.

La rueda de la vida continuó con la frágil esperanza

que la población del mundo azul revisaría sus conductas y estúpidos caprichos para dejar de lado su pertinaz bizarra violencia.

Pocos saben que la historia narrada es la del cometa Shoemaker Levi, destinado a destruir la tierra y abortar un experimento que disgustaba a su creador, dados los giros de crueldad asumidos por sus habitantes; el desenfado y negligencia en el trato a los elementos que sustentan su vida y la de su mundo, además del desvío generalizado por satisfacer a cualquier precio, las miserias y basuras puestas en constante oferta por los patrocinantes de la estulticia; situaciones presentes en muchos otros mundos en evolución, pero con márgenes y límites que impiden su desborde y daños irreversibles; peligro latente en el mundo azul de agua, juzgado de elevado riesgo para el vecindario universal inmediato.

Qué pasó en Júpiter?

(Datos oficiales del archivo de la NASA)

El cometa SL9 (código astronómico) descubierto por los astrónomos Shoemaker y Levi el 24/05/1993 fue

atrapado por Júpiter en una órbita elíptica y el gran Efecto Cosmodinámico del planeta lo fragmentó y absorbió en una serie de veinte (20) impactos. Los choques se produjeron a velocidad de 60 Km/seg, (216.000 km/h). La sonda Galileo próxima al planeta registró datos de varios parámetros físicos de los impactos.

El primer choque generó gases con temperaturas de 24.000K. El impacto “G” creó una nube de más de 12.000 Km de diámetro, mayor a la gran mancha roja del planeta y las bolas de gas de su explosión — equivalente a 6.000.000 de Megatones de TNT; 600 veces el arsenal nuclear de la tierra— alcanzaron 300 Km de altura. Cualquiera de los choques y este del fragmento “G” en particular, hubiesen pulverizado y gasificado nuestro planeta en una bola incandescente. Cuando fue descubierto estaba disperso en 17 fragmentos que siguieron deshaciéndose debido al enorme ECV de Júpiter. Una foto de seis tomada por el telescopio espacial Hubble el 17/5/94 muestra 21 fragmentos a 660 millones de km de la tierra, en curso a Júpiter contra el que se estrellaría en 20 impactos. La disparidad de cifras se debe a que algún gran impacto ocultó uno de menor intensidad prove-

niente de un fragmento próximo más pequeño. En la fotografía del tren de 21 fragmentos se observan algunos muy cercanos, y comparada con lo visto anteriormente, se deduce que uno o talvez dos de los fragmentos, se fracturaron en el curso de su órbita elíptica alrededor de Júpiter en la medida que el gran Efecto Cosmo-dinámico del gigante actuaba cada vez con mayor fuerza atractiva.

Que sucederá. Se divulgará lo suficiente el conocimiento de esta verdad, para permitir un sincero esfuerzo de reconvención y justificar la prórroga que se nos ha concedido...Una frase escuchada al voleo en alguna ocasión vino a inundar mis recuerdos:

“Dios perdona siempre. El hombre, a veces; la naturaleza, nunca”...

EPÍLOGO

*NO, por favor
no se anticipe.*

*Léalo como en teoría corresponde,
luego de leer el libro*

De todas formas gracias por aceptar acercarse a su
propio corazón
desde la multiplicidad de voces y situaciones con-
vocadas a ese objeto.

Geo-adamo

Geo-adamo, personaje problema.

Dos lecturas críticas diferentes de las “Memorias”, coinciden en un aspecto que llamó mi atención. En una el lector apunta que la presencia de Geo-Adamo se mantiene indefinida o más bien confusa. Dice que el personaje aparece alguna vez como un “Juan Gri-llo” o conciencia, y otras como un profeta exterior o maestro —especie de Don Juan Maltus en su relación con Castañeda— lo que en más de una ocasión, agrega: “Me genera confusión y pudiera sucederle a otros lectores, que no identificarían a plenitud a ese Geo-Adamo escurridizo e indefinido...etc”.

Otro lector expresa que algunos personajes debieran estar mejor definidos, con más amplitud y “más aire” a sus apariciones. Extender sus participaciones y precisar más sus características.

El problema —aunque no lo presenté bajo esa perspectiva— sino que pedí una lectura crítica del texto, es que Geo-Adamo es así, una presencia esencialmente huidiza, incluso inadvertida miles de veces, por no decir millones. Jamás dejará de ocupar ese átomo recóndito del corazón donde habita, pero puedes

no advertirlo nunca o solo en un breve chispazo y luego perderlo.

Sin duda es un alter-ego especial, más no particularmente mío o de alguien, es universal y eterno como la creación. Cuando la vida mineral danzaba sus desiertos energéticos internos, ya Geo-Adamo contemplaba las maravillas en gestación. Mi pretensión actual es darle voz a una muy reducida muestra de sus multitudinarias formas de presencia.

Geo-Adamo habita en cada ser humano, sépalo o no su anfitrión, que le escuches o seas indiferente a su cálida voz o al reflejo de la misma, procedente de otro espíritu más sensible o avanzado que servirá de antena repetidora y llevará la voz del ente hasta el corazón que habita, o a su mente; o a los dos agraciados receptores al mismo tiempo, así podrás escucharle a través del sentir emocional, o mediante el árido y concreto estilete de la razón.

Geo-Adamo intentará siempre hacerse oír, pero en incalculables ocasiones será un mudo virtual o un grito en el abismo del que su huésped no percibirá el mínimo eco. Él intentará constante y pertinaz revelarse a cada ser, en especial a los que nunca le han es-

cuchado y ni siquiera sueñan con el privilegio de ser interlocutores de este ser esencialmente divino. Por tales razones y tratando de mostrar algunas de las formas en que se hace presente a los seres humanos, toma mil voces y maneras de expresar su presencia y decirnos o contarnos sus sueños, expectativas y anhelos para con nosotros los míseros y humildes mortales.

Post Scriptum

He concluido este libro, sin terminado. Los libros, testimonio y reflejo de la vida, igual que ella misma, son eternos, nunca finalizan, menos aún aquellos de textos fragmentarios como el caso de cualquier recuento de memorias existenciales, trozos de vida.

Al ente Geo-Adamo habitante de este vehículo transitorio —mi cuerpo humano denso del momento— le quedan cosas por decir, muchas cosas. Develar decenas de hallazgos realizados y logrados durante este tránsito; algunos sin gran significado aparente, de poca significación, más el descubrimiento real y definitivo del existir consciente con referencia a lo que logras aprender, es que todo lo que tu mente devela, tu corazón comprende y tu cuerpo retoma, asimila y conserva en forma de conocimiento, es importante. No hay datos o notas intrascendentes en el vivir, resumido en el aprender a ser y a convivir en armonía con la vida que te rodea y sostiene. Todo tiene un lugar en la cadena infinita de las acciones revelando tu pensamiento, tus deseos; tú ser esencial.

Qué y cuánto se ha quedado en el tintero... Qué, importa más que el cuánto. En este caso temas, casos y elementos acerca de los que Geo-Adamo no dijo todo lo que pudo o ha debido decir. Le faltó algo de tiempo y un poco más de disposición.

Hubiese querido hablar más acerca de la mentira, desentrañar algo de la madeja caótica del mentir; lo

que ha significado para el ser humano y cuán difícil ha sido siempre desprenderse de tal “necesidad”: La mentira en la política, en la economía, en la vida diaria y familiar; en la religión y en la ciencia. Pues si bien es difícil de admitir, también en el mundo de la religión se han incubado mentiras.

Me fascinó escuchar a un vaquero decir en una ocasión: —Mentir es una necesidad inconcebible. Imagínate frente a un hermano. Porqué mentirle, para qué. Es más que un irrespeto. Es casi una traición.

A un desconocido, por Dios qué caso tiene, es sencillamente estúpido.

Y tratándose de un amigo, vale hasta un puntapié a la sintaxis y decir peor que peor. Es una vileza. Un amigo es una decisión tuya; tú lo escogiste como un hermano espiritual, cómo puedes mentirle?

En torno a la familia hay mucho que decir, en particular discutir la concepción de si es una elección o un accidente. Geo-Adamo en contraposición a una gran mayoría, siempre pensó y lo admite como cierto, que es una elección muy particular, razón por la que sería necesario argumentar su opinión, tan contraria al común. Y por último, no menos importante y acaso más, hablar de las frustraciones del habitado, sus flaquezas, los actos de cobardía y las deudas más notables, entre las que no pueden dejar de incluirse las ingratitudes manifiestas, los “olvidos involuntarios” y esos vergonzosos desconocimientos, disfrazados de cualquier falsa o circunstancial falta de atención.

Ignoro si sería capaz de permitirle a la divina partícula, sacar a flote toda la basura oculta en los rincones. Serviría de algo? Hay que pensarlo para no caer en la soberbia de una falsa humildad, o detenerse antes de pasar al extremo de airear sin pudor alguno, los trapos sucios que en alguna caja desvencijada aguardan para ser expiados. **Y** lo serán. La Ley no olvida, ni pospone a perpetuidad.

El autor, reiterando su gratitud a los lectores.

Contenido

Cuaderno N° 1 (Germen de la espiral)	21
Cuaderno N° 2 (Nudos de cotidianidad)	61
Cuaderno N° 3 (Hechos y raíces)	121
Cuaderno N° 4 (Revelaciones y descubrimientos)	175
Cuaderno N° 5 (Bitácora de viaje)	231
Cuaderno N° 6 (Lugares, ciudades, paisajes)	287
Cuaderno N° 7 (Los juicios)	351
Cuaderno N° 8 (Almas al desnudo)	393
Cuaderno “0” (La misión del Shoemaker-Levi)	413
EPÍLOGO	431
Geo-adamo, personaje problema.	433
Post Scriptum	437

Este libro se diseñó y exportó para su publicación en Amazon el día 23 de septiembre de 2021, en el Taller Editorial del poeta Luis Perozo Cervantes, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en el continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el mismo día pero de 2019 en que falleciera la maestra del teatro zuliano Inés Laredo.

www.sultanadellago.com